

Olivia Be

BÉSALA TÚ POR MÍ



Bésala tú por mí

Olivia Be

Portada: Laura Sánchez

Fotografía: Laura Sánchez

Contacto: oliviabetodo@gmail.com

© Olivia Be, 2016

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Para Ana.

You rock my world.

1. Retrasada

Las nueve y veinte. Alexia miró de nuevo la gigantesca pantalla luminosa y puso cara de hastío. Llevaba... ¿cuánto tiempo allí? ¿Dos horas y media? Tal vez tres. Lo cierto es que había perdido la cuenta, pero una cosa estaba clara: su mal humor iba en aumento, y sus niveles de cafeína en sangre también. Tres cafés y medio después, el maldito vuelo continuaba retrasado. El aeropuerto estaba hasta la bandera. Viajeros de todas partes arrastraban sus maletas cargadas de enseres de playa para dirigirse a sus destinos vacacionales. Pero los aviones seguían despegando, sus ojos no la engañaban, los veía entrar y salir de pista cada minuto, aunque desafortunadamente ninguno de ellos parecía ser el suyo.

—Retrasado, sigue retrasado —bufó Alexia al auricular de su teléfono móvil. Cada vez era más consciente de que la espera iba a eternizarse.

—¿Todavía? —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—Y lo que nos queda...

—Ay, hija, qué mala suerte. Para una vez que vienes a casa...

Alexia dio otro sorbo a su café, esta vez en silencio, observando distraída los inmensos ventanales del aeropuerto. La puerta de embarque estaba anunciada, pero no había ni rastro del avión que tenía que llevarle a casa de sus padres. Estaba tan aburrida que se había sentado en el suelo de la terminal, acompañada tan solo por su

pequeña maleta, situada a su derecha, y aquella maldita planta de especie desconocida que sostenía con su mano izquierda.

—Y los de la compañía, ¿qué dicen?

—Nada, mamá —respondió de mal humor. El mostrador de la compañía aérea acababa de quedarse vacío—, que estemos pendientes de las pantallas.

—Te darán algo de cenar si se retrasa demasiado, ¿no?

—Vete tú a saber. Aeste paso, llegaría antes en burra.

—Bueno, cariño, no dejes que este contratiempo te avinagre. Tan pronto pongan un poco de orden, estarás dentro del avión. Qué ganas tengo de verte.

—Yo también a vosotros —replicó Alexia con la boca pequeña.

—Avísanos cuando sepas algo.

—Descuida, eso haré. Te llamo cuando estemos embarcando.

—Venga, mucho ánimo. Un beso.

—Hasta luego, mamá. Un beso.

Alexia colgó el teléfono y extendió los brazos por encima de su cabeza. Era de mala educación estirarse así en público, pero le dolía la espalda tras haber pasado varias horas en malas posturas y empezaba a notar que tenía algunas extremidades adormecidas. Allí donde debería haber notado sus posaderas, estaba ahora esa incómoda sensación de vacío, como si su cerebro hubiera perdido la conexión con sus extremidades. Se incorporó y dio unos pasos con las manos sujetas a los riñones, la mirada perdida más allá del ventanal. Qué mala pinta tenía aquello. Estaba empezando a anochecer, y el

avión que debía aterrizar antes de que el suyo despegara llevaba horas de retraso.

Trescientos euros para esto, pensó Alexia, sonriendo irónicamente por su mala suerte. Si lo hubiese planeado con tiempo, se habría ido en tren a pasar esas fechas en compañía de su familia. Pero todos estaban completos, ni un solo asiento, ni siquiera en primera clase, y no le había quedado más remedio que comprar un billete de avión en el último momento. Como consecuencia, había pagado una pequeña fortuna por un minúsculo asiento en aquella lata con alas, exactamente la mitad de lo que le habría costado el viaje organizado por sus amigas.

Comprendió entonces que este viaje ejemplificaba la frustración que sentía. Si no hubiese sido por la insistencia de su madre (o mejor dicho, por su exquisito dominio del chantaje emocional), ahora mismo estaría camino de un divertido complejo hotelero que sus amigas habían reservado en la costa gaditana. Allí habría la misma cantidad de viajeros, quizá incluso más, pero a diferencia de su situación actual, estaría acompañada de sus amigas, berreando las canciones que pusieran en la radio o bebiendo cerveza a mansalva para amenizar el viaje. En cambio, estaba sola en un aeropuerto, rodeada de viajeros con caras largas y grandes maletas, limpiadores mal pagados, deprimentes anuncios publicitarios (Benalmádena. Todo incluido, 300 euros) y la terrible sensación de que había malgastado su dinero para ir, nada más y nada menos, que a la casa de veraneo de sus progenitores.

Era la pesadilla perfecta.

Se dejó caer de nuevo sobre el suelo de la terminal, sin saber muy

bien en qué emplear su tiempo. Podía levantarse y pedirse el enésimo café del día u optar por un zumo esta vez, pero se sentía saciada y le repateaba comprobar que el dependiente de la cafetería empezaba a mirarla con cierta condescendencia.

Siempre quedaba la posibilidad de llamar a alguien. Tenía batería para unas cuantas horas más, aunque no estaba muy segura de con quién le apetecía contactar en una situación semejante. Pensó de inmediato en su amiga Carla, pero dudó unos segundos, porque Carla estaba metida en ese coche, el que se dirigía ahora hacia la costa gaditana, en el que ella misma debería haber estado. Y dudó también porque Carla no perdería oportunidad de hacerle notar que, una vez más, estaba cediendo a los chantajes emocionales de su madre. Ante esto, no podía objetar nada. Habría sido inútil hacerlo, entre otras cosas porque su vida seguía varada en el mismo punto desde tiempos inmemoriales.

Alexia tenía veintisiete años. No era ni fea ni guapa, del montón, tal vez atractiva, en especial los días en los que decidía prestarse un poco más de atención. Tenía, además, otras cosas, como por ejemplo: una vida sentimental estilo montaña rusa, con tantas subidas como bajadas; un empleo mal pagado; una jefa espantosa que nunca valoraba sus esfuerzos; una madre absorbente que todavía no se había enterado de que su hija hacía tiempo que rebasaba la mayoría de edad; un complejo de culpabilidad gracias a su educación en colegio de monjas; una ex que le destrozó el corazón; una hermana menor con más personalidad y rebeldía de lo que ella jamás llegó a soñar y la perenne sensación de que en algún momento del camino adulto había tomado la ruta equivocada. Ahí se acababa su lista de bienes

personales, y a menudo se preguntaba dónde habían quedado los sueños locos de recorrer el mundo entero subida en una autocaravana estilo vintage o convertirse en una mujer de éxito que con una simple llamada pudiera influir en la vida de miles de personas. ¿Qué había sido de eso? ¿En qué momento se convirtió en una más, alguien del montón, una de esas personas que toma el transporte público por la mañana luciendo una nada recomendable cara de sabueso?

Alexia desconocía las respuestas a estas preguntas, a menudo ya ni siquiera se las hacía. Deambulaba por la vida como lo haría cualquiera, con la única meta de llegar a fin de mes y tomarse una copa con los amigos los fines de semana para olvidar las penas de la oficina. En aquella ocasión, sentada en el suelo de la terminal del aeropuerto de Madrid, tampoco se detuvo un segundo a pensar en estas cuestiones. Estaba demasiado ofuscada valorando a quién podía llamar para matar el tiempo de espera y casi de manera mecánica marcó el número de Carla, quizá porque su cuerpo estaba en el aeropuerto, pero su alma, de algún modo, iba metida en aquel coche.

Carla no se hizo de rogar. Contestó al segundo tono con su característico buen humor:

—¡Hou, hou, hou! ¡Feliz Navidad!

—¿Feliz Navidad? ¿Cuántas copas te has tomado ya? —Alexia se imaginó el interior de ese coche y el estado de sus ocupantes. Podía escuchar la música retumbando a todo volumen en los altavoces y le asaltó un pellizco de envidia.

—Ninguna, salvo que cuentes la cerveza *sin alcohol* que nos

tomamos antes de salir. Solo estoy contenta. ¿Y tú qué? ¿Ya estás en terreno andaluz? ¿Qué tal te tratan?

—Los andaluces no sé; pero los empleados del aeropuerto me miran con cara de pena. Sigo en Barajas. El vuelo está retrasado de forma indefinida.

Su amiga Carla, casi con total seguridad, estaría ahora sonriendo. Se lo había advertido, que meterse en un aeropuerto a principios de agosto era una verdadera locura, los vuelos tendrían problemas para despegar. Alexia esperaba escuchar un «te lo dije» de un momento a otro, por eso prefirió adelantarse:

—Ya sé que me lo dijiste, no hace falta que me lo recuerdes.

—Bueno, está claro que esto no te habría pasado si te hubieras venido con nosotras.

—Sí, y el cambio climático no existiría si la gente apagara las luces y dejara de usar aerosoles. ¿Qué puedo decir? La vida es una mierda.

—Yo solo digo que pasar las vacaciones con la familia es muy siglo veinte. Deberías modernizarte.

—Claro, pero no eres tú quien tiene que aguantar a mi madre — refunfuñó Alexia.

Apoyó la mano en la frente con desesperación. Las otras dos ocupantes del coche hablaban y se reían. Alexia apenas las conocía, eran amigas de Carla, pero parecían estar pasándose lo francamente bien. Ella, en cambio, tenía que soportar la mirada fija de un adolescente japonés que no le quitaba ojo de encima. El mundo era un lugar desequilibrado.

—Lo que te pasa es que no sabes decir que no, y por culpa de eso te vas a perder el mejor viaje del año —contraatacó Carla.

Ahora que lo pensaba, tal vez no hubiera sido buena idea llamarla...

—Gracias, tú sí que sabes cómo apoyar a una amiga, Car.

—¿Qué puedo decir? Son años de práctica—. Carla hizo una pausa para recapitular. —De todos modos, si yo fuera tú, intentaría animarme. Ahora ya está hecho. Te vas, saludas a tus padres, intentas pasártelo lo mejor que puedas y el año que viene nos vamos tú y yo adonde sea.

Barajó mentalmente esta posibilidad. Le gustaba la idea de pasar unas vacaciones fuera, en cualquier destino que su ligero bolsillo pudiera pagar, aunque no estaba segura de haber aprendido la lección. Cada verano se decía a sí misma que el siguiente haría lo que le viniera en gana, y cada verano acababa cediendo a las presiones de su madre. Casi podía imaginar la cara que pondría si le propusiera algo así. Le diría que había perdido el juicio, que las vacaciones eran para pasarlas con la familia, que tenía que regresar a casa al menos unos días, que no podía dejarles solos todo el verano. ¿Solos? ¿Y qué ocurría con su hermana? Tenía diecisiete años, edad suficiente para ser una buena acompañante, o al menos, Alexia a su edad ya lo era. El problema radicaba en que Paula, la hija más consentida del planeta, estaba demasiado centrada en sí misma para reparar en estas responsabilidades familiares y al final siempre era ella la que tenía que transigir y ceder.

El mundo era un lugar, definitivamente, hostil.

—Lo sé, lo sé, tienes razón —le dijo entonces a Carla—. Y este año es todavía peor porque han invitado a sus mejores amigos.

—¿Y cuál es el problema? ¿Son coñazo?

—No, son encantadores, pero no me apetece estar poniendo buena cara a todas horas.

—Alex, tú no eres la sirvienta, solo eres la hija.

—Ya lo sé, pero ya me conoces.

—Rosa, baja la música, que no oigo nada. Hey, ¿sigues ahí?

—Sí, mi planta y yo seguimos aquí —replicó, mirando con culpabilidad la pequeña planta que la acompañaba. Se había prometido a sí misma que no lo haría, pero...

—No me digas que te la has llevado... —protestó Carla.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Dejarla en casa todo el verano?

—¡Sí! —replicó su amiga con enfado—. Eso es exactamente lo que deberías haber hecho. No le va a pasar nada porque no la riegues unos días.

—Yo qué sé, Carla, nunca he tenido una planta. Ahora ya me la he traído, es demasiado tarde.

Alexia pudo imaginar la cara de su amiga, entre escéptica y desesperada, muy parecida a la que su madre ponía cada vez que no conseguía hacerle entrar en razón. Pero Carla era tendente al melodrama. Tampoco había que dramatizar de ese modo. ¿Y qué si se había llevado consigo la maldita planta que le regaló su maldita ex? ¿Y qué si esa fea planta era ya lo único que le quedaba de ella? Alexia

no tenía ni idea de cómo cuidar de un ser vivo y lo último que deseaba era regresar a casa y encontrar la planta muerta. Eso sí que no se lo habría perdonado.

—Tienes que dejarla ir. Lo digo en serio.

—¿A la planta?

—No, imbécil, a Laura.

—Ya la he dejado ir —protestó Alexia —, se fue ella sola, de hecho. —Sin darse cuenta había elevado tanto el volumen de su voz que los ojos del adolescente japonés se abrieron con sorpresa. Los padres del interfecto le dedicaron una mirada de reproche.

—Razón de más para que la olvides y pases a otra cosa.

—Carla, solo porque haya traído la planta que me regaló no significa que me siga acordando de ella, ¿vale? Es *solo* una planta. Ya está.

—Vale, fiero, ya no te digo nada más. Pero si nos vamos de viaje el próximo verano, que sepas que el vegetal se queda en casa. Me importa un comino si se muere de un ataque de fotosíntesis o algo parecido.

Alexia puso los ojos en blanco. —¿Has terminado? Menos mal que te he llamado para que me animaras.

—No, en realidad no he terminado —replicó Carla—. Rosa, en serio, baja la música, está altísima.

—¿No? —Alexia arqueó las cejas con sorpresa.

—No. Quiero que pases unas *buenas* vacaciones —dijo por fin su amiga en su tono más dulce—. Quiero que desconectes, que apagues

el móvil y no le cojas el teléfono a tu jefa aunque te diga que su vida depende de ello. Prométeme que lo harás.

—Puedo intentarlo...

—No, prométemelo.

—Vale, te lo prometo.

—Buena chica. Te llamo estos días.

—Vale. Pásatelo genial y no bebas si vas a conducir.

Alexia se sintió un poco más animada cuando colgó el teléfono.

Carla tenía razón. Necesitaba desconectar, alejarse de su rutina diaria e intentar disfrutar. En ese momento, a pesar del turista con sandalias y calcetines blancos que pasó delante de ella, una imagen de lo más absurda, pensó que nada podría arruinarle su buen humor. Ni el retraso, tampoco ni la mirada escrutadora del adolescente japonés. ¿Sería verdad? ¿Por fin se había contagiado del espíritu vacacional?

Se sintió tan invencible que incluso le dedicó una sonrisa al japonesito indiscreto. Pero es que entonces estaba muy lejos de imaginar lo que ocurriría al día siguiente. O mejor dicho, *quién* ocurriría al día siguiente. Si se lo hubiesen dicho, con toda probabilidad habría mirado con inquina al hombre de los calcetines blancos, le habría sacado la lengua al japonés metomentodo y se habría negado a coger ese avión.

Si se lo hubiesen dicho, esta historia no habría existido.

2. Furiosa

El reloj del salpicadero marcaba casi las doce cuando por fin se subieron al coche. La visibilidad era tan limitada que su padre tenía que usar las luces largas para iluminar la carretera.

Hacía una noche preciosa, de cielo estrellado y brisa cálida, y Alexia se sentía feliz por el mero hecho de haber dejado atrás su espera aeroportuaria. Ni un mísero bocadillo les habían dado en el vuelo, pero si todo iba según lo previsto en unos minutos estaría en casa, la nevera llena y las ventanas abiertas con la brisa del mar llenando todas las estancias. Este pensamiento tan sencillo le hizo sentir en paz.

—¿Tienes hambre? ¿Has cenado? —Su madre se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa radiante. Cinco abrazos y varios besos después, seguía con ganas de achuchar a su hija.

Alexia negó con la cabeza. —He cenado algo en el aeropuerto.

—Qué pena, tu padre ha comprado unas piezas de caza exquisitas.

Su padre la miró por el espejo retrovisor y sonrió con orgullo.

—Mamá, ya sabes que no como carne. Y menos de caza.

—Así estás de delgada —le reprochó su progenitora.

Alexia puso los ojos en blanco. Daba igual cuántas veces repitiera que era vegetariana, sus padres nunca lo respetarían, ni eso ni otras muchas cosas que atentaban, al parecer, contra su manera de

encauzar sus vidas.

—Tu madre tiene razón. Cuando has salido del avión me ha costado reconocerte.

—Papá, no exageres. El médico dice que estoy en mi peso ideal —refunfuñó, cansada de mantener la misma discusión cada vez que los visitaba.

Parecía obvio que estaba fuera del alcance de sus progenitores comprender sus preferencias alimenticias. Pero con veintisiete años sobre los hombros, ya nada le sorprendía. Sus padres no entendían ni su vegetarianismo ni la mayoría de sus elecciones o preferencias. Cinco años después de que hubiera partido rumbo a Madrid para buscar trabajo en la capital, seguían teniendo la esperanza de que algún día regresara a Huelva, su tierra natal. ¿Pero regresar para qué? ¿Ala vida aburrida de provincias? ¿Ala asfixiante certeza de que todos la conocían?

Cada vez que ponía un pie allí, se topaba con gente de su pasado a la que hacía años que no veía pero que la seguían tratando como si hubieran coincidido el día anterior. Esas mismas personas se consideraban, además, con derecho a opinar sobre su vida, y no eran pocas las miradas curiosas y los comentarios insidiosos los que aguantaba cuando la paraban por la calle. Al menos en Madrid podía ser una ciudadana anónima. Allí no tenía que soportar el constante acecho de sus vecinos, pues la gente directamente no se metía en los asuntos de los demás. Así que no, Alexia no tenía ninguna intención de abandonar su vida en la capital para confinarse en una localidad en donde hasta el panadero la saludaba como si fueran amigos íntimos.

Cansada de dar explicaciones que no iban a ser entendidas, se apresuró a cambiar de tema. Era el mejor de los recursos cuando la conversación circulaba por caminos que no le interesaba tomar:

—¿Han llegado ya los Aller?

—Mañana —dijo su madre con manifiesta alegría. Alsabel siempre le gustaba la compañía de los Aller, sus mejores amigos—. Les dijimos que llegaran un día más tarde para que pudieras acomodarte.

—No teníais por qué hacerlo, pero muchas gracias.

—Bueno, es que este año vamos a tener que hacer algún cambio.

Alexia frunció el ceño. *¿Cambio?* —¿Qué quieres decir?

—Su hija Malena también viene —le explicó entonces su padre.

—Sí, a ver cómo distribuimos las habitaciones —arguyó su madre.

Alexia sintió que su corazón se detenía. La sangre abandonó su rostro de pronto, aunque afortunadamente nadie más fue capaz de verlo, oscuro como estaba el asiento trasero del coche. *¿Malena? ¿La hija de los Aller iba a pasar las vacaciones con ellos?* Es decir, no solo tenía que arrepentirse de haberse gastado el dinero en un carísimo billete de avión para pasar sus únicos días libres con la familia, sino que ahora podía sumar a esa lista del horror la presencia de una persona a la que directamente detestaba.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes? —protestó, intentando controlar el mal humor que sentía pero fallando de manera estrepitosa.

—¡Es que no lo sabíamos! Nos lo confirmaron esta tarde. —Isabel, la madre de Alexia, no estaba mintiendo. Al menos, no del todo. Solo omitió contarle la parte en la que insistió a los Aller para que animaran

a su hija Malena a venir, ahora que estaba atravesando un mal trago personal.

—Bueno, pero podías habérmelo dicho cuando hablamos en el aeropuerto. Alo mejor me habría quedado en Madrid. —Alexia cruzó los brazos sobre el pecho, en señal de rechazo.

Estaba enfadadísima. La paz que antes había sentido pensando en la nevera llena se había esfumado por completo. Ahora solo sintió deseos de decirle a su padre que parara el coche, que ella se bajaba allí mismo. Le daba igual si la carretera estaba oscura o que apenas pasaran vehículos por ella. Si hubiese tenido agallas, se habría puesto a hacer autostop para que cualquier extraño la llevara de vuelta al aeropuerto. Una cosa era pasar las vacaciones con sus padres, algo que, de entrada, se le antojaba un poco de perdedora; otra muy diferente pasarlas junto a Malena Aller.

—Oh, cariño, no me creo que todavía andes con eso —intervino José, su padre. Alexia pudo ver por el espejo retrovisor que estaba sonriendo y eso empeoró su mal humor—. ¿Cuántos años han pasado desde la última vez que os visteis?

—No los suficientes.

—Alexia, por favor —la llamó al orden Isabel—. Te estás comportando como una chiquilla. Malena es una muchacha encantadora que está pasando por un mal momento y debemos recibirla como si fuera un miembro más de la familia.

—Bien, hazlo tú. Yo la recibiré como si fuera la última persona a la que me apetece ver —replicó, hundiendo la mejilla en la mano, con la mirada perdida más allá de la carretera.

—Pepe, dile algo.

—Déjala por ahora. Está sorprendida, es normal. Seguro que se le pasará —aseguró su padre.

Alexia sintió ganas de bufar. Por supuesto que no se le iba a pasar. Estaba claro que habían transcurrido muchos años desde la última vez que había visto a Malena. Si no recordaba mal, habían coincidido unas vacaciones de Navidad en una céntrica calle de Huelva. En esa ocasión se saludaron de mala gana, en la distancia, con un leve alzamiento de cejas, antes de proseguir su camino. Por lo tanto, carecía de motivos para pensar que ahora iban a llevarse mejor que durante sus años de colegio. Lo que debía hacer era ignorarla. Sería amable pero distante, eso es todo lo que Malena Aller podía esperar de ella.

Inmersa como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que casi habían llegado a la casa. Cuando su padre tomó la última curva que conducía al pequeño camino donde estaba situada, recordó que no se había interesado por el paradero de su hermana.

—¿Y Paula?

—Ha salido con sus amigos —la informó Isabel.

Ahí estaba. La diferencia. Paula tenía diecisiete años pero podía salir un martes por la noche hasta las tantas. Cuando Alexia tenía su edad, su toque de queda era a las once y únicamente le estaba permitido salir los fines de semana. Pensó en hacerles notar el agravio comparativo, pero convencida de que no serviría de nada, lo único que hizo fue bajar del coche y ansiar la soledad de su cuarto.

Hogar, dulce hogar.

Alexia se despertó temprano a la mañana siguiente. El pasillo olía a pan tostado y a café recién hecho. Este aroma solía ponerle de buen humor, pero un agudo dolor de espalda le impidió disfrutarlo.

Habían hecho el reparto de camas la noche anterior. Como la habitación de invitados iba a estar ocupada por los Aller, Isabel opinaba que lo mejor sería que Alexia durmiera con su hermana para cederle su habitación a Malena.

—¿Y por qué tiene que ser la mía? ¿Por qué no puede ser la suya?
—protestó Alex, señalando a su hermana Paula sin molestarse en mirarla. Se sentía tan irritada que estuvo a punto de verter el vaso de leche que llevaba en la mano.

Su madre frunció el ceño. —¿Con todos los trastos que tiene por ahí? Ni hablar.

—Puede quitarlos.

—Está demasiado desordenada...

—Me ofrezco a limpiársela. Por eso no hay problema.

—Pero es la habitación de una adolescente. —Paula sonrió en este momento, como si se sintiera orgullosa de los posters de grupos de pop que adornaban las paredes de su habitación—. Creo que Malena se sentirá mucho mejor si le cedemos la tuya.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—¿Y si no quiero hacerlo yo? —contraatacó Paula, cruzándose de brazos.

—Nadie te ha pedido tu opinión.

—No necesito tu permiso para darla.

—¡Chicas, por favor! Acabáis de veros, no empecéis a pelear — intentó poner orden Isabel—. Ya está decidido: Alex, cariño, lo siento, estos días tendrás que compartir cuarto con tu hermana.

Alexia abrió la boca para protestar, pero se detuvo al advertir la mirada de su madre. Conocía esa mirada. Las cejas ligeramente curvadas, un brillo peligroso en sus ojos de color avellana. La usaba siempre que una decisión estaba tomada. Discutir con ella habría sido malgastar saliva.

—Vale, mañana la dejaré libre.

—No, cariño, tiene que ser esta noche.

—¿Por qué esta noche?

—Porque los Aller vendrán temprano por la mañana. Y no quiero que Malena se encuentre con la habitación desordenada. Además, habría que cambiar todas las sábanas y es un jaleo —le explicó Isabel.

Alexia puso los ojos en blanco. ¿Podía ser cierto? ¿La princesita Malena no podía dormir en unas sábanas usadas?

—Pero...

—Sin peros.

—Vale, como quieras, entonces dormiré en el salón. No pienso compartir cuarto con ella —bufó Alexia, perforando con la mirada a su hermana. Se dirigió a su habitación de mala gana para retirar la maleta y sus cosas personales.

Al principio le pareció que dormir en el sofá-cama era la mejor decisión. Alexia no deseaba por nada del mundo pasar sus únicas vacaciones compartiendo cuarto con su hermana pequeña. Conocía sus hábitos nocturnos. Paula era una persona capaz de estar colgada al móvil hasta las dos de la madrugada o de ver películas en su ordenador sin molestarse en ponerse los cascos. Pero ahora se estaba arrepintiendo de haber tomado la decisión de dormir en el sofá-cama.

Si es que a eso podía llamarle cama, pensó con acritud, dedicándole una mirada de odio al colchón en el que había dormido. Solo otra persona había pasado una noche entera allí: su tía Celia y ahora lo entendía perfectamente. Aquel sofá-cama era un artilugio diseñado para la tortura. Nunca en su vida había pasado la noche en un lecho tan incómodo. Le dolía el cuello, la espalda y sentía las extremidades rígidas.

Alexia maldijo cuando se incorporó, tratando de reprimir las ganas de despertar a Paula a almohadazos y asaltar su cómoda cama. No llevaba ni siquiera un día allí y ya estaba deseando regresar a Madrid. «Te lo dije», le diría Carla cuando se lo contara y ella no tendría más remedio que darle la razón.

Caminó en dirección a la cocina, pero cambió de idea al pasar cerca del cuarto de baño. Alexia desconocía qué rumbo había tomado la vida de Malena desde que habían terminado el instituto. Sabía que había estudiado Medicina, pero eso no significaba absolutamente nada. Conocía a licenciados que todavía estaban tratando de aprobar el MIR y a residentes que aborrecían sus largas jornadas laborales y las interminables urgencias. Podía ser que Malena fuera una persona desdichada, a pesar de haber estudiado algo que le gustaba. Y no es

que le deseara mal a nadie, ni siquiera a ella, pero su lado más vanidoso jugueteó por un momento con la idea de que su excompañera de instituto se hubiera convertido en un ser anodino y gris, sin mayor propósito que estar en el mundo. Si así fuera, entonces resultaría sencillo brillar a su lado. Le bastaría con deslizarse en la conversación un par de anécdotas sobre el día en el que se encontró en una discoteca con Javier Bardem. O aquel otro en el que se topó con Almodóvar en la calle. Por supuesto, Malena no tenía por qué saber que en el primer caso había un vigilante de seguridad del tamaño de un armario que la separaba de la zona VIP en donde estaba el actor. O que su encontronazo con el director de cine sucedió de manera literal, porque en aquella ocasión estaba distraída mirando la cartelera de un cine y acabó estampándose con Almodóvar de una manera muy aparatosa.

Esos detalles no eran importantes. Podía omitirlos. Alexia solo necesitaba modelar su discurso para dar a entender que tenía una vida fabulosa en Madrid. Aunque su realidad fuera muy diferente. Vivía en un apartamento con dimensiones de ratonera por el que pagaba una pequeña fortuna, tenía un trabajo mal pagado y su jefa era una explotadora sin corazón. Pero Malena no tenía por qué saber estos pormenores y con un poco de suerte tampoco los descubriría. Tan solo debía recordar sobornar a su hermana Paula para que mantuviera la boca cerrada. Esperaba que veinte euros fueran suficiente. La última vez lo habían sido, aunque a lo mejor ahora había subido la tarifa.

Pequeña explotadora.

Tomó un par de prendas que había dejado en lo alto de la maleta y se dirigió al baño. Alexia tardó más de media hora en salir. Se dio una

larga ducha, se aplicó sus cremas favoritas, un poco de perfume. No era amiga del maquillaje, pero decidió ponerse máscara y sombra para resaltar sus ojos de color avellana. Se miró al espejo y se atusó su larga melena castaña. Era afortunada porque esos días estaba atravesando lo que ella llamaba una etapa de buen pelo. Esta era la etapa en la que su cabello no se convertía en una mata de alambres indomables que le daba aspecto de haber escapado de un manicomio cercano.

Se miró una última vez al espejo, solo para constatar que sus esfuerzos habían servido de algo. Advirtió que seguía teniendo la misma cara de persona común y pensó que no le hubiese importado que sus ojos parecieran un poco más grandes o tener unos pómulos marcados, pero el resultado era igualmente satisfactorio. Estaba atractiva y en aquel momento le dio la sensación de que estaba lista para recibir a Malena.

Cuando entró en la cocina, su madre se encontraba leyendo el periódico y su padre estaba lavando los cacharros del desayuno.

—Buenos días, qué madrugadora —apreció José.

Isabel bajó el periódico y se quitó las gafas de leer para dedicarle una sonrisa. Adiferencia de ellos, que estaban en pijama, Alexia apareció en la cocina arreglada como si planeara visitar un museo de arte urbano.

Los ojos de Isabel recorrieron a su hija de arriba abajo, como un escáner.

—¿Te vistes para desayunar? —le dijo con cierto sarcasmo.

Alexia cogió un trozo de pan que había en el centro de la mesa y se

lo llevó a la boca. Tras darle un mordisco, se encogió de hombros.

—A veces —contestó vagamente, sin entrar en detalles. Por nada del mundo pensaba confesar su arranque de vanidad—. ¿Todavía no han llegado los Aller?

José miró su reloj de pulsera. —Deberían estar a punto. Aunque no sé a qué hora llegará su hija.

—¿No viene con ellos?

—No, viaja en su propio coche —explicó Isabel.

—Genial. Entonces he dormido en el sofá para nada. Muchas gracias.

—Ay, hija, qué mal humor tienes recién levantada.

—No estoy recién levantada y no tengo mal humor —respondió Alexia entre dientes—. ¿Y qué es lo que le ha pasado, exactamente?

—¿A quién? ¿A Malena? —se interesó Isabel.

Alexia asintió.

—Lo ha dejado con su novio Bruno. Llevaban juntos muchísimos años.

—Una pena —replicó Alexia con tanto sarcasmo que José no pudo evitar sonreír.

—Hija, no seas cruel. No es de buen gusto reírse de las desgracias ajenas.

Alexia le guiñó un ojo a su padre y se sirvió un poco de café. —
¿Vais a bajar a la playa?

—Eso espero —intervino José, apaciguador—. Se ha despertado

un poco nublado, pero las nubes se irán enseguida.

Alex asintió.

A sus padres les encantaba ir a la playa. Podían pasarse el día entero tumbados en una hamaca, practicando deportes acuáticos o tomando el sol. Su hermana Paula compartía la misma pasión que sus progenitores. Ella, en cambio, no tenía conciencia exacta del momento en el que empezó a aborrecer la arena y todo lo que tuviera relación con ella. Pero recordaba escenas de verdadero terror en su infancia, cuando su madre se empeñaba en obligarla a bajar a la playa para que hicieran castillos de arena juntas. O a que tomara el sol sin camiseta, a pesar de que era alérgica y su cuerpo se llenaba de dolorosas ronchas cuando lo hacía durante mucho tiempo. Su padre intentó inculcarle su amor por los deportes acuáticos, pero Alexia lloraba cada vez que sus pies se posaban sobre la superficie de su tabla de windsurf, o si José se empeñaba en llevarla a pasear en su lanchita de remos. Al final, todos acabaron desistiendo y solo cuando llegó la pequeña Paula (o «un maravilloso error de la naturaleza», como Isabel solía referirse a su hija menor), consiguieron ver sus anhelos colmados. Paula se convirtió en una magnífica windsurfista y en una excelente kitesurfista. Había ganado varios campeonatos en esta última modalidad. Alexia, en cambio, seguía aborreciendo la playa. Cada año lo hacía un poco más.

—¿Te animas? —preguntó José con una sonrisa. Conocía de sobra la respuesta.

—Tal vez otro día. Hoy prefiero quedarme en la piscina.

—Como quieras.

En ese momento sonó el móvil de Isabel. Un mensaje.

—Están a menos de una hora. Dicen que dejan las cosas y nos vamos a la playa. ¿Qué les digo?

José sonrió.

—Que vale, estamos listos. —Miró de nuevo su reloj de pulsera—. Pero será mejor que nos demos prisa o nos encontrarán todavía en pijama.

—Bien, voy a despertar a Paula por si quiere venir con nosotros —dijo Isabel.

En menos de un minuto la cocina se había quedado vacía. Alexia, todavía con su desayuno a medias, observó la estancia con la boca abierta y tuvo la sensación de ser una extraterrestre. Quiénes eran aquellos seres o por qué debía llamarles familia, lo desconocía, pues no podía tener menos en común con ellos.

Meneó la cabeza y dio otro mordisco a su tostada.

Las próximas vacaciones las pasaría en una estación de esquí, con gorro y bufanda. Muy lejos de allí.

3. En casa

El parabrisas emitía un sonido repetitivo que comenzaba a adormecer a Malena. Había pasado toda la noche conduciendo y se sentía exhausta. Meneó la cabeza y trató de concentrarse en el tráfico. A pesar de ser verano, llovía descaradamente en uno de los tramos más complicados del camino y tuvo que subir el volumen de la radio para no sucumbir al sueño.

Empezó a sonar *Can't help falling in love* y sin poder remediarlo Malena comenzó a tararearla con algunas lágrimas asomando a sus ojos.

Se acordó de Bruno sonriéndole desde el marco de la puerta de la cocina, diciendo que había lasaña para cenar, de sus extravagantes gustos cinematográficos y de sus manos ásperas y grandes acariciándole el pelo.

Entonces hizo un esfuerzo por recordar las razones por las que habían terminado su relación. El vacío enorme que sentía cuando se miraban a los ojos. El sentimiento permanente de que funcionaban de maneras distintas. Aquellas frases lapidarias: «No pertenecemos al mismo tipo de personas. Tú eres de las que vuelan, Male, yo soy de los que prefieren quedarse en tierra».

Era verdad. Aella le gustaba volar. En todos los sentidos.

Habían pasado meses desde su ruptura, pero todavía no había conseguido superar la ausencia de su mejor amigo. Sus

conversaciones en la cama antes de dormir, las risas en las colas del supermercado, los planes que quedaron por hacer, como ese viaje al norte de Italia o aquella película que ya habían quitado de los cines.

Bruno había sido el eje de su vida durante tres años y ahora Malena sentía que giraba de forma arbitraria y caótica. Necesitaba volver a casa para retomar el contacto con sus padres y algunos amigos, permanecer en silencio unos días.

«Ya no te quiero».

«Yo tampoco te quiero».

¿Qué podrían haber hecho con algo así? Nada.

Sonrió con amargura al recordar sus intentos fallidos por encontrar un sustituto perfecto con antiguos amantes o amigos. Había estado a punto de acostarse con ellos en más de una ocasión porque parecían más que dispuestos a consolarla y complacerla, pero el simple hecho de desnudarse física y emocionalmente con otra persona la horrorizaba en ese momento. Algo dentro de ella le decía que volvería a sentirse perdida, sola y vacía con todos ellos. Tenían la misma mirada, las mismas manos ásperas y entreabrían los labios con la intención de besarla con estrategias idénticas. No eran iguales entre ellos. En absoluto. Pero se parecían. O eso pensaba Malena.

A veces sentía que las personas eran demasiado predecibles como para sorprenderse con ellas. Después de dos relaciones formales, había llegado a la conclusión de que el amor era otra cosa. Una sacudida alucinante, algo que iba más allá de cenas los viernes y sexo los fines de semana.

La vida tenía que ser otra cosa.

Malena trabajaba en un hospital con horarios cambiantes e insoportables que le permitían un ocio limitado y unas relaciones sociales escasas. Además, le exigían tal concentración que cuando salía de las interminables guardias solo quería dormir.

A veces se le hacía extraño haber acabado en Barcelona, lejos de todo lo que le importaba en esos momentos. Sus amigos, su familia, el sur... ¿Por qué se empeñó en irse? Por Bruno. Era la única manera de estar juntos y ahora se preguntaba si había tomado la decisión correcta. Incluso su admiración por Bruno se había esfumado. Todo.

La fugacidad de sus emociones conseguía asustarla. ¿Y si las cosas funcionaban así? ¿Y si era una completa incapaz para amar algo o alguien?

Cuando tenía diecisiete años, las madres de sus mejores amigos la percibían como la novia perfecta para sus hijos. Era una chica muy responsable, amable y educada. Sus padres también parecían orgullosos. Pero ¿y ella? ¿Qué sentía Malena a esa edad? Vértigo. A pesar de ser de las primeras de su pandilla que mantuvo relaciones sexuales, o una de las líderes de su clase, o incluso brillante en sus estudios, Malena siempre se sintió mediocre para aferrarse a algo con seguridad. Detrás de su seguro caminar había un paisaje gris y una tristeza abrumadora.

El teléfono empezó a sonar. Recordó haberlo conectado al coche, así que respondió con rapidez al comprobar que era su madre. La necesitaba.

—Cariño, ¿cómo va la carretera?

—Bien, mamá —dijo cerrando los ojos un instante al escuchar la

voz.

—Ve con cuidado, ¿vale? Estamos aquí esperándote. Qué ganas tengo de verte.

—Yo también.

Comenzaron a hablar de otras cosas. Su madre siempre tenía conversación. Le dijo que la esperaban en la casa de sus mejores amigos, que les hacía ilusión compartir unos días juntos y le recordó que además estaría Alexia, que al menos tendría con quién hablar.

Malena sonrió, meneando la cabeza.

—Sí, ya, mamá. Seguro que nos llevamos estupendamente.

—¿Por qué no, hija? Sois de la misma edad. Ya sois mayorcitas para dejaros de tonterías.

—Yo no tengo nada en su contra. Lo sabes muy bien. Pero somos muy distintas y parece que haya algo en mí que le moleste.

—Lo ha pasado mal, Malena, pero es una buena persona.

—Bueno, ya veremos. Estoy agotada, espero tener una cama decente.

—Que sí, princesa. No te preocupes. En nada estarás tomando gazpacho y echándote unas buenas risas conmigo.

—Espero reírme —pensó en voz alta.

—Claro que sí, hija.

—Pero no me hagas preguntas difíciles sobre Bruno...

—No pensaba hacerlo. Te conozco muy bien.

—Gracias, mamá.

Malena no era capaz de hablar de Bruno todavía, le entristecía enormemente tener que explicar las razones de todo. Le sobrepasaba la pérdida y la gente alrededor con un gesto de desaprobación pidiéndole explicaciones.

Paró en una gasolinera y compró un par de chocolatinas pensando que necesitaba algo para mantenerse despierta. Llevaba conduciendo demasiadas horas.

—Y póngame cuarenta euros de diésel, que quiero llenar el depósito —le pidió a la chica que tecleaba cifras en la caja registradora.

Después salió del establecimiento feliz de que hubiera dejado de llover. El sur. Su querida tierra plagada de girasoles, olivos, personas acogedoras y entrañables. El olor a mar. A infancia.

Cuando se dio cuenta, se había llenado los pies de gasolina.

—¡Mierda!

Había llenado el depósito demasiado y maldijo todo: el sur, el calor, el coche, a Bruno, mientras se dirigía al aseo.

Últimamente se sentía en una noria. Todo iba cambiando a lo largo de los días, ella necesitaba volver a encontrarse.

Se miró en el espejo del baño y observó su ceño fruncido. Tenía el cabello muy largo, castaño, y los ojos verdes y tristes. Se lavó las manos. Repasó su lápiz de labios. Trató de sonreír y volvió al coche.

Arrancó y pensó arbitrariamente en Alexia. ¿Habría cambiado? ¿Habría superado aquellas inseguridades? ¿Estaría también su novia? alguna vez su madre le había contado que salía con una chica.

La verdad es que la idea le parecía agradable, al menos Alexia había ganado confianza en sí misma como para vivir según sus gustos y necesidades. Aella le gustaban las personas así, con el coraje suficiente como para elegir por sí mismas, no importaba en qué ámbito. A veces tenía la sensación de haberse dejado llevar por lo que otros hacían.

El problema era que Alexia siempre se había mostrado huraña e insoportable con ella, intuía que tenía un concepto equivocado, como si la juzgara. Malena no juzgaba en absoluto a Alexia, pero no deseaba convencer a nadie. Estaba tan cansada que solo podía pensar en rodearse de gente que la quisiera como era y en dormir durante horas.

Tamborileó sus dedos sobre el volante al ritmo de una conocida canción veraniega y se dejó llevar por los recuerdos apacibles de veranos anteriores. A veces le bastaba con eso para sentirse bien.

Sintió un agudo dolor en el cuello cuando finalmente llegó a la bonita casa de los amigos de sus padres. Aún recordaba la dirección. Se quedó sentada en el coche unos minutos, como si le fallasen las fuerzas para salir y enfrentarse a sus padres. No quería que la notasen más delgada ni preocuparles. Observó aquella casa. La verja entreabierta, los setos, algunos naranjos. Entró y escuchó los ladridos de una perrita, sus pasitos hacia ella.

—¡Hola, pequeña!

El animal se abalanzó sobre ella, llenándola de besos y meneando la cola de alegría. Malena se agachó para tomarla en sus brazos y acariciarla.

Se adentró en la parcela de la casa, parecía no haber nadie. Mejor así. Tendría tiempo para adecentarse. Probablemente, estarían dándose un baño en la playa.

El mar. El mar del sur. El pescado frito. La gente escandalosamente feliz. La brisa. El calor.

Dejó su equipaje en la entrada. Llamó al timbre, pero nadie contestó y decidió merodear un poco por la parte de atrás de la casa, por si había alguien en el jardín. En ese momento sintió la presencia de otra persona y se dirigió a la zona de la cocina, que estaba pegada al porche trasero.

Entonces Malena se llevó las manos a la boca para ahogar una carcajada sincera cuando vio a Alexia con una camiseta y el cabello enmarañado como si acabase de recibir un calambre. Su excompañera de clase la miró con seriedad y ninguna de las dos acertó a decir nada coherente.

4. ¿Caca?

Aquello no podía estar pasando. No así. No ahora. No después de las molestias que se había tomado horas antes para parecer la mujer más sofisticada del planeta. Aquello era una pesadilla y Alexia no tenía manera de escapar de ella.

¿Cómo había ocurrido este desastre?

Todo lo que recordaba era haberse despedido de sus padres y de los Aller. Habían llegado a la hora prevista, como si hubieran calculado el tiempo con un cronómetro. Se instalaron rápido en la habitación de invitados. En menos de media hora estaban todos listos para irse a la playa. Alexia intercambió besos y se despidió con la mano. «Adiós, pasadlo bien», les dijo desde la puerta, la perrita de sus padres ladrándoles con enfado porque no se la llevaban. Se agachó para impedir que se fuera detrás de Isabel. «Malena no llegará hasta la noche, así que no te preocupes por nada. Estaremos de vuelta antes de que llegue. Tienes pollo en la nevera», le dijo su madre y ella se alegró de no tener que estar pendiente de móviles o timbres. Ahogó, no obstante, la protesta que rondaba su mente: «No como carne, mamá», porque sabía que recordárselo no serviría de nada.

Alexia decidió entonces que podía relajarse. Les vio salir por la verja de entrada, cerró la puerta e inmediatamente se dirigió a su habitación para ponerse su pantalón de pijama más viejo, una camiseta raída de sus tiempos universitarios y unas zapatillas horribles,

regalo de la graciosa de su hermana, las Navidades pasadas. Eran las únicas que tenía en el armario. Ridículas, pero muy cómodas. Con eso le bastaba.

Había dormido tan mal esa noche que lo único que deseaba era echarse un rato, descansar un par de horas más en una cama decente. Pero antes hizo una parada técnica en la cocina. Bebió un yogur líquido de chocolate y estaba tan cansada que buena parte de él se derramó sobre su camiseta. Le dio igual. En ese momento solo quería dormir, ya tendría tiempo después para echar la prenda en la cesta de la colada.

Se metió en la cama y sonrió con una paz infinita al sentir la comodidad de su colchón, del suavizante en las sábanas, muy diferente a la monstruosidad del sofá-cama torturador donde dormiría el resto de las vacaciones. Tenía tiempo para cambiar las sábanas antes de que Malena llegara. Y si no, que se fastidiara. Ala princesita no le iba a pasar nada por dormir en unas sábanas usadas.

Antes de que pudiera contar hasta diez, ya estaba sumida en un sueño placentero y profundo. Había soñado algo bonito, aunque ahora no recordaba los detalles, pero le dejó un buen sabor de boca cuando volvió a ser consciente de su entorno. Había dormido tan profundamente que le pareció estar imaginando que alguien llamaba al timbre de la puerta. Abrió los ojos y escuchó con atención. El despertador marcaba las doce y media de la mañana. Llevaba varias horas dormida, así que, de todos modos, ya iba siendo hora de que se espabilara. Se puso las horribles zapatillas que le regaló su hermana y fue hasta la cocina, con las pestañas todavía pegadas, bostezando afectadamente.

Solo cuando vio aquella silueta merodeando las ventanas de la cocina comprendió la tesitura en la que encontraba. Malena la miraba fijamente desde el patio. ¿Estaba soñando? No. Malena Aller estaba allí, le pareció ver que esbozaba una sonrisa divertida y que su mirada verde analizaba con curiosidad su atuendo.

Alexia abrió los ojos con sorpresa. De pronto se sintió completamente desvelada. Malena había llegado antes de lo previsto y estaba fantástica. Ella, en cambio, tenía un estado lamentable. Su momento de vanidad y sus esfuerzos por aparentar ser una glamurosa mujer de la capital no habían servido de nada. Al final se había encontrado con su excompañera de clase en el peor estado posible.

—¿Me abres? —escuchó que le decía, dando golpecitos en el cristal de la ventana.

Alexia asintió en medio de un ataque de pánico. El corazón le latía muy deprisa.

Salió corriendo hacia el pasillo y se miró en el espejo del aparador con verdadero terror. Tenía los ojos hinchados, el rímel corrido, la melena ensortijada como si se hubiera peleado contra una ráfaga de viento y una horrible mancha de chocolate en la camiseta. *¿Y si se ha creído que es caca?*, pensó, alarmada. Y negó con la cabeza, diciéndose a sí misma que debía dejarse de tonterías. La caca no podía llegar a una camiseta. *¿O sí? ¡No! Déjate de tonterías.*

Malena llamó con insistencia al timbre y la perra empezó a ladrar con nerviosismo.

Alexia se dirigió hacia la entrada, abrió la puerta y desapareció antes de que pudiera verla. Se negaba a encontrarse con ella de esta

manera, así que la dejó sola en el vestíbulo y se encerró en su habitación.

—¡Malena, dame un minuto! ¡Enseguida estoy contigo! —le gritó desde su interior.

—¡Vale! Te espero aquí.

Lo primero de todo era adecentar un poco el cuarto. Aunque a ella le daba igual, sabía que a su madre no le haría gracia si se enteraba de que había dejado la cama desecha y su ropa tirada encima de una silla, de cualquier manera. Alexia lo recogió todo, pero la perra no dejaba de ladrar demandando que le abriera. Cogió unos pantalones cortos, una camiseta limpia y se lanzó al cuarto de baño con la perrita enredándose en sus pies. «Lana, déjame, por favor», suplicó mientras cerraba la puerta a sus espaldas. Quería adecentarse, pero no disponía de mucho tiempo, así que se centró en lavarse la cara para quitarse los restos de maquillaje y las sombras negras que el rímel le había dejado bajo los ojos.

Cinco minutos después y casi sin resuello, se plantó de nuevo en el vestíbulo. Su excompañera la esperaba sentada sobre su maleta.

—Hola. Perdona, es que me has pillado en un mal momento —se disculpó apresuradamente.

Malena se levantó para darle dos besos. Eran casi de la misma estatura, aunque Alexia siempre había sido un poco más alta.

—Ya creía que no ibas a salir —bromeó Malena, acariciando la cabeza de la perrita—. Cuánto tiempo.

—Sí. Mucho. No recuerdo la última vez.

—La verdad es que yo tampoco. Lo estaba pensando antes, pero no lo recuerdo con claridad.

—Creo que fue un día de Navidad, en el centro —sugirió Alexia.

—Sí, puede ser.

Alexia metió las manos en los bolsillos, en clara señal de timidez al notar que Malena le dedicaba una sonrisa.

—Te ves bien. Como siempre, vaya —le dijo entonces Malena. Sus ojos se posaron en sus pies y reprimió una sonrisa.

De repente, Alexia fue consciente de que seguía llevando las absurdas zapatillas que le había regalado su hermana. Eran rosas y tenían unas largas orejas de conejo. Cruzó los pies de manera involuntaria, como si con este gesto pudiera esconderlas. Carraspeó con incomodidad.

—Ya, perdona. Normalmente, no suelo estar... así.

—No te disculpes, son muy monas.

—Sí, claro. Yo... Verás, me dijeron que vendrías más tarde.

—Mi viaje se ha adelantado un poco. Estuve a punto de avisar a mi madre, pero no quería que se preocupara. He estado conduciendo toda la noche.

Alexia arqueó las cejas con sorpresa. —Estarás cansada.

—Sí, un poco. Aunque tú también pareces agotada.

—He dormido en el sofá-cama.

—¿En el sofá-cama? —se sorprendió Malena.

—Bueno, mi madre... Hemos pensado que estarías mejor en mi

habitación. Ven, si quieres puedes dejar tus cosas allí y descansar un rato.

Le hizo una seña y echó a andar por el pasillo de la izquierda.

Malena hacía años que no visitaba esa casa y le sorprendió el mimo con el que sus padres la habían decorado. Se trataba de una vivienda de aspecto rústico por fuera, pero no habían escatimado en gastos para decorar su interior con muebles modernos de líneas limpias que conseguían que las estancias se llenaran de luz.

—Qué casa más bonita.

—Sí. Mis padres han puesto mucho empeño en decorarla. Creo que planean mudarse aquí cuando se jubilen.

—Qué maravilla, con esta playa...

—Si tú lo dices... —replicó Alexia con sorna. Abrió la puerta de su habitación—. Aquí es. Ayer te vacié un poco los cajones y el armario para que puedas dejar tus cosas. El baño está por ahí —señaló—, el salón allí y la cocina ya sabes dónde. Te he dejado una copia de las llaves en la mesita de noche. Si necesitas algo...

—Seguro que estaré bien, gracias.

—Bien. Pues te dejo para que te instales. Me alegro de verte.

—Igualmente —replicó Malena—. Nos vemos luego.

Alexia se despidió con un asentimiento de cabeza y cerró la puerta a sus espaldas.

¿Me alegro de verte? ¿Realmente eso había salido de sus labios?
Porque nada más alejado de la realidad. No se alegraba de ver a Malena, sino más bien todo lo contrario. Su llegada prematura acababa

de arruinarle el día. Alexia tenía planes de remolonear por la casa a su antojo aprovechando que los demás estaban fuera. Vería series, comería algo nada sano pero muy sabroso, leería un rato en el jardín y se echaría una siesta con la esperanza de que su teléfono móvil no sonara en cualquier momento. Su jefa ya estaba tardando. Esa víbora no era de las que pasaran más de veinticuatro horas desconectada, ni siquiera en vacaciones. Pero ahora todos esos maravillosos planes se habían ido al traste. ¿Y qué hacía ella? En lugar de mostrarse contrariada, le decía a Malena: «Me alegro de verte». *Menuda pringada.*

Al final iba a resultar que su amiga Carla tenía razón cuando le decía que estaba demasiado acostumbrada a complacer a la gente, que debía ser más egoísta y mirar por sus propios intereses. ¿Sería verdad? ¿Buscaba agradar a todo el mundo? Alexia meneó la cabeza con incomodidad. No quería pensar ahora en eso, pero sin querer se acordó de su viaje fallido con las amigas de Carla y esto consiguió avinagrarla todavía más. En lugar de estar pasándolo en grande, ahora tenía que aguantar la presencia de Malena, los chantajes de su hermana y la mirada inquisitoria de su madre. O las cosas cambiaban mucho, y dudaba que así fuera, o aquellas iban a ser las peores vacaciones de la historia.

Cogió su teléfono móvil y marcó el número de Carla. Su amiga le respondió de inmediato. Sonaba dormida. Estuvo a punto de disculparse por haberla despertado, pero era mediodía y se recordó a sí misma que en algún momento tenía que empezar a ser egoísta. En ello radicaba al parecer su felicidad, en imponer sus deseos a los de los demás. Así que hizo caso omiso a la voz adormilada de su amiga y

dijo:

—No te vas a creer lo que me ha pasado. ¡Es una pesadilla!

5. Pasos en la arena

Malena llevó sus pertenencias a la habitación que le habían asignado y sonrió con diversión ante un espejo situado encima de la cómoda. El reencuentro con Alexia había sido divertido, aunque aquella chica parecía constantemente ofendida, como si su mera presencia la incomodara. Como si en el fondo siguiera siendo la misma que en el colegio. Pero no había sido tan mala, ¿no? Es decir, por más que lo pensaba, no recordaba ningún enfrentamiento real con Alexia. Simplemente... no se hablaban. Pertenecían a pandillas diferentes y no parecían tener nada en común. A Malena le gustaba salir los fines de semana, ir a fiestas, quedar con los amigos. Su vida social de entonces era muy ajetreada. Por lo que le contaban sus padres, Alexia prefería pasar los sábados por la noche leyendo, jugando a videojuegos o yendo al cine con su amiga Carolina. Malena no era deportista, pero le gustaba ir a los partidos de fútbol de los chicos, a animar desde la grada. Y Alexia formaba parte del equipo de baloncesto, así que muchos fines de semana tenía partido, concentraciones o entrenamientos. Pero no había más que eso, una incompatibilidad de intereses y caracteres. O, al menos, ella no recordaba nada verdaderamente ofensivo que pudiera poner a Alexia en guardia, incluso tantos años después.

De todos modos, lo último que quería era ser un estorbo, pero sus padres habían insistido en pasar unos días allí y no le quedaba otra que asumir su compañía.

Su madre había sido muy insistente. «Hija, ven, lo pasarás bien. ¿Qué haces tú sola en Barcelona?». Al principio, tuvo sus dudas. Hacía mucho tiempo que no pasaba unas vacaciones con su familia y no le motivaba en absoluto la idea de compartir casa con los amigos de sus padres. Eran encantadores, pero le daba reparo pasar las vacaciones con aquellas personas que hacía años que no veía. No obstante, unos días antes de decidir su destino, comprendió que no tenía ningún plan ni nadie con quién compartir sus días libres. Bruno ya no estaba en su vida y el resto de sus amigos habían planeado las vacaciones en pareja. Su madre tenía razón: no deseaba estar sola en Barcelona, aguantando el calor y con demasiado tiempo libre para sumirse en recuerdos tristes o dolorosos. Le vendría bien un cambio de aires. Tomó el teléfono y le envió un mensaje: «De acuerdo, me voy con vosotros. Si a José e Isabel no les importa tener una invitada más, me vendrá bien pasar estos días en familia. Pero, por favor, nada de preguntas. No me apetece hablar de lo que tú ya sabes».

Era casi la hora de comer, pero Malena tenía ganas de una buena ducha. Sacó algunas pertenencias de su maleta e informó a su madre de que ya estaba en la casa. Asimismo, les dijo que no se preocuparan, que tenía previsto dormir un poco, por lo que no debían apresurarse en volver de la playa; ya se verían después.

Se sentó sobre la cama y comprobó que parecía realmente cómoda. Eso le hizo recordar la conversación que había mantenido con Alexia sobre su mala noche en el sofá y se sintió un poco culpable. Podría haber dormido ella en el sofá, no le importaba lo más mínimo. Y sin embargo, ella había insistido en ofrecerle su alcoba, aunque parecía un poco arrepentida de hacerlo.

Se paseó por la habitación, cogió unas prendas de ropa fresca y entró en el cuarto de baño, observándolo con curiosidad. Allí faltaba algo. Malena sacó la cabeza por la puerta.

—¿Alexia?

No hubo respuesta. Aguzó el oído, para ver si podía escucharla. Nada.

—¿Alexia? ¿Estás ahí?

Silencio.

—¡Alexia!

—¿Qué? —se escuchó un grito desde el otro extremo de la casa.

Alex se precipitó entonces hacia ella con cara de preocupación.

—¿Qué? ¿Ha pasado algo? —preguntó, con el teléfono en la mano.

—Quiero darme una ducha. ¿Dónde tenéis las toallas?

Alexia murmuró algo a la persona que tenía al otro lado del teléfono, puso los ojos en blanco y suspirando dijo:

—Están ahí, en el armario.

—Gracias, eres un sol.

—¿Soy un sol? —replicó con sorna.

—Sí. Por lo de las toallas. Perdona por haberte interrumpido —dijo, señalando el móvil.

Alexia abandonó la habitación sacudiendo la cabeza, continuando con su charla telefónica y, mientras abría el grifo, Malena imaginó que estaría hablando con su novia. Después se sentó un momento en la

cama completamente desnuda. Se acordó de Bruno un instante y pensó que había perdido algunos años a su lado.

Tras una buena ducha, se vistió y salió al jardín con el pelo humedecido. Estaba cansada y le vendría bien una siesta, pero sentía ansias de abrazar a sus padres y valoró la opción de bajar a la playa, por si podía encontrarlos. Sostuvo mientras tanto a la perrita en su regazo y se sentó con ella en una tumbona.

Los padres de Alexia tenían un jardín de lo más apacible. Se notaba que Isabel ponía mucho esmero en cuidar de aquellas plantas, que florecían brutalmente por todos lados. Cerró los ojos y le pareció escuchar que Alexia seguía hablando mientras trasteaba en la cocina. Tenía ganas de hablar con alguien, la soledad no era buena compañía aquellos días, pero optó por no molestarla. En su lugar, miró las nubes, aunque el cielo estaba casi despejado y necesitó poner su mano de visera para que el sol no la cegara. Con la otra siguió acariciando al animal, que a estas alturas mantenía una tranquila respiración y permanecía dormida a su lado. En ese momento escuchó que Alexia abría la ventana de la cocina. Una pequeña columna de humo salió por ella en forma de espiral. Malena escuchó toses y no pudo evitar sonreír. Seguramente se le había quemado el almuerzo. Intentó no escuchar, porque no quería ser indiscreta, pero Alexia hablaba tan alto con su interlocutor que le fue imposible no hacerlo.

—Yo qué sé, siempre puedo coger las llaves e irme a la casa que tienen mis padres en Huelva —estaba diciendo—. Ya, ya sé que mi madre no me lo consentiría, pero no se me ocurre nada mejor. —Aquí hizo una pausa—. ¿Qué dices? Eso está totalmente descartado. No sé qué les ofendería más, que me cogiera un tren a Cádiz o que me fuera

a la casa de Huelva. —Malena abrió los ojos con sorpresa. ¿Tanto le molestaba a Alexia su presencia que deseaba irse cuanto antes? ¿Y quién estaba en Cádiz?—. Sí, no te preocupes, si necesito rescate os lo digo. ¿Hasta cuándo os quedáis? Bueno, pues a lo mejor os pido que vengáis a hacerme una visita un día de estos, yo qué sé.

Entonces se escucharon varias risas procedentes de la entrada y Malena se incorporó. Le pareció haber oído la voz de su madre, acercándose. Al verles, corrió a abrazarles.

—¡Papá!

—¡Cariño!

—Eso, eso, todos los besos para tu padre, ¿y yo qué? —bromeó su madre.

—Mamá —dijo, entregándose a ella—. Te he echado muchísimo de menos. ¿Cómo es que habéis vuelto tan pronto?

—Pues que hemos leído tu mensaje, hija. Lamento no haberlo visto antes, pero ya sabes lo desastre que soy con el móvil —se excusó Sonsoles.

—No pasa nada, no era mi intención que volvierais antes de tiempo.

Y era cierto, Malena había sufrido uno de los duelos más importantes de su vida sola en Barcelona, sin el arrullo de los suyos, pero no le gustaba interferir en los planes de sus padres. Aun así se alegró muchísimo de verles allí, ahora, mirándose todos con cariño.

Alexia salió entonces a recibirles y se quedó unos segundos en la escalinata de entrada, observando la escena.

—Hija, estás más delgada, ¿cómo has estado?

—Bien, he tenido mucho trabajo —comentó Malena, como disculpándose.

—¿Seguro que es eso?

—Pues claro.

Sus padres se miraron sin estar convencidos, pero Alexia se acercó al grupo y les preguntó:

—¿Cómo lo habéis pasado?

—Oh, muy bien, yo no he parado de meterme en el agua, está fantástica. Tus padres vienen ahí, nos hemos adelantado —informó la señora Aller girándose.

En ese momento aparecieron Isabel, José y Paula, un poco más rezagada. La menor llevaba unas enormes gafas de sol y los cascos puestos. Parecía ir tarareando una canción. Isabel fue la primera en acercarse a Malena. Le dio dos cariñosos besos de bienvenida y la tomó por las manos para observarla detenidamente.

—¡Pero bueno, Malena! ¡Qué guapísima estás! —exclamó.

—Gracias —murmuró ella, sonrojándose.

—Bueno, bueno, pero esta chica está preciosa —convino José, también dándole la bienvenida de un modo afectivo.

Alexia, que permanecía un poco distanciada, parecía observar la escena con interés, como si estuviera analizando las palabras de sus padres. Entonces fue Paula la que se acercó a saludarla. Mascaba chicle y tenía una toalla enrollada al cuello.

—Hola, Malena.

—Hola, Paula. ¡Vaya, qué mayor estás!

—Tú estás genial —le dijo la menor—. Pero ten ojito con mi hermana, que anda un poco necesitada. Ya sabes.

Los padres carraspearon incómodos y Alexia se abalanzó sobre ella para darle una colleja.

—Alex, no pegues a tu hermana —la reprendió Isabel, claramente abochornada por el comportamiento de sus hijas.

—No le he pegado. Y tranquila, mamá, que más tonta no puede quedarse. Dudo mucho que haya neuronas en esa cabeza de chorlito.

Isabel puso los ojos en blanco y tiró del brazo de su marido para entrar en la casa dejando claro que no tenía ganas de seguir presenciando aquella escena. Sus padres los siguieron. Todos querían quitarse la arena y tomar un refrigerio. Malena, en cambio, se quedó apoyada en el marco de la puerta, entretenida con la discusión de las dos hermanas. La perrita había empezado a ladrar de nuevo, como si pensara que algo malo estaba ocurriendo.

—¿Tonta yo? ¿Tú te has visto con esas zapatillas? ¿Tan mal te pagan?

—¡Me las regalaste tú y aquí no tenía otra cosa, listilla!

—Bueno, es que las que tenías de cerditos ya estaban para tirarlas.

—Yo nunca he tenido unas zapatillas de... —Alexia respiró hondo, como intentando controlar el mal genio que se había despertado en ella—. Paula, te lo advierto, no estoy de humor para tus tonterías —la amenazó entonces, irritada.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer para calmarte —replicó

Paula, guiñándole un ojo y sonriendo de manera perversa.

—Oh, muy graciosa. Me parto de risa —dijo Alexia. Al ver que Malena las escuchaba pareció envalentonarse y añadió, alzando la voz: —Y para que lo sepas, de eso tengo todo lo que quiero y más.

—Ya se nota, con ese carácter —respondió Paula.

—¡Te vas a enterar! ¡Ven aquí!

Malena se metió entonces en la casa, en vista de que aquella parecía una discusión interminable y las hermanas seguían discutiendo acaloradamente.

Ahora que la había visto decir más de dos palabras, le pareció que Alexia había cambiado bastante. Estaba igual de guapa que siempre, aunque parecía un poco más segura de sí misma, no sabría cómo explicarlo. En ese momento pensó que le hubiese gustado invitarla a un refresco por la tarde, para conversar tranquilamente con alguien de su edad y preguntarle cómo la había tratado la vida durante esos años. Sentía curiosidad por saber cómo eran las mujeres con las que salía, a qué dedicaba su tiempo libre, si Madrid era tan cara y caótica como Barcelona o si le gustaba vivir allí. Le habría gustado tener la confianza necesaria para hablarle de Bruno, de su trabajo y todas esas cosas, pero no era el caso y no estaba segura de que en algún momento pudieran llegar a ese punto.

Nada más atravesar el umbral, su madre se dirigió de nuevo a ella, sacándola de su ensimismamiento:

—¿Has almorzado, hija? Estás muy delgada.

—No tengo demasiado apetito.

—Nosotros hemos comido en un chiringuito, pero puedo prepararte algo.

—No te preocupes, mamá. Ya me haré un sándwich o saldré a tomar cualquier cosa en una cafetería.

—¿Mi hija no te ha ofrecido nada?

Malena se giró y vio a Isabel, la madre de Alexia, mirándola con auténtica sorpresa. Sus ojos encerraban tanto peligro que le pareció que la vida de Alexia dependía de lo que ella dijera:

—Oh, no, es que realmente apenas hemos tenido tiempo de...

—¡Alexia, ven inmediatamente aquí!

—Isabel, de veras no es necesario. Ella no...

Pero sus intentos por aplacar a la señora Ibarra fueron inútiles. Alexia se acababa de aproximar a ellas con las orejas gachas, como si intuyera lo que estaba por venir.

—Dime, mamá.

—¿No le has ofrecido nada a Malena? ¿En serio? Dios santo, hija, es nuestra invitada.

Antes de que Alexia dijese algo, Malena se precipitó:

—Ha sido una gran anfitriona. Es que de veras no hemos tenido mucho tiempo. Yo me he dado una ducha e inmediatamente después habéis llegado.

Las dos jóvenes se miraron unos segundos, pero Malena no supo discernir si Alexia estaba agradecida de que la hubiera defendido o si la detestaba.

—Ah, bueno, pensé que había cocinado solo para ella —dijo Isabel en tono de reproche.

—Mamá, por favor, déjame respirar un poco, ¿no? Acabo de llegar y ya parece que lo hago todo mal —protestó Alexia, claramente irritada.

—¿Y qué quieres, si lo haces mal?

—Bah —dijo Alexia, con un gesto de desdén. Se marchó en dirección contraria, dejando a las mujeres allí reunidas, con la palabra en la boca.

Malena se sintió incómoda ante la situación. Miró a su madre en busca de apoyo, pero la señora Aller solo se encogió de hombros como si tampoco supiera de qué modo reaccionar ante estas cuitas familiares. Malena decidió que ya era hora de dar un paseo. Se lo anunció a los presentes, cogió su bolsa de playa y acertó a salir por la puerta.

Paseó hasta la arena y se dejó caer en la terraza de un chiringuito, intentando controlar el cansancio que sentía. Se le cerraban los ojos de haber pasado toda la noche despierta conduciendo, pero no quería cambiar sus hábitos de sueño y, además, estaba deseosa de respirar la brisa del mar, sentir el sol en la cara, contemplar a los veraneantes dándose un baño. Ya tendría tiempo después, por la noche, para descansar tanto como necesitara. Pidió una tortilla francesa y un gazpacho. Miró a todos esos veraneantes felices y por primera vez en muchas semanas se sintió en paz. El recuerdo de Bruno y sus cajas apiladas en la puerta parecía ahora muy lejano, casi como si hubiera ocurrido siglos atrás, y sintió una pequeña punzada en el pecho, como una lacerante herida se estuviera cerrando.

Después se dirigió a la orilla y se sentó en su toalla, colocando previamente una sombrilla horrible que sus padres habían dejado en el porche. Entonces reparó en una figura que caminaba por la arena, era la única persona que iba completamente vestida y parecía estar dándole patadas al agua.

Era Alexia.

Malena la observó con curiosidad, comprendiendo que no le hacía falta acercarse para saber qué le ocurría. Sus gestos hablaban por sí solos. Parecía muy enfadada. Tenía la mirada perdida en el mar y sus pasos eran fuertes y decididos, como si quisiera patear las olas o quitárselas de en medio. Isabel había sido un poco dura con ella y por la reacción de Alexia, estaba segura de que no se trataba de una excepción. Tal vez le exigiera demasiado a su hija mayor. A la menor, desde luego, parecía consentírsele absolutamente todo.

Le dieron ganas de acercarse a ella para distraerla y charlar. Si hubieran sido amigas, la habría abrazado y la habría invitado a un café o a un cóctel. Pero se lo pensó mejor al caer en la cuenta de que no había esta clase de confianza entre ellas. Aun así, Malena se quedó con la mirada fija en Alexia, hasta que sus pasos se perdieron por la arena y su figura se convirtió en un punto en la lejanía. Solo entonces se tumbó en la toalla y unos minutos después cayó rendida en un profundo sueño. Estaba realmente cansada.

6. Cocineras

Sonsoles, la madre de Malena, era la encargada de preparar la cena esa noche. Eran tantas personas compartiendo casa que los mayores decidieron establecer turnos para preparar las comidas. Isabel había confeccionado un calendario que ahora estaba atrapado con un imán en la puerta de la nevera.

—¿Cuándo es mi turno? —Alexia se acercó a Sonsoles para inspeccionar la olla en la que estaba trabajando. Olía estupendamente bien. En su camino cogió unas cerezas y se las llevó distraídamente a la boca.

—Ahora mismo no lo recuerdo, tienes el calendario en la nevera.

En principio, inspeccionó el papel de buen humor. Le hacía gracia la idea de los turnos, que siempre hubiera gente diferente en la cocina. Les daría la oportunidad de probar diferentes recetas e interpretaciones culinarias. Pero al leer su nombre en el papel, su gesto mutó de golpe.

—¿Con Malena? ¿Me ha tocado con ella? —preguntó, anonadada.

—Sí, cariño. ¿Tienes algún problema con ello? —la voz de Sonsoles tenía un tono amable pero peligroso.

—No, es solo que veo que los demás cocinan solos. ¿Por qué nosotras vamos juntas?

—Porque no tenemos ni idea de cómo cocináis y no me fio yo mucho

de tu cocina vegetariana —dijo Isabel. Su madre acababa de llegar a la cocina y parecía muy divertida con la sorpresa de su hija.

Alexia prefirió no protestar. Aunque aborreciera la arena, el paseo por la playa había conseguido calmarla y quería que las aguas permanecieran mansas. La idea de cocinar con Malena no le hacía gracia, pero podría sobrevivir a ello sin mayores problemas. Otro tema muy diferente era el de su hermana.

—¿Y Paula no cocina? —preguntó al constatar que su nombre no estaba en la lista.

—¿De veras quieres que tu hermana cocine? —bromeó Isabel.
Sonsoles sonrió.

—No, supongo que no.

Las dos mujeres se echaron a reír como si la idea les hiciera mucha gracia. Alexia, en cambio, se mantuvo en silencio. Si bien comprendía que mantuvieran a su hermana lejos de los fogones (lo único que sabía hacer Paula eran sándwiches), seguía pensando que a veces su madre la mimaba demasiado. Asu edad ella ya se hacía sus propios almuerzos porque sus padres no podían regresar a casa del trabajo para preparárselos.

—De todos modos, no le vendría mal aprender a cocinar —apreció Alexia, fingiendo sentirse muy preocupada por la educación de su hermana.

—Pero, cariño, acabaríamos con una intoxicación —bromeó Isabel, apretando con cariño el hombro de su amiga.

—O peor —añadió Sonsoles—. Alo mejor acabábamos en el

hospital.

En ese momento Malena entró en la cocina. Alexia se fijó en que tenía las mejillas sonrojadas por el sol y su piel había adquirido muy buen color. El pelo, ligeramente mojado de la ducha, le caía por los hombros, dándole un aspecto más natural y despreocupado. Pensó que pocas veces la había visto tan guapa. La prefería así, no tan maquillada y arreglada como solía ir.

—¿Qué hay de cena? Estoy hambrienta —dijo su excompañera con una sonrisa.

—Un poco de paciencia, que todavía queda un rato —suplicó Sonsoles, removiendo un poco los macarrones que flotaban en la olla—. ¿Te ha sentado bien la ducha? Pareces otra. Tiene otra cara, ¿verdad, Isabel? ¿Tú no la ves más relajada?

—Estás fantástica, cariño —convino Isabel, acariciando el brazo de Malena—. Aver si consigues que la zoquete de mi hija salga de su ratonera y se ponga un poco al sol, que como siga así va a parecer un vampiro —dijo, mirando a su hija mayor con desaprobación.

Alexia puso los ojos en blanco. Su madre no perdía ocasión de dejarla en ridículo. ¿Y qué si estaba pálida? Algunas personas lo consideraban sano. En algunas culturas seguía siendo sinónimo de riqueza y poder, como lo era antaño.

—Pues hoy ha bajado a la playa —dijo de pronto Malena—. ¿Aque sí?

Al ver la cara de sorpresa de Alexia, Malena le guiñó un ojo para que le siguiera la corriente. ¿Cómo sabía ella que había estado en la playa? ¿La había visto? Y entonces, ¿por qué no se había acercado?

—He ido a dar un paseo, sí.

—Ah, bien, bien. Alo mejor un día de estos te animas y vienes con nosotros, ¿no? —propuso Sonsoles, confiada en que así sería.

—Alo mejor. Ya veremos.

—Bueno, la cena estará lista en unos minutos. Id llamando a los demás para que se vayan sentando. Odio la comida fría—aseguró Sonsoles—. Malena, Alexia, ¿os importaría poner la mesa? Los platos ya están ahí. —Señaló la isla de la cocina en donde estaban apilados los platos.

Se miraron unos segundos, y Malena sonrió, como si le hiciera gracia que les tocara hacer todo a pares. Alexia se limitó a preguntar si debían poner la mesa fuera o dentro, pues hacía una noche tan placentera que invitaba a cenar bajo las estrellas.

—Fuera —opinó Malena, sin dar pie a que las mayores hablaran—. ¿No te parece? Hace una noche estupenda.

Asintió y se dirigieron hacia el jardín con los platos, los cubiertos y el mantel. Permanecieron en silencio mientras los estaban colocando. Alexia no tenía muy claro qué decir. Le resultaba extraño estar a solas con Malena. Su presencia solía despertar un cúmulo de emociones en su interior. Se sentía turbada, tímida y un poco enfadada. Pero también agradecida, curiosa y ligeramente ansiosa. ¿Cómo era posible que todo esto conviviera en su interior?

—Te vi antes, en la playa —dijo de repente Malena mientras se aseguraba de que el mantel estuviera bien estirado—. Estabas caminando por la orilla.

—Eso pensé, que me habías visto.

—No quise acercarme porque parecías... —Malena se detuvo, como si intentara encontrar las palabras—. Un poco enfadada, supongo. Aunque no te culpo.

—Mi madre puede llegar a ser un poco brusca. —Alexia se encogió de hombros—. Estoy acostumbrada, pero a veces se me hace cuesta arriba.

—Lo comprendo perfectamente.

¿Lo comprendía? Alexia arqueó las cejas, sorprendida. Esta Malena cariñosa y empática no se parecía en nada a la adolescente malcriada que había conocido. Pero aun así, prefería ser cauta y mantenerse un poco distante. Era parte de su naturaleza.

—Sí, supongo que todas las madres son así a veces. Aunque estoy segura de que la mía se lleva la palma —bromeó.

Malena pareció apreciar su sentido del humor porque también sonrió mientras ambas seguían colocando la mesa. Los platos ya estaban puestos, ahora solo faltaban los cubiertos, y le pareció que este momento en soledad con Malena era el mejor de todos para mostrar un poco de interés.

—¿Y tú qué tal? —preguntó—. Tu madre nos contó que estabas pasando una mala etapa.

—Sí... —Malena suspiró—. Rupturas sentimentales. Ya sabes cómo va eso.

—Y que lo digas...

—Pero, si no te importa, prefiero no hablar demasiado de ello. He dejado ese tema atrás, en Barcelona, y me gustaría que se quedara

allí, al menos mientras estoy de vacaciones.

—Claro, sin problema. No volveré a mencionarlo —le aseguró, un poco dolida.

Era la primera vez que mostraba interés en la vida de Malena Aller y todo lo que obtenía era «un gracias, pero no, gracias». Pero la culpa era suya, por ser amable. ¿Quién le mandaba meterse donde no la llamaban? Para ser franca, ni siquiera le importaba la ruptura de Malena ni tampoco deseaba saber los detalles. Si se lo había preguntado era solo para llenar aquel incómodo silencio que las rodeaba cada vez que pasaban más de un minuto a solas.

Malena parecía estar a punto de decir algo, pero su respuesta quedó interrumpida por la llegada de José y Ricardo. Los padres iban discutiendo sobre planes de pensiones y enseguida aparecieron Sonsoles e Isabel con una gran fuente de macarrones.

—¡La cena! —anunció Isabel con alegría.

Se sentaron todos a comer en la gran mesa del patio, que albergaba espacio para todos. Alexia ya no le sorprendió que le tocara justo al lado de Malena, estaba empezando a pensar que así serían sus vacaciones. Cuanta más distancia se empeñaba en poner, menos lo conseguía gracias a la insistencia de su madre. «Las jóvenes, juntas», había dicho, en tono imperativo. Se fijó en que había una silla vacía.

—¿Y Paula? ¿No cena?

—Ha salido con unos amigos —informó Isabel.

Esta frase empezaba a sonarle demasiado familiar. Alexia puso los ojos en blanco, aunque ella también deseó poder estar de cena con

sus amigos y no allí, rodeada de sus padres y de Malena.

La cena fue, en cualquier caso, bastante animada. Alex no participó mucho en la conversación, pero cuando los mayores amenizaron la velada contando anécdotas de sus respectivas hijas empezó a sentirse muy incómoda.

—¿Recuerdas aquel día en el que metiste una canasta en la cancha del equipo rival? —rememoró José. Sonreía. Parecía encantado con la anécdota.

—Papá, esa historia otra vez no —rogó Alexia.

—Pero si fue muy divertido, hija. Fue al final del partido, en el último segundo. Le dio el campeonato al equipo rival.

—Y en el colegio me odiaron para siempre por ello —bufó Alex.

—¿Fuiste tú? —se sorprendió Malena—. Había escuchado esa historia, pero no sabía que habías sido tú.

Alexia se ruborizó y posó la mirada en su plato. Ya eran varias las veces que se había sentido humillada delante de Malena Aller en esa jornada. Y empezaba a sospechar que iban a ser muchas más. Podía olvidarse para siempre de intentar proyectar ante ella una imagen de mujer sofisticada y cosmopolita. Ahora las anécdotas sobre sus presuntos encuentros con Almodóvar y Bardem le parecieron ridículas.

—Vamos, no te pongas así —intentó animarla José—. Es una de esas cosas que deberías recordar con una sonrisa.

Y sin embargo, no lo hacía. No lo hacía por el simple hecho de que su vida fue un pequeño infierno a partir de entonces. Alexia recordaba con claridad el enfado de sus compañeras de equipo y también las

miradas de muchos de sus compañeros de clase, entre la burla y la compasión. Odiaba recordar aquel horrible momento. Ni siquiera ahora podía explicar qué le había pasado para correr en dirección contraria y encestar en el campo del equipo del rival. Quizá los nervios por conseguir el campeonato. O a saber qué. Era una de esas cosas inexplicables.

—¿Qué os parece si mañana vamos a otra playa? —Para su alivio, Ricardo cambió de tema—. Podíamos hacer un picnic.

—Es una buena idea —convino Sonsoles, su mujer—. ¿Os animáis? —dijo, dirigiéndose a las más jóvenes.

Malena y ella intercambiaron una mirada dubitativa. Fue Malena la que respondió:

—Yo depende de la hora a la que me levante. Me gustaría dormir un poco mañana. Pero a lo mejor me acerco luego.

—Yo pretendía pedir os el coche para ir hasta Huelva. He quedado allí con una amiga —les informó Alexia.

—¿Qué amiga? —quiso saber Isabel.

—Carolina, del colegio.

—¿Sigues en contacto con ella?

—Sí, solemos quedar cuando vengo.

—¿Y por qué no te llevas a Malena contigo? —propuso Sonsoles con una sonrisa—. Será divertido, ¿no? Como una antigua reunión escolar.

Alexia sintió verdadero pánico ante la propuesta.

Carolina no. Carolina era demasiado extraña para Malena. Se trataba de una bellísima persona, pero en la época del instituto ya había sido una bala perdida y con los años sus rarezas se habían acrecentado. Además, odiaba a Malena con toda su alma. Su grupo de amigas no habían sido demasiado amables con Carolina durante la adolescencia y si se presentaba en Huelva con ella, temía que le retirara el saludo. Alexia miró a Malena de modo suplicante, como pidiéndole que entendiera hasta qué punto era mala idea.

No lo entendió.

—Claro, será divertido —convino Malena—. Podemos ir en mi coche.

Sí, divertidísimo. No puedo esperar. Alexia quiso que el suelo se abriera en dos y la tragara allí mismo. ¿Cómo podía decirle que no iba a ser para nada divertido?

—¿Te parece bien?

Miró a Malena de nuevo y le sorprendió ver que la idea parecía entusiasmarla. Y al hacerlo se quedó sin argumentos, completamente desarmada. No encontró ninguna excusa ni tampoco la manera de decirle que quizá no era bienvenida. *¿Es que no te acuerdas de Carolina?* Quiso gritarle con todas sus fuerzas. *No pegáis, sois dos polos opuestos. Te aniquilará con la mirada tan pronto te vea. Y yo estaré en medio y no sabré qué decir. ¿Es que no ves lo incómodo que puede llegar a ser?*

—¿Alex?

—¿Mmm-hum?

—Digo que si te parece bien que vayamos en mi coche —insistió

Malena.

Alexia notó que todos estaban expectantes, esperando su respuesta.

—Sí, me parece bien —rumió por lo bajo, hundida en su propia miseria.

Entonces se introdujo el último tenedor de macarrones en la boca y cambió de opinión. No deseaba que la tierra se abriera en dos. Era mejor que se atragantara con los macarrones y cayera fulminada allí mismo. Para su desgracia, no pasó ni lo uno ni lo otro. Tan solo tragó los macarrones y se quedó mirando el plato vacío, preguntándose cómo podía ser que estuviera metida en aquel lío.

7. Sofá para dos

Malena se lavaba los dientes observándose en el espejo. Tenía buen aspecto ciertamente, su piel comenzaba a adquirir un tono muy bonito. Cuánto le gustaba tomar el sol, el murmullo de la gente en la playa, el agua tibia acariciando sus piernas.

Estaba muy cansada, la cena había sido agradable y se había visto en la obligación de aceptar la invitación de acompañar a Alexia. La verdad es que no estaba muy segura de que fuese buena idea, a fin de cuentas no guardaba buenos recuerdos de Carolina.

Sus amigas del colegio solían despreciar a chicas como ella, por sus rarezas e inteligencia. Cualquier comentario que saliese de sus labios provocaba una sonora risotada en ellas. Pero Malena nunca participó activamente de eso, aunque tampoco lo frenó como debería haber hecho. Carolina siempre le había intrigado, pero la presión que ejercían sus amigas sobre ella le impidió el más simple acercamiento.

Sacudió su cabeza pensando que no debería haber accedido y estaba segura de que Alexia se sentía igual de incómoda con la idea, ¿pero por qué no le había dicho que no? Podría haberle sugerido que se quedara en casa mientras ella se reunía con Carolina. No habría pasado nada.

Se sentía muy confusa. Por un lado, le apetecía compartir algo de tiempo con Alexia por absurdo que sonase, pero, por otro lado, sabía que su presencia la irritaba.

Dejó el cepillo de dientes sobre la repisa del baño y salió al porche a contemplar las estrellas, esperaba encontrarse con Alexia y disculparse por haberse sumado a su plan.

Descubrió a su padre por el pasillo.

—Buenas noches, hija, tu madre ya está acostada y yo voy ahora.
¿Todo bien?

—Sí papá, todo bien. Voy a tomar el aire —dijo señalando el jardín.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, vete a dormir y mañana desayunamos juntos.

Ricardo le besó en la frente y se dirigió a su dormitorio. Malena se mesó el pelo y buscó a Alexia en la sala de estar. No la encontró. Sonrió al ver la colcha y la almohada sobre el sillón de tres piezas y salió al jardín.

Tampoco parecía estar allí, así que se sentó en la escalinata y contempló la noche. Le gustaba estar en silencio. Así era como Bruno, el trabajo en Barcelona, las prisas y el caos, desaparecían lentamente. Podría vivir en un sitio como aquel, salir al porche todas las noches antes de irse a la cama.

—¿Qué haces ahí, tan callada? —le preguntó una voz familiar desde una de las tumbonas.

Malena se giró para comprobar que se trataba de Alexia y no de cualquier intruso.

—Ya ves. Me gusta esto.

Alexia sonrió con sorna.

—Alex, me alegra que estés aquí. Yo...

—Dime.

—Quería pedirte disculpas. Estuvo mal entrometerme en tus planes. Es tu amiga, yo apenas la recuerdo, en fin.

—Me han puesto en un compromiso —respondió ella secamente—. Pero ya que has sacado el tema, la verdad es que no creo que sea bueno que vengas.

Malena aquello le sonó brusco y desagradable y algo en su interior le hizo saltar.

—Pues haberlo dicho. No voy y punto. Tampoco es que me muera por ir contigo a ver a Carolina —dijo cruzándose de brazos.

De repente se acordó de los desplantes de Bruno, de las exigencias de su jefe, de las personas que tendían a colarse en el supermercado, en las veces que se mordió la lengua para no parecer impertinente o maleducada. Pero Alexia la estaba ofendiendo. Las cosas se podían decir de otra manera.

—Tampoco te pongas así —le pidió Alex.

—No me pongo de ninguna manera, es que me parece que tienes unas formas un poco desagradables.

—No he sido desagradable contigo, Malena. De hecho, te he dicho que sí, que te vengas, aunque me apetezca estar a solas con Carolina, porque además apenas te conoce. Y te he cedido mi habitación y soportado las bromas constantes de nuestros padres acerca de mí, así que no entiendo muy bien por qué estás tan enfadada. —Alexia se levantó. Parecía ofuscada.

—No se trata de eso, Alex —respondió Malena, un poco dolida. Había sobreactuado y ni siquiera sabía muy bien por qué. Se encontraba irritada. Esos días le daba la sensación que cualquier cosa, por nimia que fuera, podía encender su mal humor.

—¿Me has llamado Alex? ¿Desde cuando somos amigas? Hasta donde yo recuerdo, ni siquiera te molestabas en saludarme por los pasillos del colegio.

Malena sabía que en eso llevaba razón, pero no era motivo para decírselo así.

—¿Sabes qué? Que te pasa algo conmigo. Para no conocernos, tienes demasiado rencor ahí dentro y no tiene ningún sentido. Yo no sé qué te he hecho exactamente. Es cierto, no fuimos amigas, nunca lo hemos sido, pero ha pasado el tiempo y aquí estamos, atrapadas con nuestros padres. Digo yo que lo mínimo es que te dirijas a mí con normalidad.

—¿Normalidad? Duermes en mi cama mientras yo me rompo los huesos en ese sofá. Y tienes un armario enorme para ti sola. Todos están pendientes de si estás bien y cuando trato de preguntarte qué tal estás, me respondes que prefieres no hablar de tu vida en Barcelona. ¿Qué más le hace falta a la princesa? ¿Una alfombra roja que vaya de la piscina a la habitación? —dijo Alexia, subiendo un poco el tono de voz. Ella también parecía furiosa.

Malena estaba tan enfadada que el rubor encendió sus mejillas y cerró los puños, eligiendo las palabras. —¿Pero a ti qué te pasa conmigo?

De repente sintió unas inexplicables ganas de llorar. O de atizarle.

Un sentimiento muy primario se había apoderado de ella. Pero en el último momento se prohibió a sí misma exponerse más de lo que estaba haciéndolo. Alexia reculó un poco ante su silencio, como si por fin fuera consciente de sus palabras. Una sombra de arrepentimiento se apoderó de su mirada y Malena pensó que quizá ella tampoco estaba en su mejor momento y se había dejado llevar. De hecho, sonaba arrepentida cuando dijo:

—Discúlpame. No me pasa nada contigo. Me he pasado. Solo estoy un poco cansada y necesito dormir.

Alexia trató de pasar por su lado para irse al sofá, pero Malena la sujetó por el brazo:

—Quiero que duermas en tu habitación.

—Déjate de tonterías. Te he pedido perdón. No me importa dormir en el sofá, Malena, por favor.

—No voy a dormir en tu cama. Y no son tonterías.

Alexia la miró como si no supiera qué decir. Insistió en que ambas se habían comportado mal y que tenía sueño, que la dejara estar:

—Malena, me voy al sofá como habíamos acordado —le explicó—. Estoy cansada. Déjame, por favor.

—Yo no he acordado absolutamente nada. Llegué aquí y me llevaste a tu cama.

Aquella frase sonaba realmente mal. Tan mal que las dos se miraron durante unos segundos y sonrieron con complicidad. Malena quiso explicarse, pero en ese momento asomó una cabecita por la puerta. Era Paula, que venía de estar con sus amigos. Traía una gran bola de

helado de chocolate en un cuenco y se sentó en una de las sillas del porche. Sonrió con una enorme sonrisa en los labios.

—Vaya, vaya —dijo, lamiendo su helado de la cucharilla—. ¿He oído bien? ¿Mi hermana mayor ya te ha llevado a la cama? Joder, Alex, tú sí que te das prisa.

—Paula, te aseguro que no es el momento para tus bromas —la reprendió su hermana, furiosa.

Malena puso los ojos en blanco. Ya estaba cansada de tanta tontería. Tenía sueño y quería descansar tanto como fuera posible. Se había pasado la noche conduciendo y le faltaba paciencia para presenciar más disputas entre las dos hermanas. Por alguna razón, estaba verdaderamente furiosa cuando fue directamente al dormitorio. Cogió la almohada, una sábana, apagó las luces y se tumbó en el sofá que había junto al que ocupaba Alexia. Tanta broma, discusión, familia y sol la tenían exhausta. Ella solo deseaba dormir.

Tenía ya los ojos cerrados cuando, al cabo de unos minutos, apareció Alexia.

—¿Qué se supone que estás haciendo aquí? —le preguntó, encendiendo las luces de golpe.

—Se supone que intento dormir. Apaga la luz, por favor.

—Malena...

—Escucha, necesito descansar —le dijo, incorporándose un poco—. Me pasé la noche conduciendo hasta aquí y estoy realmente agotada.

Alexia apagó entonces la luz. Se acercó a ella y se sentó en el

borde del sofá-cama, a su lado, como si no supiera qué hacer o cómo solucionar aquel altercado.

—Te he pedido perdón, Malena, no sé qué me pasa, estoy bajo presión con mis padres y tú, tú...

Sus palabras murieron en sus labios.

—¿Yo qué?

Alexia no la miraba y simplemente retiró la vista. Estaba a punto de meterse en la cama, pero antes susurró:

—Tú eres jodidamente perfecta. Y todo el mundo parece girar siempre a tu alrededor. Y ha sido así desde siempre, en el colegio, incluso cuando eras una niña.

—No sabes lo que dices —afirmó Malena, hundiendo su mejilla en la almohada.

—Claro que lo sé.

—No soy perfecta en ningún sentido y si me conocieras, lo sabrías. Y no hay nadie girando en torno a mí. Absolutamente nadie. Si te refieres a mis padres, bueno, son mi familia, es normal que se preocupen por mí y quieran que esté bien. Y los tuyos simplemente son educados y encantadores —comentó dolida.

—Es igual. No eres consciente del revuelo que siempre causabas en todo el mundo —explicó mientras se tumbaba.

Ahora las dos miraban el techo, a oscuras, pensativas. El enfado se había desvanecido.

—Alexia, si me hablas del colegio... No sé, me parece ridículo. ¿Cuántos años han pasado de eso? Hay que superar esas fases. Yo

me he trabajado la felicidad tanto como tú y ni siquiera lo he conseguido, soy tan afortunada y miserable como cualquiera. Además, eras adorable a los quince años, un enigma, pero un enigma entrañable.

Alexia pareció conmoverse al escuchar esto, aunque no estaba de acuerdo:

—Yo nunca te caí bien, Malena.

—¿Y tú qué sabes? —murmuró Malena adormecida—. Venga, déjalo estar por hoy. De veras estoy agotada. Duérmete.

Malena notó que Alexia permanecía unos segundos mirando el techo en silencio y esto hizo que su cuerpo se fuera relajando lentamente, hasta que el cansancio empezó a ganar la batalla. Así, en silencio, ambas fueron cediendo lentamente al cansancio y no dijeron otra cosa. Por alguna razón absurda, Malena sonrió justo antes de quedarse dormida.

—Pero Malena, hija, ¿qué haces aquí?

Fue la voz de su madre quien las despertó. Malena se incorporó un poco aturdida e inquieta. La miró sin comprender, como si hubiese hecho algo mal.

—¿Pero cómo las dejáis dormir juntas? —bromeó Paula riendo. Todavía estaba en pijama—. Joder, no sé si quiero ver esto.

—Paula, esa boca —la reprendió Isabel—. Te la voy a lavar con

jabón.

Malena estaba tan adormilada que tardó un rato en percatarse de lo que estaba ocurriendo. Cuando por fin lo hizo, vio a las demás mujeres de la casa mirándolas con curiosidad. Habían hecho una especie de corro para rodear los sofás. La situación le pareció extraña pero divertida.

—¿Qué hacéis durmiendo las dos aquí? —demandó saber Isabel.

—Aquí hacía más fresquito que en la habitación —contestó Malena, pensando que esa era una excusa bastante convincente. No quería culpar a Alexia ni que los demás se enteraran de su discusión del día anterior.

En ese momento aparecieron los padres, también en pijama. Todos se dirigían a la cocina y las mujeres les informaron rápidamente de lo que estaba sucediendo.

—Bueno, si es por eso... —dijo Ricardo, observándolas—. Pero, hija mía, encima de que te han cedido la cama...

—Ya lo sé, pero no se duerme tan mal aquí.

Alexia la miró entonces, como diciendo «gracias» o al menos eso le pareció. Pero Paula no estaba dispuesta a dejar pasar aquella oportunidad para meterlas en un aprieto:

—Pero si ayer estaban discutiendo cuando llegué. Yo me fui derecha a mi habitación porque no aguantaba tanta tensión sexual.

—Paula, no digas más tonterías —la reprendió Isabel—. Hay que ver lo pesada que estás con eso.

Alexia y Malena fingieron no haber escuchado nada y se

levantaron, camino de la cocina, para desayunar algo. Los demás se sumaron poco después. Había tostadas y café recién hecho en la mesa del porche. Malena había comido tan poco el día anterior que se sentía hambrienta.

—¿Vosotras os vais a Huelva ahora o un poco más tarde? ¿A qué hora habéis quedado? —se interesó Isabel, mientras removía su taza de té y tomaba asiento al lado de su hija mayor.

Malena se adelantó a toda respuesta y dijo:

—Yo me siento un poco indispueta. Creo que no voy a ir.

—¿No vas a venir? —Alexia la miró unos segundos.

—No —negó con calma—. Pero mi oferta sigue en pie. Puedes llevarte mi coche, no voy a usarlo.

—¿Qué te pasa, Malena? ¿La cabeza otra vez? —se interesó Sonsoles, consciente de que su hija padecía de frecuentes migrañas.

—Sí, mamá. Hoy prefiero quedarme aquí, ir a la playa quizá más tarde, leer...

—Tómate un paracetamol.

Malena asintió y continuó con su desayuno, pero notaba la mirada ansiosa de Alexia, clavada en ella, y eso le hacía sentir un poco culpable. Aunque, en el fondo, lo que verdaderamente le ponía de los nervios era tanta presión familiar. ¿Por qué estaban tan tensas? Aquello no tenía ningún sentido. Le pareció estar haciendo un viaje en el tiempo, como si volviera a ser una adolescente. Las rarezas y tensiones en presencia de Alexia; el miedo constante de estar

haciendo algo mal, de decepcionar a sus padres... Meneó la cabeza y fue a la cocina a por un paracetamol. Qué vacaciones más extrañas estaban siendo. Esperaba de veras que todo volviera a la normalidad cuanto antes. Odiaba sentirse como una adolescente ahora que ya no lo era.

8. Carolina

Sonsoles Aller no era una persona propensa a preocuparse sin motivos. Le gustaba mantener una actitud cauta respecto a las cosas que sucedían a su alrededor y pocas veces sus alarmas se disparaban si no contaba con hechos constatados para hacerlo. Sin embargo, aquella mañana, al encontrarse a su hija durmiendo en el salón con Alexia, no pudo evitar sentir una inexplicable punzada en el estómago. Era una escena de lo más inocente. Nada que debiera preocuparla. Las dos muchachas habían dormido en sillones diferentes. Su hija nunca había dado muestras de que le agradaran las mujeres. Y Alexia era una chica seria y responsable, jamás la había tomado por una fresca que se aprovechara del estado vulnerable de los demás. No obstante, Sonsoles estaba preocupada por su hija. Por su mirada errática a veces. Por sus extraños silencios. Por su férrea negación a hablar de su ruptura con Bruno. Una madre simplemente *sabía* cuando su hija estaba mal. Y Malena lo estaba. Puede que fingiera en su presencia para no preocuparla y Sonsoles estaba convencida de que ya no sentía nada más que cariño hacia Bruno. Pero una relación de tantos años no se superaba en un abrir y cerrar de ojos, y a Sonsoles le hubiese gustado poder sentarse a charlar con normalidad con su hija. Le parecía que solo así podría curarse de verdad, sacar la frustración que llevaba en su interior, cicatrizar. Tal vez por eso al comprobar que las dos muchachas habían dormido juntas, sintió algo extraño, una sensación muy parecida a una premonición, como si

estuviera contemplando el principio de algo que empezaba a gestarse muy lentamente. *Una tontería*, se decía a sí misma en el coche, de camino a la playa. *Absurdo, te estás dejando influenciar por las bromas de Paula*, opinó, admirando el paisaje por la ventanilla.

Hacía un día igual de precioso que el anterior. El sol en lo alto, el cielo de un azul brillante, las familias cargando con sombrillas, sillas, toallas y cestas para dirigirse a la playa. Realmente no había nada de qué preocuparse, pero allí estaba ese sentimiento, enroscado en su estómago, y por más que lo intentaba Sonsoles no era capaz de desprenderse de él.

—¿Te encuentras bien? —escuchó que le preguntaba Ricardo, su marido, acariciando su mano con ternura, un ojo puesto en la carretera, otro en ella.

—Sí, eso creo.

—¿Algo que te preocupe? ¿Es por Malena?

Sonsoles asintió.

Quería hablar de ello con su marido, pero le parecía tan absurdo que no sabía ni por dónde empezar. ¿Qué podía decirle? ¿Las he visto juntas y he tenido un presentimiento? ¿Tú crees que Malena podría llegar a sentirse atraída por Alexia? ¿Crees que Paula tiene razón?

Observó a su marido unos segundos y entonces meneó la cabeza, mientras sonreía. No, por supuesto que no podía decirle algo así. La tacharía de loca. Cuestionaría si conocía realmente a su hija. Le diría que estaba viendo donde no había, que no podía ser. Es más, estaba convencida de que Ricardo, liberal como era, le endosaría: «¿Y qué si así fuera? ¿Tan horrible es?». Y no, no es que fuera horrible, es solo

que, si tenía que ser sincera, no se había imaginado el futuro de su hija así, sino de otra manera. Con una familia tradicional (qué horrible sonaba eso) y nietos correteando por la casa. Que no era que no pudiera tenerlos con una mujer, pero no le parecía exactamente igual, no sabía por qué. Y sobre todo, ahorrarle un posible dolor o sufrimiento a su hija. Eso era lo más importante, la verdad.

Pero estaba yendo demasiado rápido y se asustó de la magnitud que cobraban sus pensamientos. Ricardo le estaba hablando y ella ni siquiera le prestaba atención.

—Cariño, ¿me escuchas?

—Discúlpame. Estaba distraída.

—Te decía que no te preocupes por Malena. Es una mujer fuerte. Se le pasará.

—Lo sé, pero me gustaría que estuviera más comunicativa, que nos contara cómo se siente o qué está pensando. Así es mucho más difícil saber cómo está —se lamentó Sonsoles.

—Lo hará. Dale tiempo. Estoy seguro de que tarde o temprano lo hará. ¿De acuerdo? —Ricardo volvió a acariciarle la mano y Sonsoles empezó a sentirse un poco más calmada. Respiró hondo y apartó las preocupaciones que poblaban su mente. Estaba siendo absurda. No había ningún motivo para preocuparse, ¿verdad?

Alexia llegó tarde a su encuentro con su amiga Carolina. Habían quedado en una cafetería del centro para tomar un café o un batido, según lo que le apeteciera en ese momento. La saludó con un abrazo y se disculpó por su tardanza. Al final se decantó por un helado y Carolina optó por un refresco.

—¿Nos sentamos fuera? Hace buen día —le propuso a su amiga, cargando con su enorme cucurucho de vainilla y chocolate.

Carolina hizo un gesto de asco. —Mejor dentro. No soporto el sol ni a las petardas que se sientan en la terraza.

Alexia echó un vistazo distraído a los clientes que ocupaban las mesas de la terraza. Había un grupo de chicas más o menos de su edad, pero le parecieron muy normales. Charlaban y reían como cualquier otra persona. ¿Qué veía Carolina de extraño?

Ella tampoco era fanática del sol, pero el interior de la cafetería estaba desierto y le pareció que sería mucho más agradable estar bajo una sombrilla que allí, temblando de frío por la potencia del aire acondicionado. Con todo, accedió a la propuesta de Carolina y acabaron ocupando una de las mesas cerca del ventanal, desde donde podían ver al grupo de amigas que degustaban sus cafés en el exterior.

Se fijó en que Carolina las observaba atentamente, con los ojos un poco entornados, como si estuviera recordando una escena desagradable.

—¿Las conoces de algo? —se interesó Alexia.

—Qué va. Pero son todas iguales. De las que se creen superiores y te miran por encima del hombro.

Alexia dio un lametazo a su helado y volvió a observar a las chicas. Pero seguía sin saber a qué se refería Carolina. Por más que las miraba, solo veía a tres mujeres de lo más vulgar, compartiendo un momento entre amigas.

Carolina siempre había sido un poco extraña en cuanto a sus relaciones sociales. Le costaba fiarse de la gente y solía pensar lo peor de las personas. Alexia estaba convencida de que su paso por el instituto le había dejado una especie de secuela. Un trauma o algo similar, que ahora, en su etapa adulta, provocaba que viviera a la defensiva, incluso cuando no había nadie que la atacara.

—Bueno, ¿y qué tal te va todo? —le preguntó, cambiando de tema —. ¿El trabajo bien?

Carolina trabajaba en uno de los cines de la ciudad. En realidad había estudiado informática y a veces utilizaba sus conocimientos con algunos clientes que tenía de mano. Pero se negaba a trabajar para una gran empresa porque decía que eso sería como vender su alma al diablo.

—Oh, genial. Ahora no hay nada interesante, pero fue increíble cuando pasamos la última de Star Wars. ¿La has visto?

—No.

—¿Cómo no? ¡Tienes que verla! ¡Es una obra de arte!

—Me han hablado un poco mal de ella.

Carolina hizo un gesto de desaprobación con la mano, como si estuviera intentando apartar una mosca. —Los fans siempre están divididos. Pero a mí me mola que sigan dándole vida a la saga. No hay otra igual en toda la historia del cine.

Alexia se encogió de hombros y volvió a lamer su helado. Hacía tanto frío en el interior de la cafetería que la bola no se había derretido ni un poquito. Empezaba a sentir la piel erizada, pero de todos modos su encuentro con Carolina no duraría demasiado. Especialmente ahora que su amiga se había lanzado a contarle vida, obra y milagros de George Lucas y la saga de Star Wars.

No es que Alexia tuviera nada en contra. En su momento ella también había sido una gran fan. Se había visto las primeras películas al menos veinte veces e incluso podía recitar algunos diálogos de memoria. Sin embargo, le pareció que eso formaba parte de otra época, su adolescencia, cuando podía estar tardes enteras charlando sobre temas similares. Ahora, en cambio, tuvo que reprimir un par de bostezos. Y cuando Carolina llevaba ya veinticinco minutos hablando de ello, se descubrió mirando su reloj, preguntándose cuándo acabaría, y este descubrimiento le sorprendió. ¿Tanto había cambiado? ¿Por qué? ¡Si antes le encantaba!

—Bueno, veo que te estoy aburriendo —dijo Carolina, no sin cierto enfado al ver que Alexia volvía a reprimir un bostezo—. Pensaba que te gustaba pero ya me callo.

—¡Y me gusta! —protestó Alexia, haciéndole gestos para que continuara hablando.

—Nah, no te preocupes. Lo entiendo. Ya no te molan estas cosas.

—Sí que me gustan. Ya sabes que sí.

Carolina la miró con recelo, como si no se creyese ni una palabra, pero pareció querer darle una segunda oportunidad:

—¿Te has comprado ya la PS4? En Navidad dijiste que lo estabas

pensando.

—Es verdad, lo pensé, pero al final no me la he comprado.

—¿Por qué no?

Porque era demasiado cara, porque con ese dinero podía comprar comida para dos meses seguidos, o irse de viaje con Carla, o salir al cine, restaurantes, de copas o lo que fuera. Porque prefería salir con sus amigas que quedarse en casa jugando a la consola. Pero esto no podía decírselo a Carolina, porque no lo entendería. ¿O sí?

—Tuve que emplear el dinero en otra cosa —resumió sin entrar en detalles.

—Buah, pues te lo estás perdiendo. Alucinas con sus gráficos. Es una inversión totalmente recomendable. Yo no me he arrepentido ni un solo día —la animó su amiga con entusiasmo.

—¿Y estás viendo a alguien? —preguntó Alexia, intentando cambiar de tema.

—Sí, claro, sigo quedando con Manu, Maca y los demás. Quedamos de vez en cuando.

—No me refería a eso —la cortó Alex—. Hablaba de, no sé, un novio, novia o algo.

Carolina abrió primero los ojos con sorpresa y después se carcajeó con ganas.

—Qué va, tío, eso no me interesa nada. ¿Tú?

Alexia se encogió de hombros. —Estuve con una chica, Laura, hasta hace unas semanas. Hasta que descubrí que me ponía los cuernos con otra.

—Oh, vaya, lo siento. ¿Ves? Por eso yo no me niego a tener relaciones. Ya no puedes fiarte de nadie —aseguró Carolina, sorbiendo su refresco con gesto de asco.

Su amiga tenía parte de razón, pero Alexia se negaba a cerrarse en banda. Tenía que haber alguien diferente, alguien con quien encajara, una mujer que no tomara su corazón para hacerlo pedazos. Y entonces, sin saber muy bien por qué, se le vino a la cabeza la imagen de Malena Aller, y aunque al principio le sorprendió, después simplemente sonrió ante su propia estupidez.

—¿Qué te hace tanta gracia? —quiso saber Carolina.

—Nada, estaba pensando una tontería, nada importante. ¿Sabes que Malena Aller está pasando estos días con nosotros en la playa? Ha venido con sus padres. Ya sabes que son amigos de los míos.

Al principio Carolina frunció el ceño como si no consiguiera ubicar ese nombre. Después el entendimiento se adueñó de su rostro y arqueó las cejas con genuina sorpresa.

—Malena... ¿Malena? ¿La del colegio?

—Esa misma —le confirmó Alexia.

—Ufff... Qué pereza. Esa tía es una víbora.

—No es tan mala, no sé. Yo la veo bastante cambiada.

—Eso lo dices porque en el fondo siempre te ha molado.

—¿Quién? ¿Malena? —se escandalizó Alexia, sorprendida por la afirmación de su amiga.

—No te hagas la sorprendida. Todos lo pensábamos.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos?

—Pues ya sabes: Manu, Maca... los de la pandilla, vaya.

—¡Pero eso es una tontería! —protestó Alexia, anonadada—. Amí nunca me ha gustado Malena.

—Pues para no gustarte hay que ver cómo la mirabas...

—¿Cómo?

—Con ojitos de cordero degollado. Venga, Alex, si era suuuuper evidente. Estabas colada por ella. Lo que pasa es que te daba vergüenza admitirlo. Incluso ahora te la da. Mírate. —Se rio Carolina, señalándola.

—¡Pero si no nos aguantábamos! Todos la odiábamos. Cada vez que venía con sus padres a mi casa era insoportable —le explicó Alexia con la esperanza de hacerle entrar en razón. Aquello era una locura. ¿Cómo podía pensar que le gustaba Malena? ¿Y qué era eso de que todos lo pensaban? ¿Cuántos eran “todos”? ¿El instituto entero? ¿Su grupo de amigos? ¿La propia Malena? Solo de pensarlo sintió escalofríos...

—Ya sabes lo que dicen: «Cuanto más reñidos... —afirmó Carolina y después sonrió con malicia—. Pero no te lo tomes así, mujer, que a mí me da igual. Esto solo demuestra que tienes mal gusto y ya está. Además, entiendo que no quieras admitirlo. Pero quédate tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

Y así se zanjó la conversación, con esta tajante afirmación de Carolina, que se negaba a creerla, y con la enorme sorpresa de Alexia, que se negaba a creer lo que escuchaban sus oídos.

El encuentro finalizó unos minutos después. Carolina tenía que irse. Había quedado con su madre para ayudarla con la comida, pero le hizo prometer que volverían a verse antes de que Alexia volviera a Madrid.

Alexia regresó al coche ligeramente aturdida por lo que había sucedido. *¡Amí nunca me ha gustado Malena!* se iba diciendo a sí misma, muy enfadada. Y entonces, ¿por qué Carolina y otros antiguos amigos del colegio pensaban lo contrario? ¿Y por qué nadie se lo había dicho antes?

Estaba tan enfadada que tuvo que respirar hondo antes de meter la llave en el contacto. No era conveniente que condujera en ese estado. *Amí nunca me ha gustado Malena*, volvió a repetirse en silencio, apretando los dientes con fuerza. Se lo había dicho a sí misma al menos unas diez veces, pero, por la razón que fuera, ninguna de ellas le sonó convincente. Se miró en el espejo retrovisor y volvió a repetirlo, esta vez en voz alta y mirándose a los ojos: «Nunca te ha gustado Malena Aller» e hizo una pausa, a la cual siguió una pregunta: «¿Verdad?».

Es decir, era guapa (siempre lo había sido), pensó mientras arrancaba por fin el coche. En el colegio nadie era indiferente a Malena. Los chicos querían salir con ella. Las chicas, parecerse a ella. Y suponía que ahora, con veintisiete años, más cerca de la treintena que de la veintena, le ocurría algo parecido. El aura y carisma de una persona no se apagaba con los años. Pero eso no significaba que Alexia se hubiese sentido atraída por ella en ningún momento.

Intentó rememorar esa época de su vida, pero a veces sus años de adolescencia se le presentaban como escenas borrosas o demasiado

dolorosas. Alexia había pasado tantos años reinventándose a sí misma y tratando de olvidarlos que ahora solo le quedaban un par de recuerdos espaciados, desmadejados, como partes de la cinta de una película que no estuviera completa. Recordaba con mayor claridad los momentos que había pasado a solas con Malena. Eran pocos, porque en el instituto tenían amigos diferentes y los únicos instantes en los que coincidían eran cuando sus progenitores quedaban y las obligaban a acompañarles.

El último de esos encuentros fue casi a finales de curso, durante el cumpleaños de su padre. Acababan de cumplir diecisiete y solo les quedaba un año más en el instituto. En aquel momento Alexia era ya un desastre emocional. Las vibraciones que despertaba en su interior una de sus compañeras del equipo de baloncesto empezaban a sembrar dudas en su corazón. ¿Era normal sentirse así cada vez que Raquel se acercaba a ella? Nerviosa, temblorosa, el estómago girando como el tambor de una lavadora. No, por supuesto que no era normal, y en su interior Alexia sabía por qué, aunque todavía no había tenido valentía suficiente para reconocérselo a sí misma. Pensaba, no obstante, que otros sí eran capaces de verlo. Que cualquiera que la mirara podía adivinar lo que estaba pensando, como si lo llevara escrito en la frente o alguno de sus ademanes la traicionara. Por eso cuando aquel día su madre le anunció que Malena también vendría a la comida que habían organizado por el cumpleaños de su padre, sintió ganas de encerrarse en su habitación y no salir de allí. Alexia creía que si Malena la miraba con detenimiento o si sus ojos se encontraban, ella adivinaría lo que sentía. ¿Qué haría Malena en ese caso? ¿Se lo contaría al resto de sus amigas? ¿Llegaría a enterarse todo el colegio de que a Alexia le gustaban las mujeres?

Horror.

Llevaba la culpabilidad escrita en la cara cuando bajó a abrir la puerta y se encontró a Sonsoles y Ricardo, sonriéndole con dulzura. Su hija Malena estaba justo detrás, esperando su turno para entrar. Alexia les abrió la puerta, saludó todo lo rápido que pudo y fijó la mirada en el suelo, por si acaso. No volvió a mirar a Malena en lo que restó de día, ganándose así las reprimendas de su madre. «Cada día tienes más rarezas, hija, no hay quién te entienda», le regañó Isabel, cuando los Aller ya se habían ido.

Ese era uno de los pocos recuerdos que tenía junto a Malena, se dijo a sí misma cuando ya estaba a cinco minutos de la casa. Por tanto, no había nada de qué preocuparse. Había estado en lo cierto cuando le dijo a Carolina que su corazón no albergaba esos sentimientos por la hija de los Aller. Pero entonces se acordó del sueño.

Lo hizo muy despacio, de manera involuntaria. Había abandonado ya la carretera principal para dirigirse a la entrada del pueblo. La casa de sus padres estaba cerca y el sueño se coló en su mente de pronto, mientras trataba de centrar su atención en incorporarse al tráfico de una glorieta. Le provocó tal susto que a punto estuvo de colisionar con otro coche.

—¡Mira por dónde vas! —tronó el conductor, bajando la ventanilla tras haber dado un brusco frenazo. Tenía cara de rata y parecía a punto de devorarla con enfado.

Alexia reprimió las ganas que tenía de contestarle algo peor. Gilipollas, subnormal y retrasado fueron los adjetivos que se le pasaron por la cabeza. Pero estaba bloqueada, pensando en el

sueño. Le pareció que era demasiado real como para que su memoria se lo estuviera inventando.

Sintió de pronto calor. Subió al máximo la rueda del aire acondicionado. Y por su mente siguieron deslizándose imágenes del sueño: Malena, en los vestuarios de la clase de Educación Física, cambiándose cerca de ella, los ojos de Alexia recorriendo su cuerpo con hambre, el corazón palpitándole con fuerza. Malena se giraba en el mismo instante en el que desabrochaba su sujetador y lo dejaba caer al suelo con una sonrisa que iba dedicada a ella. «¿Te gusta lo que ves?», le preguntaba. Y luego se acercaba lentamente hasta capturar sus labios.

Alexia abrió la ventanilla del coche. No podía respirar. *¿Cuándo había tenido ese sueño?* se preguntó, mientras intentaba centrar la atención en la conducción. Estaba yendo demasiado despacio y el coche que le iba a la zaga empezó a protestar con el claxon. Oh, sí, ya lo recordaba. Fue el día siguiente del cumpleaños de su padre. Se había despertado empapada en sudor en medio de la noche y lo recordaba con claridad, sorprendida y un poco avergonzada de su propio subconsciente. ¿Y cómo seguía? El sueño seguía en las duchas del vestuario. Estaba vacío y ellas... ellas estaban desnudas y...y....

Alexia dio un frenazo.

El conductor de detrás no fue capaz de detener su vehículo a tiempo y se estampó contra el suyo, de manera que sintió un fuerte golpe que la empujó de pronto hacia delante. Cuando se repuso del susto, pegó la frente contra el volante.

Joder, acababa de estampar el coche de Malena mientras pensaba

auténticas guarradas protagonizadas por ella. ¿Cómo le iba a explicar esto?

Escuchó la puerta del coche de atrás. El conductor se había bajado e iba a su encuentro. Alexia decidió entonces bajar también del coche. Era hora de dar la cara, disculparse y rellenar un parte. Esperaba de veras que el seguro de Malena cubriera a terceros.

—Lo siento muchísimo —dijo, mesándose el pelo con nerviosismo.

—¿En qué coño estabas pensando? —El hombre se arrodilló frente al morro de su coche para comprobar los daños. El guardabarros se había desprendido y estaba ahora sobre la calzada. Otros coches empezaron a tocar el claxon, sin comprender por qué se había detenido el tráfico.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado. Si quiere podemos cubrir un parte para el seguro.

—Olvídate del seguro —dijo el hombre.

¡Bien!

—Yo lo que quiero es que me des la pasta.

Oh, oh.

—¿Qué?

—Que espero que me des el dinero para reparar esto. Mi culpa no ha sido.

—No, pero no pienso hacerme cargo de algo que puede pagar mi seguro —bufó Alexia, preguntándose si era una buena idea discutir con aquel tipo. Le sacaba al menos tres cabezas y su espalda le recordaba a la puerta de un robusto armario. Además, tenía cara de

pocos amigos. De ningún amigo, de hecho.

—¿No piensas pagarme?

—Sí, eso he dicho —le retó Alexia, aunque le temblaban un poco las piernas. Miró por encima de su hombro. Alo mejor tenía tiempo de salir huyendo. Pero no, imposible. Suspiró hondo y echó mano de la poca valentía que le quedaba: —Mire, es muy fácil, podemos cubrir un parte y asegurarnos de que mi seguro le paga la reparación del coche o podemos llamar a la policía y que sean ellos quienes decidan. Usted elige —dijo, con un nudo en la garganta.

—¡Muévanse! ¿Qué les pasa? —protestó en ese momento una mujer que tenía la mano pegada al claxon. Parecía tener prisa.

El hombre pareció darse cuenta entonces de que tenían demasiados espectadores. Sería demasiado arriesgado intentar forzarla en una situación con tantos testigos. Apretó la mandíbula y vio unas venas peligrosamente hinchadas en su cuello. Alexia tragó con dificultad, pensando que estaba a punto de morir aplastada por la mano de aquel gigante.

—Vamos a mover los coches. No quiero que venga la *pasma* a husmear —dijo, señalando la fila que se estaba formando. Varias personas tenían la cabeza fuera de sus vehículos para ver qué era lo que interrumpía el tráfico.

Para su fortuna, en ese momento apareció un agente de policía subido en su moto. Detuvo el vehículo al lado de sus coches y se interesó por lo sucedido. El hombre no se mostró demasiado contento con la presencia del oficial, pero Alexia sintió un alivio infinito. Por nada del mundo deseaba quedarse a solas con aquel bruto.

Llegó a la casa de sus padres media hora más tarde. Se encontraba totalmente devastada y de un humor espantoso. Lana fue a recibirla nada más cruzó la verja, meneando el rabito con alegría.

—Me alegro de que hayas tenido mejor día que yo —le dijo Alexia, acariciándole la cabeza, mientras se adentraba hacia el patio de la vivienda.

Esperaba de veras no tener que encontrarse con nadie en unas cuantas horas. Quería tomarse su tiempo para pensar cómo le diría a Malena que había tenido un pequeño accidente con su coche y de qué modo dejaría de recordar el sueño o las palabras de Carolina a partir de ahora, cuando la mirara a los ojos. Pero no hubo suerte. Malena estaba tomando el sol en una de las hamacas del jardín. Llevaba un pequeño bikini de color verde manzana que contrastaba con el color de su piel y le sentaba increíblemente bien. Alexia intentó apartar los ojos de su piel bronceada, de sus pechos redondos o de su barriga plana, perfecta. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta al recordar ese cuerpo en su propio sueño.

Al escuchar su llegada, Malena se incorporó y se colocó las gafas de sol en la cabeza para ver quién había llegado.

—Ah, ¿eres tú? —le dijo desapasionadamente, como si todavía estuviera enfadada o Alexia fuera la última persona a la que deseaba ver en ese momento.

No la culpó. El sentimiento era mutuo, aunque por razones muy diferentes.

—Sí, perdona si te he molestado.

—¿Qué tal te lo has pasado?

—Bien. Normal, no sé —dijo en un tono tan bajo que incluso Malena se inclinó hacia delante como si no la hubiera escuchado bien.

Carraspeó incómoda—. Oye, una cosa importante.

—Dime.

—¿Qué tipo de seguro tienes en tu coche?

Malena frunció el ceño. —A todo riesgo. ¿Por qué?

Alexia suspiró, aliviada.

—Porque he tenido un pequeño incidente con él. Nada grave. Solo una pequeña abolladura. Me distraje un momento y un coche me ha dado un golpe por detrás. Lo siento muchísimo.

Malena permaneció unos segundos en silencio, como si estuviera barajando qué deseaba responder o pensando si estaba enfadada. Alexia sintió que se ruborizaba. Había intentado mirarla a los ojos, pero aquel bikini no ayudaba. Solo conseguía que el sueño regresara a su mente una y otra vez, y era tan vivo, tan realista, que no sabía cómo esconder el rubor que le provocaban aquellas tórridas escenas.

—De veras lo siento. Ha sido un despiste estúpido.

—Bueno, si dices que es pequeño, no pasa nada —dijo por fin Malena.

—Lo he dejado justo aquí fuera, por si quieres verlo. Pero apenas se nota, de verdad. Si te crea mucho problema, te lo puedo pagar.

—No te preocupes. Ya le echaré un vistazo después. Prefiero estar un rato más aquí.

—Como quieras. Aquí tienes las llaves. Gracias por habérmelo dejado.

—No hay de qué —dijo Malena, esbozando una sonrisa cansada. Se puso las gafas de sol y se recostó de nuevo, como si a ella tampoco le apeteciera dilatar la charla.

Mejor. *Al menos no me ha preguntado qué fue lo que me distrajo*, pensó Alexia, mientras ponía rumbo al interior de la casa. Quedaban muchas horas para que el día finalizara, pero ella sentía que ya se había acabado.

Tenía ganas de comer algo, darse una ducha y olvidarse del mundo durante unas cuantas horas. Con un poco de suerte, lo conseguiría.

9. La chantajista

Habían pasado varios días desde su llegada a la casa de veraneo y Malena se sentía un poco más viva. Tal y como su madre le había sugerido, le ayudaba estar distraída, y no pensar demasiado en Bruno. Y si algo había en aquella casa, eran distracciones. Si no se trataba de los constantes rifirrafes entre Alexia e Isabel, el disfrute estaba asegurado con la deslenguada Paula.

La hermana menor pasaba poco tiempo con ellos (normalmente, prefería irse con sus amigos a la playa), pero el tiempo que lo hacía era impagable. A Malena le fascinaba el modo en el que siempre se burlaba de su hermana. Le sorprendía que Alexia no se hubiera dado cuenta de que cuanto más se enfadara, más insistiría Paula en hacerla rabiar. Era divertido. Era diferente. No tenía nada que ver con su vida en Barcelona, el hospital, los problemas maritales de su entorno social o sus recuerdos sobre Bruno.

Malena notaba una mejoría con cada día que pasaba. Tenía más apetito y cada vez le costaba menos sonreír. Sonsoles, su madre, parecía encantada con su evolución. «Te veo muy bien», le dijo el día anterior con un tierno beso en la mejilla. «Pero si en algún momento quieres hablar....». «Estoy bien, mamá, tranquila. Si necesito hablar, serás la primera a la que acuda», replicó Malena, devolviéndole el beso. Se fueron a poner la mesa juntas y el tema quedó zanjado.

Ahora estaba conduciendo de regreso a la casa. Se había pasado

el día fuera. Tenía muchas ganas de visitar a unos amigos en Huelva a los que hacía siglos que no veía, así que empleó en ello la hora del almuerzo y gran parte de la tarde. Antes de meterse en el coche para regresar, vio de nuevo la abolladura que Alexia le había hecho días atrás. No era demasiado grande, pero sí visible, y no sabía si debía enfadarse o dejarlo estar.

Supuso que lo mejor sería dejarlo estar, aunque resultaba impropio de ella. Normalmente, solía enfadarse por accidentes como estos, pero con Alexia le había sucedido algo inusual: se habían mirado unos segundos y no había sido capaz de replicarle.

No sabía razonar por qué, pero había algo en los ojos de Alexia que había cambiado cada vez que la observaba. Seguía siendo la misma persona, un poco rara, un poco huraña, malhumorada, torpe y quejicosa, pero a la vez parecía otra. Una Alexia más madura, incluso adorable en su torpeza social. La miraba y a veces no conseguía permanecer enfadada durante mucho tiempo. Su presencia le generaba ganas de sonreír, como si el mero hecho de contemplarla fuera ya de por sí divertido.

Bajó del coche y se distrajo con unos pájaros muy escandalosos que sobrevolaron su cabeza. Se quitó el sombrero habanero y sintió algunas punzadas. Le dolía la cabeza. Entró en la casa y se alegró de encontrársela en silencio. Los demás o bien estaban en la playa o durmiendo la siesta en el jardín. Bebió algunos sorbos de zumo de manzana de una botella que había en la nevera y a través de las ventanas volvió a mirar el cielo.

¿Por qué había un matiz nuevo en la mirada de Alexia? ¿Y por qué nadie la había mirado así antes? Al menos, no recordaba esa mirada ni

siquiera en Bruno.

Bruno.

Cada día estaba más lejos.

—Hola, Male.

Malena se giró y vio a Paula, que la saludó en ese momento. Llevaba una camiseta de manga corta y unos shorts. Olía a crema, aunque parecía haberse quemado, como si hubiera usado factor de protección tres o algún aceite bronceador que abrasara la piel.

—Hola, Paula. Pensé que estarías en la playa.

—Y lo estaba. Me fui con unos amigos. Pero se levantó algo de viento.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí —respondió alegremente la menor y acto seguido desapareció por el pasillo con un vaso de agua bien fría.

Malena no le molestaba Paula. Sabía que a su madre le parecía una adolescente irritante y a veces la había descubierto tratando de darle consejos a Isabel sobre la educación de su hija menor. Pero a ella le caía bien la hermana de Alexia. Incluso le hacía gracia cuando bromeaba acerca de su supuesto *affaire*, cosa que le sorprendía, pues a lo mejor debería sonrojarse u ofenderse como hacía Alexia cuando aseguraba que mejor tuviera cuidado o por la noche la acorralaría en su cama. Y sin embargo, Malena solía echarse a reír cuando escuchaba estas bromas. ¿Por qué no se sentía ofendida? ¿Por qué la idea no le resultaba bochornosa o absurda?

Le encantaba ver cómo Alexia se enfurecía ante las insinuaciones

de su hermana. Era cómico y muy entrañable. Y aun lo era más cuando los padres las miraban sorprendidos o curiosos, como si trataran de dilucidar qué parte de todo aquello era cierto.

Se acordó entonces de su amiga Rocío, que salía con una chica llamada Natalia. Ellas hacían una pareja muy bonita, incluso era precioso verlas cuando se daban un beso. Pero nunca le había preguntado qué se sentiría al besar o acariciar a otra mujer. Aunque se lo imaginaba como algo suave y delicado, como dedos acariciando seda.

De repente, se imaginó preguntárselo a Alex: «Oye, Alexia, ¿qué se siente?». Estaba segura de que su excompañera de clase la miraría enfadada y se daría media vuelta. Malena sonrió ante esta escena mental.

Empezó a tener frío y se dirigió inmediatamente a la ducha para entrar en calor. Las horas al sol en una terraza le habían causado una ligera insolación y estaba temblando.

—¿Estás bien? Pareces enferma —le preguntó una voz a su espalda.

Malena se giró y vio a Alexia, detenida en el pasillo, mirándola con gesto de preocupación. Alexia llevaba solo una toalla y el pelo húmedo le caía sobre los hombros. Malena la miró de arriba abajo y respondió algo distraída:

—Creo que me ha sentado mal el sol. Estoy mareada y temblorosa.

—¿Necesitas algo? Hay medicinas en uno de los armarios de la cocina —le indicó Alex, todavía detenida en el pasillo. Estaba descalza y su cuerpo despedía un agradable olor a champú y a gel de baño.

Malena no supo qué responder. Aquella situación le parecía un poco absurda porque de pronto se sintió nerviosa y avergonzada, lo cual no tenía ningún sentido. Había visto a la mayoría de sus amigas en ropa interior, bikini y también envueltas en una toalla. Diablos, las había visto desnudas y nunca había habido ni un solo atisbo de tensión. Ahora, en cambio, estaban las dos paradas en medio del pasillo y si alguien pasara por allí, no haría falta que fuera muy observador para detectar la tensión que flotaba en el ambiente. Era densa, casi podía sentirla cosquilleando la punta de su nariz.

—Ahora que lo dices —dijo, carraspeando e intentando que su mirada no se desviara—, necesito una toalla. La mía ha desaparecido, aunque creo que podré encontrar otra, así que no te preocupes.

—No, deja. Ya te llevo yo una ahora.

—Puedo cogerla en el armario —insistió Malena.

—No queda ninguna. Yo he usado la última limpia. Pero no te preocupes, hay más en el lavadero. Vengo enseguida.

—Bueno, si quieres...

Alexia desapareció entonces caminando de puntillas en dirección al salón. Malena imaginó que se secaría un poco primero, se vestiría y después le llevaría la toalla limpia. De todos modos, ¿qué había sido aquello? ¿Esa tensión electrificante? ¿Aqué venía eso?

Meneó la cabeza y abrió el grifo de la ducha. Cerró la puerta e intentó relajarse, aunque no dejaba de aguzar su oído, por si Alexia regresaba con la toalla. Al cabo de unos minutos, unos nudillos tocaron la puerta.

—¿Quién es?

—Tu toalla.

—Vale, pasa —dijo, dando su consentimiento y escuchando cómo la puerta se abría—. Déjala sobre el lavabo.

Intentó estar todo lo serena que podía, pero Malena se puso muy nerviosa al percibir la presencia de Alexia. El mero hecho de que estuviera al otro lado de la cortina de la ducha le hacía sentir avergonzada. ¿Sería capaz de ver algo? ¿Era lo suficientemente opaca? ¿Y si estiraba la cabeza para ver por el hueco del lateral que la cortina no cubría? Este pensamiento consiguió ponerla tan nerviosa que, sin querer, se le cayó el mango de la ducha, armando un estruendo.

—¿Va todo bien? —Se interesó Alexia desde el otro lado—. ¿Te has mareado?

Malena se ruborizó mientras se agachaba para recoger el mango. —Estoy bien, no te preocupes.

Se hizo el silencio y unos segundos después se escuchó un golpe todavía más fuerte.

La puerta. Se había cerrado de golpe.

Malena frunció el ceño, desconcertada. Pensó que las formas de Alexia eran un poco rudas. ¿Qué había hecho ella para que se fuera así, de repente, dando un portazo? Estuvo a punto de asomar la cabeza por la cortina de la ducha, pero entonces escuchó la voz de Alexia a tan solo unos centímetros de distancia.

—¡Joder! —bramó su excompañera de clase.

Sorprendida de haber escuchado su voz tan cerca, Malena sacó la

cabeza por un lateral de la cortina y comprobó, con los ojos muy abiertos, que Alexia seguía en el cuarto de baño. Estaba de espaldas a la ducha, tirando de algo.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó, un poco enfadada.

—¿Ati qué te parece? Se ha cerrado la maldita puerta.

—¿Cómo que se ha cerrado? ¿A qué te refieres?

—Pues que se ha cerrado. De golpe. ¿Por qué te duchas con la ventana abierta? El viento la ha empujado y ahora no hay manera de abrirla.

Los ojos de Malena se abrieron como platos, comprendiendo. — Debes de estar bromeando.

—No, no es una broma. Se ha quedado atascada —le aseguró Alexia, mientras forcejeaba con el pomo.

Al menos Alexia se había vestido. Algo era algo. Malena suspiró con alivio.

—Pues pide ayuda, yo qué sé.

Alex se giró, irritada. Parecía querer asesinarla con la mirada.

—¿A quién? ¿A quién quieres que le pida ayuda?

—¡Acualquiera!

—Ni mis padres ni los tuyos están en casa. La única que está es mi hermana. ¿De veras quieres que le pida ayuda a ella?

De acuerdo, la idea no era la mejor del mundo. Paula aprovecharía la ocasión para burlarse de ellas o peor: para chantajearlas, quien sabe. Pero confiaba en que se comportaría como una persona adulta,

habida cuenta de la situación en la que se encontraban.

—Tu hermana es agradable, por el amor de dios, no seas tan dramática —le dijo, mientras se enjuagaba el pelo y decidía qué podían hacer. Lo primero era terminar de ducharse, para al menos poder salir de allí e intentar ayudar a Alexia.

—Cómo se nota que no la conoces.

—Bueno, no sé, a mí no me parece para tanto. Todas hemos sido un poco así a su edad.

—Habla por ti. Yo no era así.

Malena puso los ojos en blanco. Ya estaba otra vez Alexia con agravios comparativos. Era como si nunca pudiera dejar el pasado en el lugar donde pertenecía: atrás.

—Bueno, entonces ¿qué te propones? —preguntó algo más calmada, aplicándose un poco de jabón—. Si la puerta no puede abrirse, alguien tendrá que sacarnos de aquí. Si te esperas un minuto, salgo y te ayudo.

Alexia se quedó unos segundos callada como si estuviera sopesando los pros y contras de avisar a su hermana Paula. Entonces, sin venir a cuento, pareció hallarse en trance porque empezó a gritar, presa del pánico, como si no le hiciera demasiada gracia que Malena saliera desnuda de la ducha.

—¡Paula! ¡Paula!

—¿Pero qué haces?

—Llamar a mi hermana, ¿no era eso lo que querías?

—Sí, pero...

—¡Paula, estamos encerradas en el baño! ¡Ven! —siguió insistiendo Alexia con desesperación.

Nadie respondió. Alexia se mesó entonces el pelo, tratando de buscar una solución. ¿Cabría por la ventana? Estuvo a punto de comprobarlo, pero descartó pronto la idea, pensando que podría hacerse daño o quedarse atrapada en el marco. La maldita ventana era demasiado pequeña. Empezó entonces a aporrear la puerta y Malena sonrió, divertida.

Si antes la situación le había puesto de los nervios, ahora solo era capaz de sonreír ante el ataque de histeria de Alexia. ¿Dónde podía estar Paula? De pronto, se sintió un poco más segura de sí misma. La idea de salir de la ducha desnuda o envuelta en una toalla ya no la turbaba en absoluto, sino que le divertía imaginar la cara que pondría Alexia si lo hacía.

—Voy a salir de la ducha —anunció entonces con firmeza y una sonrisa en los labios que su excompañera no pudo ver porque todavía estaba tras la cortina.

—¡No!

—¿No? ¿Por qué no? Estoy muerta de frío. Se ha acabado el agua caliente.

—Pues esperas un rato y ya verás como vuelve.

—¿Estás de broma? ¿Pretendes dejarme aquí encerrada tras la cortina de la ducha? ¿Qué bicho te ha picado?

Malena esperó en silencio a que Alexia le contestara, pero solo escuchó un bufido que le hizo sonreír todavía más. Sacudió ligeramente la cortina para ponerla un poco nerviosa. Lo suyo era

maldad pura, pero a veces disfrutaba sacándola de quicio, en especial con algo tan absurdo como fingir que estaba a punto de salir desnuda de la ducha. Sintió tentaciones de sacar un pie para que el susto fuera todavía mayor, pero se apiadó en el último momento. En el fondo no deseaba hacerle pasar un mal trago a Alexia y estaba claro que la situación la ponía nerviosa, así que simplemente estiró un brazo y abrió la mano.

—¿Me das la toalla, por favor? —le pidió.

Alexia se apresuró a pasarle la toalla. —Sí, claro, aquí la tienes — afirmó, carraspeando.

Sus manos se rozaron un momento.

—Gracias. —Malena salió envuelta en una minúscula toalla verde que apenas le cubría parte del cuerpo. Sus largas y húmedas piernas quedaban al descubierto y comprobó que Alexia no parecía indiferente a ellas—. Nunca habría imaginado que estaría encerrada contigo en un baño —dijo entonces para restarle importancia al asunto.

—Lo mismo digo —protestó Alexia, girándose para mirar fijamente el lavabo.

—¿Pero por qué no me miras?

—Claro que te miro —se defendió—. Lo que pasa es que estoy preocupada. Quiero salir de aquí y la tonta de mi hermana debe de tener los cascos puestos. Qué manía de escuchar la música a todo volumen.

—Bueno, no te pongas así. Si no es Paula, enseguida vendrá alguien. Tus padres o los míos —trató de tranquilizarla Malena.

—Ya, pero pueden transcurrir horas antes de que eso ocurra. Coño, si hubieses cogido tú sola la toalla....

—Un momento, fuiste tú la que te ofreciste a traérmela. Ya te dije que podía coger una —se ofendió Malena, apretando la toalla firmemente contra su pecho.

—Vale, bien, pero no fui yo la que se dejó la ventana abierta. ¿O sí?

—¿Cómo iba yo a saber que se cerraría?

—¡Porque hace viento! ¡Y eso es lo que pasa con las puertas cuando hace viento!

Malena estaba tan enfadada que se negaba a escuchar más sandeces.

—No empieces otra vez, Alexia, yo no te he pedido nada. Te has ofrecido a traerme la toalla, así que te pido que por favor no seas desagradable.

—Vale, perdona. Estoy un poco nerviosa. ¿Sabes lo que van a pensar mis padres y los tuyos cuando nos encuentren aquí? ¿Lo sabes?

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Crees que me siento cómoda con eso? —espetó Alexia rabiosa.

—No lo sé. Amí me da igual.

—Claro que te da igual. Para ti es muy fácil. Asaber con cuántos has estado, pero yo no quiero que se piensen que te acoso en el baño...

—¿Perdona? Ahora sí que te has pasado —se enfureció Malena—.

Con cuántas personas haya estado es cosa mía, pero para tu información no voy por ahí acostándome con cualquiera. Mucho menos con mujeres —terminó de decir con brusquedad.

—Tranquila, si eso es lo que te preocupa, has de saber que no eres mi tipo —puntualizó Alex, golpeando la puerta otra vez—. ¡Paula! ¡Paula!

—Te juro que a veces eres insoportable. ¡Paula!

Las dos gritaron al unísono, empujándose un poco por acaparar la puerta. Malena lo hacía con los brazos pegados al cuerpo para que la toalla no se cayera y Alexia la aporreaba directamente con sus puños.

—¿Insoportable yo? ¿Por qué? ¿Por decirte que no estoy a tus pies como el resto de los mortales?

—¿Ya estás otra vez? —se molestó Malena, mirándola con furia—. No tengo a nadie a mis pies, pero desde luego, si lo tuviera, no querría que fueras tú.

—¡Lo mismo te digo!

Las dos estaban tan enfrascadas en su discusión que no escucharon los pasos de Paula, acercándose paulatinamente a la puerta del baño. Solo se quedaron calladas cuando la menor dijo: «¿Queréis que os saque de ahí o preferís seguir discutiendo?».

—Paula, ¿eres tú? —quiso asegurarse Alexia, pegando el oído a la madera de la puerta.

—Claro que soy yo. ¿Quién iba a ser? ¿Papá Noel?

—Escucha, tienes que sacarnos de aquí. Hay un agujero en el pomo de la puerta. Si le metes una vara fina o un ganchillo, la puedes

abrir desde fuera. Creo que hay un ganchillo en uno de los cajones del mueble de la televisión.

Se hizo un silencio momentáneo, como si Paula se hubiera ido en busca del artilugio. Malena aprovechó entonces para darle una palmada en el brazo a Alexia:

—¿Lo ves? —le dijo—. Tu hermana es un encanto.

Por la mueca que puso Alexia, no parecía tenerlas todas consigo. En ese momento se escucharon pasos. Era Paula que volvía a estar al otro lado de la puerta.

—Ya lo tengo.

—¡Bien! Ahora solo tienes que meterlo y empujar. El pomo se girará entonces.

—¿Meterlo y empujar? Mmm... Qué a suena eso...

—¡Paula!

—Hermanita, no te pongas nerviosa. Amí no me importa lo que hagáis en el baño. De veras.

—¿Quieres hacer el favor de abrir ya la puerta?

—Claro que sí, yo te ayudo sin problemas, pero...

Malena frunció el ceño. Alexia le hizo un gesto con el dedo para que se callara.

—¿Pero qué?

—Nada es gratis, claro. Ano ser que prefieras esperar a que regresen papá y mamá y te vean encerrada en el cuarto de baño con tu... *amiguita*.

—Maldita enana manipuladora. ¡Abre la puerta, Paula!

—La verdad es que prefiero definirme como mujer de negocios —dijo la adolescente—. ¿Qué te parecen cien euros? Si me pides disculpas, a lo mejor bajo la oferta.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Malena, escandalizada. Ya no estaba tan segura de que la imagen que tenía de Paula no fuera a desmoronarse por completo después de aquello. ¿De veras les estaba pidiendo dinero por sacarles de ese apuro?

—Y tanto que va en serio —le aseguró Alexia—. Abre la puerta, Paula —ordenó entonces, dirigiéndose a su hermana.

—De acuerdo, que sean noventa.

—Noventa patadas en el culo te daré yo cuando salga de aquí.

—Lo siento, hermana, pero no me gusta hacer negocios con gente tan agresiva. Como continúes por ese camino, no habrá trato.

—¡Paula, abre la maldita puerta o te juro que te haré picadillo!

—Alexia, es preferible que le demos el dinero. Yo tengo algo en la cartera —propuso Malena.

—¡No! ¡Me niego a ceder otra vez!

—Vale, vale, como quieras, pero no te pongas así.

—Entonces, ¿hay trato o no hay trato? Con ochenta euros me conformo. A la de una, a la de dos y a la de...

—¡Esta bien! ¡Aceptamos el trato! ¡Abre la maldita puerta!

En ese momento se escuchó el “click” y tanto Malena como Alexia vieron que el pomo por fin se giraba. Paula las recibió al otro lado de la

puerta con una sonrisa y la palma de la mano extendida.

—Mis honorarios, por favor —les pidió, sonriendo.

Alexia estaba tan furiosa que parecía que iba a saltar sobre ella de un momento a otro. Afortunadamente para la menor, en ese momento se escuchó la puerta de entrada y unas risas. Los mayores estaban de vuelta y eso impidió que Alexia se abalanzara sobre ella.

Fue Sonsoles la primera en entrar. Llegó al pasillo y lo único que vieron sus ojos fue una escena de lo más peculiar. Paula parecía estar mirando hacia el interior del cuarto de baño con una sonrisa pícaro. Cuando Sonsoles se acercó a ver qué era lo que le producía esa expresión en su cara, se encontró a su hija, envuelta en una minúscula toalla, agarrando a Alexia por el brazo, que estaba en el baño con ella.

—Oh... —afirmó Sonsoles, ruborizándose ligeramente.

—Sonsoles, esto no es lo que parece —se apresuró a explicar Alexia, aunque no parecía tener muy claro qué deseaba explicar.

—No, si yo no me meto... —replicó Sonsoles, pálida, mientras era Isabel la que hacía acto de presencia.

Muy pronto las cuatro cabezas de sus progenitores estuvieron asomadas a la puerta del baño, cada uno de ellos más desconcertado que el resto. Se intercambiaban frases como «las chicas de hoy día son así» o «si les apetece ducharse juntas, no veo cuál es el problema» e incluso «¿Pero no decías que tu hija era heterosexual?». Y en medio de todas esas preguntas, cabezas e interrogantes sin respuesta, estaba Paula, sonriendo mientras le guiñaba un ojo a Malena y le hacía un gesto como si quisiera decirle: «No me olvido de que me

debéis ochenta euros. Me pasaré después a cobrarlos».

Y todo para nada. Ahora entendía perfectamente a Alexia. Aquella niñata era un bicho cruel. Insoportable. Terrible. Malévola. Haría bien manteniéndose alejada de ella. O matándola. En ese momento a Malena las dos opciones le parecieron viables. Estaba furiosa.

10. Una madre sabe

PRINGADA.

Esa era la palabra que se le venía a la cabeza a Alexia cada vez que veía a Malena.

Tras el embarazoso momento de encierro en el cuarto de baño, era consciente de que no conseguía mirarla sin que esa palabra se formara en su mente. A veces le daba la sensación de que la llevaba escrita en la frente y entonces se rascaba de manera involuntaria, como si así pudiera borrarla con sus propios dedos. También se ruborizaba hasta la raíz del pelo en las ocasiones más absurdas. Por ejemplo, si se chocaba con Malena recién levantada y las dos estaban en pijama. O si su mirada la traicionaba por un momento y Malena la descubría mirándola fijamente, sobre todo cuando se paseaba en bikini por la casa. Alexia se llevaba entonces las manos a las mejillas y las sentía incendiadas, ardiendo, y salía despedida hacia el lado contrario, todo con tal de que ella no la viera así.

Estaba aprendiendo que, después de todo, a lo mejor Carolina y los demás tenían razón. Era muy probable que, sin saberlo, se sintiera atraída por Malena Aller. Antes y ahora, aunque las hormonas de la adolescencia le habían impedido verlo con claridad. *Te gusta, te sientes atraída por ella y eres una pringada por hacerlo. Pero te gusta.*

Y sí, le gustaba, ahora lo veía claro. Al menos, físicamente, pues de lo contrario, ¿cómo podía explicar su nerviosismo en el baño? ¿Cómo

explicar que le hubieran temblado las piernas ante la simple posibilidad de que Malena saliera desnuda de la ducha? ¿O que hubiera gritado hasta desgañitarse para que su hermana abriera la puerta cuanto antes?

Esa noche incluso tuvo pesadillas con el tema, sueños en los que tritaba y se estremecía de miedo, en el centro de un círculo de personas que la señalaban con el dedo y se burlaban, entre risitas: «Te gusta Malena, te gusta Malena, na, na, na, na, na, na». Alexia se despertó empapada en sudor, enfadada con su subconsciente. Sintió ganas de llamar a Carla y pedirle que la recogiera, que allí no podía seguir, tenía que poner tierra de por medio.

Al final consiguió calmarse, aunque todavía no estaba segura de que su aparente calma mantuviera a raya las sospechas de su madre. Las alertas de Isabel estaban activadas esos días. Su madre la miraba de modo extraño. Sentía sus ojos clavados en ella cada vez que interactuaba con Malena, como si sospechara que allí se estaba tramando algo, algo que Alexia trataba de ocultar. Y no la culpaba. Sabía de sobra que se estaba comportando de modo extraño. Se encontraba más huraña que nunca, rehuía cualquier tipo de contacto con los demás, por si sospechaban, y pasaba largas horas hablando por el móvil para no tener que estar demasiado tiempo con la familia o Malena.

—¿Ya estás otra vez colgada al móvil, hija?

Alexia se giró. Tapó el auricular y vio a su madre, mirándola con cara de sabueso. Esa mañana habían decidido quedarse todos en la casa. Preferían disfrutar de la piscina.

—Estoy hablando con mi jefa —replicó, enfurruñada.

—Vale, vale, no te molesto. Pero dile que no son maneras. Estás de vacaciones y debería respetarlas.

Alexia le hizo una seña para que se callara y la dejara tranquila. Isabel cogió un tubo de crema protectora que alguien había dejado sobre la mesa y se fue camino de la piscina.

—¿Quién era?

—Mi madre —dijo Alexia.

—¿Y por qué le has dicho que hablabas con tu jefa?

—Yo qué sé, Carla, es que está muy pesada. Es como tener todo el día dos ojos encima de mí, pendiente de lo que hago o lo que digo. No sé si puedo soportarlo durante mucho más tiempo —comentó, recostando la cabeza en el reposabrazos del sofá. Hacía tanto calor que sintió que podría derretirse de un momento a otro.

—¿Seguro que no eres tú, que estás un poco paranoica? —dudó Carla.

—¿Paranoica? No, ¿por qué lo dices?

—No sé, te veo muy nerviosa estos días. Y no dejas de hablar de la Malena esa.

—Porque está en todas partes, no la soporto, en serio. Es como una maldición. Desearía que me dejara en paz —se lamentó.

—¿Seguro que solo es eso?

—¡Claro! ¿Qué otra cosa podría ser? —Alexia se abanicó con una revista. Buscó con la mirada dónde estaba el mando del aire

acondicionado pero no fue capaz de encontrarlo. Seguro que Paula se lo había vuelto a llevar a su cuarto.

—No lo sé. Yo mejor no digo nada, no quiero meterme donde no me llaman.

Alexia se quedó un rato callada. No estaba muy segura de lo que quería decir su amiga con esa afirmación, pero tenía sus sospechas y lo cierto era que Carla estaba en poder de la razón: prefería no escucharlas. Decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

—¿No podríais venir? Aunque solo fuera unas horas. Me vendría bien airearme. Estar con otra gente.

—Puedo proponérselo a estas, a ver qué dicen, pero no te prometo nada.

—Eso estaría genial.

—Aunque creo que sería más fácil si vinieras tú —propuso Carla—. Tenemos una piscina gigante y la playa al lado. Lo pasarías bien y desconectarías un rato del drama de tu casa.

Alexia deseaba con toda su alma aceptar la oferta de su amiga, pero no le apetecía sembrar discordia y sabía que la simple idea soliviantaría a su madre. «¿Es que no puedes estar ni unas semanas sin ver a esas amigas tuyas?», diría Isabel. Las dos se enzarzarían en una discusión y lo que empezaría como una propuesta inocente, acabaría convirtiéndose en un dramón griego.

—Me encantaría, pero ya sabes...

—Sí, a tu madre le sentaría como una patada en el culo.

—Exacto. No me apetece discutir, Car. Estoy de vacaciones. Lo

entiendes, ¿verdad? —dijo Alexia, tratando de hacerle razonar.

—No, la verdad es que no lo entiendo, y creo que no lo haré nunca. Pero no me queda otra que respetarte. —Carla suspiró en ese momento—. Veremos lo que puedo hacer. Se lo comentaré a estas y a ver qué dicen, ¿vale?

—Te lo agradeceré eternamente. Oh, oh, espera un momento. — Alexia miró la llamada en espera que parpadeaba en la pantalla de su móvil. Su jefa la estaba llamando—. Cruella de Vil ataca de nuevo.

—¿Te está llamando? —se sorprendió Carla.

—Ya estaba tardando. Será mejor que responda. Te llamo en otro momento, ¿de acuerdo?

—¡Pero Alex, prometiste que no...

Alexia no esperó a saber cómo pretendía acabar esa frase. De todos modos, ya lo sabía: «Prometiste que no le cogerías el móvil a la zorra de tu jefa». O «prometiste que no dejarías que la zorra de tu jefa interrumpiera tus vacaciones». Cualquiera de esas dos frases podían salir de boca de Carla. El “zorra” era indispensable. Y sabía que tenía razón, que no debía dar su brazo a torcer. Estaba de vacaciones. Salvo casos urgentes, Charo no tenía ningún derecho a interrumpirlas. Y sin embargo, tampoco esta vez fue capaz de imponer sus deseos y hacer valer sus derechos. Antes de meditarlo siquiera, estaba respondiendo a la llamada con su mejor tono de voz, displicente y amable.

—Dime, Charo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Alex, querida. ¿Recuerdas cómo se llama el japonés al que pedimos comida la última vez? Estaba realmente exquisito y no soy capaz de encontrarlo.

Alexia puso los ojos en blanco. Esta era ella: la pringada más grande del universo. Lo mismo ejercía de secretaria que de *babysiter*, había llegado un momento en el que no estaba muy segura de a qué se dedicaba. Le pareció que Charo tampoco lo tenía claro. Ella no era su secretaria personal, pero a veces la trataba como tal.

—¿No está en el registro? Consulta en los últimos pedidos, seguro que ahí aparece.

Charo guardó silencio unos segundos. Después suspiró aliviada. —Eres un ángel —le dijo—. No sé qué haría sin ti.

Yo sí sé perfectamente qué haría sin ti. O contigo, mala pécora.

—Me alegro de haberte sido de ayuda. ¿Necesitas algo más?

¿Me dejas seguir con mis vacaciones y te dejas de estúpidas llamadas en las que me preguntas dónde dejé la grapadora o cómo puedes contactar con alguien que te repare la luna de tu coche?

—Ahora que lo dices, es probable que tengas que acortar tus vacaciones —comentó Charo.

Alexia pestañeó sorprendida. No estaba muy segura de cómo interpretar esta sugerencia de su jefa.

—Creo que no te entiendo...

—Pues eso, que a lo mejor te pido que acortes tus vacaciones. ¿Recuerdas a Rodolfo, ese cliente guapisimo que estaba interesado en firmar con nosotros un contrato publicitario? Por dios santo, me tiemblan las rodillas cada vez que pienso en sus hoyuelos. Tienes que acordarte de él, es un sueño.

—Sí, lo recuerdo —replicó Alexia, exasperándose por momentos.

Todos los clientes varones guapos eran un sueño para Charo—. Fue muy amable conmigo.

—Precisamente. Rodolfo me llamó ayer. Le corre prisa cerrar los términos del contrato cuanto antes. Traté de explicarle que tú estás de vacaciones, que Ana es quien está libre, pero se ha negado en rotundo. Dice que o lo trata contigo o con nadie —le explicó.

Alexia se quedó muy sorprendida al escucharlo. Rodolfo sería un gran cliente. Si amarraba esa cuenta para la empresa, era muy probable que por fin consiguiera el ascenso que tanto ansiaba. Aunque conociendo a Charo...

—Por supuesto, si valoraras la posibilidad de acortar tus vacaciones y consiguieras engatusar a Rodolfo para que llegue a un acuerdo con nosotros, yo misma me aseguraría de recompensártelo —dijo entonces su jefa, poniendo la guinda sobre el pastel.

—¿Te refieres a un ascenso?

—Pues claro, querida. ¿Qué iba a ser sino? Piénsatelo y me dices algo, ¿ok? Ten en cuenta que estaré muy decepcionada si, por el contrario, decides no aceptar. Pero sé que elegirás sabiamente, Alex. A fin de cuentas, ¿qué son unos días libres en comparación con un ascenso?

Y dicho esto, colgó la llamada tras despedirse con su característico «Chao, bella».

Alexia se quedó un buen rato pensando en las últimas palabras de su jefa. ¿Unos días libres? Más bien debería haberlos llamado *los días libres*, pues hacía años que Alexia no podía tomarse más que una semana seguida de vacaciones. Charo siempre encontraba un motivo

para arruinárselas. Pero, a decir verdad, el motivo nunca había sido tan interesante para como este. Rodolfo solo quería tratar con ella. Se negaba a cerrar un acuerdo con otra persona. Y tal y como estaban las cosas ahora, Alexia estaba amargada en la casa de veraneo de sus padres. Isabel no podría oponerse si le contaba que estaba en juego un ascenso. Haría unos cuantos pucheros y sin duda conseguiría que se sintiera culpable, pero al final su madre entraría en razón y ella podría irse. ¡Libre! No más miradas culpables a Malena Aller. No más mejillas sonrosadas. No más esconderse de ella o evitar la mirada inquisitoria de su madre. No más pensamientos confusos sobre su excompañera. Le acababan de dar la excusa perfecta para regresar a Madrid y alejarse de aquel infierno. Ahora bien, ¿era eso lo que quería?

Alexia puso los brazos detrás de la cabeza y sonrió mientras su mirada se perdía en un punto inconcreto del blanco techo.

Isabel se embadurnó el cuerpo con crema solar. Era ya un poco tarde, pero el sol seguía pegando con fuerza y sentía su piel un poco irritada. Se sentó en una hamaca cerca del borde de la piscina a rumiar sus propios pensamientos. Algo tramaba su hija Alexia. La chica era rara (siempre lo había sido, un poco), pero últimamente se comportaba de manera todavía más extraña. Su hija aborrecía la playa, pero le encantaba nadar en la piscina y, sin embargo, hacía días que no la pisaba. Se pasaba horas encerrada en el salón con el ordenador

sobre las rodillas viendo a saber qué series de baja calidad sobre mujeres que mantenían romances entre ellas.

Isabel había intentado ver una de esas series, una que estaba de moda años atrás, por eso de reconectar con Alexia, porque José siempre la regañaba por las cuitas que se traía con la mayor de sus hijas. «Al menos, haz un esfuerzo», le decía su marido. Y lo había hecho, vaya que sí, se había descargado toda la serie. Enterita. Pero a la quincuagésima escena de cama, Isabel tuvo que pararla, un poco avergonzada. Después de todo, aquellas chicas le habían subido los colores. Se imaginaba a su propia hija manteniendo una vida sentimental igual de atropellada que las protagonistas y no podía dejar de pensar en la cantidad de enfermedades de transmisión sexual con las que podía contagiarse.

—¿Tú crees que ella es... así? —le preguntó en una ocasión a José.

Estaban tumbados en la cama. Su marido leía un libro o fingía hacerlo, pues en más de una ocasión le había pillado mirando de reojo la pantalla del ordenador.

—Así... ¿cómo? —dijo su marido, quitándose las gafas de leer.

—No sé.... Así... Como la Shane esta. Todo el día a ello, ya me entiendes.

—Mujer, no deja de ser una serie.

—Sí, pero es la serie que ven todas ellas, ¿no? La serie de referencia. ¡Algo de verdad tendrá, digo yo!

Su marido parecía divertirse mucho con estas preocupaciones. Le decía que estaba exagerando, que aquello era ficción, pero ¿qué

garantías tenían de que su hija no estuviera haciendo lo mismo? Revolcándose por ahí con toda la que le hiciera ojitos.

—No sé de qué te ríes, no le veo la gracia —protestó entonces Isabel, consternada—. Tu hija podría estar por ahí en este momento retozando con cualquiera que tuviera una enfermedad contagiosa.

—Exactamente lo mismo que si lo hiciera con un hombre —razonó José.

—Bueno, bien, pero no es lo mismo.

—¿Cómo no?

—Porque con un hombre quiero pensar que usaría, no sé, ¡protección! Aunque solo fuera para no quedarse preñada, qué sé yo.

—Cariño —José pasó un brazo alrededor de los hombros de su pareja y ella hundió la cabeza en su hombro—, piensas demasiado. Nuestra hija está bien, ¿de acuerdo? La hemos educado para que tenga cabeza.

—Eso espero —le dijo entonces.

Y lo seguía pensando ahora, a pesar de todo.

No era que no se fiara de Alexia. Ni tampoco que saliera con mujeres (eso ya lo tenía más que superado y masticado). Se trataba más bien de su extraño comportamiento, como pocas veces la había visto. E Isabel estaba casi segura de que tenía algo (mucho) que ver con la presencia de Malena.

La hija de los Aller nunca le había sido indiferente. Desde pequeñas Alexia había desarrollado una animadversión hacia ella que a Isabel le costaba mucho entender. Como si hubiera algo más ahí,

como si existiera algo que se le pasaba por alto.

En ese momento su marido se dirigió a ella, interrumpiendo sus pensamientos. Quería saber si seguía en pie el plan de aquella noche. Había un pequeño concierto en el centro del pueblo. El ambiente sería animado y los mayores estaban valorando acercarse. «Quiero darme una buena ducha antes, si vamos a ir», le indicó José.

Isabel consultó la idea con la otra pareja y se decidió democráticamente que esa noche cenarían fuera y después tomarían una copa en el entorno del concierto.

Al mirar a Sonsoles, que nadaba en la piscina muy cerca de donde se encontraba ella, pensó que ya era momento de tener una charla a corazón abierto con su amiga. Se levantó y se sentó en el borde de la piscina.

—¿No te apetece entrar? Hace un calor infernal ahí fuera —le propuso Sonsoles, flotando a escasos metros.

—Ahora que lo dices, no me vendría mal un bañito.

Isabel bajó por la escalerilla. Hacía tanto calor que no le costó entrar en el agua. Estaba a una temperatura que invitaba y sintió un alivio instantáneo tan pronto sumergió la cabeza y dio unas brazadas para llegar hasta donde se encontraba Sonsoles.

—¿Mejor? —preguntó su amiga—. El agua está estupenda, ¿a que sí?

Isabel asintió con la cabeza. No quería ser brusca, pero algo más importante que la temperatura del agua ocupaba sus pensamientos y no deseaba demorar el tema por más tiempo.

—¿Y qué tal ves a tu hija estos días? Yo la encuentro mucho mejor. Tiene buena cara —le comentó de manera súbita. Habían hablado de esto infinidad de veces, prácticamente cada día, como si necesitaran vigilar el estado de Malena a todas horas, pero Isabel precisaba encauzar el tema de conversación para llegar a la parte donde quería y en ese momento no se le ocurrió una manera mejor.

—La veo bien —admitió Sonsoles—. Creo que le está sentando fenomenal alejarse un poco del problema. Me alegro de que accediera a venir. Habría estado muy preocupada si se hubiera quedado ella sola en Barcelona.

—Sí, además aquí tiene la compañía de Alexia, las dos son de la misma edad —apuntó Isabel fingiendo estar distraída observando un pájaro que acababa de posarse sobre la rama de un árbol. Nada más alejado de la realidad: acababa de encauzar el tema justo en los raíles por los que deseaba que discurriera.

—Bueno, eso también. Las chicas parecen estar haciendo buenas migas, después de todo.

—¿Tú crees? ¿No has notado a Alexia un poco distante estos días?

Sonsoles meditó unos segundos. —Un poco, quizás. ¿Pero no lo estarías tú si te hubieran encontrado en aquella situación en el baño? —bromeó, carcajeándose.

—Sí, claro, ella puede llegar a ser muy tímida. Aunque no creo que... ¿Tú sí lo crees?

—No tengo muy claro a qué te refieres —dijo Sonsoles.

—Bueno, durmieron juntas el otro día —razonó Isabel— y luego nos las encontramos en el baño.

—Cosas de chicas, ¿no?

Había cierta esperanza en los ojos de Sonsoles, como si estuviera deseando que le dijera: «Claro, cosas de chicas, no le demos más importancia». No obstante, Isabel estaba dispuesta a llegar al fondo de aquel asunto. Ya estaba harta de los paños calientes. Si las madres no podían hablar con sinceridad de sus propias hijas, ¿quién iba a hacerlo?

—Tal vez, aunque me da que pensar —dijo entonces.

—No estarás pensando que hay algo entre ellas, ¿verdad? — Sonsoles parecía nerviosa. Había palidecido de repente, pero Isabel estaba segura de que no era la primera vez que la idea se le pasaba por la cabeza.

—No, no es eso. No sé. Quería hablarlo contigo. Mi hija Paula se pasa el día haciendo comentarios, pero ya sabes cómo es —afirmó Isabel, mirando de reojo a Malena. La joven estaba tumbada en una toalla sobre la hierba. Se encontraba un poco alejada de ellas, pero prefirió hablar en susurros, por si acaso podía escucharla—. A veces tengo la sensación de que le hago demasiado caso, no sé.

—Sí, Paula puede ser un poco exagerada a veces. Tiene diecisiete años.

—Verdad.

—Yo creo que no tenemos nada de qué preocuparnos —trató de razonar Sonsoles—. Son amigas y ya está. No te ofendas, pero dudo mucho que Alexia sea el tipo de mi hija. Ya sabes...

—Sí, ya sé... No me ofendo, entiendo lo que me quieres decir. — Isabel suspiró—. Supongo que estamos viendo donde no hay.

—No podría estar más de acuerdo.

—Pues no se hable más, sigamos nadando —propuso Isabel, un poco aliviada y contenta de haber mantenido esta charla con su amiga.

En ese momento Alexia se acercó a la zona de la piscina. Estaba completamente vestida, aunque iba descalza.

—Ay, hija, ¿no te mueres de calor? —dijo Isabel—. Túmbate aquí un rato, estás muy blanca.

—No me apetece —respondió Alexia con evasivas, haciendo visera con la mano para impedir que el sol la cegara—. ¿A quién le toca la cena? Me estoy muriendo de hambre.

—¿Ya? Si todavía es temprano. Pero esta noche no le toca a nadie. Iremos al concierto, ¿no te acuerdas? —le recordó Isabel, mirándola desde el interior de la piscina—. ¿Te apetece venir con nosotros?

—La verdad es que prefiero quedarme en la casa. No me gusta mucho el grupo —afirmó Alexia.

—Conmigo tampoco contéis —se sumó entonces Malena, que había escuchado toda la conversación—. Estoy un poco cansada y prefiero quedarme.

Las dos madres se miraron en ese momento. A Isabel le bastó con mirar subrepticamente a Sonsoles para saber que estaba pensando lo mismo que ella. Tenía los ojos muy abiertos y parecía un poco pálida. *No podemos consentirlo, ¡se quedarán solas en la casa!*, pensó, y le pareció que Sonsoles le respondía: *¡Desde luego que no! Me quedo más tranquila si se vienen con nosotros. ¿Qué hacemos?*

Déjame a mí. Yo me ocupo.

—De eso nada, jovencitas —replicó entonces en un tono tajante que no daba lugar a réplica. Fue hacia la escalerilla para salir de la piscina—. Nada de quedarse en casa un viernes por la noche. Os venís con nosotros —dijo, mirando a su amiga y guiñándole un ojo.

—Isabel, te lo agradezco, pero estoy muy cansada —repuso Malena.

—Tienes todo el día de mañana para descansar —arguyó Sonsoles—. Y tú también, Alexia. No se hable más, os venís con nosotros.

—Venga, todos a la ducha, que somos muchos y se nos hace tarde —las conminó Isabel, dándoles una palmadita en la espalda a ambas.

Malena y Alexia se quedaron un poco estupefactas ante esta reacción por parte de sus progenitoras. Se miraron sin comprender, fastidiadas de que las trataran como a dos adolescentes. No obstante, ninguna de las dos protestó. Tan solo se quedaron de pie al borde de la piscina mientras sus madres entraban en la casa charlando animadamente, sin darles opción a rechistar.

11. El concierto

Malena se pintó las uñas y los labios de un rosa alegre que resaltaba el buen color de su piel y se cepilló el pelo dejándolo caer. Se puso un vestido negro corto que flotaba con el viento y unas sandalias de marrones a juego con su bolso. No estaba demasiado convencida de ir al concierto, pero si todos ponían de su parte, podía ser divertido.

De pequeña solía ir a esos conciertos de verano con sus amigas. No se perdían ni uno y se lo pasaban en grande. Malena tenía buenos recuerdos de ello y esperaba poder pasar una noche agradable hoy también, a pesar de sentirse obligada a ir y de que esta vez la compañía sería muy diferente.

Tan solo deseaba que Alexia no se mostrara tan esquiva como los anteriores días. Le desconcertaba su actitud, pero algo había cambiado desde el momento en el que se quedaron encerradas en el cuarto de baño. Malena creyó que un episodio tan divertido conseguiría unir las, que ahora tendrían algo de lo que reírse. Y sin embargo, había sido justo al revés. Desde ese momento, Alexia parecía incapaz de pasar más de dos minutos a solas con ella. Esquivaba su mirada y más aún su presencia y Malena se preguntaba por qué. ¿A qué venía esa actitud?

Se miró un rato en el espejo hasta que escuchó unos nudillos golpeando la puerta, seguidos de un berrido. Era Paula, que le pedía su turno para entrar en la ducha. Todos estaban arreglándose y se

escuchaban voces y ruidos caóticos de los habitantes de la casa, trajinando para estar listos a tiempo. Abrió la puerta y se encontró con una Paula encolerizada. Ala menor le horrorizaba tener que ir a ver a los Hombres G con sus padres y hermana mayor.

—¡No entiendo por qué me obligáis a ir! ¡Os odio! —le gritó al pasillo. Su voz se escuchó en toda la casa pero nadie le prestó atención.

Malena se quedó unos segundos observándola, sin saber qué decir. Por un lado, Paula le despertaba ternura. Sabía la humillación que podía sentir una adolescente si sus amigos la veían rodeada de la familia en un concierto de Hombres G. Ella misma se hubiese sentido mortificada si sus padres le hubiesen obligado a ir con ellos cuando tenía diecisiete años. Pero, por otro lado, recordaba perfectamente el momento en el que la menor les había pedido su recompensa por abrirles la puerta del baño. Se puso furiosa y Alexia también. Ella estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices. O algo incluso peor. Fue Malena la que la hizo entrar en razón. Sacó de su cartera veinte euros, no los ochenta que les pedía, y le advirtió que o se conformaba con esa cantidad o se quedaría sin nada. Paula aceptó y se fue con una sonrisa en los labios. Alexia no se tomó tan cándidamente su amable gesto. «Eso, consiéntele todo tú también. ¿Por qué no?», le espetó airada. Alexia tenía razón, esa no era manera de educar a Paula, siempre se salía con la suya, pero no podía evitar sentir debilidad hacia la menor. Le parecía que estaba pidiendo a gritos que se dirigieran a ella de otro modo, como si necesitara que alguien la tratara como a un adulto. Por eso le dijo:

—Venga, Paula, no te pongas así. Tu hermana y a mí tampoco nos

apetece ir y lo vamos a hacer por ellos —la animó, poniendo una mano sobre su hombro.

—¡Es que son unos pesados, joder! Todo el día diciéndonos lo que tenemos que hacer.

Malena miró por encima de su hombro y se sorprendió al ver que Alexia las estaba observando desde la puerta del salón. Para su alivio, no había ni rastro de enfado en su gesto. Más bien parecía enternecida de que estuviera animando a su hermana pequeña. Malena le sonrió tímidamente.

—Iremos un ratito y nos volvemos, ¿vale? ¿No quieres bailar un poco con nosotras?

Paula resopló como si aquello fuera lo último que le apeteciera. Todavía ajena al hecho de que Alexia estuviera escuchando la conversación, bajó la cabeza y susurró en un puchero lastimero:

—Hoy iba a ver a un chico que me gusta un montón y me han fastidiado el plan.

Malena se acercó a ella y le dijo:

—¿Y si te lo traes con nosotros? Venga. Prometo ayudarte con eso.

Paula la miró unos segundos de hito en hito, como si no se fiara. Pero Malena le dedicó una sonrisa para convencerla de que hablaba en serio. «Déjalo en mis manos», le dijo mientras llamaba a su madre para proponerle algo que no aceptaba réplica:

—Oye, Isabel, creo que Paula debería traer también a alguien de su edad. ¿O es que pensáis arrastrarla hasta allí con nosotras sin más?

—Yo no pienso hacer de niñera —se sumó de pronto Alexia,

poniéndose a su lado y guiñándole un ojo.

—Yo tampoco —afirmó Malena, feliz de que Alexia la estuviera apoyando en esto.

Isabel se lo pensó unos segundos. Entonces asintió, diciendo:

—Claro, es verdad, la pobre se va a aburrir. Paula, hija, trae alguna amiga si quieres.

—O amigo —puntualizó Malena guiñándole un ojo a la joven.

—¿Amigo? —se escandalizó Isabel sin que ya nadie le prestara atención.

Paula corrió a su habitación para escribirle un mensaje a Pedro. Irradiaba felicidad y ansiedad a partes iguales y Malena se encontró de pronto a solas con Alexia. Estaban hombro con hombro, observando la escena con una sonrisa.

—Eso ha sido todo un detalle por tu parte. Gracias.

—¿No estás enfadada? —se sorprendió, mirándola a los ojos por primera vez y fijándose en lo guapa que se había puesto Alexia esa noche. Llevaba unos vaqueros ajustados pero gastados y una camiseta de color azul que resaltaba el bonito color de sus ojos.

—¿Enfadada? —se extrañó Alexia.

—Sí, de que Paula se haya salido con la suya. Otra vez...

Alex se encogió de hombros. —Es cierto que no me gusta que sea así de caprichosa y consentida, pero puedo entender lo que se siente a su edad cuando quieres estar con la persona que te gusta y tus padres te lo impiden —le explicó, sonriendo.

Malena sintió ganas de preguntarle si a ella también le había pasado y con quién, pero se contuvo en el último momento. La mirada de Alexia la estaba poniendo un poco nerviosa. Hacía días que la evitaba y, ahora, sin embargo, estaban tan cerca que su corazón empezó a acelerarse sin motivo alguno.

—¿Qué me miras? —le preguntó, nerviosa.

—Nada —mintió Alexia con un nudo en la garganta.

Malena se acercó a ella para apreciar lo guapa que se había puesto y Alexia retrocedió unos pasos.

—Estás muy guapa esta noche, Alexia.

—¿Yo? Solo me he puesto unos vaqueros. Pero tu vestido es... wow. Sensacional —comentó ruborizándose de inmediato, como si se hubiera arrepentido de haberlo dicho.

—Son unos vaqueros preciosos. Te sientan muy bien.

Le había parecido que nadie podía oírlas, que estaban solas, pero en ese momento escuchó un carraspeo incómodo y ambas se dieron cuenta de que sus madres estaban justo detrás, mirándolas. Malena sonrió como si nada. Alexia, en cambio, se puso tensa. Tenía el mismo gesto que un niño al que le hubieran pillado robando chocolate de la despensa.

—Bueno, bueno, pero qué guapas os habéis puesto las dos —dijo Isabel.

—Eso iba a decir yo —comentó Sonsoles, su mirada escaneando a las dos jóvenes, tal y como haría un investigador privado.

Malena notó enseguida el matiz escondido en la voz de su madre y

dijo:

—Bueno, mamá, tampoco es como si nunca me arreglase.

—No digo que no. Pero hacía tiempo que no te veía tan guapa. Has estado tan triste... que *supongo* que me alegro de verte así de cambiada.

¿*Supongo*? ¿Aqué venía aquello? Miró a Alexia en busca de una explicación convincente, pero ella tampoco parecía saber de dónde procedía toda esa hostilidad velada.

José y Ricardo aparecieron en ese momento. Venían de fumar en el jardín y hablaban animadamente de un restaurante pequeño que acababan de abrir en el pueblo, muy cerca de donde era el concierto. Les informaron de que habían tenido suerte de poder reservar una mesa para todos allí. Irían a cenar antes de acudir al concierto.

—Bueno, venga, todos a los coches —los apremió Isabel, dando palmadas—, se nos hace tarde. ¡Paula! ¿Estás lista? ¡Tenemos prisa, hija!

La menor salió de su cuarto en ese momento. Vestía un vestido estampado demasiado corto y escotado e iba excesivamente maquillada. Isabel la miró con ojos desorbitados. Estuvo a punto de decir algo, pero se quedó callada cuando José le hizo un gesto con las cejas, rogándole una tregua.

La adolescente dijo entre risas:

—Malena, yo voy contigo en el coche. Así recogemos a Pedro.

—¿Quién es Pedro? —preguntó Isabel. De nuevo, nadie le contestó y José tiró de su brazo para que se pusiera en marcha. La otra pareja

los estaba esperando con el motor en marcha.

—Vale —dijo Malena, abriendo su coche—. Alexia, te vienes con nosotras, ¿no?

Alexia miró el cielo y asintió con resignación. Quedaron con sus padres en que ellas se saltarían la cena. Preferían comer cualquier cosa por los alrededores y ahora que Pedro iba a hacerles compañía, era mejor no tentar a la suerte. Ya se verían después en los aparcamientos del recinto ferial en el que verían a Hombres G entre fuegos artificiales y gente coreando sus canciones.

Paula les indicó la dirección de Pedro y Malena puso el intermitente mirando de soslayo a Alexia, que parecía muy tímida, aunque estaba preciosa, sentada a su lado en el asiento del copiloto.

Al cabo de un rato, los cuatro estaban en el coche rumbo a Huelva. Pedro y Paula hablaban en el asiento de atrás. Parecían encantados de tener la compañía del otro y Malena no podía dejar de mirarlos por el espejo retrovisor.

Se acordó sin querer de su época del instituto, cuando salía con Nacho, el capitán del equipo de fútbol. Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces. Su gusto por los hombres, por ejemplo. Ahora si un Nacho intentara ligar con ella, se habría reído en su cara. Gracias, pero no, gracias. Tampoco compartía ya demasiada afinidad con sus amigas del colegio. Con algunas sí, como Ana, con quien había quedado el otro día para comer, pero lo cierto era que ya no tenía nada en común con la gran mayoría. Sin querer, el tiempo, la distancia y posiblemente la madurez las habían alejado, hasta convertirlas en personas completamente diferentes. Malena sentía que su manera de

enfocar la vida tenía ya poco que ver con la de sus antiguas compañeras de colegio. Ahora se sentía más cómoda en compañía de personas menos... superficiales. Sí, tal vez esa fuera la palabra. Personas con objetivos, cuyas aspiraciones fueran más allá de comprarse el último vestido a la moda o casarse con un chico de familia bien. Le daba la sensación de que muchas de sus amigas se habían quedado estancadas, como si nunca hubieran dejado el instituto, como si no hubiera vida más allá de las pandillas que se formaron en aquel entonces. Siempre que hacía intentos de quedar con ellas, la abatía el aburrimiento con sus conversaciones sobre peluquerías y cotilleos sobre personas que ya no le interesaban.

Pedro se rio entonces y escuchó a Paula hablar sobre su plan de tomarse unas cervezas a escondidas de sus padres. Malena sonrió con complicidad y miró a Alexia, pero se la encontró seria y silenciosa, con la mirada perdida en el paisaje que iban dejando atrás.

—¿Has visto esos flamencos? —le preguntó en voz baja, señalando hacia la derecha. Una bandada de preciosos flamencos había remontado el vuelo. Estaba anocheciendo y el color de sus cuerpos se mezclaba con el rosa azulado del crepúsculo.

—Sí —murmuró Alex y se mordió las uñas.

—Me encantan. —Suspiró y volvió a mirar hacia la carretera.

Sintieron el trájín de los ensayos del grupo tan pronto llegaron. Los técnicos estaban haciendo pruebas de luz y sonido. Había ya gente congregada en los alrededores. Canturreaban y bebían alegremente en las casetas.

Aparcaron el coche en un espacio que quedaba libre y se miraron

los cuatro, como preguntándose qué hacer.

—¿Tenéis hambre? —les preguntó, rompiendo el hielo—. Yo sí. Quizá deberíamos comer algo antes del concierto.

—Esa caseta de allí sirve bocadillos. —Alexia la señaló—. ¿Vamos?

—Nosotros preferimos pasar. Vamos a saludar a unos amigos —les comentó Paula. Tenía el brazo enganchado al de Pedro y sonreía. Parecía radiante.

Alexia no recibió demasiado bien estas noticias, pero aun así dijo:

—Vale, pero no tardes. Papá y mamá llegarán en cualquier momento y no quiero líos.

Durante unos segundos se le hizo extraño quedarse a solas con ella. Su compañía le agradaba, pero se sentía tensa y sospechaba que no era la única. Alex no dejaba de morderse las uñas. Se acercaron en silencio a la caseta y pidieron dos perritos calientes que comieron apartadas de la gente. El cielo estaba empezando a llenarse de estrellas y el bullicio las rodeaba, pero Malena solo tenía ojos para Alexia, como si nada de lo que hubiera alrededor pudiera captar su atención.

—Te has manchado un poco. Ahí, en el labio —le indicó, señalando el lugar en el que tenía una mancha de ketchup.

Alexia se la limpió con rapidez, ligeramente avergonzada. —¿Ya?

—Sí, ya —dijo Malena, sonriendo. Observó entonces a los adolescentes reunidos en grupos en torno al escenario—. ¿A veces no lo echas de menos? —le preguntó—. Me refiero a esto. Cuando estábamos en el colegio. ¿Tú no venías con tus amigos a los

conciertos?

Alexia se encogió de hombros. Tragó el último trozo de su perrito y se limpió las manos en la servilleta. —No mucho. Mis amigos no les gustaban. Preferían quedar para jugar a videojuegos y cosas así.

—Comprendo. Yo sí que venía todos los años.

—Sí, tus amigos eran muy de eso —dijo Alexia. Entonces se vio en la necesidad de puntualizar para que sus palabras no se malinterpretaran—: Me refiero a que salíais de noche e ibais a discotecas. No es que tenga nada de malo. Perdona si te he ofendido.

—No me has ofendido. Entiendo lo que quieres decir. Éramos muy diferentes entonces, ¿no crees?

—Sí, la verdad es que sí —replicó Alexia con una sonrisa. Parecía divertirse—. Y ahora supongo que también.

—¿Tú crees? Yo no lo veo así. Pienso que nos parecemos más de lo que crees.

—Es posible. —Alexia se encogió de hombros, aunque no parecía muy convencida de ello.

—¿Has pensado alguna vez en volver? AHuelva, quiero decir, regresar aquí a vivir. ¿Te gusta Madrid?

Alexia suspiró hondo, como si le costara hablar de esto en voz alta o no deseara compartirlo con ella en ese momento. Sin embargo, su respuesta fue completamente sincera:

—Mis padres están empeñados en que vuelva. Y he llegado a planteármelo. Madrid me gusta, pero a veces siento que se me queda grande y no tengo demasiada gente allí.

—¿No tienes amigas?

—Sí, claro que sí. Tengo una buena amiga que se llama Carla. Con ella quedo a menudo. Y también tengo otros conocidos. Pero a nuestra edad ya sabes cómo va la cosa. Todo el mundo está ya emparejado o casado y formando familias o llevan una vida loca que no me interesa demasiado.

—Es verdad, a mí me pasa un poco lo mismo. ¿Y no hay nadie... — Malena se detuvo un momento. No sabía cómo preguntar algo así—. ...especial en tu vida? —dijo por fin.

Alexia sonrió con ganas. —¿Te refieres a una novia?

—Sí.

—Realmente, no. Estuve saliendo durante un tiempo con una chica, pero no funcionó. Con ninguna de ellas, de hecho. He tenido pocas relaciones, pero a veces me siento como un bicho raro. Es como si nadie quisiera tener algo real. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Creo que sí. Hasta que conocí a Bruno estuve saliendo con tíos que no se merecían ni que les diera la hora. Es difícil encontrar a alguien que valga la pena.

—Y que lo digas.

Se quedaron calladas durante unos minutos, simplemente observando a las pandillas que iban y venían a las casetas donde servían alcohol. El ambiente invitaba a alargar la noche, a beber y divertirse, y Malena pensó que no les vendría nada mal seguir el ejemplo de algunos de aquellos adolescentes.

—¿Te apetece que pidamos algo? Creo que me pediré una copa —

sugirió.

—Sí, me parece buena idea.

Mientras se acercaban a la barra, se sorprendió de lo cómoda que se sentía en compañía de Alexia. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más ganas tenía de seguir conociéndola. Siempre que no discutían por tonterías existía una complicidad natural entre ellas, una comodidad que sentía en compañía de muy pocas personas. Algunos silencios se hacían extraños, pero, en general, le resultaba agradable pasar tiempo con Alexia.

Aunque era temprano, las dos optaron por unos frescos mojitos que les sirvieron en el momento. Comenzaron a pasear por la zona con las bebidas en la mano, sin alejarse demasiado por si Paula y Pedro decidían regresar, pero deambulando por el recinto sin rumbo fijo.

—¿Y tú? ¿Te has planteado volver algún día? —le preguntó Alexia entonces, sorbiendo su pajita. Malena le pareció que lo hacía de una manera adorable, inocente y un poco sexy, sin que fuera consciente.

—Me lo he planteado, sí. Y existe la posibilidad de que busque algo en un hospital de aquí. Pero no sé, sería todo demasiado precipitado. Hay veces en las que me lo planteo como una posibilidad y otras en las que pienso que es una locura. Me costaría volver a empezar de cero. Mi vida ya está en Barcelona. O al menos, lo estaba hace unos meses —replicó con cierta melancolía, recordando a Bruno.

Ahora que él ya no formaba parte de su vida, todo había cambiado. Su círculo social estaba compuesto de amigos comunes con Bruno, parejas con las que salían y hacían planes de viaje. Desde su ruptura, Malena no estaba muy segura de cómo encajaba ya en todo aquello.

Le resultaba incómodo quedar con sus antiguos amigos porque le hacían preguntas sobre Bruno o se establecía entre ellos un silencio incómodo, como si pendiera un tabú sobre sus cabezas. Y algunos directamente habían tomado partido por él. No lo habían dicho abiertamente, pero Malena sabía que a partir de ahora, ya no podría contar con ellos para salir a cenar o quedar, simplemente.

—Una ruptura siempre es complicada —comentó Alexia—. Y más si llevabais años juntos. Eso lo cambia todo.

—Desde luego.

—Pero me pareces una persona fuerte y sabrás rehacer tu vida antes de lo que crees.

Malena no estaba tan convencida de ello, pero asintió igualmente. Le agradecía el apoyo, sobre todo teniendo en cuenta sus encontronazos previos. Sintió ganas de salir de su cascarón y hablarle de lo mal que lo había pasado los últimos meses, pero al mirarla no estuvo segura de que ella quisiera escucharla. Por eso le sorprendió tanto cuando Alexia dijo:

—¿Quieres hablar de ello? Mi madre dice que la tuya está preocupada porque no cuentas nada. Quiere que te desahogues. Y da la casualidad de que soy muy buena escuchando —bromeó Alexia.

—¿Ah, sí?

Alexia asintió con la cabeza. —La mejor. Debería abrir un consultorio psicológico. Pruébame.

Malena sonrió con timidez. Había algo en la manera en que Alexia trataba el tema que conseguía relajarla. Adiferencia de su madre, ella no la miraba de modo condescendiente ni preocupado. Solo le ofrecía

su tiempo y apoyo si deseaba desahogarse, y lo hacía con una sonrisa en los labios y mucha predisposición a escuchar. Tal vez por esto, decidió lanzarse y empezó a hablarle del paulatino deterioro de su relación, de cómo se fueron distanciando gradualmente, hasta que un día, sin saber por qué, se miraron a los ojos y se dijeron lo que tanto tiempo habían sufrido en silencio.

—Simplemente dejamos de querernos, supongo —resumió con tristeza—. Y aunque sé que los dos nos sentimos igual, fue muy duro aceptarlo después de tanto tiempo juntos. Ni siquiera comprendo qué pasó.

—No creo que llegues a saberlo nunca —replicó Alexia—. Esas cosas ocurren y la mayoría de las veces ni siquiera sabes la causa. Solo... pasan.

—Es verdad. El amor puede ser muy complicado. Como un juego de equilibrios. Si te descuidas un poco, se pierde y ya no vuelve.

—Exacto. Pero piensa que es preferible que haya acabado así. Desde luego, es mejor eso a que te pongan los cuernos.

—¿Ati te pusieron los cuernos?

—Varias veces —le confesó sin dudar Alexia—. No aprendí hasta que ya era demasiado tarde. ¿Sabes esa planta que hay en el alféizar de mi habitación?

Malena asintió. La había regado la noche anterior.

—Pues es lo único que guardo de recuerdo. Ni siquiera sé por qué. Debería haberla tirado.

—Vaya, pues la regué ayer.

Alexia hizo un gesto de desdén con la mano. —Por mí como si la quemas.

Sintió deseos de preguntar más, pedirle que le contara toda la historia, porque además le parecía que Alexia también necesitaba hablar, como si no acostumbrara a compartir sus sentimientos con los demás. Pero justo entonces llegó Paula, informándoles de que acababan de ver a sus padres aparcando el coche.

—Mira, están allí —dijo la menor.

—¿Y tu amigo? —se interesó Alexia.

—Se ha quedado allí. Le veré después.

Los ojos de Alexia buscaron a los mayores y las tres fueron a su encuentro. Mientras caminaban hacia ellos, Paula se acercó a Malena y le susurró al oído:

—Oye, gracias.

—De nada. ¿Ha ido todo bien?

—Sí, pero no entiendo a los tíos. Es como si no acabara de decidirse. Ati seguro que te pasa lo mismo. —Paula empezó entonces a alzar la voz para que su hermana pudiera escucharla—. Por ejemplo, tú —le dijo a Malena—. ¿Qué hace una tía como tú soltera? Deben de ser tontos para no lanzarse como locos a tus brazos, ¿estás de acuerdo conmigo, hermanita?

Malena se echó a reír y Alexia tosió como si se le hubiera atragantado lo que le restaba de mojito.

—Supongo —replicó, fingiendo desinterés.

—¿Supones? ¿Y tú qué opinas de mi hermana, Male? Es un poco

imbécil, pero está buena, ¿eh?

La situación le hacía gracia, pero Alexia miró a Paula con tal rabia que su sonrisa se desvaneció en ese momento. ¿Estaba Paula ejerciendo de casamentera con ellas o solo le divertía crear situaciones incómodas? Suavizó su gesto y comentó con cariño:

—Tu hermana es muy guapa y, sí, algunos tíos son idiotas.

Antes de que Alexia pudiera replicar algo, los cuatro progenitores se acercaron a ellas.

—Qué bien, estáis ya aquí —dijo Isabel, dirigiéndose en especial a la mayor de sus hijas—. Tu padre dice que hay sitio cerca del escenario. Alex, cariño, ¿por qué no vais a por algo para beber? Estamos ahí mismo.

Alexia se encogió de hombros y dijo que sí sin dudar. Ni un solo gesto de hastío, ni una mueca de enfado, como si en esta ocasión no le importara quedarse a solas con ella e ir a por refrescos para todos. Se acercaron de nuevo a la barra donde unos tipos sin camiseta atendían a todo el mundo al mismo tiempo.

Malena intentó que la escuchasen, pero el número de clientes se había triplicado y era imposible con tanto ruido.

—¿Qué vas a querer tú? —le gritó al oído.

Alexia se puso muy seria. Erguida y molesta, respondió:

—Una cerveza. El mojito se me ha subido un poco a la cabeza.

—Vale.

Levantó el brazo para que el camarero la viera, pero entonces un chico le derramó sin querer un refresco de cola sobre el escote y

Alexia se echó a reír con el incidente.

—¿Te parece divertido, eh?

—Mucho —afirmó, sus ojos perdidos en su camiseta. Estaba tan empapada que se le había pegado al cuerpo—. ¿Necesitas ayuda? —le dijo, divertida, aunque pareció arrepentirse de inmediato.

Malena sintió tentaciones de tensar un poco más la cuerda y decirle que sí, que la ayudara a secarse. Tenía ganas de saber hasta dónde llegaría Alexia si la empujaba un poco.

—Si quieres... —la tentó, mientras se secaba con una servilleta de papel, riéndose.

Entonces se produjo un brusco silencio. Dejaron de reír y se miraron unos segundos como si el juego se estuviera volviendo demasiado peligroso para continuarlo. Malena se estremeció cuando Alexia se humedeció los labios de manera involuntaria. *Un golpe de frío, sí, eso sería*, pensó mirando a ambos extremos como si buscara una ráfaga de viento.

—Aquí tienen, señoritas, sus bebidas. Doce euros —las interrumpió el camarero, un hombre rudo y sudoroso.

AMalena le costó salir del trance en el que se había sumido. Carraspeó con incomodidad y sacó la cartera para pagar las consumiciones. Alexia comenzó a ayudarle a cargar con los vasos de refresco. Ella parecía ahora más tensa, como si también lo hubiera sentido. Comenzaron a andar en busca de sus progenitores.

—Mira, ahí están —dijo.

—Oh, ¡Alex, estamos aquí! ¡Male! ¡Aquí!

—Dios mío, qué pesada es mi madre —murmuró Alexia, acercándose a sus hombros.

—Bueno, la mía es igual, intensa a más no poder.

—¿Verdad que son intensas?

—Sí. Lo son. Fíjate. Nos miran como si acabásemos de... no sé —explicó Malena, insegura.

—¿De qué?

—No sé. De besarnos a escondidas, por ejemplo —bromeó, nerviosa.

—Podríamos hacerlo solo para verlas convulsionar —propuso Alex riendo mientras retomaban el trayecto.

—Pues sí, como sigan tan pesadas...

—Ya. No creo que te atrevieses a hacer algo así —la retó Alexia, envalentonándose.

—¿Ah, no?

—No —le dijo, mirándola fijamente a los ojos.

Malena sintió que se ruborizaba. Se humedeció los labios y sonrió de medio lado. Habían llegado y sus padres estaban intentando llamar su atención, pero ninguna podía apartar la vista de la otra, ajenas a todo lo que no fuera su juego.

—¿Y tú qué sabes? ¿Me tomas por una mojigata?

—No, no. Eso no. Pero es distinto.

—¿Distinto? ¿En qué sentido?

—Soy una mujer.

—Eso ya lo veo. ¿Y qué?

Alexia abrió la boca para contestar, pero se detuvo en el último momento, como si se hubiera quedado sin palabras o temiera decir algo inapropiado. Paula se acercó a ellas.

—Eh, chicas, cortaos un poco, ¿no? —les dijo, señalando a sus padres. Ricardo y José estaban despistados mirando hacia el escenario, pero Isabel y Sonsoles no les quitaban ojo de encima—. Venga, que va a empezar el concierto y no es plan de que les dé un infarto. Vamos.

Frenaron entonces la discusión, avergonzadas. Aunque Malena no creía que aquello hubiera sido una discusión. No, definitivamente, había sido un reto, algo muy diferente a las interacciones que habían tenido previamente. Le hubiese gustado continuar la conversación, así se lo pedía el cuerpo. Temblaba y sentía tentaciones de aceptar el reto. ¿Y si se hubiera atrevido? ¿Y si la hubiera besado? ¿Quería hacerlo? *Qué tontería*, pensó, un poco asustada de sus propios pensamientos. Una cosa era que le gustaran los retos y que no se amedrentara ante nada, otra muy diferente perder la cabeza y besar a Alexia delante de sus madres. *¿En qué estás pensando?*, se reprendió en silencio mientras se acercaban con las bebidas a Sonsoles e Isabel.

—Malena, hija, podías comportarte un poco, ¿otra vez a la gresca con Alex?

—No, mamá. Solo estábamos hablando —le aseguró, aunque al mirar a Alex, que estaba junto a Isabel unos metros más allá, supo cuando sus ojos se encontraron que no habían estado simplemente hablando. Se estaban retando abiertamente.

Hundió la nariz en el vaso de su cerveza, desconcertada. Le latía el corazón con fuerza. Pero la música empezó a sonar y los Hombres G por fin salieron al escenario entre risas y aplausos.

12. ¿En qué piensas?

Alexia recibió noticias de Carla poco antes de la cena. Su amiga le decía que había logrado convencer al resto para hacer una excursión a Huelva. Miró el mensaje con los ojos entornados, sin saber cómo interpretar sus sentimientos encontrados. Por un lado, estaba deseando ver a Carla. Le vendría bien distanciarse unas horas de su familia y de la confusión que le provocaba Malena. La noche del concierto lo había cambiado todo. De algún modo, su conversación y los juegos las habían acercado, y sentía que había sido ella misma. La Alexia torpe pero bromista, sociable y risueña que a lo mejor hasta entonces Malena no conocía. Esto le hacía sentir cómoda. Dejar a un lado sus inseguridades. Quitarle un poco de hierro a la atracción que sabía que sentía por ella y simplemente disfrutar del tiempo que estaban juntas. Así, en los últimos días había pasado de repeler su compañía a buscarla de forma evidente.

Malena parecía haber experimentado una transformación parecida, como si ahora se sintiera a gusto a su alrededor. El día anterior lo habían pasado en la piscina, leyendo, bañándose y riéndose por tonterías. Alexia estaba tan a gusto que incluso le incomodó un poco cuando los demás regresaron de la playa y se sumaron a ellas. Pero esta nueva sensación provocaba que no estuviera segura de desear que Carla y las demás le hicieran una visita. Eso significaría tener que pasar un día entero con ellas y en su interior albergaba la esperanza de poder disfrutar de la compañía de Malena un poco más.

—¿Te ocurre algo? Estás muy seria —se interesó Malena al advertir que su gesto había cambiado— ¿Alguna mala noticia? —Señaló el móvil que Alex acababa de dejar sobre la encimera de la cocina.

Estaban preparando la cena. Ese día les tocaba a ellas y se habían decantado por un menú vegetariano. Malena confiaba en que estaría tan rico que los demás apenas notarían la diferencia.

—Nada, una tontería. Unas amigas mías, que planean venir a verme.

—¡Estupendo! ¿No?

—Supongo.

Malena picaba cebolla y empezó a llorar—. Mira, hasta yo lloro de alegría —bromeó—. ¿No te apetece que vengan?

—No mucho. Es decir, sí que me apetece, son buenas amigas, y fui yo quien les pidió que vinieran, pero ahora me da un poco de pereza —le confesó, aunque esperaba que Malena no le preguntara el motivo por el cual ya no le apetece verlas. ¿Qué le diría entonces? ¿Es porque deseo pasar más tiempo contigo? No podía decirle algo así. Sería absurdo. Se reiría de ella. O peor: saldría huyendo, asustada.

Es hetero. Muy hetero.

A veces parecía olvidarlo.

—Bueno, ya verás como te diviertes cuando estés con ellas. Estoy segura de que será así.

—¿Te apetecería venir? —Alexia se arrepintió tan pronto estas palabras escaparon de sus labios. Por supuesto que le apetecía su compañía, pero no estaba segura de si se sentiría a gusto con Carla y

las demás. Alo mejor era demasiado para ella.

—¿Lo dices en serio?

—Si no quieres, lo entiendo. Solo he pensado que...

—Claro que me apetece. Sería estupendo conocer a tus amigas— la interrumpió Malena con una sonrisa radiante, mientras mezclaba la cebolla con unos pimientos verdes—. Es decir, si tú quieres. No estás obligada a entretenerme.

—Eso ya lo sé.

—Bien, entonces cuenta con ello.

Alexia sonrió complacida y se fijó en el perfil de Malena. Tenía una nariz preciosa y llevaba una coleta que le dejaba el cuello al descubierto. Le pareció que su piel era muy suave y sintió tentaciones de alargar la mano y rozarlo con las yemas de los dedos. Pero le turbaba tener estos pensamientos súbitos y desvió inmediatamente la mirada. A veces le resultaba imposible controlarse, en especial después de la noche del concierto. Había sido solo algo estúpido, un juego de niñas tontas, un reto absurdo, pero en aquel momento, al mirar a Malena, le dio la sensación de que en el fondo hablaban muy en serio. Aquella conversación no habían dejado de repetirse en su mente. Los labios partidos de Malena, como si de veras contemplara la posibilidad de besarla. Sus ojos verdes, mirándola con intensidad. ¿Y si así había sido? ¿Era real o se lo estaba imaginando?

Es hetero, Alex, joder, no lo olvides.

¿Y qué?, se preguntaba acto seguido, como teniendo un debate consigo misma. E inmediatamente se respondía: ¡Y mucho!
¡Recuérdalo! Que parece que se te ha olvidado... Entonces venían a

su mente vivencias que había tenido con otras mujeres heterosexuales. Como Susana, con la que estuvo una noche y si te he visto no me acuerdo. Aunque le aseguró que había sido una grata experiencia. O Marisa, una compañera de universidad que solo buscaba amistad pero no tenía reparo alguno en incendiar la llama cada vez que notaba que Alexia se alejaba de ella. Acabó cansándose de que la utilizara solo para mantenerla cerca. Y Marga, casada, infeliz en su matrimonio. Perdió el tiempo con ella dos años, hasta que se dio cuenta de que jamás dejaría a su marido. *Con Malena no sería diferente. Está dolida por su ruptura, es verano, para ella es como un juego.*

—¿Cómo va la cena? —Ricardo asomó la cabeza a la cocina y les sonrió. Los demás estaban en el jardín. La mesa llevaba varios minutos puesta y estaban esperando para comer.

—Ya casi está. Cinco minutos —anunció Malena.

—Bien, yo voy conteniendo a las fieras. Tienen hambre —bromeó Ricardo.

Malena se limpió las manos en el delantal y sirvió la cena en una bandeja. —¿Vamos? —le dijo—. Yo también estoy hambrienta.

Alexia asintió y la siguió hasta el jardín, taciturna, y diciéndose a sí misma que debía cambiar de actitud cuanto antes. Sus pensamientos se estaban volviendo indomables y se sintió vulnerable, en peligro, como si estuviera haciendo malabarismos sobre un cable de metal. Tenía que poner solución a aquello cuanto antes y en ese momento no se le ocurrió mejor manera que aceptar la propuesta de su jefa.

Charo estaba esperando una respuesta y Alexia había estado

posponiendo el momento, pero el tiempo se agotaba. Tarde o temprano tendría que hacer esa llamada. Decidió que no dejaría pasar más tiempo. Mañana como muy tarde la llamaría.

La cena de aquella noche fue muy breve. Casi todos estaban cansados de la playa y decidieron retirarse a sus aposentos más temprano que de costumbre. Alexia se ofreció voluntaria para recoger la mesa y meter los platos en el lavavajillas. Se encontraba inquieta y desvelada. Además, como dormía en el salón, ya se había acostumbrado a que la casa se quedara en silencio antes de acostarse en el sofá torturador. Para su fortuna, con los días se había acostumbrado a aquel colchón y ahora ya podía descansar casi toda la noche sin interrupciones.

Conectó el lavavajillas y guardó el mantel en uno de los cajones. Eran solo las once de la noche, pero la casa ya estaba en silencio y le pareció el mejor regalo de todos. Le encantaba poder salir al jardín en esos momentos en los que nadie podía interrumpirla. Sentía que así conseguía ordenar sus pensamientos, que esos días notaba caóticos, incontrolados, por una buena causa. La presencia de Malena estaba siendo muy diferente a lo que había esperado. Cuando llegó a Huelva se imaginó un escenario distinto. Creyó que cada una haría su vida por su lado y se ignorarían convenientemente. Serían educadas, civilizadas pero distantes. Sin embargo, ahora se encontraba con que pasaba más horas en compañía de Malena que de los demás y cuando

sus encuentros no se producían de manera natural, ella misma los provocaba.

Le costaba mucho poner orden a sus sentimientos, pero esa noche, sentada en una hamaca bajo las estrellas, con el único sonido de las ramas de los árboles por compañía, Alexia hizo un ejercicio de introspección que le provocó alivio y pánico a partes iguales. Malena le gustaba. Mucho. Y no solo como amiga, sino como mujer. Empezaba a parecerle tan fascinante que un ovillo de sentimientos estaba creciendo de manera descontrolada en su interior y no tenía muy claro cómo frenarlo.

Asustada por sus propios sentimientos, se incorporó en la hamaca y suspiró hondo. Hacía una noche calurosa y necesitaba despejar la cabeza, así que fue hasta el salón, se puso un bañador y se lanzó a la piscina sin pensárselo dos veces.

El agua estaba fresca y tuvo un efecto inmediato en ella. Hizo varios largos sin detenerse, tocando una pared del extremo de la piscina y después la otra, así durante varios minutos en los que solo sacaba la cabeza para tomar aire. Cuando estuvo lo suficientemente cansada como para dejar de pensar, se detuvo y empezó a relajarse, su cuerpo flotando en el agua, las estrellas en el cielo, el momento perfecto. Empezaba a sentirse mucho mejor. Estaba segura de que esa noche dormiría como un bebé.

—¿Hay sitio para una más?

Alexia no esperaba tener compañía, así que se sobresaltó en el agua. Cuando se giró, vio a Malena, sentada en el borde de la piscina. Tenía los pies y parte de las piernas sumergidas en el agua.

—Me has asustado.

—Lo siento, no podía dormir y he tenido la misma idea que tú.

—¿Vas a bañarte?

—Si no te importa...

Claro que le importaba. Estaba intentando distanciarse de ella... y ahora Malena se presentaba allí con su bikini en tonos verde manzana que le quedaba estupendamente bien y le planteaba darse un baño nocturno con ella. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Claro, de todos modos, yo ya me iba.

Malena se lanzó de cabeza a la piscina y nadó hacia ella. Alexia ya se estaba dirigiendo a la escalerilla para salir, pero ella se lo impidió.

—No, no te vayas —le pidió, agarrándola por el brazo y mirándola fijamente a los ojos. Alexia tuvo la sensación de que podría hundirse allí mismo. Malena le sentaba francamente bien el pelo mojado, echado hacia atrás, y sus ojos verdes parecían destacar como los de un gato en la oscuridad.

—¿Por qué no?

—Porque no. Quédate.

—Pero hace un poco de frío.

—Por favor.

No consiguió moverse de donde estaba. Quería irse, pero la mirada suplicante de Malena se lo impidió. Estaban tan cerca que en su interior crecieron las ganas de besarla sin su permiso. Simplemente acercarse y hacerlo. ¿Por qué no podía?

Porque es hetero. Y la hija de los mejores amigos de tus padres.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Malena, con una sonrisa misteriosa.

—En nada, ¿por qué?

—¿Seguro? Amí no me lo parece. Has puesto cara de estar pensando algo muy importante.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes? Apenas me conoces.

—Te conozco más de lo que crees. Eres un libro abierto, Alex —repuso Malena, alejándose un poco, nadando hacia el otro lado, mientras sonreía.

Alex. Era la primera vez que la llamaba así y le gustó tanto que deseó que a partir de entonces nunca la llamara de otra manera.

Se rio, sonrojada. Tal vez tuviera razón. Alo mejor era tan mala mintiendo que llevaba escrito en la frente aquel pensamiento: «Me apetece besarte».

—Ya que lo tienes tan claro, ¿qué crees tú que estoy pensando?

Malena volvió a sonreír. Aquella sonrisa la estaba matando. Sintió ganas de decirle: «¡Para! ¿No ves que me estás matando lentamente? Deja de ser tan adorable».

—Si te lo dijera, perdería la gracia. Además, me gustaría que me lo dijeras tú —repuso Malena.

No estaban tan cerca como antes, pero sí lo suficiente para que Alexia notara una extraña subida de temperatura en todo su cuerpo. Su parte racional le alertaba del peligro y le decía que se alejara, mientras que su instinto le impedía dar una sola brazada. Así que

simplemente se quedó allí, flotando, los ojos de Malena retándola a que le dijera lo que estaba pensando. Como si de verdad quisiera escucharlo.

Alexia respiró con dificultad. Tenía un nudo en la garganta y otro en el estómago.

—¿Y bien? —dijo Malena, esperando—. ¿Me lo vas a decir?

—Creo que esta noche te quedarás con las ganas —respondió, siguiéndole el juego.

Malena pareció un poco decepcionada. Esta vez nadó hacia la escalerilla, poniendo de nuevo distancia entre ellas dos. Colocó las manos en la barra, un pie en el escalón y salió lentamente del agua. Alexia observó la escena fascinada.

—Bueno —dijo entonces Malena escurriéndose el pelo y colocándose la toalla en la cintura—. Si cambias de opinión, estaré esperando. Buenas noches, Alex. Que descanses.

—Buenas noches, Male.

Y dicho esto, desapareció en el interior de la casa.

Alexia se quedó un rato más en la piscina, desordenada, mirando las estrellas y preguntándose qué era lo que acababa de suceder. ¿Sabía Malena lo que había estado pensando o se esperaba cualquier otra cosa? ¿Aquello había sido un flirteo? Así se lo parecía, pero no podía estar segura.

Cerró los ojos, sumergió la cabeza y buceó hasta la escalerilla. Empezaba a tener frío y necesitaba una ducha, aunque sabía, incluso entonces, que al final su baño no había servido de nada. No pegaría

ojo en toda la noche, dándole vueltas a lo que acababa de suceder en la piscina.

13. Día de chicas

Malena y Sonsoles decidieron pasar aquel día juntas. Hacía mucho tiempo que madre e hija no podían disfrutar de un momento a solas, por lo que decidieron escaparse de los demás y poner rumbo a una calita pequeña, en donde podrían hablar con tranquilidad, comer en cualquier chiringuito y dar paseos por la orilla.

En Barcelona, Malena extrañaba estos momentos con Sonsoles. Raramente pensaba en ellos, como método de pura supervivencia, pero, a veces, echaba en falta poder llamar a su madre y pedirle que la acompañara a dar un paseo o ir de compras, con motivo o sin él, qué más daba. La necesitaba y eso era todo.

En Barcelona contaba con un reducido grupo de amigos. Eran buena gente, podía contar con ellos si así lo necesitaba, sobre todo con Mercedes, una médico residente con la que había hecho buenas migas, pero nada sustituía la presencia de una madre, y Malena lo sabía mejor que nadie.

Aprovecharon ese día lejos de todos para hablar de sus cosas. Sonsoles le puso al tanto de cómo estaban sus tías y primos. Una de ellas acababa de perder al marido y eso la había sumido en una fuerte depresión. Sonsoles intentaba visitarla siempre que tenía hueco, aunque consciente de que nada podría reemplazar la presencia de su marido.

—Alo mejor no debería estar hablándote de esto, lo siento, cariño

—le dijo entonces, mientras se aplicaba un poco más de crema solar.

Malena miró a su madre sin comprender. ¿Aqué se refería? —¿Qué quieres decir?

—Nada, que aquí estoy yo hablándote de mi hermana, que ha perdido a su marido, justo ahora que has roto con Bruno. No me parece de recibo.

—Oh, mamá, no digas tonterías. Lo mío con Bruno es completamente diferente a lo de la tía Pilar —intentó tranquilizarla Malena y mientras lo decía se daba cuenta de que ya no dolía tanto. Sus sentimientos respecto a la ruptura con Bruno habían dado un giro de ciento ochenta grados desde que había llegado a Huelva.

—Bueno, solo lo decía por si acaso —arguyó Sonsoles, que entonces la miró como si esperara que profundizara en el tema.

Malena captó el mensaje enseguida. No hacía falta que su madre le explicara aquella pausa. Sabía mejor que nadie que estaba esperando que se abriera con ella. Lo había estado posponiendo demasiado tiempo y esto inquietaba a su madre.

—Supongo que quieres que te hable de ello —le dijo, resignada.

—Estaría bien, para variar, pero si no estás preparada, no quiero presionarte.

—Es que estoy bien, mamá. Me refiero a que no sé qué podría contarte. Rompimos, dejamos de querernos, él recogió sus cosas y se fue. Eso es todo. No hay mucho más que contar —le explicó sintiendo calor de manera repentina. Un buen baño no le vendría nada mal, pero ya casi era la hora de comer y estaba hambrienta.

—Ya, pero ¿tú cómo estás? ¿Llevas bien vivir sola? ¿Tienes con

quién quedar? ¿Comes bien? Eso me preocupa un poco. Si estuviera en Barcelona podría hacerte alguna comida, pero así...

—Mamá, por favor, no tengo quince años —protestó Malena, aunque agradecida por su preocupación. Una madre siempre era una madre, en la distancia o no—. Y sí, estoy bien. Al principio me resultó muy duro que Bruno no estuviera. Era como si la casa se me cayera encima. Le odié un poco por irse. Me hubiese gustado irme yo. Incluso pensé en cambiarme de piso porque todo me recordaba a él, pero después me he ido acostumbrado. He hecho algunos cambios en la decoración, creo que eso me ha ayudado.

—Has hecho bien, yo en tu lugar habría hecho lo mismo —opinó Sonsoles.

—Estuve pensando en acudir a un psicólogo, pero ya sabes que no soy mucho de eso —le confesó, descartando la idea con una mano—. Y con el paso de los días me di cuenta de que ya no lo necesitaba. He estado muy ocupada en el trabajo, centrándome en eso, ¿sabes?

Sonsoles asintió. —¿Has vuelto a saber algo de Bruno? ¿Habláis?

—No. No hemos vuelto a hablar desde ese día. Supongo que los dos necesitamos un tiempo, es normal.

—Mejor así. Las heridas solo se curan con tiempo y distancia.

—Sí, yo también lo creo. —Malena suspiró, abochornada por el calor. Miró el reloj de su teléfono móvil. Eran casi las tres de la tarde—. ¿Te apetece que nos vayamos a comer algo? Estoy un poco hambrienta.

—Me parece. Además, hace muchísimo calor. Nos vendrá bien un poco de sombra —asintió Sonsoles, chocando las manos para quitarse

la arena.

Madre e hija recogieron sus bártulos de playa, sacudieron las toallas y se dirigieron a una zona que tenía varios restaurantes con terraza. Corría un poco de brisa y agradecieron encontrar una mesa a la sombra de un toldo. Pidieron algo variado de comer, ensalada, gazpacho y un poco de carne asada que estaba deliciosa. Mientras devoraban su almuerzo con apetito, Malena se quedó mirando la carne ensartada en su tenedor y sonrió con diversión al recordar algo.

—¿Sabes que Alexia no come nada de carne? —le dijo, metiéndose un trozo en la boca.

—Eso me dijo su madre, que hace años que no la prueba. Yo no sé si podría.

—Pues yo sí. Lo he estado pensando varias veces, de hecho, pero al final nunca me decido. Alo mejor me animo después de este verano.

—Male, que estás muy delgada... no quiero ni imaginar cómo te quedarás si te vuelves vegetariana.

—¡Qué va! Si he cogido un par de kilos desde que estoy aquí. ¿Ves? —dijo, palpándose la zona abdominal. Sonsoles hizo un gesto con la mano para indicarle que allí no había nada. «Todo pellejo» fueron sus palabras exactas.

Pero esta conversación sobre la comida les dio pie para charlar acerca de Alexia y también de su nueva amistad con ella. Sonsoles trató de que la conversación pareciera casual, pero a su hija no se le escapó en ningún momento el interés que sentía por tratar este tema con ella. Lo notó de inmediato, en las palabras que usó su madre, en la manera de mirarla, con mucha concentración, como si estuviera

pendiente de cada uno de sus comentarios.

—Creo que estos días nos han sentado bien —le estaba explicando—. Al menos nos han permitido acercarnos y no discutir tanto. Ha sido agradable —le dijo a su madre, esperando que la conversación se detuviera ahí.

Pero Sonsoles no estaba dispuesta a desaprovechar la oportunidad. Necesitaba indagar. Había estado ciertamente muy preocupada por este tema los últimos días. Tal vez no tuviera motivos para ello, ¿pero y si los había?

—Yo también he notado que ahora sois más cercanas —comentó Sonsoles, limpiándose la boca con una servilleta de papel. Le hizo un gesto al camarero para hacerle saber que ya estaban preparadas para pedir los postres—. Me alegro de que hayáis superado esa estúpida fase. Ya sois muy mayores para andaros con chiquilladas.

—Estoy de acuerdo.

—Aunque sabrás que Alexia sale con mujeres...

Lo dijo así, como quien no quiere la cosa, como esperando que Malena le contestara algo como «uh, sí, lo sé, ya me ando con mucho cuidado, no te preocupes». Pero no hizo nada de esto. Simplemente le dio un mordisco al último trozo de pan y miró a su madre un poco sorprendida, mientras el camarero les recogía los platos.

El camarero les preguntó si iban a querer algo de postre. Ella pidió un café con hielo y su madre optó por un helado de limón. Tan pronto el hombre se retiró, fue Malena quien retomó la conversación:

—Sí. ¿Y qué? ¿Por qué lo dices?

—Oh, por nada. No es que para mí sea un problema, pero a veces

me pregunto hasta qué punto ella podría ofrecerte una amistad y nada más, no sé si me entiendes.

Malena parpadeó, perpleja. Era la primera vez que escuchaba en boca de su madre un comentario semejante. Tenía a sus padres por personas liberales, de las que apoyaban los colectivos minoritarios como podían ser los homosexuales, así que en su vida se imaginó manteniendo este tipo de conversación con ella. Se preguntó qué opinaría su padre si la escuchaba hablar en estos términos de Alexia.

—¿Te das cuenta de que ese comentario es un poco homófobo?

—¿Lo es? Pues nada más allá de mi intención, cariño. Ya sabes que yo soy la primera que está a favor de todo eso.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que intentas decirme? Porque no lo entiendo.

Malena sabía muy bien qué intentaba decirle. Lo sabía de sobra. En todos aquellos días tanto ella como Isabel no les habían quitado ojo de encima. Murmuraban cuando las veían juntas. Intentaban estar presentes en sus conversaciones siempre que podían y el día del concierto le había parecido una pantomima, una especie de representación teatral para impedir que se quedaran a solas. ¿Pero por qué? ¿Aqué venía eso?

Era cierto que habían estado a punto de besarse, pero había sido una broma estúpida, ¿no? Bueno, tal vez el encuentro de la piscina había sido un poco diferente. Allí se había dejado llevar por la confusión de sus sentimientos, quería besarla, era cierto, incluso lo provocó un poco, pero Alex le había dejado claro que no estaba dispuesta a ceder. Y en el fondo la entendía. Tenía el mismo miedo que

ella, o al menos, muy parecido. Y ese pánico la paralizaba de una manera infantil cada vez que Alexia estaba cerca. Esa mirada inquieta y huidiza, esa voz quebrada cuando se lanzaban retos o indirectas. ¿Realmente había querido besarla en la piscina bajo todas las estrellas?

Sí.

Y tal vez era un problema. Pero era su problema, el de ellas dos, no el de Sonsoles o Isabel.

—Cariño, no te pongas a la defensiva —le dijo entonces su madre, mientras le daba las gracias al camarero, que ya había regresado con el café y el helado—. La cuenta cuando pueda, por favor —le pidió—. Lo que intento decir es que no sé hasta qué punto Alexia podría ser tu amiga como lo podría ser otra persona que no fuera homosexual.

—Esa es la parte que no entiendo. ¿Te has parado a pensar en que a lo mejor yo no le gusto? Que le gusten las mujeres no implica que le gusten todas —puntualizó Malena convencida de lo que estaba diciendo y un poco enfadada al admitir que cabía la posibilidad de que Alexia no se sintiera atraída por ella.

—Vamos, cariño, tú sabes mejor que nadie que no es así. ¿Has visto cómo te mira? Embobada. Así es como te mira.

—¿Y qué?

—¡Y nada! Solo te lo digo para que tengas, no sé, cuidado. No me gustaría que le hicieras daño —afirmó Sonsoles, un poco irritada por la actitud defensiva de su hija.

—¿Eso es todo lo que te preocupa?

—Pues claro, ¿qué iba a ser sino? Sabes que aprecio mucho a

Alexia.

—Pues no sé, me cuesta entender que de repente estés tan preocupada por los sentimientos de Alexia. Más bien me parece que tienes miedo de que yo llegue a sentir algo por ella —le espetó Malena.

—No digas bobadas, Male —fingió Isabel, que sintió un ataque de pánico en la boca del estómago porque su hija había dado justo en el clavo. Sí, estaba preocupada, no podía evitarlo. Ricardo le había reñido en más de una ocasión, pero por más que lo intentaba no conseguía imaginarse a su hija compartiendo lecho con otra mujer. Que la llamaran antigua si era necesario. Al menos no trataba de engañarse a sí misma.

—Sé sincera, nos conocemos, mamá —replicó Malena, volcando el azúcar sobre su café. La miró con dureza para hacerle saber que esperaba una respuesta.

—Bueno, puede que me haya preocupado un poco al veros así, lo admito.

—No me lo puedo creer...

—Malena, cariño, yo solo deseo lo mejor para ti. Eso es todo.

—¡Lo mejor según tú! ¿Y si de veras me gustara? ¿Y si sintiera algo por ella? ¿Acaso te lo has planteado? Porque en ese caso, mamá, lo “mejor” —dijo, poniendo comillas en el aire— para mí tal vez no sería lo que tú crees.

—Pero no es el caso —dijo Sonsoles, negando con la cabeza, aferrándose a su último clavo ardiendo. Entonces, al mirar a su hija, la vio tan decidida que le asaltaron las dudas: —Porque no lo es,

¿verdad? ¿Sientes algo por Alexia?

Malena miró en dirección contraria, molesta. Le hubiese encantado contestar a esa pregunta, pero ¿cómo hacerlo si ni siquiera ella tenía la respuesta?

—¿Te han traído ya el cambio? Creo que deberíamos irnos — comentó.

—Hija, por favor...

—Te espero en el coche, ¿vale? Ya llevo yo las cosas. —Y se levantó para poner fin a aquella incómoda conversación.

Hicieron el trayecto de vuelta a casa en silencio. Sonsoles intentó sacar varios temas de conversación para aliviar la tensión que se respiraba en el interior del vehículo, pero Malena no estaba dispuesta a colaborar. Contestaba con evasivas y monosílabos. Tenía ganas de llegar y bajarse del coche.

Le parecía increíble la actitud que había adoptado su madre y eso le quitaba las ganas de hablar, no solo de eso sino de cualquier cosa. La radio estaba puesta, por lo que decidió centrarse en la música, permitiendo que su imaginación la llevara sin rumbo fijo.

Empezó a pensar entonces en el momento que había compartido en la piscina con Alex y sonrió con cierto nerviosismo, admirando el paisaje, mientras pasaban cerca de Doñada, el parque natural. Admiró los pinos, las flores y los arbustos, pero su sonrisa se borró al recordar el rechazo de Alex. No la había rechazado directamente, pues Alex ni siquiera sabía lo que Malena estaba pensando, metidas en la piscina,

buscándola. Pero había sido tan evidente que algo debía haber notado, ¿no? Entonces, ¿cuál era el problema? ¿Acaso no era lo suficientemente atractiva para Alex? Un momento, ¿por qué quería resultarle guapa a una mujer? Nunca antes se había planteado algo semejante y, sin embargo, de repente las palabras de Sonsoles empezaron a cobrar sentido.

Le gustaba una mujer. Un poco, al menos. Lo suficiente para desear besarla, explorar, ir un paso más allá. Y al tomar conciencia de lo que estaba ocurriendo se sintió tan asustada como ilusionada. Había algo en todo aquello que le hacía sentir protegida, bien, cuando estaba con Alex. Como si nada pudiera hacerles daño. Pero, por otro lado, era una verdadera locura, ¿no?

Aparcaron el coche y se bajaron de él en silencio. Nada más entrar en el jardín observó que Alex se estaba secando con una toalla. Ella le hizo un gesto de saludo con la mano que Malena le devolvió de prisa y corriendo. En ese momento estaba demasiado confusa como para acercarse. Prefirió irse directamente a la ducha, para aclarar sus ideas. El agua ayudaría.

Se despidió de su madre, todavía un poco enfadada y se encerró en el cuarto de baño. Después decidió pasar el resto de la tarde en su habitación leyendo una novela que llevaba posponiendo demasiado tiempo. Cuando se dio cuenta eran ya las diez de la noche y alguien llamaba a la puerta. Su padre asomó la cabeza:

—¿No vas a venir a cenar? —le preguntó, sonriendo—. Te estamos esperando.

—Estoy un poco enganchada a este libro —le dijo, aunque el motivo para no salir en ese momento era otro muy diferente. No le

apetecía enfrentarse a las miradas culpables de su madre, del mismo modo que le aterraba quedarse cara a cara con Alex después de lo que había estado pensando—. Creo que comeré algo un poco más tarde. Tal vez fruta.

—¿Quieres que te la traiga?

—No será necesario, papá. Ya iré yo cuando me entre hambre. Discúlpame con los demás, ¿quieres?

—Por supuesto. Que lo disfrutes, cariño —dijo Ricardo, volviendo a cerrar la puerta y perdiéndose en el otro extremo del pasillo.

Esa noche Malena apenas consiguió conciliar el sueño y se abrazó a algunos recuerdos de cuando Alexia y ella no eran más que unas adolescentes.

Se preguntó si ya entonces se miraban así. Y estaba convencida de que sí, a pesar de que ella nunca se habría planteado algo parecido, pues estaba anonadada con los chicos de la clase. O mejor dicho, estaba complacida de gustarles tan rápidamente, aunque rara vez se sentía en confianza con ellos como para dejarse llevar.

Después fue quedándose dormida mecida por aquellos recuerdos.

El problema fue el sueño que vino esa noche: Malena soñó que estaba completamente sola en un coche y de repente escuchaba golpes, sonidos secos y absolutos que procedían de la parte trasera de su automóvil. Entonces salía de él, temblando, en mitad de una carretera secundaria y se preguntaba quién habría dentro de ese maletero. Estaba bloqueada, asustadísima cuando escuchó una voz muy suave. Era la voz de Alex. Malena se precipitaba al maletero y lo abría con torpeza. Era ella. Alex salía llorosa del coche y se abrazaban

balbuceándose cosas al oído. Entonces todo aquel miedo inicial se transformaba en otra cosa, ambas se sonreían triunfantes y empezaban a besarse con brusquedad. Se quitaban la ropa, sonaba la cremallera de los vaqueros nuevos de Alexia. Malena murmuraba algo...

—Sí, por favor, sí. Oh, sí, sí, no te pares ahora...

Y entonces pasó. Poco a poco fue saliendo de ese sueño tan intenso y empezó a escuchar voces a su alrededor.

—¡Malena! ¿Pero se puede saber qué te pasa? —dijo su madre muy enfadada.

Ella seguía en trance, entre el sueño y la vigilia, pero la voz de Sonsoles la despertó lo suficiente para que abriera los ojos de golpe.

—¿Qué sucede? —quiso saber Paula entrando atropelladamente en la habitación.

Y no solo Paula. En menos de cinco minutos, todos estaban allí, reunidos en torno a su cama, alarmados por los gritos de su madre.

Sonsoles había salido en mitad de la noche a tomar un vaso de agua, a veces se despertaba con la boca seca y necesitaba hacer una visita al baño y luego a la nevera. Pero esa noche, al pasar frente al cuarto de Malena, le había parecido sentir a su hija... gimiendo literalmente, y se imaginó lo peor cuando no vio a Alex en el sofá.

Inicialmente se planteó qué hacer, pero los nervios pudieron con ella y Sonsoles irrumpió en la alcoba de su hija sin reparar en las posibles consecuencias, perdiendo un poco los papeles y alarmando al resto.

Y ahora estaban todos ahí, expectantes, sin saber qué había

pasado exactamente. Habían llegado uno a uno, asustados por el ruido. La última en hacerlo fue Alex, que la miró con la boca abierta y los ojos desorbitados, como si no comprendiera qué estaba sucediendo. Ella tampoco lo hacía:

—¿Qué pasa? —dijo Malena recobrando el sentido y frotándose los ojos con las manos.

—Oh, hija, lo siento, no sé, es que pensé que tú y ... Que tú y... —la mirada de Sonsoles iba de una a otra. De Alexia a Malena, de Malena a Alexia, como si estuvieran librando un partido de tenis—. Te escuché muy alterada y yo...

En ese momento Paula estalló en sonoras carcajadas y los hombres decidieron regresar a sus habitaciones, un poco incómodos por la situación. Isabel, no obstante, miró a su hija con desaprobación, como si no pudiera creerlo. Alexia parpadeó con inocencia. ¿Es que acaso nadie se había fijado en que la pobre había sido la última en entrar? Malena no podía creerlo.

—¿Qué yo qué, mamá? —dijo con enfado—. Estaba durmiendo, ¿qué diablos hace todo el mundo aquí?

Sonsoles estaba muy avergonzada. Trató de explicar lo que había pasado con las mejillas sonrosadas y de manera atropellada.

—Pues verás, es que estabas haciendo unos ruidos muy extraños. Como si... Como si estuvieses en la habitación con alguien más haciendo esas cosas.

—¿Haciendo qué? —preguntó enfurecida Malena.

Isabel intervino:

—Pero... ¿había alguien aquí, Sonsoles?

—No.

En ese momento, Paula tuvo que hacer una broma sin poder contenerse.

—De verdad, esto es un descontrol. Todo apuntaba a que mi hermanita por fin se había dejado llevar por el deseo, pero no, Malena estaba volando sola. ¡Sola! Yo creo que después de esto ya lo he visto todo.

—Pero, hija, ¿tú crees que estamos para bromas? —le espetó Isabel haciendo aspavientos—. Anda, vete a la cama y tú también Alex.

—No.

—¿Que no qué?

—Que no me voy. ¿Sois conscientes de que acabáis de irrumpir en la habitación de una persona adulta? —dijo entonces Alex, sentándose en la cama junto a ella.

Malena estaba tan abochornada que no sabía a dónde mirar. Afortunadamente, Paula ya se había ido. No era momento para bromas. Estaba cansada de todo aquello.

—Alex, no te consiento que nos hables así.

—Pues lo siento, pero no me parece bien —replicó, poniendo la mano sobre la sábana. Malena la sintió tan cerca que de manera involuntaria se la tomó, como si necesitara aferrarse a algo en ese momento.

—Yo... De verdad... Escuché eso y pensé... No sé —se disculpó Sonsoles mirando hacia otra parte.

Isabel solo miraba las manos de ellas entrelazadas y Malena sintió que se le aceleraba el pulso al notar los dedos de Alexia acariciando los suyos y a sus madres allí, observándolas. Se sentía turbada y mareada, como si estuviese a punto de caerse redonda al suelo, pero el enfado pudo con todo. Miró a su madre fijamente y dijo:

—No te consiento que entres en el dormitorio solo porque pienses que estoy con alguien.

—No empieces, Malena, que cuando te pones así...

—¡Pues déjame de una vez, mamá! Creo que hasta la fecha no he hecho nada que pueda hacerte sentir avergonzada. He salido con todos los chicos que os gustaban, aunque me sintiese vacía y desprotegida con ellos. No importaba. Estudié la carrera que soñabais para mí. Trabajo en uno de los mejores hospitales de Barcelona. ¡Y estuve a punto de casarme con alguien que ni siquiera me hacía sentir nada en el estómago! —gritó Malena manteniéndose en su sitio. Al final había estallado. Las miradas recelosas, la actitud controladora de las madres, la conversación con la suya en la playa, la tensión con Alex... todo había contribuido a que llegara a ese punto sin retorno. Quería dejar de sentirse como una niña y volver a ser una adulta—. Así que no te he dado motivos para pensar que voy a venir aquí de invitada a acostarme con nadie.

Alexia la miró seriamente pero no soltó su mano y ella la apretó con más fuerza.

—Lo comprendo, pero entenderás que este no es el sitio para hacer... Lo que sea —se defendió Sonsoles sin saber qué decir, omitiendo todas las acusaciones.

—Claro que lo entiendo, ¡por eso no he hecho nada!

—¿Pero nada con quién, Malena, hija?

—¡Con ella! —exclamó, levantándose y mirando a Alexia.

Isabel se ruborizó y Sonsoles las miró fijamente como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar. Alex no podía decir nada, estaba en shock.

—Malena, déjate de tonterías, no digas eso, estás perdiendo la cabeza, lo entiendo, estás dolida. Todos te comprendemos, ¿verdad?
—dijo su madre buscando la comprensión de las presentes.

—Claro, bonita —empezó a decir Isabel.

—¡No digo tonterías! ¿Qué pasa si quiero besar a Alexia, mamá? Eso está bien para los hijos de tus amigos, ¿pero en mí sería inaceptable?

—Por favor, baja la voz. Hija, estas personas se van a asustar.

Malena se había puesto de pie pero no soltaba la mano de Alexia, que también se había incorporado automáticamente y estaba presa del pánico. La miraba como si quisiera decirle que frenase aquello, que tenían muchas cosas que resolver pero que no era ese el modo más acertado. Pero no la frenó, porque Malena era un volcán en erupción y ya nadie podía apagar la rabia y el fuego.

—No lo creo. No haberte metido en mi habitación. ¿Qué hubiese pasado si realmente hubiese estado haciendo el amor con Alex?

Alexia no podía ruborizarse más, y no sabía qué hacer ni qué decir. Solo sabía que Isabel la miraba igual de perpleja.

—Malena, tú no eres así.

—O no, mamá. O quizá quiero besarla. ¡Eso solo lo puedo saber yo! Y estaría bien por una vez, elegir yo. Que me dejarais ser. ¡Con todo!

Sonsoles estaba muy avergonzada por lo que Isabel podría estar pensando. Eran sus invitados y aquello se les estaba yendo de las manos. Así que con voz tajante y firme le dijo a su hija con dureza:

—Malena, para. Esta conversación acaba aquí. Estás diciendo todo eso para molestarte, porque estás dolida contra el mundo y lo sabes.

—¿Crees que no soy capaz de estar con una mujer? ¿Es eso, mamá? ¿Qué demonios te irrita tanto? No dejas de mirarnos como si estuviésemos haciendo algo horrible y ¡ni siquiera nos hemos tocado! ¿Qué pasa si lo hago?

—Nada, lo que quieres es llamar nuestra atención, ya está.

En ese momento, Malena tiró del brazo de Alexia y la acercó a ella. Se miraron brevemente, Malena esperando un gesto que frenase lo que estaba a punto de hacer y Alex aterrorizada y abandonada a su suerte. Malena sonrió tímidamente y acercó sus labios a los suyos, y cuando los encontró entreabiertos, la besó con muchísima dulzura. Delante de Isabel y de Sonsoles.

Alexia acarició por unos segundos su lengua, pero ambas se alejaron casi inmediatamente sin dejar de mirarse. Como si acabasen de arrimarse a un precipicio.

—Ahora ya lo sabéis. ¿Contentas? Ya tenéis lo que queríais, así que dejarnos en paz. No haremos nada dentro de esta casa, por lo que podéis descansar tranquilas.

Sonsoles parecía aliviada porque aquello respondía a muchas de sus preguntas y aunque el corazón le latía a toda velocidad, dio por

concluida la escena y se marchó a su habitación, no sin antes disculparse con Isabel sin saber bien por qué.

Isabel por su parte se dio media vuelta y buscó a tientas su cuarto, angustiada por lo sucedido porque en el fondo culpaba a su propia hija.

Alex se quedó de pie en el centro de la habitación como si no supiera si debía irse o quedarse para consolarla. No eran capaces de mirarse ni decirse nada. El silencio de la noche empezó a invadirlo todo.

—¿Estás bien? —dijo Alex finalmente.

—No lo sé.

—No tienes que hacerlo por tu madre, Malena.

—No lo he hecho por mi madre.

—¿Entonces? ¿Es por lo de la otra noche?

—No —susurró Malena mirando al suelo.

—¿Querías besarme? —preguntó Alexia con el corazón a toda velocidad.

—Sí.

—Bueno, pues gracias, ha sido muy bonito.

¿Gracias, ha sido muy bonito? ¿Eso era todo? ¿Y ya está?

Malena se tumbó esperando que Alexia la dejara sola y se fuese cuanto antes. Se sentía vulnerable, triste, frágil.

Alexia comprendió la indirecta. Le deseó buenas noches y se marchó cerrando suavemente la puerta.

14. Amigas

Si Carla y las demás hubiesen querido escoger peor momento, no lo habrían conseguido. Alexia se despertó ese día con una extraña sensación de irrealidad. Consultó su teléfono móvil. Tenía varios mensajes de Carla anunciándole que en breve cogerían el coche y estarían de camino a Huelva. Y mientras los leía, iba recordando imágenes de la noche anterior. Las madres, reunidas en la habitación de Malena. Paula, gastando bromas dolorosamente acertadas. Malena, rabiosa y rabiosamente guapa. Y el beso, que lo había sentido como fuegos artificiales estallando en su boca.

Malena había dicho que deseaba dárselo, pero ella seguía pensando que había sido un arranque de rabia, una manera de fastidiar a las entrometidas de sus madres. Un aquí estoy yo en toda regla. Y a pesar de todo, le había encantado.

Se llevó los dedos a los labios, como si todavía no pudiera creerlo, como si siguiera fresco en ellos. Los labios de Malena le sabían a fruta madura y su textura era tan suave que podría haberla estado besando toda la noche. Alexia meneó entonces la cabeza con frustración. No debía permitirse a sí misma pensar de aquel modo. Malena seguía siendo heterosexual. Puede que estuviera atravesando un momento de frustración y confusión, provocado por su ruptura con Bruno, pero ella no era el pasatiempo veraniego de nadie. Tenía que recordarlo.

Con todo, sus amigas llegarían en pocas horas y, en teoría, Malena

había quedado en acompañarla. ¿Se lo habría pensado mejor?
¿Cambió algo lo de anoche? Alexia quiso pensar que sí cuando se levantó y fue hasta la cocina. Por primera vez en su vida se alegró de que la única que estuviera allí fuera su hermana.

—Buenos días —le dijo en un gruñido. Había dormido fatal toda la noche. Imágenes de Malena besándola y arrepintiéndose plagaron sus sueños.

—Uh, qué cara. Muy diferente a la que tenías anoche. Espero que no dejes que Malena te vea así, porque puede que se lo piense mejor.

—Paula, no estoy de humor.

—Qué sorpresa. ¿Cuándo lo estás?

Alexia gruñó mientras abría la nevera. Genial. No quedaba leche. Tendría que conformarse con un zumo de naranja. Metió una rodaja de pan en el tostador y bostezó con ganas.

—¿Y los demás? —se interesó.

—Han bajado al puerto. Querían ir en barco o algo así —respondió Paula.

Deseaba preguntarle si Malena también les había acompañado, pero prefirió no hacerlo. Eso solo conseguiría granjearle más bromas por parte de su hermana pequeña. No obstante, Paula decidió informarle sin que ella preguntara:

—Malena está en casa. Dice que habíais quedado para ir con tus amigas las bolleras.

—Dudo mucho que Malena haya dicho eso.

—No, es cosecha mía, pero, bueno, son tus amigas bolleras las que

vienen, ¿no? —replicó Paula muy firmemente, como si estuviera llena de lógica.

Alexia suspiró hondo. Después de todo, Malena había decidido no cambiar los planes y se preguntaba por qué. ¿Acaso aquel beso no había sido suficientemente extraño? ¿Qué ganaba ella sumándose a un plan con sus amigas lesbianas? ¿Y cuál sería su humor? Le parecía raro que Malena no estuviera allí, que ya hubiera desayunado y no hubiera ni rastro de ella. Se preguntó si debía llamar a su habitación o esperar a que saliera.

—¿Te ha dicho algo más? —le preguntó a Paula.

—No. Que se iba a vestir. Estará en su habitación.

—Vale.

—Pero, *sister*, no te rayes. Ella está tan colgada de ti como tú de ella. Las bolleras sois así de intensas.

—Muy graciosa, Pau. Cállate ya, ¿quieres? Me levantas dolor de cabeza.

—Como quieras, yo solo intentaba ayudar. Me las piro entonces. He quedado con Pedro en la playa y estoy deseando ver la cara que pone con mi nuevo tanga.

Alexia se quedó con el vaso de zumo suspendido en el aire, a medio camino de sus labios.

—¿Te has comprado un tanga?

—Sí. Pero no se lo digas a mamá o le dará una embolia —dijo, sonriendo—. Te veo luego. ¡Que vaya bien con tu amada! —Paula se fue con su cesta de la playa al hombro y una gigantesca pamelita que le

hacía parecer una extravagante famosa deseosa de llamar la atención.

Alexia se olvidó muy pronto del asunto del tanga. Su hermana y ella no podían parecerse menos. A Alexia le daba pudor ponerse en bikini delante de según qué personas (Malena, por ejemplo), mientras que Paula casi rozaba el exhibicionismo. A veces pensaba que le gustaría ser un poco más como su hermana menor. Tener la caradura o el arrojo necesario para lanzarse. Ser menos tímida, más decidida. *Besar a Malena la próxima vez que me entren ganas.*

Alexia hundió la cabeza entre sus brazos, desesperada consigo misma. Dado que tenía la mirada fija en la superficie de la mesa, no fue capaz de apreciar que Malena acababa de entrar en la cocina.

—¿Sabes algo de tus amigas?

Levantó la cabeza y la vio allí vestida, con la cara muy seria. — Buenos días —la saludó, un poco sorprendida por el tono crispado con el que había entrado.

—Sí, perdona, buenos días. ¿Entonces? ¿Sabes algo?

—Están de camino. Llegarán en un par de horas, supongo.

—Bien, era solo por planificarme —replicó Malena, dándose la vuelta para regresar de nuevo a su cuarto.

La observó en silencio, un poco anonadada. ¿Qué estaba ocurriendo? La noche anterior se habían despedido de una manera dulce, o eso creía ella, y ahora Malena parecía molesta. Pero el motivo se le escapaba de las manos.

—Oye, ¿estás bien? ¿Estás enfadada por algo? —la detuvo, intentando que no le temblara la voz. Alexia odiaba la confrontación.

Se sentía incómoda cuando tenía que hacer aquel tipo de preguntas.

—No —dijo Malena, dándose la vuelta. Frunció el ceño—. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé, te veo muy seria. ¿Seguro que estás bien? No tienes por qué venir si no quieres. De verdad.

—Lo sé. Pero quiero ir.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

—No. ¿Por qué habría de estarlo? —le dijo. Y sin embargo, sus palabras no sonaron sinceras.

Algo la estaba incomodando y no tenía ni idea de qué podía ser. El beso se lo había dado ella en un arranque de furia. Ella. Alexia no había hecho nada. Así que ahora no entendía su frialdad y desapego.

Malena se fue a su habitación con el pretexto de que quería darse una ducha y vestirse antes de salir. Alexia, presintiendo que se avecinaba una tormenta emocional, le mandó un mensaje a Carla para convenir un punto de encuentro y aconsejarles sobre lugares de aparcamiento. Después se fue al salón, también para prepararse.

Tenía todo hecho un desastre. Su ropa estaba esparcida por varias sillas o directamente encima de la maleta y ya no sabía dónde había puesto la mayoría de las cosas. Eligió su bikini favorito, uno de color azul turquesa que le sentaba especialmente bien, unos shorts vaqueros y una camiseta de cuello barco. Quería estar guapa para Malena, pero de un modo discreto, sin que se notara. Barajó la posibilidad de maquillarse un poco, aunque siempre había odiado aplicarse maquillaje para ir a la playa, así que descartó esa posibilidad de inmediato. Estaba buscando otra camiseta de un color que le

favoreciera más cuando su teléfono empezó a sonar.

—¿Sí?

—Alex, querida, me tienes abandonada.

—Charo.

—¿Tienes ya una respuesta para mí? Tengo a Rodolfo esperando por ti.

Se mordió el labio con nerviosismo. Había planeado llamar a Charo, pero al final no lo había hecho. Necesitaba más tiempo para meditarlo, pero ahora ella demandaba una respuesta. ¿Qué podía decirle? No estaba preparada para dársela. Deseaba aquel ascenso, pero al mismo tiempo también sabía cómo se las gastaba Charo. Con ella nada estaba asegurado. Podía decirle que sí ahora, cerrar aquel acuerdo con la empresa de Rodolfo, y aun así quedarse sin un ascenso. Lo había visto otras veces, en otros compañeros. ¿Qué le hacía pensar que esta vez iba a ser diferente?

—Lo quiero por escrito —dijo de repente. Alexia abrió los ojos con sorpresa. No se podía creer que le hubiese dicho eso a Charo.

—¿Por escrito? ¿Aqué te refieres? Creo que no entiendo.

El corazón de Alexia empezó a latir con fuerza. Que ella supiera, nunca antes se había enfrentado a Charo de aquella manera. No estaba acostumbrada a hacerlo y temía derrumbarse de un momento a otro. Respiró hondo y se animó a sí misma, ahora ya no tenía nada que perder:

—Que si voy a interrumpir mis vacaciones para cerrar ese acuerdo, quiero que me asegures por escrito el ascenso. Esas son mis

condiciones.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Te sienta bien el sur, Alex. Te vuelve... decidida.

—Eso creo.

—Y a mí me gusta la gente decidida —continuó diciendo Charo—, así que trato hecho. Si cierras ese acuerdo, estoy dispuesta a garantizarte un ascenso por escrito. ¿Qué me dices? ¿Tenemos un trato?

Sonrió contra el auricular de su móvil, complacida. Por primera vez en su vida había dicho «aquí estoy yo y esto es lo que quiero» y se sintió inmensa, llena, indestructible. Estaba deseando ver la cara que pondría Carla cuando se lo contara.

—Deberían estar por aquí, me dijeron que estaban cerca del chiringuito de la playa.

—Hay varios chiringuitos en la playa. ¿Estás segura de que es este? —le preguntó Malena, cargada con su bolsa, buscando a sus amigas aunque no las conociera.

—Espero que sí. Les dije que usaran esta entrada —le informó, un poco nerviosa.

Malena estaba de tan mal humor aquel día que apenas habían cruzado palabra durante el trayecto a la playa. Alexia volvió a preguntarle en un par de ocasiones si le pasaba algo, pero insistía en

decir que todo estaba bien, que no había nada de lo que preocuparse. A pesar de ello, algo iba muy mal. Alexia podía notarlo en sus gestos, en su manera airada de hablar, en sus comentarios sarcásticos. Pero por más que se devanaba los sesos, no sabía qué había hecho mal. Malena había sido la que la había besado, no ella. Si la extrañeza del beso era el problema, ¿por qué la hacía responsable?

—¿Es por lo del beso? —le preguntó entonces, cansada de dar palos de ciego. Si tenían que hablar sobre ello, sería mejor que lo hicieran antes de que sus amigas llegaran. No quería exponerse a que Carla notara aquella tensión entre ellas.

—No, no es por lo del beso.

—Entonces, ¿qué? Fuiste tú la que me besaste a mí, ¿recuerdas? Yo no hice nada.

—¡Exacto! ¡No hiciste nada! —Malena elevó los brazos como si por fin hubieran tocado el epicentro del problema.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Que no hiciste nada, Alex. No sé tú, pero yo no estoy acostumbrada a que me den las “gracias” cuando doy un beso y que ahí se quede la cosa, como si fuera prácticamente un caso de beneficencia —replicó Malena, que ahora estaba más enfadada que nunca, como si las compuertas se hubieran abierto dejando salir a la fiera que llevaba dentro.

Alex arqueó las cejas, sin saber muy bien qué decir. Le había dado las gracias, sí, pero se suponía que Malena se lo tenía que tomar como algo dulce, cariñoso, era su manera de agradecerle que la hubiera defendido delante de las madres. No significaba nada más. Y ahora...

esto...

—Y encima, sigues sin decir nada. Ahí, mirándome, como un pasmarote —la acusó Malena. Parecía rabiosa.

—¿Y qué quieres que diga?

—Pues no sé. ¿Qué me digas que estuvo bien? ¿Que a ti también te gustó el beso? ¿Que te gustaría repetirlo de nuevo? ¡Cualquier cosa, vaya! Pero no que me des las gracias y te vayas a dormir. ¿Tienes idea de lo mal que siento algo así?

—¿Llegamos en mal momento?

Alexia se giró y vio a Carla, mirándola con cara de circunstancias. Detrás de ella estaban Rosa y Marta, sus dos amigas, y por el gesto que tenían no necesitó una confirmación que habían escuchado la conversación.

Alex se ruborizó pero fue al encuentro de su amiga y la saludó con un abrazo.

—Veo que has aprovechado bien las vacaciones. Menudo *pibón* —le susurró Carla al oído.

Alexia le propinó un pellizco para que se callara y procedió a las presentaciones. Apesar de la rareza de la situación, Malena salió muy airosa de ella. Saludó con besos a todas y se mostró cercana y amable. Parecía tener muy presente que el enfado era solo con ella.

El día estaba caluroso, por lo que eligieron un lugar cerca del mar para extender allí sus toallas. Le ponía de mal humor tener que ir a la playa, pero Carla había insistido. No iban a hacer un viaje tan largo en coche para estar dando vueltas por un centro comercial, por lo que no

le quedó más remedio que aceptar. Quiso poner su toalla cerca de Malena, pero ella prefirió colocar la suya en el extremo opuesto para entablar conversación con Rosa y Marta. Le dolió un poco, pero estaba dispuesta a no mostrar sus emociones. Si Malena podía ser orgullosa, ella también.

Por fortuna para todas, la mañana transcurrió más o menos bien. Se dieron numerosos baños refrescantes en el mar, jugaron varios partidos a las palas y comieron pescadito frito en un chiringuito cercano.

Alexia casi se había olvidado de que odiaba la playa y del enfado de Malena, cuando a la hora de los cafés, Rosa dijo:

—Entonces vosotras dos os conocisteis en el instituto, ¿no?

Alexia y Malena se miraron de manera tensa. Fue Alex quien decidió responder:

—Sí. Íbamos juntas al mismo colegio. Éramos compañeras de clase.

—¿Y lleváis todo este tiempo como pareja? Qué pasada, ¿no?

—En realidad no...

—No somos pareja ni nunca lo seremos —replicó Malena, airada.

—Malena es heterosexual —les explicó Alexia, intentando aliviar la tensión que se respiraba en el ambiente.

Carla observaba toda la escena tras su vaso de café con hielo. Estaba sonriendo.

—Oh, vaya, lo siento —intervino Rosa—. Yo pensaba... En fin, he visto tanta química en vosotras que pensé... no sé. Disculpa el error.

¿Química? ¿En dónde había visto la química? ¡Si casi ni se habían mirado! O a lo mejor sí. Bueno, sí. Muchas veces. Habían intercambiado varias miradas en el transcurso de aquel día, pero eso no significaba nada, ¿verdad? ¿Qué veía Rosa que Alexia no pudiera ver?

—Simplemente somos amigas —le explicó y miró a Malena en busca de su complicidad, aunque se sorprendió al ver la sombra de la decepción pintada en su rostro.

—Sí, somos buenas amigas —dijo Malena con un tono de lo más sarcástico—. A veces nos besamos, pero no significa nada. Estamos... *agradecidas* por ello.

Alexia puso los ojos en blanco. No podía creerlo. Dijo:

—Sabes de sobra que no era mi intención que lo interpretaras así. —Estaba cansada de presuposiciones erróneas. Había bajado la voz para que solo ella la escuchara, pero las demás estaban demasiado cerca y seguían el intercambio con verdadera atención.

—¿Y entonces por qué no lo dices? ¿Qué problema hay?

—Que eres hetero, joder.

—Porque tú lo dices.

—¿No lo eres? —Alexia arqueó las cejas, en espera de una respuesta. El corazón le latía desbocado. Rosa se había encendido un cigarro y las miraba fascinada. Marta tenía cara de necesitar una copa.

Malena tardó un rato en responder. Primero suspiró y después, como si se diera cuenta de que todas estaban pendientes de su respuesta, se ruborizó ligeramente y dijo: —Sí, lo soy.

En ese momento Carla se acercó al hombro de Alexia y

disimuladamente le susurró al oído:

—Y una mierda heterosexual.

Alexia se puso tan nerviosa que, sin querer, en vez de darle una patada a Carla para que se callara, se la acabó dando a Malena, que se levantó de su silla, muerta de dolor.

—¡Perdón! ¡Perdón! Pensé que eras... Oh, joder, no sé en qué estaba pensando. Lo siento —trató de disculparse al ver el gesto de dolor en la cara de Malena, que ahora se estaba frotando la espinilla con fruición—. ¿Quieres que pida hielo? Ten, toma —dijo, metiendo los dedos en el café helado de Carla y extrayendo un par de hielos bañados en el líquido negro.

Carla no daba crédito. Empezó a reírse con tantas ganas que los comensales de la mesa de al lado las miraron.

—No tiene gracia, Carla —la reprendió Alex—. ¿No ves que le he hecho daño?

—No me rio por eso. Malena, guapa, espero que sepas que no me rio por eso —dijo Carla, dirigiéndose a ella para aclararlo.

—Tranquila, no lo he pensado —repuso Malena. Entonces sacó la cartera y dejó un billete de veinte euros sobre la mesa—. Espero que con esto sea suficiente —les dijo—. Ha sido un verdadero placer conocerlos, pero la verdad es que ya estoy un poco cansada de playa. Si no os importa, creo que necesito una ducha.

—¿Te vas? —inquirió Alex, un poco horrorizada. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué era todo tan complicado?

—Sí. Te veo en la casa. Gracias por todo. Ha sido un placer, chicas.

Ojalá volvámos a coincidir. Disfrutad del resto del día aquí.

Rosa, Marta y Carla se levantaron para despedirse con dos besos y al poco tiempo Malena se fue, de regreso a la casa. Tan pronto su figura se perdió de vista, tres pares de ojos se posaron en Alexia con suma atención.

—¡Cuéntanoslo todo! —le ordenó Carla, sonriendo.

Alexia las observó sin dar crédito y sintiéndose un poco desbordada por las circunstancias. Además, ¿qué podía decirles? Si solo había sido un beso. Una pequeñez. Nada. ¿O acaso había algo más y ella no se estaba enterando?

—¿Damos un paseo? Creo que necesito estirar las piernas —dijo, esperando que Carla entendiera la indirecta. Rosa y Marta le parecían encantadoras, pero no estaba dispuesta a discutir su vida personal delante de ellas.

—Claro. ¿Nos vemos luego en las toallas? —preguntó Carla—. Después os pago mi parte.

Las dos amigas se encaminaron entonces hacia la orilla para dar un largo paseo. Alexia estaba tan ansiosa que ni siquiera le importó que llevaran ya varias horas en la playa. Sentía deseos de salir corriendo, ir en busca de Malena y decirle... ¿qué? No tenía ni idea, pero deseaba verla, aclarar lo ocurrido. Sin embargo, Carla y sus amigas habían ido hasta allí para estar con ella, así que no podía irse sin más, despedirse y salir corriendo. Habría sido maleducado por su parte.

—¿Quieres hablar de ello o prefieres caminar en silencio?

Alexia miró hacia su derecha y vio a Carla, esperando una

respuesta. Llevaban ya unos minutos caminando, pero seguía muda, atrapada en la turbina de sus pensamientos.

—Prefiero hablar, pero es que no sé por dónde empezar. Es todo muy confuso.

—¿Qué tal si empiezas contándome lo del beso? Eso estaría bien.

Sonrió, azorada. —Pues eso, que nos besamos.

—¿Y?

—Y nada. El problema es que no fue un beso normal. Sucedió delante de nuestras madres. —En este punto, Carla puso una cara indescifrable, no sabía si de espanto o de dolor—. Ya, ya lo sé, raro, pero por eso no fue un beso normal. Creo que Malena lo hizo para que nuestras madres nos dejaran en paz. Se piensan que estamos liadas o yo qué sé.

—Sí, lógico. Y como vuestras madres creen que estáis liadas, lo normal es corroborárselo dándoos un beso. ¿No? —apuntó Carla con sarcasmo.

—No, no es eso. Me parece que Malena lo hizo solo para fastidiar a su madre y yo...

—Y a ti te gustó...

—Sí, pero ese no es el problema. Ella está enfadada porque cree que a mí no me gustó.

Carla arrugó la frente. —¿Pero no me acabas de decir que te dio un beso para fastidiar a su madre?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué le molesta que no te guste?

—Es complicado...

—Alex, creo que me estoy perdiendo. ¿Por qué no empiezas por el principio y me lo cuentas despacio? Nada de lo que dices tiene sentido.

Suspiró hondo. Incluso si se lo contaba, seguiría sin tener sentido, nada parecía tenerlo últimamente, pero entendía la confusión de su amiga: necesitaba empezar de cero, tal vez desde el mismo día en el que llegó a Huelva. Contarle su conversación con Carolina. Sus sensaciones cuando se quedaron encerradas en el baño. Los retos velados del día del concierto. La extraña actitud de sus madres y, finalmente, el beso de la discordia. Nunca en la historia un beso había producido tanto drama como el que se habían dado ellas. O, al menos, esto era lo que pensaba Alexia mientras se lo relataba todo a Carla, mientras paseaban por la orilla de la playa. Cuando terminó se dio cuenta de que habían caminado tanto que ya no era capaz de distinguir el sitio donde habían dejado sus toallas.

—Y eso es todo —dijo, perdiendo la mirada en una embarcación a pedales en la que iba una pareja—. ¿Tú lo entiendes? Alo mejor puedes arrojarme algo de luz.

—Por supuesto que lo entiendo. Está todo clarísimo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Yo creo que Malena es la típica hetero confundida y muy necesitada de gustarle a alguien ahora que lo ha dejado con su novio. Le pasa a mucha gente —opinó Carla.

—Pero eso no tiene ningún sentido —protestó Alexia—. Es un

comportamiento más propio de personas inseguras y no veo que Malena lo sea.

—Bueno, quizá no lo sea, pero a lo mejor está atravesando una fase de baja autoestima. Y ahora está dolida porque no ha tenido el efecto en ti que esperaba.

Alexia recapacitó un poco sobre lo que le estaba diciendo su amiga. Conocía poco a Malena, pero aquella imagen de mujer despechada que busca el halago de cualquiera, no le parecía propio de ella. Con todo, escuchó a Carla con atención. Afín de cuentas, no tenía nadie más con quien hablarlo y necesitaba ver las cosas desde otro ángulo.

—Si yo fuera tú, dejaría que se le pasara —siguió diciendo Carla—. Ahora está enfadada, pero se calmará cuando entre en razón.

—O no. Estamos encerradas en esa casa. Todo se vuelve muy tenso. Es horrible. Además, no me gusta que esté enfadada conmigo.

—Oh, oh...

—¿Qué?

—Por favor, dime que no te has enamorado de ella. Por favor, por favor, por favor...

—¡Claro que no me he enamorado de ella! —se soliviantó Alexia.

—¿Seguro?

—¡Segurísimo!

—Pero la has besado...

—Sí. Y lo volvería a hacer si no fuera hetero. ¿Por qué no la besas

tú por mí? —bromeó Alexia.

—Oh, no me importaría, créeme, la chica está para besarla y mucho más —bromeó Carla—, pero no acostumbro a estar con mujeres emocionalmente inestables. Demasiado drama.

Alex sintió que sus pies se hundían en la arena y sin querer recordó su conversación previa con Charo. No le había hablado a Carla de este tema y deseaba saber su opinión:

—Ahora en serio, lo que ocurre es que me importa, me cae bien, y no me apetece estar todo el día a la gresca. Eso es todo —comentó, sin creerse del todo sus palabras. En cualquier caso, ahora no le apetece detenerse a pensar sobre el alcance de sus sentimientos hacia Malena—. Además, no me quiero ir así.

—¿Te vas?

—Mi jefa me llamó el otro día...

—¡Alex! ¡Me prometiste que no ibas a...

—¡Es una gran oportunidad! —le cortó Alexia—. Y esta vez está dispuesta a ponerlo por escrito. Tengo casi un ascenso asegurado, Car.

Carla la miró con suspicacia. Como era normal, no acababa de creerse que Charo cumpliría con su palabra. Sus promesas solían caer en saco roto y las esperanzas de Alex caían con ellas. Pero aun así, su amiga celebró que estuviera tomando las riendas de su vida.

—Pero si me voy, me gustaría irme de otra manera. Que las cosas acabaran bien con Malena —le explicó Alexia—. No sé por qué, pero es importante para mí.

—Pues entonces tienes que hablar con ella. Si dices que es una persona racional, te escuchará y lo entenderá. Sé franca. Dile que no te apetece un rollo de verano, que no eres de esas, y ya está. Recuérdale que solo está confundida. Al final le estarás haciendo un favor.

—Sí, a lo mejor tienes razón.

—La tengo. Siempre tengo razón, pequeña —replicó Carla con una sonrisa.

Lo entenderá.

Lo entenderá.

Lo entenderá.

Alexia se iba repitiendo las palabras que Carla le había dicho en la orilla mientras se dirigía de vuelta a la casa.

Veinte minutos antes se había despedido de las tres amigas, y sin embargo seguía allí parada, a escasos metros de la verja de entrada, merodeando la calle arriba y abajo, mientras destrozaba sus uñas a mordiscos.

Estaba nerviosa. Histérica. La idea de entrar y llamar a la puerta de Malena se le hacía cuesta arriba. ¿Y si no quería hablar? ¿Y si se negaba a abrirle? O peor aún: ¿Y si los padres habían regresado ya de la playa? ¿Dónde hablarían entonces? ¿Sentadas sobre su cama con la puerta cerrada? Una imagen tan simple como esa hizo que un

acceso de sudor frío le recorriera la espalda. Miró el reloj con nerviosismo. Era temprano todavía, no podían haber vuelto. *Salvo si alguien se ha puesto indispuerto, claro. O si han tenido un accidente. Pon que a uno de ellos le picara una medusa en la orilla o le diera una insolación por no haberse echado protector solar. O que mi padre insistiera en salir a hacer windsurf y se hubiera caído de la tabla. Buitres. Sí, o incluso gaviotas. Esos animales pueden ser muy sanguinarios a veces. ¿Y si una gaviota había atacado el ojo de Sonsoles pensando que era una aceituna y se lo había arrancado de cuajo? ¿Qué harían entonces? ¿Ir al hospital o irían antes a la casa a recoger su cartilla de la seguridad social?*

—¡Joder! —exclamó en voz alta.

Para... ¡Tē estás volviendo loca! ¿Qué estupidez es esa de gaviotas que arrancan ojos a los veraneantes? Entra en la casa, llama a su puerta, habla con ella. Por ese orden. Ya.

Volvió a respirar hondo y se dirigió hacia la verja, procurando no hacer ruido. El factor sorpresa le pareció importante en ese momento, aunque no sabía muy bien por qué. Atravesó el corto sendero que conducía a la entrada y abrió la puerta, también despacio, y sonrió con alivio al comprobar que la casa estaba en silencio. Ni un alma. Podía ocurrir que ni siquiera estuviera Malena.

Fue hasta su habitación con el corazón en un puño y frunció el ceño cuando se encontró la puerta abierta. Malena no estaba allí. Tampoco en el baño, el salón o la cocina. Estiró la cabeza para mirar por la ventana y percibió su silueta en el jardín. Estaba regando las plantas.

Alex carraspeó y fue hacia ella, rezando para que estuviera receptiva. Lo mejor la que acababa sin un ojo era ella y por motivos muy diferentes a la picadura de una gaviota. Cuando estaba a punto de saludarla, se tropezó sin querer con una maceta y el ruido llamó la atención de Malena, quien arqueó una ceja al ver que Alexia estaba blasfemando.

—¿Te has hecho daño?

—Un poco.

—Siéntate, anda. Eres un desastre. —Malena se acercó para inspeccionarle el pie. Tenía un dedo enrojecido a causa del golpe. Había golpeado la maceta calzada con sandalias—. Tiene mal aspecto, pero sobrevivirás. Como mucho, se te caerá la uña.

—¿Es tu opinión experta como doctora?

Malena sonrió con timidez. Algo era algo, pensó. —Sí, más o menos —dijo y se levantó para seguir regando las plantas.

Parecía más calmada y esto consiguió darle impulso. Aunque había aprendido que con Malena una nunca podía estar segura. Lo mismo estaba de buen humor que al minuto siguiente estallaba por motivos incomprensibles. Tenía carácter y eso le gustaba, pero al mismo tiempo también la aterraba.

—¿Tienes un momento? Me gustaría que habláramos —consiguió decir, con un nudo en el estómago.

Malena detuvo la regadera en el aire y arqueó una ceja. —¿Tus amigas ya se han ido?

—Hace rato.

—Bien —comentó, y siguió regando.

Todas las señales le indicaban que no era el momento para sacar el tema, pero Alexia estaba inquieta. Quería zanjar aquello deprisa, a ser posible antes de que llegaran sus progenitores y las dos tuvieran que fingir normalidad delante de ellos. Se negaba a seguir fingiendo. Estaba agotada de hacerlo.

—Creo que deberíamos hablar —probó de nuevo.

—¿De qué? —dijo Malena. Su tono era ligeramente crispado, cosa que provocó que retrocediera involuntariamente.

—De lo que has dicho en la playa, por ejemplo. De que pienses que me dio igual el beso.

—¿Y no fue así?

—No exactamente —se defendió Alex. Sintió calor de repente. Se encontraba a la sombra de un árbol, pero era como si la exasperante situación lograra subir la temperatura de su cuerpo—. Vamos, Malena, sabes de sobra que el beso me gustó. Me cuesta creer que te lo tenga que aclarar.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Entonces, explícame tu reacción. Que me dieras las gracias y que hoy me hayas tratado como si fuera una extraña. Porque yo no lo entiendo, Alex.

Con cada nueva frase que decía, el tono de voz de Malena iba subiendo varios decibelios. Alexia tenía la sensación de que si seguían así, acabarían gritando. Malena puso los brazos en jarra como

si estuviera esperando una explicación convincente a su comportamiento.

—Tu beso me gustó, ¿de acuerdo? —le dijo, ya a la desesperada—. No te menté cuando te dije que me había gustado. Mucho. Me pareces una mujer preciosa. Guapa, lista e interesante y por supuesto que me encantó besarte. Aunque, si te soy sincera, hubiese preferido que me besaras en otro contexto y no delante de nuestras madres. Pero ese no es el tema. Lo importante es que no puede volver a repetirse y tú lo sabes tan bien como yo. Es un callejón sin salida, Male.

Esperó encontrar una nota de entendimiento en la postura y la expresión facial de Malena. Tardó unos pocos segundos, pero, por fin, allí estaba. Los gestos de Malena se habían relajado, eran dulces y suaves, en su estado natural, e incluso fue capaz de percibir algo de miedo en sus ojos. Parecía haber comprendido que aquello no les conducía a ninguna parte. Ella era heterosexual y estaba despechada por una ruptura reciente. Y no parecía justo para Alexia poner en riesgo su corazón por alguien que a la larga no podría corresponderle.

Intentó decirle todo esto con la mirada, de manera dulce, y Malena pareció comprender.

—Lo sé —replicó ella por fin.

—Bien, me alegro de que lo entiendas. No quiero estar a la gresca contigo. Me quedan pocos días de vacaciones y me gustaría disfrutarlos al máximo.

Malena frunció entonces el ceño, como si no hubiera comprendido del todo una parte de esta frase. —¿Te vas? —le preguntó. Sonaba

dolida.

—Tengo que regresar a la oficina. No quería comentarlo hasta que no fuera seguro, pero hay un cliente importante que se niega a tratar su campaña con otra persona. Mi jefa me ha pedido por favor que vaya y me ha prometido un ascenso. —Bajó la mirada y la fijó en el césped. No sabía por qué, pero de pronto se sintió culpable, con una extraña sensación de estar decepcionando a Malena—. Es una gran oportunidad.

—Desde luego. ¿Cuándo te vas?

—Todavía tengo que mirar el billete.

—Seguro que te irá genial. Te deseo toda la suerte del mundo, Alex. —Malena dejó entonces la regadera en el suelo y le acarició el brazo al pasar a su lado. Después se metió en la casa y Alexia se quedó sola en el jardín, acompañada tan solo por un horrible sentimiento de vacío.

Si en teoría estaba tomando la decisión correcta, ¿entonces por qué se sentía tan mal? Meneó la cabeza, sin comprender. Había ido a hablar con ella para aclarar las cosas y la sensación que tenía ahora era que las había enredado todavía más.

15. Un faro en común

Malena preparó un bocadillo de atún y lo dejó sobre la encimera de la cocina mientras buscaba un refrigerio. No le apetecía almorzar con los demás y había planeado un día a solas. Desde que Alex le había contado que se marchaba, sentía una desazón muy desagradable pesando sobre sus hombros. La noticia le había sentado como un jarro de agua fría y no sabía cómo gestionar aquellos sentimientos.

Habían decidido no hacer nada después del beso, dejar las cosas como estaban y aunque en principio se lo agradecía, ahora se sentía vacía y abatida.

¿Qué diablos me pasa? ¿Aqué venía esa decepción?

Después de todo, ¿qué podía hacer con Alexia? El beso había estado bien, a pesar de la extrañeza del momento. A Malena le había parecido tierno, suave, muy diferente a otros que había dado en el pasado. Pero no era cuestión de exagerar. Tenía que haber algo más, algo que las empujase a dar un segundo y un tercero, y no era el caso. ¿O sí lo era? ¿Quería besar de nuevo a Alexia? Estaba tan desconcertada que no advirtió que su padre se acercó por detrás. Acababa de aparecer en la cocina.

—Buenos días, cariño. ¿Te vas? —preguntó al verla preparando la comida.

—Buenos días, papá. Sí. Me voy. Estaba preparándome algo para almorzar.

—¿Vas sola?

Se apoyó en la encima y suspiró.

—Sí —dijo. No sabía el motivo, pero de pronto sintió unas irrefrenables ganas de echarse a llorar. Estaba demasiado emocional, seguramente la ruptura con Bruno le estaba pasando factura ahora. Se había pasado demasiado tiempo conteniendo sus sentimientos, asegurándose en silencio que se encontraba bien, que era fuerte, que podía con todo y la nueva situación con Alexia... en fin, Malena se sentía a punto de tocar fondo.

—¿Te encuentras bien, hija? —le preguntó Ricardo, advirtiendo su gesto contrariado.

¿Debería contarle algo así a su padre? Decirle que había besado a Alexia y que tal vez, solo tal vez, le apeteciera volver a hacerlo, sin saber muy bien por qué.

Le miró un instante, barajando esta posibilidad. Su padre era una persona comprensiva, tranquila, podía hablar con él de lo que fuera, sin rodeos, pero sintió que no era el momento. ¿Cómo podía serlo? Si ni siquiera ella podía articular un discurso sobre lo que le ocurría.

—No sé cómo estoy, papá.

Ricardo sonrió con ternura a su hija. —¿Sabes una cosa? Eres una mujer estupenda, Malena, hagas lo que hagas con tu vida —le dijo entonces, acercándose a ella—. Tu madre se preocupa en exceso por todo, ya la conoces, pero te quiere... Te queremos.

Aquellas palabras golpearon definitivamente a Malena, que no pudo evitar que una lágrima empezase a rodar por su mejilla. Se abrazó rápidamente a su padre para ocultarle que estaba llorando y la

desazón fue cesando paulatinamente. Suspiró hondo, antes de recibir un beso en la frente de su padre y salir en dirección a su coche.

Le temblaban un poco las manos al volante, pero no importaba porque en unos minutos estaría sentada en uno de sus lugares favoritos, contemplando las gaviotas y también a los pescadores, sin que nadie le hiciese preguntas imposibles, sin que nada la perturbase en absoluto.

Corría una brisa muy ligera cuando llegó al faro y sonrió de placer mientras caminaba por el dique. A Malena le encantaba aquel lugar. Solía ir de adolescente, cuando necesitaba esconderse del mundo durante unas horas o simplemente meditar sobre algo que le hubiera ocurrido. En esos momentos siempre encontraba paz y esperaba volver a hallarla ahora en el sonido del mar batiendo contra las rocas del dique.

Malena sabía que ya no tenía nada que ver con la mujer que llegó en su coche a Huelva. Ya no estaba asustada ni pálida. Los recuerdos incesantes de Bruno se habían evaporado y solo pensaba en él en ocasiones muy contadas. Se sentía feliz y renovada y sin embargo, aquel maldito beso, aquella sorprendente conexión con Alexia, la había tambaleado por completo.

Se colocó un sombrero de paja y se recostó contra una roca, dejando que el sonido del agua la adormeciera. Llevaba algunos días durmiendo poco y mal, y su cuerpo necesitaba una tregua. La suave brisa y el sonido del mar consiguieron adormecerla durante unos minutos. Lo único que se escuchaba eran las gaviotas y las voces de un par de pescadores que, armándose de paciencia, esperaban que alguno picara.

Pensó, sumida en una especie de duermevela, qué estaría haciendo Alexia en ese momento. No la había visto desde el día anterior y tal vez había decidido quedar con su amiga Carolina o pasar el día zambulléndose en la piscina. No lo sabía, pero su mente viajaba una y otra vez a la idea de Alexia. Qué haría, dónde estaría, con quién, ¿sentiría la misma zozobra que ella? ¿Qué era Malena para Alexia? ¿Una amiga? ¿Una exenemiga? ¿Tan solo una conocida con la que había enterrado el hacha de guerra? La respuesta solo la sabía la propia Alexia, pero estaba tan concentrada pensando en ello que cuando escuchó su voz le pareció que lo había imaginado. Abrió los ojos, un poco adormecida, y entonces la vio allí, de pie, creando una sombra con su silueta que se proyectaba sobre su cuerpo. Le estaba sonriendo.

—Buenos días. ¿Huyendo de la familia? —le dijo.

Malena abrió con sorpresa sus enormes ojos y se incorporó un poco para cerciorarse de que no estaba soñando.

—¡Eres tú!

—Sí, aquí estamos. —Alexia se arrodilló a su lado, tenía una mochila a sus espaldas que posiblemente contenía también su almuerzo. —¿Has tenido la misma idea que yo?

—Ajá. Necesitaba respirar. Las cosas están un poco tensas en esa casa...

—Y que lo digas. Tengo hasta miedo de encontrarme con mi madre.

Ambas se miraron un instante y Malena supo que ella también estaba recordando el momento del beso. Algo en la mirada de Alexia le dejaba claro que ella tampoco lo había olvidado. Además, los ojos de

Alex se escaparon entonces a sus labios y los observó muy fijamente. Estaban lo suficientemente cerca como para...

No, para, bloquea ese pensamiento, se ordenó mentalmente Malena, desviando la mirada hacia un barco pesquero que pasaba cerca del faro.

—¿Ati también te gusta este lugar? —le preguntó Alexia, llenando el incómodo silencio. Se había sentado con las piernas cruzadas en los tobillos y ella también contemplaba ahora el pesquero.

—Me encanta. Solía venir aquí, de pequeña, cuando estábamos en el colegio.

—¿Ah, sí? Yo también. Es raro que no coincidiéramos.

—Sí, porque yo venía aquí mucho, cada vez que estaba un poco disgustada, vaya. Era la única manera de no encontrarme con nadie.

Alexia sonrió y bajó la vista al suelo, como si comprendiera perfectamente lo que quería decir. Huelva era una ciudad muy pequeña, demasiado. A veces se hacía difícil encontrar un lugar en el que desaparecer u ocultarse del resto de la gente. Y sin embargo, las dos habían elegido el mismo. Malena no supo qué pensar sobre esta coincidencia. A veces sentía que una fuerza desconocida la empujaba a toparse con Alexia en los lugares o momentos más inesperados. Había sido así desde el principio de las vacaciones. Aunque se esforzara por perderla de vista, las circunstancias siempre hacían que volvieran a coincidir. Había dejado de luchar contra ello y, para ser sinceras, en su fuero interno disfrutaba de estas casualidades del destino. Cuando no se producían, era la propia Malena quien se encontraba buscándola con la mirada o preguntando a los demás por

ella.

—¿Estás bien? —Alex la miró en ese momento, parecía un poco preocupada—. Hoy te encuentro un poco callada.

—Estoy... bien. Creo. La situación con mi madre no es la mejor. Me siento muy enfadada por lo que hizo el otro día.

—Es normal, Male. Se trata de una madre y las madres, cuando se preocupan, hacen cosas que... ya sabes... No se lo tengas en cuenta. Creo que te tienes que centrar un poco más en ti y menos en los demás —le aconsejó Alex.

—Eso lo dices porque tu madre no entró en tu habitación en plena noche —protestó Malena.

—Bueno, pero la mía hace otras cosas peores, créeme. A veces me mira como si fuera una especie de enigma a descifrar o incluso una criminal.

—No exageres.

—¡Lo digo en serio! —exclamó Alex, riéndose. Malena pensó que le encantaba esa sonrisa suya. Tenía sonrisas para muchos tipos de estados anímicos, porque Alexia sonreía incluso cuando se sentía tímida, gruñona o enfadada. Pero esta en concreto era su favorita. La más natural y bonita de todas—. ¿Te cuento una cosa para que te rías?

—Vale.

—La primera vez que mi madre se enteró de que estaba saliendo con una chica, se plantó en su casa y fue a hablar con su madre.

—¡No!

—¡Sí! Te lo juro. Se presentó en su casa sin avisar. Y la madre de mi

novia ni siquiera sabía que su hija estaba conmigo. —Alex rio con franqueza, pero Malena imaginó lo duro que debió de ser en ese momento.

—¿Cuándo fue eso?

—El último año del instituto. Me enrollé con Raquel. ¿Te acuerdas de ella? Estaba en el equipo de baloncesto. Mi madre nos pilló un día besándonos en mi habitación y se lió gordísima. Así que te aseguro que la mía hace cosas peores.

Raquel... Sí que la recordaba. Una chica alta y delgada, monilla, nada del otro mundo, pero tenía su atractivo. A algunos chicos les gustaba, aunque Malena no tenía ni idea de que ella fuera también lesbiana.

—No tenía ni idea... Me refiero a que no me lo esperaba.

—¿El qué? ¿Que haya estado con Raquel? En realidad, no fue nada. Después de lo que hizo mi madre, ya no quiso saber nada más de mí. Creo que ahora está casada con un hombre.

—No, quería decir que no me esperaba que ya por aquel entonces lo tuvieras tan claro.

—Ya, bueno, fui bastante precoz, lo tuve muy claro desde el principio. Creo que empecé a sospecharlo a los catorce o así.

Malena sonrió al escuchar esto. Pensó que a ella le hubiese gustado tener las cosas la mitad de claras que Alexia, especialmente ahora que su interior estaba tan desamueblado, como una casa sin ordenar, llena de caos.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó entonces, sin sopesar el posible

efecto de esa pregunta. Se trataba de algo muy personal. Alo mejor Alexia no quería contestar.

Pero Alex no lo dudó ni un instante. —¿Cómo supiste tú que eras heterosexual? —le espetó, sonriendo—. Esas cosas se saben, ¿no?

—Supongo... Aunque a veces pienso que no. —Malena empezó a jugar distraidamente con una piedrecita que había en el suelo. Notó que el asfalto estaba caliente—. A veces me gustaría tener las cosas tan claras como tú.

—No siempre fue así, ¿eh? Pasé unos años muy duros. Me leía todas las novelas que encontraba sobre el tema. Las tenía escondidas entre los juguetes de mi infancia, para que mi madre no las encontrara —le explicó Alex, gesticulando con diversión—. Y también leí mucho sobre el tema. Artículos en internet, libros de autoayuda y cosas así. Pero al final descubres que la única que tiene la respuesta eres tú. Está ahí dentro —dijo, señalándose el pecho—, solo hay que tener un poco de valentía y franqueza con una misma.

Valentía... eso era justo lo que ella necesitaba. Ser valiente y franca consigo misma para dar respuesta a lo que estaba sintiendo. ¿Era un juego? ¿Una mera atracción de verano? ¿O algo más? ¿Qué sentía exactamente cuando Alexia estaba cerca?

Calor... y nervios... y hormiguitas en el estómago... y un sudor frío que brotaba en la base de su cuello... y ganas de acariciar su mano, que ahora estaba tan cerca de la suya, apoyada en el asfalto, y de recorrer sus brazos con las yemas de los dedos, o usar sus manos para atraerla cerca, muy cerca, y acariciar sus labios con los suyos. Todas esas cosas y muchas otras las sentía cuando Alex estaba cerca, eso

era innegable, pero el motivo se le escapaba. Y quería estar segura de por qué lo hacía. Lo contrario habría sido un desastre. Acabaría haciéndole daño a Alexia y, por descontado, a sí misma.

—Tienes razón. La respuesta a algo tan personal que solo la tiene uno mismo —aseguró entonces Malena, retomando la conversación con cierta dificultad. Estaba experimentando problemas para apartar de sus pensamientos las emociones que Alexia le despertaba—. Creo que eres una persona muy valiente, Alex. No todo el mundo lo es.

—Pues gracias. Opino lo mismo de ti.

Alex cerró los ojos en ese momento para levantar la cabeza en dirección al sol. Apesar de su rechazo a pisar la playa, estaba un poco morena, y el color le sentaba estupendamente bien. La observó unos instantes, hasta que volvió a abrir los ojos y se vio obligada a retirar la mirada por pudor. Entonces Alex dijo:

—De todos modos, ¿qué fue lo que pasó esa noche para que tu madre entrara de aquella manera en tu habitación? ¿Qué le hizo pensar que estabas conmigo? Por más que lo pienso, no lo entiendo.

Malena se ruborizó. No esperaba esta pregunta, así, de sopetón, y tuvo que fingir estar muy interesada en un pescador que luchaba para sacar un pez del anzuelo.

—Yo qué sé...

—Mujer, tendrás que saberlo. Por la cara de terror tu madre, tuvo que ser algo gordo. ¿Estabas... —Alexia dudó un momento. Pero por su expresión, entre divertida y azorada, supo que se avecinaba algo comprometido—. ¿Estabas viendo porno o algo parecido? —bromeó finalmente, echándose a reír.

—¿Qué dices? —Malena le golpeó un hombro, en señal de protesta.

—Venga, confiesa. No voy a escandalizarme, lo prometo.

—Muy graciosa... Pero no. No suelo ver esa clase de películas, la verdad.

—Tranquila, Male. Todos sentimos a veces esa necesidad...

—Oh, por favor, déjalo ya. —Se rio, frotándose las manos para limpiar la arenisca que le había quedado en ellas.

—Sí, riéte, pero a saber qué estabas haciendo.

—No estaba haciendo nada, listilla —se defendió—. Simplemente, estaba soñando. De hecho, mi madre me despertó al entrar así en la habitación.

—¿Estabas soñando? —Alexia sonrió de medio lado.

Maldita sea, había hablado demasiado. ¿Qué le iba a decir ahora? Porque Alex no desaprovecharía la oportunidad para preguntárselo. Estaba clarísimo que llevaba días queriendo averiguar el motivo de la irrupción de su madre en la habitación.

—Sí, eso he dicho.

—¿Y qué soñabas?

—Por dios, Alex, ¿no podemos cambiar de tema? —le pidió, nerviosa. Metió la mano en su bolso, en busca de la botella de agua y bebió un sorbo—. En serio, no lo recuerdo. Sería cualquier tontería, yo qué sé.

—Vale, pero si estabas soñando conmigo, puedes decírmelo,

¿sabes? —comentó, mirando en otra dirección, pero diciéndolo igualmente.

Malena se atragantó al dar otro sorbo a su agua embotellada. No podía creer que Alex le hubiera insinuado algo así, pero lo peor de todo es que estaba en lo cierto. ¿Y ahora qué? ¿Qué podía decirle? Male era una pésima mentirosa. Si se inventaba una excusa, cualquier historia, lo notaría enseguida, así que optó por la opción intermedia.

—Ya quisieras tú, Alex...

—¿Eso es un sí?

—¡Por supuesto que no!

—Vale, te creo. Pero de veras no me ofendería por ello —le aseguró, esta vez mirándola muy fijamente a los ojos. Malena sintió un extraño nudo en la garganta que le obligó a retirar la mirada de nuevo.

Aquella situación era, cuanto menos, un poco surrealista. Pero le gustaba que Alexia se burlara de ella. Establecía una nueva dinámica en su relación, algo a lo que no estaba acostumbrada, pero que le resultaba cómico, a la vez que entrañable. La miró y sonrió, decidiendo que deseaba seguirle el juego.

—Alex, guapa, sé que te encantaría que soñara contigo y que pensara todas las noches en ti. Lo entiendo, soy demasiado tentadora —bromeó, acercándose involuntariamente un poco a ella—. Pero no. Eso hay que ganárselo, lo siento —le dijo en un susurro que hizo que se estremeciera.

Sonaba a reto, a provocación y flirteo. Lo era. Malena no había podido evitarlo. Y ambas se quedaron en silencio unos segundos.

Entonces una ola rompió a su lado y les mojó los pies. Ambas se incorporaron precipitadamente como disculpándose por algo.

Le gustaba pasar tiempo con Alex y reírse así, pero empezó a sentir una punzada de ansiedad incómoda. Porque eso implicaba muchas cosas, como que tendrían que tomar una decisión en algún momento sobre el rumbo de su relación. ¿Podrían ser realmente amigas? Suponía que sí, ¿pero cómo? La irritaba la simple idea de imaginar a Alex con una chica y su mirada se endureció un momento. Cesaron las risas y Alex la miró con extrañeza, mientras volvían a sentarse.

—¿En qué piensas?

—En nada —replicó Malena, incómoda.

—Mentirosa.

—Estaba pensando en si seguiremos siendo amigas cuando acabe el verano. Como siempre nos hemos llevado tan mal... Según tú, claro —le explicó, un poco desganada. Aun así, quería saber qué opinaba ella sobre este asunto en concreto.

—Bueno, eras un poco insoportable cuando estábamos en el instituto.

—¿Eso crees? —Alexia asintió tímidamente—. ¿Sabes qué pasa? Que a veces juzgamos a las personas sin llegar a conocerlas. Y a lo mejor yo no sabía actuar de otra manera. Pero si me hubieses hablado...

—Tú no lo ves, pero era muy difícil hablar contigo, Male —le explicó.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú... tus amigas, los chicos, no sé. Erais como la realeza,

intocables. Nadie se atrevía realmente a acercarse a vosotros.

—¿Te das cuenta de que eso es solo una percepción? Yo solo pensaba que te caía mal, así que no me molestaba en hablarte. Pero si te hubieras acercado a mí, habría sido diferente.

—Supongo que me imponías un poco —le confesó Alex—. Eras la chica... popular. Sé que suena a película americana, pero es así como lo veíamos los demás.

—No era más que una niña, Alex. Igual que tú. Seguramente teníamos las mismas inseguridades y ni siquiera lo sabíamos.

—No lo creo. Eras tan... perfecta. —Alex se echó la melena hacia atrás, como si le costara horrores hablar de esto.

Malena pudo ver que llevaba mucho tiempo guardando en su interior estos sentimientos y le sorprendió su afirmación:

—¿Yo? Qué dices... Alo mejor eso pensaste tú, pero nada más alejado de la realidad.

—Puede ser, pero no me negarás que todo el mundo quería estar cerca de ti. ¡Tenías a todos los chicos locos! Y seguro que a alguna chica también.

—¿Lo dices por experiencia propia? —se burló Malena. Pero Alexia no respondió. Permaneció callada, mirándola inquieta e insegura, y como no quería hacerle pasar un mal trago, prefirió seguir hablando—: ¿Quieres saber una cosa? Mi vida sentimental ha sido un desastre. He llegado a tolerar cosas que no debía. Si crees que soy una princesa a la que han venerado, estás muy equivocada. De hecho, más bien ha sido todo lo contrario.

Alex se encogió de hombros. —Supongo que has sufrido lo tuyo también. Todos lo hemos hecho, cada cual por sus motivos —murmuró e hizo un gesto para cogerle la mano, pero la retiró enseguida, como si se lo hubiera pensado mejor.

Malena lamentó que la hubiera retirado. Le habría gustado acariciarla en ese momento. De manera involuntaria se había establecido un lazo entre ellas. Aquella conversación le pareció necesaria.

—Gracias por preocuparte y entenderme. Por intentar conocerme mejor —le dijo con franqueza, perdiéndose en su mirada.

Alexia carraspeó nerviosa y las dos mujeres se observaron unos segundos. Había algo flotando en el aire... podía sentirlo de una manera muy clara. Las olas, golpeando contra las rocas, le parecieron los latidos de su corazón, ahora acelerado. Miró los labios de Alexia y recordó en ese preciso instante su sabor, su textura, la suavidad aterciopelada de aquellos labios, y aquella fuerza inevitable, que la empujaba a besarla otra vez.

Los ojos de Alexia no mentían y ella estaba sintiendo exactamente lo mismo. *Bésame*, le dijeron sus ojos, *bésame tú, yo no debo hacerlo, ya lo hice y fue un desastre*. Deseó que Alex pudiera leer sus pensamientos en ese momento, pero, por desgracia, solo se incorporó y ya de pie, le tendió una mano:

—Demos un paseo. Hace mucho calor.

Malena se quedó mirándola unos instantes, consciente de que la magia se había esfumado, pero no se opuso. Aceptó la mano que le tendía y se levantó, dolida y abrumada, aunque comprendiendo que

besarla otra vez sería una locura. ¿Pero y qué si estaba un poco loca?

16. Laura...

—Por eso no te preocupes, yo me encargo del billete. Le diré a Rosa que te lo gestione. Va a ser fabuloso, ya lo verás. Te esperamos.

Alexia asintió con la cabeza. Se despidió de su jefa y dejó el móvil sobre la encimera de la cocina. Ya estaba hecho. Charo se encargaría de abonar el billete y le haría saber hora y fecha tan pronto lo tuviera en sus manos.

Las risas se escuchaban desde el interior de la casa. Alexia recorrió la fina cortina de hilo y vio a Paula, atacando con una pistola de agua a Malena, que corría por el jardín para intentar zafarse de su hermana pequeña mientras Isabel intentaba poner orden. Ese día se habían quedado todos en la piscina, hartos de tanta playa. Alex se fijó en el moreno que lucía toda su familia. Varios días al sol les habían dado un aspecto saludable, incluso ella tenía ahora buen color.

La escena era de lo más cotidiana: dos familias pasando el día a los pies de la piscina. Había risas, conversaciones cruzadas, juegos y reinaba la paz. Todos parecían felices y, sin embargo, al contemplar la escena, se sintió ajena, como una espectadora que la estuviera observando a hurtadillas. Este pensamiento consiguió entristecerla. Los días anteriores había estado segura de que darle el “sí” a Charo era la mejor decisión. Carla estaba de acuerdo. Asu madre le parecía una excelente idea: «Por fin el ascenso que tanto deseabas». Aunque a regañadientes, Isabel estaba conforme con su marcha precipitada. Y

a pesar de todo, la duda y la tristeza se habían instalado en su corazón. Quién iba a decirse... unas semanas antes estaba deseando irse de allí, poner tierra de por medio con Malena y su familia, y ahora le sucedía justo al contrario: iba a echarlos de menos.

Alexia sabía que gran culpa de esto la tenía Malena y su nueva, aunque todavía inestable, amistad con ella. ¿Amistad? Sí, bueno, algo así, pensó al verla correr por el jardín. Paula la había alcanzado y las dos estaban inmersas en una lucha encarnizada cuerpo a cuerpo. Al final se cayeron a la piscina y salpicaron a Sonsoles, que acabó empapada en su tumbona, protestando. Alexia sonrió con diversión y entonces Malena emergió del agua, todo sonrisas. Tenía una sonrisa preciosa y estaba espectacular, preciosa. Alex le encantaba observarla así, al natural, muy lejos de la imagen que solía preparar cada día en el espejo. Esta era la Malena que más le gustaba, la que hacía que su corazón palpitará con fuerza, por quien siempre había sentido algo, ahora lo sabía. Malena le hizo entonces una aguadilla a Paula, que sumergió la cabeza entre chapoteos y protestas. «¡Te lo tienes merecido, pequeña villana!», le gritó Malena, entre risas. Y Alexia volvió a sonreír, comprendiendo la fascinación que empezaba a sentir por su excompañera de clase. Le gustaba todo de ella, incluso esa relación semi maternal que había establecido con su hermana pequeña.

Entonces, como si la realidad le hubiera golpeado de pronto, meneó la cabeza, desconcertada por sus propios pensamientos. Aquello tenía que cesar. No podía seguir pensando en estos términos de Malena. En breve ella regresaría a Madrid y tendrían que despedirse. Malena retomaría su vida en Barcelona, tal vez regresara

con Bruno o conociera a otro hombre que la haría un poco más feliz. Y por su parte, Alex tendría que hacer lo mismo. Dejaría en Huelva la planta de Laura, ya no la necesitaba, es más, su presencia conseguía irritarla. Pasaría página e intentaría recomponer su vida muy lejos del recuerdo de Laura o incluso del de Malena. Era un capricho veraniego, nada más. En cuanto regresara a Madrid, todo volvería a su sitio, las cosas serían como antes. ¿Pero cómo qué?, pensó, un poco desconcertada.

La vida fabulosa que otros imaginaban no existía en realidad. Su trabajo le gustaba, pero no tanto como para aguantar la bipolaridad de Charo a todas horas. Y su vida en la capital consistía, básicamente, en la supervivencia: llegar a fin de mes, trabajar a destajo, quedar con los pocos amigos que tenía solo de manera ocasional, conocer a mujeres que prometían mucho inicialmente y que luego siempre acababan decepcionándola... No, en Madrid no aguardaba por ella nada especial. Su vida distaba mucho de ser fabulosa y ni siquiera un ascenso podría parchearla. Ayudaría, claro que sí, al menos económicamente hablando, pero también implicaría muchas más horas de trabajo, encadenarse a la rutina estajanovista de Charo, olvidarse de fines de semana largos, de amigos, de novias, de... todo, en realidad. ¿Era eso lo que quería? ¿Para eso había estado trabajando los últimos años?

Al mirar a su familia, pasándolo en grande en la piscina, no estaba tan segura de ello. Decidió salir y sumarse a la diversión. Su padre estaba disfrutando de un sorbete de limón y su madre parecía tener un mojito en la mano. Reinaba el buen humor.

—¿Un mojito? ¿Aestas horas? —preguntó, anonadada. Eran las

seis de la tarde. José se echó a reír al ver la cara de sorpresa de su hija.

—¿Algún problema? —protestó Isabel—. ¿Pensabas que las jóvenes erais las únicas que os divertíais?

—No, no, si yo no digo nada.

—Anda, hija, tómate un mojito y quítate esa cara de sabueso que llevas —sugirió José, yendo hacia la mesa en donde habían improvisado un minibar cargado de hielo picado, ramas de hierbabuena y azúcar.

Alexia lo observó y prefirió no objetar nada. Sabía que no procesaba demasiado bien el alcohol a esas horas, con el estómago vacío, pero no le vendría mal animarse un poco. Se sentó en una tumbona que quedaba libre al lado de su madre.

—¿Va todo bien? Tienes mala cara —se interesó Isabel.

Alex se encogió de hombros. —He estado hablando con Charo. Va a hacerse cargo ella del billete, así que ya está hecho. Me voy —afirmó, suspirando con congoja.

Isabel miró a su hija, sorprendida. La conocía lo suficiente para saber cuándo necesitaba la atención de su madre y aquel era el momento.

—Ven, demos un paseo mientras tu padre te prepara el mojito —le propuso con ternura.

—Pero...

—No discutas. Tu madre también tiene derecho a pasar un rato contigo.

Alexia refunfuñó pero se puso en pie igualmente, mientras su madre se dirigía hacia el fondo del jardín. La perrita las siguió entusiasmada, pidiendo atenciones. Alex cogió una pelota del suelo y empezó a lanzársela para que corriera a recogerla.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó Isabel en susurros, mientras se alejaban de la zona en donde estaban los demás.

Alex no pudo evitar captar la mirada interesada y curiosa de Malena, que no perdía detalle de toda la escena.

—Nada, no sé.

—Pero pareces triste por la llamada de Charo. Pensaba que deseabas ese ascenso.

—Y así es. Llevo muchos años trabajando para lograrlo. Me lo tendría que haber dado hace tiempo, pero no sé, a veces me entran dudas. ¿Sabes esa sensación de desear mucho una cosa y sentirte un poco perdida cuando por fin la has conseguido?

—Sí.

—Pues es algo así —le resumió Alexia—. O, al menos, eso creo —dijo, agachándose para recoger la pelota que le había traído Lana. La lanzó de nuevo y aprovechó la ocasión para mirar en dirección a la piscina. Sus ojos se encontraron entonces con los de Malena, detalle que Isabel no perdió de vista.

—¿Todo esto tiene algo que ver con Malena?

—Mamá, por favor, no empieces.

—¡Solo pregunto! Aunque no lo creas, no estoy para nada en contra de que hayáis... —Isabel dudó unos segundos, como si no

supiera cómo expresar aquello—... estrechado lazos, por decirlo de alguna manera.

—No hemos estrechado nada. Tan solo hemos enterrado el hacha de guerra. Y no te preocupes, Malena solo me besó para fastidiar a su madre. Le siguen gustando los hombres más que a un tonto un lápiz.

—Y ese es el problema, ¿verdad? —Los ojos de Isabel se entrecerraron con suspicacia.

Alex sintió que se ponía tensa. No estaba acostumbrada a mantener ese tipo de conversación con su madre. Ella nunca había querido saber nada de su vida amorosa. La respetaba, pero se mantenía convenientemente al margen. Así había sido desde el principio y como eso, otras muchas cosas, como por ejemplo, su vegetarianismo. Todo aquello que Isabel no comprendía en su hija, pasaba a convertirse en un tabú, así que Alexia no entendía aquella repentina actitud de madre preocupada y protectora. Había deseado muchas veces que ocurriera, pero no estaba segura de que llegara a tiempo.

—La verdad es que no sé si me apetece hablar de esto, mamá —le contestó con sinceridad. No deseaba herir sus sentimientos, por lo que eligió una fórmula amable.

—Bueno, como tú quieras, pero has de saber que no me opongo a lo que sientes por Malena. Me parece una chica encantadora —dijo Isabel, mirando a la hija de los Aller por encima del hombro de su propia hija. Malena acababa de tumbarse al sol—. Y sé que, a pesar de todo, su madre opina lo mismo de ti. Lo hemos hablado.

—¿Habéis hablado de esto? —se escandalizó Alex. Odiaba estar

en boca de los demás, especialmente de sus madres.

—¡Por supuesto que sí! ¿Qué te has creído? Somos vuestras madres. Nos preocupamos.

—Pues no hay nada de qué preocuparse. Ya te lo he dicho: a Malena le gustan los hombres. Fin de la historia —comentó Alexia con resquemor, pensando que ojalá la realidad fuera de otro modo.

—¿Y si te digo que no lo veo así? ¿Y que su madre tampoco?

—¿Qué quieres decir? —Alexia frunció el ceño. Estas palabras despertaron su interés.

—No lo sé, hija. Una madre puede ver estas cosas. Me da miedo que Malena tenga dudas y acabe haciéndote daño, pero la forma en que te mira... no sé. Lo único que sé es que nadie mira así a otra persona si no siente lo mismo. Y te lo está diciendo tu madre.

—¿La misma que no quiso saber el nombre de mi exnovia?

—Esa misma. —Isabel sonrió con tristeza—. Sobre eso... Creo que deberíamos cambiar un poco ambas, ¿no te parece? Yo desearía implicarme un poco más en tu vida, interesarme sin juzgar, aunque no siempre te comprenda. Y tú podrías confiar un poco más en tu madre. A mí por lo menos me gustaría. Me he pasado los últimos días queriendo hablar contigo de esto, pero nunca encontraba el momento. Me alegro de que haya surgido ahora. Te quiero, hija.

Alexia abrió los ojos con sorpresa. ¿Aquello estaba pasando de veras? ¿Su madre se había vuelto una... *madre* después de todo? ¿Qué había operado este cambio? Alex sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Por supuesto, no tienes que estar de acuerdo conmigo —sugirió Isabel, interpretando mal su silencio—. Entendería tus reservas, pero solo quiero que sepas que estoy aquí, que lo entiendo, y que no pretendo cambiarte por nada del mundo. ¿De acuerdo? —le dijo, acercándose a ella para darle un abrazo.

Alexia sintió que se quedaba tiesa, petrificada, mientras su madre la abrazaba con inmensa ternura y le daba un beso en la frente. No sabía qué decir. Las preguntas se sucedían en su mente y eran tantas que ninguna de ellas quería salir primero. Aunque una sí lo hizo:

—¿Aquí viene este cambio tan repentino?

Isabel se ruborizó un poco, algo impropio de una mujer orgullosa y con carácter como ella.

—Digamos que he estado hablando mucho con tu padre y especialmente con Sonsoles. Ella me ha hecho ver ciertas cosas que he estado haciendo mal todo este tiempo. Y envidio la relación que tiene con Malena, al menos la que tenía hasta hace unos días. Me he dado cuenta de que he permitido que las diferencias me distancien de mi propia hija y me gustaría que cambiáramos eso. ¿Crees que... —vaciló—. ¿Crees que es demasiado tarde? ¿Podríamos empezar de cero?

Alexia sonrió. Todavía estaba un poco asombrada, pero el cambio de actitud de su madre le parecía positivo. Le iba a costar creérselo, pero en ese momento no encontró rencor en su corazón. Cuando Isabel la miró a los ojos supo que estaban comenzando a escribir una nueva página. Empezando una relación más sana. Mejor.

—Sí, claro que sí. Podemos.

—Bien, con eso me basta por ahora —dijo Isabel, claramente aliviada de que esta hubiera sido la respuesta. Cogió a la perrita en brazos y le acarició detrás de las orejas—. Y respecto a Malena...

Alexia puso los ojos en blanco.

—¡No, escúchame, soy tu madre y por tanto soy más sabia que tú! Aunque solo sea por edad.

—Dime —refunfuñó Alexia—. Pero dímelo rápido. Nos está mirando y no quiero que sepa que estamos hablando de ella.

—Bien. Solo quiero decirte que no sé lo que sientes por Malena, pero si crees que es para ti, te dejes de tonterías. Heterosexual, homosexual, bisexual... no son más que etiquetas, hija. Lo que importa es lo que sintáis la una por la otra, ¿de acuerdo? Así que no dejes que el miedo te paralice. ¿Me prometes que pensarás sobre ello?

—Te lo prometo —replicó Alexia, a regañadientes, todavía perpleja. ¿Quién era esa mujer y qué había hecho con su madre?

—Perfecto. Pues eso es todo lo que quería decirte. Venga, volvamos, tu mojito ya estará caliente.

Se encaminaron de nuevo hacia la zona de la piscina. Ya estaban casi en la parte donde todos tomaban el sol tranquilamente. Alexia pudo divisar su mojito, derritiéndose sobre una mesita plegable. Se sentó sobre la misma tumbona, sus pensamientos demasiado confusos para mirar a Malena o siquiera a su madre, que se tumbó a su lado. Alexia se miró los pies descalzos, absorta, sin saber qué estaba pensando. Y entonces escuchó la voz de su madre, dirigiéndose a ella de nuevo:

—¿Cómo se llamaba?

Se giró hacia ella. La miró sin comprender.

—Tu ex. ¿Cuál era su nombre? —le aclaró Isabel, incorporándose mientras se ponía las gafas de sol sobre la cabeza.

—Laura.

—Laura... —repitió, como si el nombre se le hubiera enredado en la punta de su lengua. Acto seguido, Isabel se puso de nuevo las gafas de sol y se tumbó, sin mediar otra palabra.

Alexia no aguantó mucho más tiempo en la piscina. Se bebió su mojito en silencio, observando a Malena tras sus gafas de sol, agradecida de que los cristales fueran ahumados y nadie pudiera percatarse de dónde (en quién) tenía fija la mirada. El alcohol empezó a tener efectos repentinos y rápidos. Como no estaba acostumbrada a beber a aquellas horas, debido a la mezcla del mojito con la fuerza del sol, se le estaba subiendo a la cabeza y se sintió mareada de inmediato.

—¿Adónde vas? —le preguntó Isabel cuando vio que se levantaba de pronto.

—Dentro. Me está sentando mal tanto sol.

—Hija, si ya son las siete y media.

Efectivamente, eran las siete y media, pero un sol amarillo y devastador brillaba en lo alto. Alexia no podía entender la resistencia de los demás a ese calor insoportable. Miró a su madre, como

queriendo decirle «no empieces de nuevo» e Isabel captó enseguida el mensaje:

—Está bien, ya me callo. Lo entiendo. Ve dentro y te refrescas un poco.

Alexia asintió y se abalanzó sobre la nevera. Sentía tanta sed que estuvo a punto de acabar el contenido de una botella entera de agua.

Desconocía cuáles eran los planes del resto, pero ella tenía ganas de darse una ducha y poco más. Carolina le había escrito. Quería verla esa noche. Había quedado con los demás, sus otros amigos del instituto, pero no le apetecía demasiado el plan. Las palabras de su madre, su opinión acerca de ella y Malena, seguían en su interior y parecía incapaz de centrarse en otra cosa. ¿Y si tenía razón? ¿Y si en realidad solo estaba muerta de miedo y el terror provocaba que se perdiera algo fascinante? Por otro lado, tenía la opinión de Carla, totalmente opuesta a la de su madre. Carla pensaba que Malena solo estaba atravesando una fase de mujer despechada, necesitada de atención. Cualquier tipo de atención, incluso la de una mujer. ¿A quién de las dos debía creer?

Abrió el grifo y se dio una larga ducha para aligerar los efectos del alcohol. De manera paulatina sintió un gran alivio, como si su cabeza volviera a estar sobre sus hombros y no flotando en el aire, desprendida de su cuello. Al salir de la ducha, se tropezó con su hermana Paula, que se dirigía rápidamente hacia su habitación:

—¿Te vas con ellos? —le dijo a la carrera.

—¿Con quiénes? —preguntó Alexia, desconcertada.

—Papá y mamá tienen una cena con Mariano y Loli. Creo que los

Aller también van. Así que yo me doy el piro. He quedado con Pedro.

¿Y Malena? ¿Ella también?

—Creo que paso. Tengo planes con Carolina.

—Oh, Carolina, ese ser tan apasionante... —se burló Paula.

—Enana, no te pases...

—Hey, yo no digo nada. Si te gustan las personas raras, te gustan las personas raras —dijo la menor, elevando las manos en señal de inocencia—. Pero que sepas que Malena no va. Y creo que está libre. Allí que ya sabes, tigre —añadió, guiñándole un ojo.

Paula no le dio opción a réplica. Antes de que pudiera contestar, ya se había metido en su habitación y había cerrado la puerta. Alex se quedó unos segundos meditando sus opciones en el pasillo. La situación le resultaba tentadora... una vez más, Malena y ella se quedaban solas, sin planes reales, mientras sus padres y su hermana abandonaban el nido familiar. Y a ella le apetecía poco quedar con Carolina y los demás. Se enzarzarían en un debate sobre videojuegos, series, cómics y películas, y hacía meses que no tenía tiempo para emplearlo en ninguna de estas aficiones. Se aburriría, eso lo tenía claro. La opción de estar con Malena le resultaba mucho más apasionante, por razones obvias. Podía sugerirle una cena en una terraza, dar un paseo o preparar algo juntas en la barbacoa del jardín. No obstante, solo de pensar en ello su corazón se aceleró. Se sentía tan nerviosa ante la posibilidad de pasar un tiempo a solas con Malena, lejos de las miradas de sus padres, de las burlas de su hermana, que no fue capaz de dar ni un solo paso. Y era absurdo. Habían pasado muchos momentos a solas. En la playa, en el faro, en la

piscina, bajo las estrellas, en la ducha... ¿Por qué ahora se le hacía tan cuesta arriba?

Porque todo ha cambiado. Tú. Ella. Tu opinión sobre ella. Por eso. Y estás acojonada, reconócelo. Temes que si estás a solas con ella, se te vaya de las manos.

Eso estaba pensando cuando Malena apareció en el pasillo, cargada con una toalla.

—Oh, perdona, no sabía que estabas aquí —se disculpó. Y era una disculpa extraña. En realidad no había interrumpido nada, ni tampoco se suponía que no debiera estar allí.

Se miraron avergonzadas. Alexia estuvo a punto de retirar la mirada, pero entonces Malena le sonrió con dulzura.

—¿Te has duchado ya?

—Sí, creo que el mojito se me subió un poco a la cabeza con tanto sol. Necesitaba refrescarme —contestó Alexia.

Se hizo entonces el silencio. Un silencio denso, palpable, extraño, como si ninguna de las dos quisiera moverse, pero tampoco supieran cómo permanecer allí, en el pasillo, mirándose. Alexia estaba tan rígida que le pareció que acababa de convertirse en una figura de hielo. Sentía tanta atracción hacia Malena que en ocasiones le parecía que podría abrasarse si daba cualquier paso en falso. Así que prefirió quedarse inmóvil, como una estaca, sin ninguna expresión facial que la delatara.

—¿Tienes planes para esta noche? —se interesó entonces Malena —. Creo que nos volvemos a quedar solas... —sugirió con una sonrisa. La idea no parecía incordiarla en absoluto.

—Mi amiga Carolina pretendía que quedáramos, pero, si te soy sincera, no tengo muchas ganas.

—¿Te apetecería cenar conmigo? —comentó de pronto Malena. Y su gesto mutó enseguida, como si se arrepintiera de haber formulado aquella pregunta tan rápido—. Como amigas, me refiero. Nada... raro, ya sabes —añadió, avergonzada.

Alexia rio. Le parecía enternecedor que Malena sintiera la necesidad de aclarar este punto. Quería decir que no, su parte racional le aconsejaba hacerlo, pero la tentación era mucho mayor. Y además, ¿para qué negárselo más tiempo? Quería estar con Malena. Si ponía en un peso de una balanza irse de cena con ella y en el opuesto la posibilidad de pasar la noche con Carolina y los demás... la balanza se desequilibraba por completo.

—Si no quieres, no pasa nada...

—Claro que quiero —se apresuró a decir para evitar malentendidos—. ¿Adónde te apetecería ir?

—¿Al Rompido? Hace mucho que no voy y hay una terraza allí que es preciosa. Podríamos comer algo, tomar unas copas. No sé, es jueves. Seguro que hay ambiente.

Sí, era jueves, pero en ese momento pensó que no le hubiera importado que fuera lunes y al día siguiente tuviera que madrugar para ir a trabajar. Le habría dicho que sí en cualquier circunstancia.

—Suená bien. —Alexia consultó su reloj—. ¿Quedamos a las nueve?

—Sí, iremos en mi coche.

—Perfecto. Alas nueve, entonces.

—Bien.

Se separaron en ese preciso momento. Malena se metió en la ducha y Alexia se fue corriendo al salón, en busca de algo que ponerse. Era una cena informal, de amigas, pero no podía ir hecha un adefesio. Quería estar guapa, radiante, espectacular. Quería que aquella noche Malena solo pudiera mirar en una dirección: la suya.

Nerviosa e ilusionada, empezó a rebuscar en su maleta. Creía tener exactamente lo que estaba buscando. Cuando lo extrajo del fondo, se sintió pletórica. *Prepárate, Malena, porque hoy no podrás mirar a ninguna otra persona.*

17. Ha estado cerca

Los nervios amenazaban con consumirla viva. Sentada al volante de su coche, Malena se los imaginaba como un ser informe, instaurado en la base de su vientre, a punto de estirar las zarpas y desgarrarla por dentro. Qué largo se le estaba haciendo aquel viaje en coche. Tampoco ayudaba que la carretera estuviera oscura, varios coches aparcados en el arcén, Malena sabía muy bien por qué. Podía imaginar a la perfección a sus ocupantes y también sus ocupaciones, y al pensarlo sintió tanto calor que tuvo que activar el aire acondicionado.

—¿Tienes calor? —preguntó Alex.

—Un poco —replicó ella, mirando de soslayo a su acompañante. Tenía miedo de que pudiera adivinar las emociones que se escondían tras sus ojos.

Casualidad o no, Alexia estaba realmente preciosa esa noche. Se había maquillado un poco, no demasiado, pero sí lo suficiente para resaltar sus bonitos ojos y también sus carnosos labios. Le pareció que su atuendo estaba perfectamente estudiado, que aquella falda que dejaba al descubierto sus piernas no era fruto de la casualidad. Pero en realidad no era esto lo que más la turbaba. El cuerpo de Alexia era bonito, aunque estaba acostumbrada a verlo. Lo que conseguía despertar al ser informe que habitaba en sus entrañas eran sus ojos, la forma en que Alex la estaba mirando esa noche, como si Malena fuera una criatura mágica y no hubiera visto un ser igual. Esa mirada la

intimidaba.

—¿Quieres que ponga un poco de música? —propuso Alex, probablemente incómoda con el silencio.

—Como veas. Mira a ver qué encuentras.

Alexia encendió la radio, pero estaba sintonizada en una estación en la que solo ponían flamenco y sevillanas. «Mejor otra cosa», dijo, probando con la siguiente, en donde un cantante se desgañitaba aseverando las ganas que tenía de hacer el amor con su novia. Malena percibió por el rabillo del ojo que Alexia se había puesto un poco nerviosa con la letra y también pasó este dial. Llegó al siguiente y al siguiente, y el destino parecía querer tender una trampa, porque todas las canciones hablaban de amor, pérdida, y algunas directamente de sexo.

—Mejor dejamos la música por hoy —afirmó Alexia con cierta desesperación.

Malena sonrió divertida, feliz de que la carretera estuviera tan oscura que a su acompañante le costaría ver su sonrisa.

—¿Qué te apetece comer? —le preguntó, en un intento de recuperar la normalidad.

Desde que se habían subido al coche, ambas se habían comportado de manera nerviosa y errática, unas veces manteniendo eternos silencios, otras intercambiando miradas que le hacían preguntarse si aquello era una buena idea. ¿Y si Alex solo había aceptado cenar con ella por compromiso? ¿Y si en realidad era lo último que le apetecía?

—No sé, me da un poco igual —replicó Alex, encogiéndose de

hombros—. Te dejo que elijas.

—¿Estás bien? ¿Te preocupa algo?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Estás muy callada.

—Tú también.

—Ya, pero he pensado que a lo mejor no te apetecía venir a cenar, no sé. Si es por eso, puedo dar la vuelta. No tienes ningún compromiso conmigo.

Malena detuvo su discurso cuando notó la mano de Alexia suavemente posada en la suya. Un hormigueo le subió desde la base de su estómago hasta la garganta.

—Ya sé que no tengo ningún compromiso contigo. Si he venido, es porque he querido —le dijo entonces, sus ojos buscando los suyos, mientras acariciaba con ternura su mano.

Apartó durante unos segundos su mirada de la carretera para observarla y le pareció que Alex estaba siendo sincera. Había sido estúpido pensar lo contrario.

—Vale. Solo quería asegurarme —replicó Malena. Estaba tan nerviosa que se alegró inmensamente divisar el complejo comercial al que se dirigían—. Mira, ya hemos llegado.

—Espero que haya sitio.

—Yo también.

El lugar estaba atestado de veraneantes de la zona, pero afortunadamente encontraron una mesa libre. Malena eligió una

terrazza preciosa, con vistas a la ría, aunque ya era de noche, por lo que solo podían ver las luces de los barcos titilando sobre el agua.

Tomaron asiento en unos sillones de mimbre que le parecieron cómodos y perfectamente ubicados. Estaban cerca del pequeño acantilado, pero lo suficientemente lejos de las demás mesas para tener un poco de intimidad. Malena deseaba que nadie las interrumpiera aquella noche.

—Qué agradable —opinó nada más sentarse, mientras hojeaba la carta. Un poco escasa, pero la comida esa noche era lo de menos—. ¿Qué te apetece tomar?

—Algo ligero. El calor me quita el apetito —dijo Alexia, abanicándose con el menú.

Hacía una noche tan calurosa que Malena pudo percibir la base de su cuello perlada de una fina capa de sudor. Se echó la melena hacia atrás y se inclinó sobre Alex para proponerle varias cosas que le parecían apetecibles.

—Podemos pedir un poco de gazpacho y unas tapas, algo ligero, nada de carne, no te preocupes —sugirió.

No fue hasta unos segundos después cuando fue consciente de que el cuerpo de Alex estaba tan cerca que podía sentir el calor irradiando de él y el fresco perfume que se había aplicado en el cuello. Carraspeó y se distanció un poco, embriagada de la fragancia.

—¿Qué perfume usas?

—Mandarina Duck. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, porque me gusta —resumió.

Prefería no entrar en detalles ni decirle que le parecía uno de los perfumes más invitadores que jamás hubiera olido. Había leído en algún lugar que los perfumes adoptan diferentes matices según la piel de la persona. Desde luego, la de Alexia combinaba a la perfección con el suyo.

Alex hizo un gesto al camarero y pidieron su cena, que resultó algo escasa, pero ninguna tenía demasiado apetito. La conversación fluyó a partir de que les sirvieron la bebida. Malena pidió una botella de vino y a Alexia le pareció buena idea. Charlaron sobre viejos conocidos del colegio, aunque ninguna mantenía ya contacto con sus excompañeros. Cuando Alexia empezó a contarle el paradero de muchas de sus compañeras del equipo de baloncesto, no pudo reprimir su curiosidad:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo.

—Claro, dime.

—¿Te gustó alguien más en el colegio? Aparte de Raquel, me refiero.

—Raquel no me gustaba realmente, era solo atracción. Pero supongo que fue la que me hizo caso —aseguró, riéndose—. No es fácil ser una adolescente gay, te lo aseguro. Las posibilidades de estar con alguien son escasas —le explicó.

—Entonces no hubo nadie...

Quería que le dijera: «Sí, tú. Tú me gustabas», pero en el fondo sabía que era pura vanidad, además de imposible. Alex era demasiado tímida, demasiado respetuosa. Incluso si así había sido, dudaba mucho que se lo dijera.

—No lo sé, supongo que sí, pero no lo recuerdo —respondió Alex

con evasivas. Le dio un trago a su copa de vino como si la pregunta la incomodara—. Pero Carolina me dijo algo el otro día que...

—¿Qué te dijo?

—Nada, es una tontería. —Alex hizo un gesto con la mano, descartando decirse lo—. Hablemos de otra cosa.

—No, dime lo que ibas a decir.

—En serio, Male, es una estupidez. Es mejor que lo olvides.

—¿Por qué no dejas que eso lo decida yo? —preguntó, cruzándose de brazos—. Venga, dímelo, no me voy a asustar.

Alexia suspiró y dio otro sorbo a su copa. ¿Cuántas llevaban ya? Había perdido la cuenta, pero se sentía achispada, tenía un poco de aire en la cabeza y muchas ganas de hacer tonterías. Sería mejor que frenara o acabaría arrepintiéndose, pensó mientras perdía la mirada en los labios de Alex.

—¿En serio no me lo vas a decir?

—¿Para qué quieres saberlo?

Se encogió de hombros. —Eso depende. Si tiene algo que ver conmigo, está claro que *quiero* saberlo.

Alexia rio. La situación le parecía muy divertida. Estaban estableciendo una conversación de besugos, girando en círculos, como el juego del gato y el ratón, sin llegar a ningún destino. —¿Qué te hace pensar que tenga algo que ver contigo? —preguntó entonces.

—Tus ojos. Tienes unos ojos muy bonitos, Alex, pero te delatan.

Alexia pareció tensarse en su asiento. En ese momento llegó el

camarero y les retiró los platos y eso consiguió calmarla un poco. Decidieron no tomar postre y pedir en su lugar otra botella de vino. Alexia intentó cambiar entonces de conversación, preguntándole algo que no le interesaba lo más mínimo, pero ella no estaba dispuesta a ceder.

—Ibas a decirme lo que te comentó Carolina el otro día, ¿o ya se te ha olvidado?

—Por dios santo, Male, no vas a parar hasta que te lo diga, ¿verdad?

—Exacto.

—Vale, pues te lo digo, tú ganas. —Alexia se reacomodó en su asiento, como si necesitara prepararse para lo que estaba a punto de decir—. Ya te he dicho que es una tontería...

—Alex, dilo ya.

—Vale, vale. Bueno, pues no sé, simplemente le comenté a Carolina que estabas pasando unos días con nosotros en la casa de la playa y entonces ella me dijo que...

—¿Qué?

Malena estaba tan nerviosa que sin querer había inclinado su cuerpo hacia delante. Cuando se dio cuenta enderezó de nuevo la espalda, reprochándose a sí misma su comportamiento. Si en su carnet de identidad no pusiera que tenía veintisiete años, habría pensado que todavía estaba en la tierna adolescencia.

—Nada, que al parecer en esa época todos mis amigos pensaban que yo estaba colgada por ti. Lo cual es absurdo, claro, porque no

recuerdo haber sentido nada así. La verdad es que me enfadó un poco que me dijera eso —terminó de contarle Alexia—. ¿Te lo puedes creer?

Malena sonrió, complacida. Después de todo, sí que tenía que ver con ella.

—Desde luego, si es así y yo te gustaba, te aseguro que no se te notaba nada. Pocas veces me han tratado tan mal —bromeó, burlándose de ella.

—Eh, eso no es así.

—Alex, me mirabas con tanto odio que a veces creía que me ibas a pegar.

—No soy demasiado hábil cuando alguien me interesa, lo reconozco —se excusó Alexia con las mejillas encendidas, como si acabara de decir algo inconfesable—. Es decir, no es que me interesaras... Quiero decir que....

Se quedó perpleja ante sus palabras. La torpeza de Alexia le resultaba una de sus cualidades más adorable. Y en ese momento solo una idea rondaba su mente: besarla. Besarla hasta quedar saciada. Besarla lento y besarla rápido. Allí, en aquel sofá de mimbre. Agarrar su cuello para atraerla hacia ella. El vino se le estaba subiendo a la cabeza.

—No tienes ni idea de cómo flirtear, ¿verdad? —le dijo, sonriendo de medio lado, acercándose sin querer o tal vez queriéndolo demasiado.

—Supongo que no.

Malena se sonrió. —Bueno, pues pongámoslo de esta manera: si me vuelves a mirar como lo estás haciendo ahora, es muy probable que te bese otra vez. Así que te recomiendo que no lo hagas, salvo si para entonces ya has aprendido cómo flirtear.

Alexia se quedó perpleja, y Malena solo pudo sonreír ante la expresión de su cara. Había ido un poco lejos. Había enseñado sus cartas demasiado pronto, pero ahora ya no podía dar marcha atrás y tampoco estaba segura de querer hacerlo. Algo en los ojos de Alexia le dijo que aquel era el momento. Era ahora o nunca y estaba ya cansada de tanto juego, así que posó la mano con cierto temor sobre el muslo de Alex y empezó a inclinarse despacio, muy despacio, deleitándose en el calor que ambas irradiaban a punto de entrar en contacto. Malena tenía los ojos cerrados cuando, de pronto, su teléfono empezó a sonar de manera estrepitosa encima de la mesa. Esto las sobresaltó. Alexia, que también había cerrado los ojos, los abrió de golpe y la miró con sorpresa, como si no se creyera del todo lo que había estado a punto de ocurrir.

Malena maldijo su mala suerte, se disculpó y miró de quién era la llamada. Como se tratara de su madre, juró que pediría que la desheredasen. Pero no se trataba de Sonsoles, sino de alguien mucho peor y tal vez no deseara contestar.

—¿No vas a cogerlo? —dijo Alexia, un poco inquieta, y entonces supo que había leído el nombre en la pantalla.

—¿Me disculpas un minuto? Vuelvo enseguida.

—Sí. Ve.

Se levantó deprisa y se alejó de la mesa, todavía perpleja por su

mala suerte, pero, sobre todo, por la persona que llamaba. Era Bruno.

Alex sintió una punzada de celos y curiosidad cuando Malena se levantó para responder al teléfono. Estaba claro que ella no quería que escuchase la conversación y lo entendía, era un asunto de dos, la tercera sobraba. Pero aun así no pudo evitar sentirse molesta y esto le hizo sentirse estúpida. ¿Qué importaba si ya no eran nada? ¿Por qué se sentía de repente sola y desamparada?

Quería saber qué le decía Malena y no se trataba de una persecución siniestra ni de celos desproporcionados, era simple y llana preocupación. Algo le decía que el vínculo entre ambas era tan frágil que cualquier soplo de viento las derribaría. Su relación era inestable y los sentimientos que le despertaba alguien como Malena era geniales pero débiles. Sentía que no podía seguir perdiendo el tiempo, que en cualquier momento Bruno o cualquier otro hombre aparecería y Malena se aferraría a ello, quizá por miedo a lo que sentía. Porque ella también lo sentía, ¿verdad? ¡Claro que sí! Habían estado a punto de besarse *otra vez*, ¿qué más pruebas necesitaba?

Decidió pedir una copa y empezó a imaginarse toda clase de escenas: Malena casándose por la iglesia con un hombre muy alto; Malena teniendo un bebé en una sala de hospital y un marido perfecto sentado en el borde de la cama; Malena besando a otras personas con la misma intensidad con la que la besó a ella. Malena... fuera de su alcance.

No tenía muy claro qué hacer con todo aquello, puesto que el

miedo al rechazo relucía por encima de otros muchos deseos y temores. ¿Y si la estaba utilizando para olvidarse de su desengaño? No, eso no podía ser. Incluso su madre opinaba que el modo en que la miraba no era precisamente el de una mujer despechada o aburrida que necesita entretenerse, sino la de una persona con sentimientos muy claros hacia ella. Pero eso no tenía por qué significar nada. Su madre podía estar equivocada. Sonsoles, también. Todas podían estarlo.

La buscó con la mirada, estaba al fondo, apoyada sobre una barandilla, pero no podía distinguir sus gestos por la oscuridad. La tenue luz del local la iluminaba muy poco, pero parecía agobiada por el movimiento de sus manos. Mantenía la tensión en la postura de su cuerpo.

¿Qué le estaría diciendo Bruno? Seguramente le estaba pidiendo otra oportunidad o disculpándose como un patán, o llorando a lágrima viva porque perder a Malena sería como marcharse del paraíso de manera torpe y voluntaria. O quizá pretendía avivar sus celos y estaba confesándole que se veía con otra mujer. Puede que todo eso hiciera que ella volviese a luchar por Bruno.

No.

Eso no podía pasar. Malena había sufrido con la separación y parecía bastante curada. ¿Pero y si esa superación no era más que un simple espejismo?

De lo que estaba segura era de que necesitaba que volviese a la mesa antes de que él la convenciera de lo contrario. No estaba preparada para verla marchar. No lo estaba, ahora lo sabía.

De repente sintió un ligero mareo al ver cómo Malena esbozaba una sonrisa y se retiraba el pelo de la cara en un gesto seductor mientras sostenía el móvil.

¿En serio? Bruno la había convencido de algo, seguro. No podía estar pasando. ¡Si habían estado a punto de besarse! Pero todo podía evaporarse con una sencilla disculpa de su exnovio. Y lo peor es que Alexia estaba segura de que Bruno no valía la pena, sería un niño inseguro que se dedicaba a destrozar su autoestima con desplantes y rupturas. Fuese como fuese, Malena no podía hacerle esto. Una no siente algo en un beso y luego se larga. ¿O sí? Bueno, ya lo había vivido anteriormente. El desengaño y el dolor. Bebió con amargura, pensando que ni siquiera había tenido la opción de demostrarle todo lo que podía ofrecerle...

La rabia empezó a apoderarse de ella, su inseguridad previa y el miedo comenzaron a transformarse en dolor y enfado. Quería irse de allí, quería dejar a Malena plantada con su teléfono móvil y desaparecer. Pero, claro, el coche era suyo y no pensaba ir a pie hasta el pueblo. Acabaría haciendo autostop absurdamente y subiendo al coche de un desconocido que posiblemente la violaría en una cuneta. Y Malena le diría que en qué estaba pensando al irse así y no sabría la respuesta.

Porque ¿quién era ella para molestarse? ¿Acaso estaban saliendo? ¿Acaso le había pedido una cita en condiciones? No, por supuesto que no, y ahora se estaba arrepintiendo.

—Señorita, ¿han pedido por aquí una copa?

—Pues sí, hace un momento.

—Aquí la tiene.

—No parece muy llena —protestó Alex irritada.

—Lo está, mire.

—No lo está. Quiero una bien cargada.

De repente se enzarzó en una ridícula discusión con el camarero mientras Malena se atusaba el pelo una y otra vez en esa maldita barandilla que daba a la ría. No podía soportarlo. Se sentía tan rabiosa que sus lágrimas amenazaban con salir de un momento a otro.

—¡Malena! —gritó de repente y ella la miró sin entender nada, aún con el teléfono pegado a la barbilla.

Alex no supo por qué, pero volvió a llamarla.

—¿Quieres una copa?

Malena se encogió de hombros y le hizo una señal como si no entendiese qué estaba pasando. Se acercó unos pasos y dijo:

—¿Qué dices? ¿Qué te pasa?

—¿Amí? No me pasa nada. Pero he pedido una copa y he pensado que quizá te apetecía otra, o a lo mejor simplemente quieres volver a casa.

Ella tapó su móvil para que Bruno no escuchase y luego dijo:

—¿Volver a casa? No. Ahora te cuento.

—Es Bruno, ¿a que sí?

—Sí, pero enseguida vuelvo.

Malena se giró y terminó la charla con su interlocutor más rápido de lo que esperaba, pero Alex ya estaba lo bastante enfadada como para

seguir la velada. Así que cuando ella regresó a la mesa con el gesto compungido, no pudo evitar tomar una decisión por las dos.

—Mejor nos vamos a casa.

—Pero si aún no te has acabado la copa. ¿Por qué quieres irte?

—Porque sí. Porque creo que tienes mucho que solucionar como para estar aquí conmigo complicándote la vida —confesó, dolida y mirando hacia otra parte.

—Oh, no puedo creerlo, estás molesta porque he respondido a una llamada de teléfono, ¿es eso?

—No. No estoy molesta.

Las dos empezaron a discutir acaloradamente, Alexia porque estaba insegura y celosa y Malena porque necesitaba en ese momento muchísimo cariño y comprensión.

—¿Puedes dejar a un lado tu mosqueo absurdo y escucharme? — le pidió ella con lágrimas en los ojos.

—Oh, claro, ahora necesitas un hombro en el que llorar, porque Bruno el fantástico ha reaparecido.

Los ojos de Malena brillaban de furia y se levantó para irse al coche. Alex la siguió, deseosa de continuar con aquella discusión porque necesitaba desahogarse.

—Pues nos vamos, que todo sea cómo y cuando tú digas.

Alexia no respondió a eso.

Un camarero salió del local y las siguió.

—Señoritas, no han pagado la cuenta.

Alex sacó su billetera, pero Malena se adelantó y le puso un billete en la mano al chico.

—Quédate con la vuelta.

Se metieron en el coche en silencio, Malena apretó el acelerador y Alexia suspiró mirando por la ventana, decidida a no hablarle en todo el trayecto de vuelta. Se estaba comportando de manera inmadura, pero en ese momento le daba igual. Se sentía usada y humillada, como tantas otras veces y no estaba dispuesta a permitirlo de nuevo. Esta vez no lloraría por otra Laura. En esta ocasión no pensaba tener como único recuerdo una planta. Claro que no.

Cuando estaban a punto de llegar a la casa, Malena dijo casi en un susurro pero con firmeza:

—Me ha llamado Bruno. Quería saber cómo estaba, no he sabido nada de él desde que lo dejamos. Nuestro vínculo se rompió hace tiempo, incluso antes de dejarnos. Y necesitaba una amiga, necesitaba a alguien que simplemente se pusiera en mi lugar y me abrazase. Nada más. Si quieres interpretarlo como que lo quiero y necesito estar con él, hazlo. Pero yo necesito a una persona que se interese por mí, al completo. Y mi ruptura forma parte de mí, de lo que soy.

Dicho eso, aparcó y se bajó del coche a toda prisa. Alex se quedó en silencio en el interior del vehículo y de repente comprendió a Malena, de repente lo comprendió todo. Ella no era culpable de tener un pasado ni responsable de sus miedos. Si quería estar con ella o acercarse tenía que aceptar todo el riesgo que conllevaba. ¿Pero quería?

Sí.

Y ya era hora de ser sincera, pero tal vez fuera demasiado tarde. Alexia no pudo frenar el impulso entonces de salir disparada del coche en su busca. Malena probablemente ya estaba abriendo la puerta de la casa. Tenía que hacer algo con todos esos sentimientos, decirle algo, lo que fuese, para que cambiase de idea. De repente quería muchas cosas y corrió con torpeza hacia ella.

—Male, espera —le pidió, alcanzándola en el porche de entrada.

Malena se giró y cuando lo hizo se encontraba a escasos centímetros de ella, pero Alex se quedó bloqueada, sin saber qué decir. La puerta estaba entreabierta.

—¿Qué? —le dijo de manera hostil, mirándola fijamente a los ojos. Su mirada era dura, pero sobre todo dolida, como si no entendiera su reacción y buscara una explicación en ese momento. Alex se quedó callada—. ¿No vas a decirme nada? ¿Me haces parar y luego te quedas así, mirándome como un pasmarote?

—Male, yo...

Entonces lo supo. Que sobran las palabras. Que sobran las excusas, los gestos de arrepentimiento, las disculpas... todo. Alex supo en ese preciso momento que solo podía hacer una cosa: besarla. El porche de entrada estaba en silencio, a excepción de un grillo que cantaba melancólicamente a la noche. El rostro de Malena, apenas iluminado por la luz que presidía la puerta, parecía descompuesto, dolido, pero tuvo la sensación de que nunca la había visto tan preciosa como en aquel instante. Sin pensárselo dos veces, hizo acopio de la poca valentía que tenía y la agarró por la cintura, atrayéndola hacia ella. Su cuerpo reaccionó de inmediato. Sintió la tensión del beso

creciendo por la base de su espalda y luego sus labios, húmedos y suaves, temerosos al principio, incendiados a los pocos segundos cuando notó que Malena la besaba con la misma intensidad.

Alexia creyó que le fallarían las fuerzas cuando Malena sonrió dentro del beso y lo interrumpió un momento para decirle:

—¿Por qué has tardado tanto?

—Porque no sabía que tú también lo deseabas —replicó Alex.

Caminaron a trompicones al interior de la casa, reanudando los besos, de manera completamente irresponsable. Ninguna de las dos sabía si habría alguien en su interior, si los demás ya habían vuelto o todavía estaban de cena. Alexia tropezó contra la alfombra de la entrada, pero se recompuso rápidamente. Por nada del mundo quería dejar de besar a Malena, cuyas manos se colaron en ese momento por el interior de su camiseta, para acariciar con prisas su espalda. La empujó hasta el salón, hasta que cayeron sobre el sofá donde ella dormía todas las noches. No se habían molestado en encender las luces, pero la estancia estaba lo suficientemente iluminada para que pudiera contemplar los labios ligeramente hinchados de Malena, como pidiéndole que siguiera, pidiéndole más. Alex se colocó encima y una fuerte sensación de deseo la invadió al sentir su cuerpo en contacto con el de Malena. Ardía. Como un incendio que arrasara todo a su paso. Creyó que le faltaban manos, labios, yemas de los dedos, necesitaba muchos más para satisfacer las prisas que sentía por hacerla suya en ese momento.

—Podría venir alguien —dijo en susurros, recobrando la cordura por un instante. Después de todo, estaban solas, pero podían regresar

sin que ellas se dieran cuenta.

—Me da igual —dijo Malena, obligándola a reanudar los besos.

Siguieron besándose en lo que a Alexia le pareció una eternidad. Ardía en deseos por despojar a Malena de su ropa y acariciarla sin ambages, pero no estaba segura de si ese era el camino que ella quería tomar. *Despacio, no te precipites, no lo fastidies ahora*, se dijo a sí misma, intentando controlar los latidos desbocados de su corazón, sus manos temblaban cada vez que acariciaba a Malena por encima de la ropa.

—¿Estás segura de esto? —le dijo entonces consciente de que nada se detendría allí.

—¿De qué?

—De... esto... ya sabes —trató de explicarle Alexia, un poco desconcertada por la pregunta.

¿Cómo se explicaba algo así?

—¿Lo estás tú? —inquirió Malena, igual de preocupada.

Alexia iba a contestar que “sí”. Un sí rotundo. Gigante. Inmenso como la luna llena. Pero no tuvo ocasión de hacerlo. Cuando sus labios ya se estaban moviendo, escucharon de pronto el ruido de la puerta de entrada, como si alguien acabara de introducir las llaves en la cerradura.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Malena, incorporándose de golpe.

—¡La puerta! ¡Alguien viene!

—¡Mierda!

Las dos mujeres se recompusieron tan rápido como fueron capaces. Malena se atusó el pelo, convencida de que estaba despeinada, y Alexia se estiró la falda, pues la tenía casi a la altura de la cintura. Se sentaron muy dignamente una al lado de la otra en el sofá y en el último segundo Alex agarró el mando de la televisión y consiguió encenderla justo cuando su hermana Paula entró en el salón con Pedro. Los dos adolescentes iban carcajeándose de risa.

Paula se detuvo de pronto cuando las vio. Arqueó una ceja, como si estuviera igual de sorprendida que ellas:

—Oh, ¿ya estáis por aquí? —les preguntó sin fingir su decepción.

Simularon estar viendo la televisión. Alex se aclaró la garganta para responder. Su corazón seguía latiendo con fuerza cuando contestó con un “sí” tímido.

—No os esperaba tan pronto.

—Ya, nosotras tampoco —convino Malena.

—Bueno, Pedro y yo estaremos en mi habitación —les informó Paula con una sonrisa pillá—. Si vienen papá y mamá....

—Sí, tranquila, te avisamos —asintió Malena.

Alexia quiso protestar (¡Era una menor! ¿Qué hacía con un chico a solas en su habitación?), pero Malena le apretó disimuladamente la mano para que se calmara.

—Gracias. Eres la mejor —dijo Paula. Y la parejita se dirigió entonces a la habitación.

Solo respiraron tranquilas cuando escucharon que la puerta se cerraba. Por los pelos. Habían estado cerca de... tan cerca que al mirar

a Malena a los ojos, se ruborizó violentamente.

—Por los pelos —dijo Malena sonriendo, como si acabara de leer sus pensamientos.

—Mucho. Demasiado.

—Bueno, al menos era tu hermana. De todos modos, ya se piensa que estamos liadas.

—Ella y todos los demás —puntualizó Alexia, mirando sus propios pies. Todavía sentía las mejillas incendiadas.

Malena pareció encontrar divertida aquella conversación. Sonrió como si la idea no le desagradara.

¿Y ahora qué?, pensó Alexia. ¿Qué debía hacer? El deseo seguía vivo, visible, flotando entre ellas, en sus mejillas incendiadas, en la respiración entrecortada, su pecho subiendo y bajando. Pero de alguna manera la magia parecía haberse roto, como si ya hubieran vivido suficientes aventuras por ese día. Alexia no sabía qué decirle a Malena. Y al mirarla a los ojos, supo que ella tampoco sabía qué decirle, así que tan solo se sonrieron tímidamente, hasta que empezaron a reír con ganas. Esa risa nerviosa les impidió darse cuenta de que alguien más había entrado en la casa.

—¿Qué os hace tanta gracia?

Se giraron entonces hacia la puerta y vieron a sus madres, observándolas con curiosidad.

—Nada —dijo Malena—. Un chiste que Alex me acaba de contar.

—¿Os lo habéis pasado bien? Habéis vuelto pronto —apreció Sonsoles.

Las dos se miraron de nuevo y volvieron a reírse, llevadas por una mezcla de pánico, ridículo y nerviosismo. Sus progenitoras intercambiaron una mirada, sin comprender.

—Sí, mamá, lo hemos pasado muy bien. ¿Verdad, Alex?

—Estupendamente —convino Alex, reprimiendo una sonrisa.

—Bien, pues nosotros nos vamos ya a la cama —les informó Isabel, reprimiendo un bostezo con la mano—. ¿Paula ha vuelto ya?

—Sí, está en su habitación. Se encontraba un poco mal —comentó Alexia, encubriendo a su hermana.

—Oh, mi pequeña...

—Pero no vayas. Ya he estado yo y se ha quedado dormida. No te preocupes —se apresuró a añadir Alex, por miedo a que su madre decidiera irrumpir en el cuarto de la menor y se encontrara con la sorpresa.

—Vale. Mañana a ver si se encuentra mejor. Que descanséis, princesas.

—Igualmente —les desearon las dos a la vez.

Así, se quedaron de nuevo solas, escuchando los sonidos de sus padres, trajinando en las habitaciones y el cuarto de baño preparándose para la cama. Alexia quería decir algo, pero la situación le resultaba demasiado extraña, a la par que cómica, para añadir nada a esa escena. Allí estaban, dos mujeres adultas, hechas y derechas, conteniendo las ganas de dar un paso más en su relación porque estaban rodeadas de familiares. Sintió tentaciones de preguntarle a Malena: «¿Quieres que te acompañe a tu habitación para darte las

buenas noches», pero le pareció que era forzar demasiado las cosas. Si la invitación no salía de ella, se limitaría a desearle dulces sueños y mañana sería otro día.

Malena se incorporó entonces. Se estiró el vestido y se atusó un poco el pelo.

—Bueno, creo que la noche ha acabado.

—Sí, eso parece —convino Alexia—. Será mejor que vaya a avisar a mi hermana.

—Sí. Que no se te olvide. No vaya a ser que Pedro salga justo ahora.

—No lo creo. Habrán escuchado las voces. Alo mejor Paula lo ha largado por la ventana.

Malena sonrió ante esta idea, como si le encantara la situación en la que se encontraban las dos hermanas, cada una en su estilo, cada cual con sus dilemas. Pero entonces se quedó callada y el gesto de su cara cambió, se volvió más serio. Alargó una mano y tomó la de Alexia, empezó a acariciarla con dulzura.

—Me lo he pasado realmente bien esta noche —le dijo, inclinándose para darle un beso en la mejilla—. Podíamos repetirlo.

—Sí, eso creo...

—Hasta mañana. Que tengas dulces sueños.

—Hasta mañana, Male —le deseó Alexia, un poco temblorosa.

Malena le soltó en ese instante la mano y se giró para encaminarse a su habitación. Y Alexia se quedó unos momentos de pie al lado del sofá, mirándola, hasta que su figura se desvaneció por el pasillo. Solo

entonces sacudió la cabeza, suspiró profundamente y se puso en marcha para llamar a la puerta de Paula.

Qué afortunadas eran algunas, pensó.

18. Un poco de intimidad

Malena se despertó encogida dada la brisa fresca que entraba por la ventana de su habitación. Los pájaros sonaban en el alféizar como si discutieran sobre el calor de la noche y le gustaba esa sensación de tranquilidad.

Los veranos eran así, apacibles y desprovistos de prisas, familiares y entretenidos. Para ella aquel verano estaba siendo muy revelador, pues no solo se cerraba un ciclo importante con Bruno sino que comenzaba otro inmediatamente con una persona completamente distinta.

Sonrió al recordar aquellos besos apresurados y torpes en el sofá, la urgencia por acariciar a Alex y lo que vio en sus ojos mientras todo eso sucedía. En el fondo se alegraba de que Paula y sus padres hubiesen llegado a tiempo. Alex era muy especial como para empezar las cosas así, de prisa y a escondidas. Estaba decidida a vivir algo mucho más serio que unos besos robados en plena noche. O, al menos, a intentarlo.

¿Una relación? Malena sonrió al pensarlo. Lo cierto era que no tenía la respuesta. Pero sonaba absurdo y alocado y era lo que más le gustaba porque se sentía exactamente así. Tenía ganas de probar, dar un paso al vacío, dejarse llevar por una vez en la vida. Aunque fuesen despacio y ambas tuviesen que resolver algunas magulladuras de batallas anteriores.

Era todo muy confuso, pero deseaba conocer más a Alex, atreverse a ser mucho más que amigas. Se estiró en la cama y comprobó que la casa seguía en silencio, como si a todos se les hubieran pegado las sábanas tanto como a ella. Lana empezó a ladrar en el jardín como pidiendo que alguien le lanzase la pelota, así que se asomó a la ventana y miró con curiosidad.

Vio a Paula, con una tostada en la mano. Lana le ladraba a la tostada. Siempre ladraba a la comida.

—¡Déjame en paz, pequeña ladrona! —le gritaba graciosa, pero Lana insistía.

Paula cortó un trozo muy pequeño y se lo alargó. Lana movía su rabito con alegría y satisfacción, y volvía a mirarla muy fijamente, esta vez en silencio, sentada a sus pies.

Malena sonrió pensando lo diferentes que eran las hermanas. Paula tenía algunos rasgos en común con Alex, pero solo físicamente. En lo demás eran tan diferentes que a veces costaba creer que pertenecieran a la misma familia.

Estaba un poco nerviosa por reencontrarse con Alex. Intentó pensar cómo sería. ¿Se mirarían y sonreirían? ¿Estarían tímidas? ¿Ansiosas? Un poco de todo, pensó. Era lógico. La noche anterior había quedado suspendida en el aire. Ella le había propuesto que lo repitieran, pero temía que Alex se lo hubiera pensado mejor. Había tenido toda una noche para pensárselo, apenas unas horas, pero tiempo suficiente para que todo cambiara.

Ansiosa, se colocó unos pantalones cortos y una camiseta blanca y salió con sus gafas de sol al jardín. Pero antes se asomó al salón y

comprobó que Alex estaba completamente dormida. Tenía la respiración serena y una expresión pacífica. Malena la observó durante unos segundos, fascinada de que aquella fuera la misma mujer con la que se había besado apresuradamente la noche anterior. A veces la asaltaban estas dudas, casi como si saliera de su propio cuerpo y no pudiera creer lo que estaba sucediendo. Pero era muy cierto, tanto como la luz del día.

Abrió las puertas que conducían al jardín y se encontró con Paula y Lana, jugaban descontroladamente, persiguiendo una pelota. Malena las saludó de buen humor y tomó la correa de la perrita. Le apetecía dar un paseo antes de desayunar. Le vendría bien para calmarse. Lana se puso a correr en círculos y ladró con felicidad. Paula se acercó a ella mientras le ponía la correa:

—¿Te la llevas?

—Solo a dar un paseo corto.

La menor se colocó la melena con coquetería. —Oye, gracias por cubrirnos anoche —le dijo con timidez.

—Ah, no te preocupes, no ha sido nada. ¿Estás bien con él? ¿Es simpático?

—Sí, claro. Es un poco infantil para algunas cosas, ¿pero qué esperas? Tiene mi edad. Ellos crecen más lento —opinó llena de razón.

Malena se echó a reír y se incorporó, sujetaba a Lana con la mano derecha. Paula se fue a la cocina a hacer otra taza de té.

Era curioso, unas semanas atrás se negaba en rotundo a bajar al sur para pasar unos días con los amigos de sus padres y ahora le

resultaba cómodo y familiar compartir con ellos muchísimas cosas. Las ganas de ver a Alex crecían por momentos. Quería mirarla a los ojos, ver en ellos qué estaba pensando, porque lo vería, los ojos de Alexia eran sinceros y transparentes.

Malena suspiró. Estaba nerviosa. No debía pensar demasiado en ello. El tiempo le diría cómo comportarse. El tiempo se lo diría todo.

—Vamos, Lana, iremos por ahí —le dijo a la perrita señalando hacia la derecha.

Lana iba olisqueando todas las esquinas y rincones, a veces se detenía demasiado y Malena tenía que animarla a seguir. Cuando llegaron a la zona de la costa, se fijó en los veraneantes que madrugaban para ir a la playa y en los barcos que habían salido a faenar. Eran de distintos colores y se confundían con los veleros blancos de los turistas. Malena soltó a Lana en la arena y se sentó a mirar el mar.

Qué lejos le quedaba la vida ajetreada de Barcelona, el metro, la gente, los mercadillos. De repente todo aquello le resultaba ajeno y solitario. No quería volver. No quería aquello otra vez, ese estrés tan desagradable, los ansiolíticos para dormir, las obligaciones, los amigos ocasionales para salir los viernes... Y después estaba Alex. ¿Qué pensaba hacer con ella? El verano se estaba acabando. Alex se iría en unos pocos días. Ella estaría en Madrid y Malena en Barcelona. Había aviones, pero no era lo mismo. A Malena le gustaba que la recogiesen en el trabajo, pasear de la mano, ir al cine, vivir el día a día, no necesariamente bajo el mismo techo, pero tenerla cerca. Dormir a veces con ella...

¡Dormir con Alex!

¿Dormir con Alex?

Y entonces esbozó una sonrisa.

Sí. Dormir con Alex.

Si el día anterior no las hubiesen interrumpido, estaba segura de que ahora no se estaría haciendo esta pregunta. Su madre iba a volverse loca si llegaba a enterarse. ¿Qué le diría? ¿Cómo reaccionaría ella? ¿Y su padre? Descubrió mientras contemplaba el mar que le daba igual. Algo en su interior le decía que lo que estaba a punto de ocurrir era del todo irremediable. Ocurriría. Si Alex también quería, ocurriría por el simple hecho de que su corazón así se lo pedía. Pensarlo hizo que se estremeciera. Había ido a la playa para calmarse y, sin embargo, estos pensamientos consiguieron avivar su nerviosismo. Pero estaba hambrienta, con ganas de café y tostadas, y no podía esperar para ver a Alex. Deseó que estuviera despierta.

Llamó a la perrita y regresaron a la casa. Escuchó voces nada más atravesar la verja y supo que todos estaban despiertos. Al acercarse a la parte de atrás vio que estaban desayunando en familia en la mesa del porche. Las conversaciones eran cruzadas, pero Malena no estaba escuchando.

¿Dónde estaba Alex?

La buscó con la mirada, un poco ansiosa, y solo sonrió cuando la vio salir de la cocina devorando unos churros con azúcar que alguien había traído. Sus ojos se encontraron en ese momento y Alex le sonrió con timidez. Bien. No había miedo en ellos, solo una calidez que se propagó rápidamente por el pecho de Malena.

—Buenos días a todos —los saludó por fin, soltando a Lana por el jardín.

—Buenos días, hija, ¿has desayunado? —se interesó Sonsoles.

—No. Y me muero de hambre.

—¿Te sirvo café?

—Sí, por favor —dijo, sentándose y mirando a Alex fijamente.

Alexia parecía ahora un poco avergonzada y no levantaba la vista de su plato. Malena estuvo a punto de estirar la mano y acariciarle el brazo, pero se frenó en el último momento, recordando que no estaban solas. En lugar de eso tomó asiento justo enfrente y la asaltó una idea.

Isabel estaba explicando algo sobre la casa de los amigos que habían visitado el día anterior. Su madre parecía tan centrada en la conversación que Malena aprovechó para dirigirse a Alexia:

—¿No vas a decirme buenos días?

Alexia sonrió con timidez. —Buenos días, Male.

—Así me gusta, ya puedes seguir comiendo.

—Bueno, ¿qué plan tenemos para hoy? —preguntó José, sumergido en la lectura del periódico—. Amí me apetecería ir en barco. Hace unos días que no vamos.

—Eso estaría muy bien —opinó Isabel, buscando la complicidad de los padres de Malena, que asintieron entusiasmados ante la propuesta—. ¿Vosotras que plan tenéis?

Alexia empezó a explicar que todavía no lo había decidido, tenía que quedar en algún momento con Carolina para despedirse, pero

tenía pocas ganas. Mientras explicaba esto, Malena aprovechó para descalzarse. Cuando su sandalia tocó el suelo, alargó su pie desnudo y con él rozó la pierna de Alex. Ella se puso en guardia inmediatamente. Su gesto se tensó en ese mismo momento y una de sus frases se quedó en el aire.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Te has atragantado? —preguntó Isabel.

Malena reprimió una carcajada al ver su cara descompuesta.

—No me pasa nada —carraspeó, incómoda.

—¿No?

—Pues no.

Subió un poco su pie por la pierna de Alex, a punto de morir de la risa, hasta llegar al interior de su muslo.

—¡Male! —gritó Alex.

Todos la miraron como si hubiese perdido la cabeza completamente.

—Dime.

—No, dime tú —replicó Alexia.

—No sé de qué me hablas. ¿Por qué me gritas? ¿Te encuentras bien?

—Sí, hija, ¿qué te ocurre? —intervino Isabel, acariciando el brazo de Alexia con preocupación. Los demás estaban pendientes.

—No, nada... Es que he recordado que el coche hacía ayer un ruido muy raro... —se inventó Alex ruborizada.

—¿Mi coche?

—Sí, Malena, tu coche. Anoche hacía un ruido, ¿no te acuerdas?

—Pues yo no recuerdo nada, la verdad. Pero, papá, ¿podrías echarle un vistazo? Alex, ¿le explicas a mi padre qué hace el coche exactamente además de *run run* cuando arranca?

Alexia la fulminó con la mirada, pero Malena se lo estaba pasando demasiado bien para detenerse ahora. Para su alegría, Ricardo se levantó rápidamente y le propuso a Alexia que lo acompañase un momento hasta el coche, mientras los demás acababan su desayuno. Alex no tuvo más remedio que seguirle refunfuñando, arrepentida por sus propias ocurrencias.

—¿Y tú qué, hija? ¿Te vienes en barquito? —se interesó Sonsoles.

Malena seguía un poco enfadada con su madre, pero ambas tenían la capacidad de dejar de lado sus cuitas y se hablaban con normalidad.

—Creo que sí —dijo—. Y creo que Alexia también vendrá —añadió sonriendo con diversión, mientras clavaba la mirada en la espalda de Alex, que se dirigía con su padre a comprobar en qué estado se encontraba su coche.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Isabel.

—No sé, un presentimiento... —dijo, encogiéndose de hombros.

—Bien, pues no se hable más. Nos vamos todos en barco. Venga, a prepararse, que no queremos salir muy tarde.

Malena se puso el bañador y se acercó a la proa del velero, donde Isabel, Sonsoles y Paula tomaban el sol. Para su desgracia, no había tenido ocasión de hablar todavía con Alex, pues ambas familias habían empleado sus coches para ir hasta el puerto y como no deseaba levantar ninguna sospecha, acabó conformándose con el asiento de atrás del vehículo de sus padres.

Acababan de salir de puerto, pero los minutos previos fueron de preparativos. Acomodar los alimentos para el almuerzo en el pequeño camarote, retirar los cabos, izar las velas, preparar las toallas, quitarse la ropa... pero la calma por fin había llegado y al ver a Alex, sentada en la cubierta, con las piernas colgando del velero, decidió acercarse a ella aprovechando que los demás estaban distraídos.

—¿Te animas a darte un baño? —le preguntó, mientras tomaba asiento a su lado.

Alex la miró, sorprendida de encontrarla allí. —No lo sé, a lo mejor más tarde, antes de la comida. Me vendrá bien después de haber pasado casi una hora analizando tu coche —protestó.

Malena se echó a reír. Le encantaba la cara que se le ponía cuando estaba así de furiosa.

—Oh, vamos, lo siento. Es que yo solo quería estar cariñosa y tú dijiste esa tontería...

—Si quieres ser cariñosa, hazlo. Bésame, si es que te atreves, y déjate de piecitos por debajo de la mesa —la retó Alexia.

—¿Ah, sí? ¿Eso quieres? ¿Qué te bese aquí, delante de todos? Ya sabes que no tengo demasiados problemas con eso. Podría hacerlo.

—Sí, no me cabe ninguna duda —rumió por lo bajo Alex, girándose

para comprobar si las madres estaban pendientes. Tanto Sonsoles como Isabel tenían los ojos cerrados mientras tomaban el sol y dudaba mucho que la brisa del mar les permitiera oír lo que estaban diciendo. Esto envalentonó todavía más a Malena.

—Estás muy guapa hoy, Alex...

—Mira quién fue a hablar...

Ambas se miraron y Malena se cercioró de que los padres estaban también ocupados. Se encontraban en el camarote, comprobando no sé qué de la pequeña cocina. Paula parecía haberse quedado dormida. Así que se acercó a ella velozmente, cubriendo los pocos centímetros que las separaban y la besó. Esta vez Malena no dudó en el beso, segura de lo que estaba haciendo. La atrajo todavía más y sonrió dulcemente al ver que Alex no podía evitar devolverle el beso con la misma intensidad.

—¿Y eso? —le preguntó Alex, cuando se separaron.

—Llevaba toda la mañana queriendo hacerlo. —Malena tomó aire. ¿Se atrevería a decirselo? Sí, ¿por qué no?—. Eso y mucho más.

Miró a Alexia para comprobar que había entendido el mensaje y la vio enrojecer, respirar profundamente y perder la mirada en el mar. Realmente era adorable.

—Uff, tú quieres matarme, ¿verdad? —dijo Alex—. De un infarto o algo así.

—Sí, de algo así —afirmó Malena con una sonrisa divertida. Se le ocurrieron de repente muchas formas de “matar” a Alexia, pero solo una de ellas era la que en verdad le apetecía—. Ahora me estoy arrepintiendo de no habernos quedado en la casa —dijo, mirando por

encima de su hombro con ansiedad.

No sabía por qué, pero cualquier contacto con Alexia se transformaba en un incendio en cuestión de pocos segundos. Le había robado un beso rápido, insignificante, con otras personas ni se habría inmutado. Y sin embargo, con Alexia le bastaban unos segundos de contacto para sentir aquel fuego incendiando su vientre. Supo que si hubiesen estado solas, ahora estarían tumbadas sobre la cubierta del velero, a punto de lanzarse al vacío de sus cuerpos y la certeza de todo aquello le hizo levantarse sin pensárselo dos veces.

—Ven —le dijo, extendiendo la mano.

—¿Adónde?

—Dentro.

—¿Dentro? —Alexia arrugó el ceño—. Dentro están nuestros padres.

—Sí, pero están en la cocina, no en el camarote, y te juro que si no te beso como necesito ahora mismo, acabaré explotando.

Alexia se quedó pálida durante unos segundos, como si no la creyera o no la reconociera en absoluto. Estaba muy lejos todavía de saber hasta dónde podía llegar cuando quería algo. Porque cuando Malena quería algo, lo quería allí y ahora, sin demoras, y esta era una de esas ocasiones. Creyó que se volvería loca si no la besaba pronto.

Arrastró a Alex por la cubierta del barco. La seguía como si fuera un ser inánime que se dejara llevar por los deseos de otro, pero podía sentir su corazón latiendo deprisa en su muñeca, y la anticipación plasmada en su cara. ¿Se atreverían a hacerlo? ¿Allí, en el barco? ¿Con toda la familia cerca? Estaban locas...

—Hola, papá. Hola, José —saludó a los progenitores cuando bajaron la escalerilla. Los hombres estaban intentando arreglar uno de los fogones de la cocina.

—Hola, chicas —saludó Ricardo—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Vamos un momento al camarote. Alex necesita...hmm enseñarme algo. Cosas de chicas, ya sabes.

Ricardo asintió y en su tranquilidad habitual dio media vuelta y siguió inspeccionando el fogón junto a José. Malena tiró de la mano de Alexia para que entrara en el camarote y cerró la puerta de golpe. No esperó ni dos segundos. Antes de que Alex pudiera mediar palabra, atrapó su cuerpo contra la puerta y empezaron a besarse. Parecían dos animales enjaulados. Con prisas, Alex puso las manos en su culo y la apretó todavía más contra su cuerpo. Malena gimió levemente de puro placer, pero Alex le tapó la boca, horrorizada.

—¡Te van a escuchar!

—Me da igual.

—Ya, pero a mí no. No quiero que piensen que te estoy violando.

—Alex, calla. Piensas demasiado —le dijo, reanudando los besos.

Malena tenía tantas ganas de que Alexia se dejara llevar que, sin pensárselo, se quitó la camiseta, se quedó en bikini y tomó una de las manos de Alexia hasta llevarla a su pecho.

—Acaríciame —le pidió, casi con dolor.

Alexia se dejó llevar y empezó a acariciarla como ella había demandado, mientras sus labios se enterraban en su cuello y Malena apretaba más su cuerpo contra el suyo. Todavía podía escuchar las

voces de los padres al otro lado de la puerta, pero a partir de ese momento dejó de oírlos. Alexia apuró los besos y la hizo caminar de espaldas hasta quedar tumbada sobre ella en la cama.

—¿No llevas demasiada ropa? —preguntó Malena con picardía, aprovechando que Alexia estaba a horcajadas sobre ella para quitarle la camiseta.

Empleó unos segundos en admirar sus pechos como nunca lo había hecho antes. Alexia llevaba el bikini, la había visto con él muchas otras veces, y sin embargo, esta era diferente, sus ojos eran diferentes, la observaban ahora de otro modo, con pasión, deseo, anhelando que esa prenda cayera muy pronto al suelo junto con sus camisetas.

Malena reanudó entonces los besos y colocó mejor su cuerpo para quedar encajada con el de Alexia. Nunca antes había estado con una mujer en una situación tan íntima y cercana, pero no necesitó seguir ninguna instrucción. Le bastaba con dejarse llevar, estar pendiente de sus sensaciones, de la respiración de Alexia, de sus gemidos sordos para que los padres no las oyeran. Quería hacer el amor y quería que fuera con una mujer. Con esa mujer. Y lo deseaba con tanta fuerza que se asustó cuando unos nudillos sonaron en la puerta y tuvo que ser Alexia quien se lo hiciera notar.

—Chicas, ¿vais a tardar mucho?

—¿Es mi padre? —le preguntó Malena en un susurro, incorporándose.

Alexia estaba girada, mirando la puerta con verdadero terror. —No, es el mío —dijo—. ¡Enseguida salimos!

—Siento molestar, pero tenemos que mirar una cosa en el cuarto de

baño —les informó José—. ¿Podemos entrar?

—¡NO! —chillaron las dos a la vez.

—Vale, pero no tardéis.

Malena puso los ojos en blanco. No podía creer su mala suerte. Qué horror. En verdad era como volver a estar en el colegio, bajo la mirada inquisitoria de sus padres. Miró a Alexia y no supo si deseaba reír o llorar. Optó por la primera opción.

—Creo que deberíamos salir —sugirió a Alexia.

—Lo sé. Pero los mataría con mis propias manos, te lo juro.

Alex sonrió como solo podía hacerlo ella y eso no mejoraba las cosas, las empeoraba. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora con lo que sentía? Con su respiración agitada, las palpitaciones de deseo, el sudor, las manos temblorosas, los labios ligeramente hinchados... ¿Qué debía hacer con todo aquello? ¿Salir a la cubierta y sonreír como si no se estuviera muriendo por hacer el amor con Alexia? ¿Fingir durante el resto del día que eran amigas, hasta que volvieran de nuevo a la casa? ¿Y entonces qué? ¿Más fingimiento, más excusas, más encuentros donde nadie podía verlas?

Esa era su vida ahora y Malena no daba crédito. Tenía que haber algún modo.

Observó que Alex ya se había puesto la camiseta y se peinaba un poco. Ella la imitó mientras intentaba calmarse antes de que abrieran la puerta.

—¿Lista? Voy a abrir —le advirtió Alex, inclinándose para robarle un último beso.

Malena cerró los ojos y sonrió. Se levantó. Estaban listas para continuar con la función. Alexia abrió la puerta en ese momento y salieron del camarote.

—Pues sí que habéis tardado —opinó Ricardo.

—No tanto como nos hubiese gustado —dijo Malena en un susurro para que fuera Alexia la única que la escuchara.

Miró a Alex y vio el mismo dolor reflejado en su semblante. Aquello tenía que cambiar, necesitaban un poco de intimidad cuanto antes, ¿pero cómo? Y lo más importante: ¿Cuándo?

19. Piratas

Desesperante.

Era desesperante. Alexia supo que aquel iba a ser uno de los días más largos de su vida cuando su madre propuso que se bañaran todos juntos. No solo habían tenido que comer en familia, tomar el sol en familia y jugar a las cartas en familia (cosa que odiaba), sino que ahora también tenían que lanzarse al agua como un equipo.

Intentaba no mirar a Malena, porque cada vez que lo hacía, el corazón le palpitaba muy rápido y sentía sudores fríos. Estaba segura de que a ella le ocurría lo mismo. A veces sus miradas se cruzaban y se quedaban unos segundos así, contemplándose, pupila con pupila. A Alex le parecía que los ojos verdes de Malena le transmitían infinidad de mensajes. «Me gusta cómo besas; ojalá estuviéramos solas; te quitaría la ropa aquí mismo; quiero hacer el amor contigo». Cabía la posibilidad de que se lo estuviera imaginando, de que realmente Malena no deseara decirle nada cuando sus ojos se encontraban, pero estaba casi segura de que no era así. Y por eso evitaba mirarla, porque, si lo hacía, era casi como caer por un agujero negro del que luego le costaba horrores salir.

—Alex, ¿me escuchas? Ay, hija, qué distraída estás hoy —le dijo Isabel en una de esas ocasiones.

Parpadeó. Con fuerza. Consiguió salir del yugo de los ojos de Malena, pero por los pelos.

—Sí. Te escucho. ¿Qué quieres ahora? —respondió de malas maneras. Male tenían razón. Necesitaban intimidad. Cuanto antes.

—¿Tienes que contestar así? ¿Con ese mal humor?

—Sí, tengo que contestar así. ¿Qué es lo que quieres?

—Que me alcances la crema, me estoy quemando. Está ahí, a tu izquierda, debajo de la toalla.

Alexia estiró un brazo y le tendió el bote a su madre. Se fijó en que Paula ya estaba preparada para lanzarse al agua, donde flotaban los padres. Habían anclado el velero en una zona cercana a una cala, podían ver personas de tamaño minúsculo nadando en la orilla, pero en los alrededores solo había otro barco, a cierta distancia. Sonsoles y Malena se encontraban detrás de Paula, ahora miraban el agua. Mientras Isabel se aplicaba la crema, decidió acercarse.

—¿Está fría? —le gritó Malena a la zona donde flotaba su padre.

—En absoluto. Está perfecta. ¡Lánzate!

Malena puso un gesto de duda, pero se mantuvo en su posición. Paula y Sonsoles se tiraron por fin al agua. En el barco ya solo quedaban ellas e Isabel, y a Alexia se le ocurrió que podían hacerse con el control del velero, tirar a su madre por la borda, arrancar los motores y dejarlos flotando en el agua. Sobrevivirían. A tan pocos metros de la playa y con otra embarcación tan cerca no corrían ningún peligro. Y así ellas podrían tener su anhelada intimidad. Sí, era una opción, un plan casi perfecto al que le fallaban ciertos detalles. Como por ejemplo qué excusa pondrían cuando los vieran de nuevo. O de qué manera sobrevivirían a la furia de Isabel si se atrevían a dejarles allí tirados, flotando en el agua como corchos.

Alexia meneó la cabeza y sonrió. Estaba perdiendo el norte. Que estuviera pensando cosas tan absurdas solo demostraba que su salud mental se encontraba en peligro.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Malena, sonriendo.

—De las estupideces que estoy pensando. Creo que me estoy volviendo loca.

—No eres la única. Yo estaba pensando volvernos piratas y robar el barco para que nos dejen un ratito a solas.

—¿Tú también lo has pensado? —se asombró Alexia, arqueando las cejas.

—¿Qué hacéis aquí paradas? ¡Venga, al agua! —Isabel se acercó a ellas y empezó a empujarlas por la espalda para que se lanzaran junto al resto.

Las dos pusieron gesto de hastío, pero se acabaron tirando al agua con los demás. Alexia pensó que cuanto más luchara contra ello, peor sería. Las cosas eran como eran, no como querían que fueran. Ahora tocaba estar con la familia perdidas en el mar y después, cuando regresaran a tierra firme, ya se vería.

Este cambio de actitud le permitió afrontar el resto del día con otro humor. Al final hasta consiguió pasar un buen rato con Paula y Malena, chapoteando en el agua. Era curioso. Aquellas vacaciones no solo le habían servido para estrechar lazos con su madre, sino que la presencia de Malena también le había permitido comprender mejor a su hermana. Paula seguía siendo una pequeña consentida, pero ahora despertaba en ella un sentimiento de ternura hasta entonces desconocido. Su hermana no dejaba de ser una adolescente. Y ella

también lo había sido, con su punto raro e insoportable, sus hormonas descontroladas, los cambios de humor, el sentimiento de que el mundo y cuantos lo habitaban estaban en su contra. Pero la miró flotando en el Atlántico sur y supo que se le pasaría, sería una fase más, como lo había sido para ella y para Malena. Para todos, en realidad.

Eran las ocho y media cuando regresaron al chالé de sus padres. El viaje en barco les había dejado exhaustos. Nada como una travesía sobre las olas, el sol y la brisa del mar para alcanzar un estado de paz. Afortunadamente, propusieron cenar pizza. Todos estaban demasiado cansados para preparar una cena. El repartidor llegó mientras algunos acababan de ducharse. Cuando se sentaron a devorarla, Alexia se fijó en el buen color que tenían todos. Los días en la playa habían borrado por completo su palidez y lucían rostros radiantes y saludables.

Deseó que todas las estaciones del año fueran así. Mirar al otro lado de la habitación y que sus ojos se encontraran siempre con la adorable Malena, que lucía un vestido de tela fina que se adaptaba a las líneas de su cuerpo. Estaba tan preciosa que Alex se quedó con la pizza a medio camino de la boca. Solo se percató de que se había quedado embobada cuando sintió un agudo dolor en la parte trasera de su cabeza. Paula le había dado una colleja.

—Despierta, que te has quedado boba —le dijo, sonriendo—. Yo te entiendo, está muy guapa esta noche, pero mamá...

—Cierra el pico.

—¿Ha habido suerte ya? ¿O esta noche es *la* noche?

—Shhh —la reprendió Alex con un codazo. Miró a su alrededor, pero todos estaban demasiado ocupados para prestarles atención.

Advirtió que Malena se acercaba al grupo en ese preciso momento. Subió los brazos por encima de su cabeza y se estiró. —Estoy cansadísima —dijo—. Si me disculpáis, creo que me iré ya a la cama.

—¿Ya? ¿Tan cansada estás? Es muy temprano —se sorprendió Sonsoles.

Eso mismo digo yo. ¿Ya? Alexia hizo un puchero. Tenía esperanzas de que las dos esperaran juntas hasta que el resto se retirara a sus habitaciones y entonces... Pero ya era imposible. Malena se iba a la cama. La miró con tristeza.

—Estoy exhausta. Ha sido un día muy largo —les explicó Malena.

—Tienes razón, nosotros también nos retiraremos en un rato. Bueno, pues que descanses, cariño.

—Que descanséis —dijo Malena.

Alexia esperó por si se giraba. Si le hacía una seña. Si le guiñaba un ojo o al menos le decía un buenas noches que pudiera leer en sus labios. Pero Malena no hizo nada de esto. Nada más saludó al grupo con la mano y se dio media vuelta para perderse en el interior de la casa.

Arrugó el entrecejo, sin comprender. ¿Qué estaba ocurriendo? Habían pasado un día complicado pero maravilloso, lleno de miradas cómplices, sonrisas tímidas y promesas que no necesitaban ser dichas en voz alta. Y ahora... esto. Malena se iba a la cama. Malena se acababa de ir sin un adiós, sin una seña, sin absolutamente nada. Solo un buenas noches, una sonrisa, hasta mañana y ya. ¿Acaso había hecho algo mal?

Tic, tac, tic, tac, tic, tac, tic, tac.

El segundero del despertador que había en la mesita de noche le sacaba de quicio. Malena quiso aporrearlo, pero se contuvo. Resopló para quitarse el mechón de pelo que le tapaba la cara y fijó la mirada en el techo. Llevaba así media hora, pero le parecía una eternidad. Había intentado relajarse un poco, leer, revisar su correo, ver una serie, y nada conseguía distraerla. Las horas pasaban a un ritmo tan lento que se estaba desesperando. Aguzó el oído para comprobar si la casa estaba en silencio, pero le pareció escuchar la cisterna del baño. Por dios, ¿cuánto iba a tardar aquello? ¿Cuánto tiempo necesitaban para irse a dormir?

Malena dio media vuelta en la cama y de pronto escuchó que alguien llamaba a su puerta. Se incorporó de golpe. El corazón empezó a latirle muy deprisa. ¿Estaba guapa? Se miró en el espejo y se atusó un poco el pelo. Sentía que le temblaban las manos.

—¿Sí? Adelante —dijo, con la mirada fija en la puerta.

Esta se abrió y pasaron unos segundos que se le hicieron insostenibles, el corazón le latía muy deprisa hasta que vio quién se aparecía tras ella.

Su madre.

Joder.

—Buenas noches, cariño. Venía a darte un besito —dijo Sonsoles, todo ternura, asomando la cabeza. Después entró en la habitación y

besó la frente de su única hija—. Pensé que ya estarías dormida. Me apetecía darte un beso como hacía cuando eras pequeña y dormías.

—Sí, bueno, no, es decir, tenía sueño, pero me he desvelado.

¿Quieres hacer el favor de calmarte? Estás histérica.

Sonsoles acarició su cabello. —Bueno, no te preocupes, si te relajas seguro que te quedas dormida. ¿Necesitas algo?

Necesitaba que todos se fueran a la cama. Y necesitaba a Alex. Pero eso no podía decírselo a su madre.

—Estoy bien, gracias.

—Pues buenas noches, que descanses, princesa.

—Buenas noches, mamá. Que descanses.

Sonsoles se fue entonces cerrando la puerta con suavidad y Malena volvió a quedar tumbada sobre la cama, mirando el techo, preguntándose qué tenía que hacer una en esa casa para tener un poco de intimidad. ¿Y si Alex se había quedado dormida? ¿Y si lo estaba ya? Pero aquello era imposible. Alexia era normalmente la última en irse a dormir. Solía esperar a que los demás estuvieran en sus habitaciones para tener un poco de intimidad en el salón y Malena esperaba que esta vez no fuera diferente.

Aguzó el oído una vez más y le pareció escuchar unos pasos en el pasillo. Su corazón empezó a latir de nuevo con fuerza al pensar que esta vez sí sería Alex.

La habitación que ocupaba Malena era una de las últimas del pasillo y los pasos se escuchaban demasiado cerca para que se dirigieran a cualquier otro sitio. Tres golpes en la puerta. Se volvió a

incorporar como un resorte. Se miró en el espejo. *Estás bien, déjalo ya.* Otros tres golpes. *Qué impaciencia.* Respiró hondo y se colocó uno de los tirantes a mitad del hombro.

—¿Sí? Adelante.

La puerta se entornó, exactamente igual que antes, el tiempo se detuvo, como si pasara más despacio de lo normal. Esta vez contuvo la respiración. Tenía que ser Alex. Le iba a dar un infarto como no entrara pronto. Pero entonces...

—Oye, Male, ¿me dejas unos cascos? Es que los míos se han fastidiado.

Paula. No podía creer su mala suerte.

Sintió ganas de gruñir, pero solo dijo: —Cógelos, están ahí, sobre el escritorio.

—Gracias. Y perdona que te haya molestado, vi que la luz estaba encendida y...

—Sí, sí, no te preocupes —replicó Malena con desgana—. Cierra la puerta al salir, por favor.

Paula cerró la puerta y Malena volvió a dejarse caer sobre la cama. Se lo estaba pasando genial esas vacaciones, pero, de verdad, qué intensidad. Se juró a sí misma que las próximas las pasaría en una casa aislada, en medio de un monte, sin cobertura ni manera de que nadie la interrumpiera. Si tan solo Alexia quisiera ir con ella...

La puerta volvió a sonar. Tres golpes más. No podía creerlo. Malena se tapó la cabeza con la almohada y contestó sumamente airada:

—¿QUÉ? ¿Qué queréis ahora? ¿Un cepillo? ¿Mi cartera? Llévate lo

que quieras, ahí tienes la Visa si la necesitas. Por mí como si retiras todos mis ahorros del banco.

—Perdona —dijo una voz compungida—, no pretendía molestar.

¡ALEX!

Abrió los ojos de golpe, retiró la almohada y se incorporó en la cama, con cara de lunática.

—¡No! ¡Espera, no te vayas!

—Pero si me acabas de decir que...

—Ya, pero no era a ti, era a... Da igual, no tiene importancia. Pero no te vayas.

Alexia arqueó una ceja, como si no entendiera una sola palabra. —*¿Estás segura? Porque puedo volver en otro momento. Yo solo... te fuiste de repente y pensé que a lo mejor había hecho algo mal.*

¿Algo mal? No, no, no. ¿Cómo que algo mal? Se había ido así para que los demás no sospecharan de ellas. Para esperar en su habitación a que todos durmieran y así poder ir al salón para dormir con Alexia. Y ahora ella se pensaba que estaba enfadada por algún motivo estúpido. Oh, no.

Malena se levantó y se acercó para tomarle la mano. —Ven, déjate de tonterías.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

—Claro que no. Solo fingía para que los demás no sospecharan. Como estás tan paranoica con eso...

Alexia pareció suspirar tranquila. Su cara, hasta ese momento un

poco descompuesta, se relajó en una sonrisa. Se miraron fijamente diciéndose todo con los ojos.

—¿Te ha visto alguien entrar?

—Creo que no —dijo Alex—. Esperé hasta que todo estuviera oscuro.

—¿Ya duermen?

—Eso parece. —Alex se encogió de hombros.

Seguían con las manos entrelazadas, pero las dos parecían demasiado tímidas para dar el primer paso. El momento había llegado, pensó Malena, por fin solas. Por fin podía tocarla, besarla, acariciarla sin varios pares de ojos observando en todo momento lo que hacían. Y sin embargo, ahora que estaban solas, sintió vértigo, verdadero pánico. ¿Realmente era eso lo que quería?

Sí.

¿Dormir con Alex?

Sí.

¿Hacer el amor con Alex?

Sí.

—¿En qué piensas? ¿Por qué sonríes? —le preguntó. Había un destello de pánico en sus ojos.

—Ven —le pidió Malena, tirando de su mano y aproximándose a la cama—. No tengas miedo.

Malena sintió que su respiración se aceleraba. La de Alexia parecía también más pesada de lo normal. Mantuvo el contacto visual

hasta que las dos quedaron sentadas en el borde de la cama y entonces le acarició la cara para darle un suave beso.

—¿Estás... segura de esto? Porque no hay ninguna prisa y estamos en casa de mis padres. ¿No prefieres otro sitio? —le dijo Alex con los ojos cerrados, mientras ella trazaba un rastro de besos en su cuello.

Malena se detuvo un momento y la miró fijamente. —Alex, nunca he estado tan segura de nada en mi vida —le dijo—. Y no me importa si estamos aquí o en un hotel de cinco estrellas. Para mí lo especial es tu compañía, no dónde estemos. ¿De acuerdo?

Alexia asintió en silencio y Malena comprendió que, después de todo, aquella situación era perfecta. Quería que sucediese allí, de manera espontánea, sin planes, estaba cansada de planear. Con Bruno siempre lo hacía y se había vuelto aburrido. Pero con Alex todo era una sorpresa, fascinante, incluso algo tan incómodo como plantearse dormir con ella a escasos metros de la habitación de sus padres.

Malena se recostó en la cama y tomó la mano de Alex. La subió hasta sus labios y besó sus nudillos, tratando de recordar la última vez que se había sentido tan segura de algo. Nunca. Con todos los anteriores había tenido dudas, unas más grandes y otras más pequeñas, pero dudas. Con Alexia era diferente. Ella le reportaba una seguridad desconocida. Tenía miedo, pero era de otra clase. Ano gustarle. Adefraudarle. Aque su primera vez fuera un desastre. Pero cuando sus ojos se encontraron por unos segundos, supo que todo iba a estar bien.

Alexia se inclinó para capturar sus labios y aprovechó para

colocarse encima de ella. Se besaron profundamente, casi de manera ruda, sus lenguas librando una batalla a medida que sus respiraciones se volvían más y más pesadas. Sus cuerpos danzaban bien juntos. Encajaban. Como si llevaran años haciendo el amor. Ninguna de ellas parecía sentir pudor, solo un deseo extremo que empezaba a quemarles por dentro y que hizo que sus pezones se erizaran al contacto con las caricias de Alexia. Ese pensamiento cruzó la mente de Malena momentos antes de que Alexia le quitara la camiseta y se peleara para bajarle los pantalones. Estaba casi desnuda, pero lejos de importarle, se sentía excitada. Quería que Alex la mirara con aquellos ojos suyos tan preciosos, quería ver la misma excitación en ellos.

—¿Estás bien? —le susurró Alex al ver que la observaba.

—Mejor que nunca —replicó Malena con una sonrisa.

Ese iba a ser otro de sus problemas. Que nadie las escuchara. Hablaban en susurros, pero Malena sentía que sus respiraciones eran demasiado ruidosas y tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para controlar algunos gemidos cuando Alex la acariciaba.

Estiró los brazos y tomó el borde de la camiseta de Alexia. Cuando consiguió deshacerse de ella y también de su sujetador y los lanzó al suelo con prisas. «Es lo justo, yo casi estoy desnuda», le dijo. Alexia se ruborizó un poco cuando se detuvo unos segundos a observarla con atención. La piel de Alex brillaba, sus pechos eran pequeños y perfectos, sus hombros redondos y femeninos.

La boca de Alex se precipitó entonces con hambre hacia la suya y Malena olvidó cualquier pensamiento que estuviera teniendo. Sintió

que su ropa interior viajaba hacia sus tobillos y pataleó un poco para deshacerse de ella, hasta que las dos quedaron desnudas y fue como una tortura dulce pero dolorosa, sentir su piel cálida rozando plenamente la suya. Se le escapó un gemido involuntario, demasiado alto, cuando Alex usó su pierna para separar las suyas y después empujó su muslo contra su cuerpo. Malena se mordió los labios para controlar el volumen de su voz. Pero estaba tan excitada sintiendo el movimiento del cuerpo de Alex contra el suyo que era difícil permanecer callada.

En ningún momento rompieron el contacto visual. Era como una dulce tortura. Unos segundos después Alexia se movió un poco, separó las piernas de Malena, y colocó sus caderas entre ellas.

—¡Oh, joder! —exclamó al sentirla por completo. Alexia abrió los ojos con terror y Malena se llevó una mano a la boca. Esperaba que su madre no hubiera escuchado eso.

La posibilidad se le olvidó tan pronto Alex comenzó a moverse reanudando esa dulce tortura. Cerró los ojos al sentir sus besos en su cuello mientras, al mismo tiempo, bajaba la mano por su estómago hasta colarse entre sus muslos. Malena estaba excitada. Podía sentirlo por el movimiento de los dedos de Alexia, causando oleadas de calor hasta el epicentro de su cuerpo, notó que le temblaban las piernas. Alexia encontró su boca y volvió a besarla con prisas de nuevo, mientras sus dedos comenzaban a acariciarla. Se perdían en su interior y después volvían a aparecer, para volver a empezar. Sus rodillas se separaron todavía más, como si tuvieran voluntad propia y no quisieran ponerle ningún impedimento a Alexia para que tuviera total acceso a su cuerpo.

Los pechos de Alexia estaban ahora en sus manos. Los acarició y notó sus pezones erectos contra las yemas de sus dedos, pero se sentía incapaz de concentrarse. Cada vez que Alexia la tocaba, Malena sentía que podía estallar de un momento a otro. Su respiración se volvió entrecortada y aprovechaba para respirar cuando Alexia se lo permitía y, joder, dios, lo único que podía pensar es que nunca antes había sentido algo igual. Cuando por fin decidió que ya no podía soportarlo más, estiró la mano para agarrar a Alexia por la muñeca y hacerle saber que estaba muy cerca. Cuando la miró, Malena simplemente le susurró «No puedo más», y dejó su mano libre.

Alexia le sonrió con dulzura y mantuvo el contacto con Malena en todo momento, sin dejar de tocarla ni un instante, observando sus reacciones, deleitándose con los esfuerzos que hacía para no gritar, para que nadie las escuchara. Era como si pretendiera matarla de placer. Las oleadas de calor comenzaron de nuevo, pero esta vez más fuertes, estaba tan cerca que quería gritar. Tomó una bocanada de aire y apretó a Alexia con fuerza contra su cuerpo cuando sintió aquel espasmo, como si acabara de convertirse en una flecha que rasgara el aire con fuerza, y un gemido gutural se escapó de su garganta. Sus músculos se tensaron y Malena arqueó la espalda mientras se sujetaba a Alexia con tanta fuerza que le pareció ver miles de colores explotando contra sus párpados cerrados.

20. ¡Mañana!

La despertó el sonido de la cafetera vertiendo el líquido negro sobre las tazas. Alexia abrió los ojos despacio, estiró los brazos por encima de su cabeza y las piernas. La luz del sol bañaba ya todo el salón. ¿Qué hora era? Tenía que ser temprano, pero se sentía demasiado en paz, serena y cómoda como para levantarse inmediatamente. Imágenes de la noche anterior empezaron a pasar ante sus ojos. Oh, dios... había pasado de veras. No era un sueño. No era un producto de su imaginación. Ella y Malena... Wow. Y había sido fantástico. No perfecto, porque las primeras veces nunca lo eran, pero sí muy cerca. Alex sonrió con nerviosismo.

Rememoró el momento en el que se despidió de ella. Eran las tres de la mañana, había mirado el despertador de la mesita de noche. Malena le rogó que se quedara un poco más, pero la casa estaba sumida en un silencio sepulcral y sus padres tenían un sueño ligero. Cualquier paso en falso los delataría, si es que no lo había hecho ya. Se quedó un poco más, abrazada a ella hasta que Malena se quedó profundamente dormida. La observó en silencio unos minutos. Qué hermosa era. Incluso entonces, tendida en la cama con ella, sus cuerpos abrazados, completamente desnudas, no podía creer lo que acababa de suceder. A eso de las cuatro de la mañana, le dio un suave beso en los labios y se fue al salón, muy a su pesar. Y ahora la saludaba un nuevo día, completamente diferente al anterior. Nada que ver. El escenario era el mismo y, sin embargo, Alexia tenía la sensación

de que las actrices habían cambiado.

Cuando llegó a la cocina, comprobó que eran los padres quienes ya estaban despiertos. Alexia se acercó a ellos con pudor. Tenía la sensación de que cualquiera de ellos podría leerla como un libro abierto. Esperaba escuchar de un momento a otro algo del estilo: «Alguien ha hecho el amor esta noche», pero aunque más silenciosa de lo habitual, tal vez un poco tímida e incluso ruborizada, pasó su primer examen con nota y consiguió calmarse cuando llevaba ya varios minutos sentada a la mesa, rodeada de los mayores, sin ningún comentario respecto a la noche pasada. Mejor así.

—¿Has dormido bien? —se interesó Isabel, untándose una tostada con mantequilla.

—Sí, ya me he adaptado al sofá —replicó Alex.

—Pues yo no he pegado ojo en toda la noche —intervino Sonsoles. Alexia sintió que parte de la galleta que estaba tomando se le quedaba atrapada en la garganta. Escuchó con atención—. No sé qué me pasó ayer, que no conseguí dormir hasta pasadas las cinco. Un horror.

Eso significaba que Sonsoles había estado despierta cuando ella se fue de la habitación de Malena. ¿Las habría oído? Sí, por supuesto. Sonsoles tenía el oído más afinado que un director de orquesta. ¿Pero qué importaba eso ahora? ¿Por qué seguía dándole pánico que los padres descubrieran algo que ya sospechaban?

En ese momento apareció Malena. Estaba más guapa que nunca. Había una expresión nueva en su cara, diferente, radiante, como si desprendiera alegría y buen humor. Alexia la buscó con los ojos y

Malena le sonrió con dulzura. Había entre ellas muchos temas flotando en el aire. ¿Qué harían a partir de ahora? ¿Tenía lo suyo una fecha de caducidad? ¿Se trataba de una aventura de verano y nada más? Cuestiones que antes le provocaban ansiedad, pero que ahora, al mirar a Malena a la mañana siguiente de haber compartido un momento tan íntimo y especial con ella, no podían importarle menos. Tendrían tiempo de hablarlo. Ahora lo único que deseaba era disfrutar del momento, mirarla embobada como lo estaba haciendo y pensar «tu olor todavía está en mi piel y el mío en la tuya y es maravilloso».

—Buenos días, dormilona. ¿Se nos han pegado las sábanas?

—Buenos días, mamá —dijo Malena, inclinándose para darle un beso en la mejilla a Sonsoles—. He dormido estupendamente.

—Se te nota. Tienes otra cara.

Malena sonrió complacida. Le habría encantado saber qué estaba pensando en ese momento.

—¿Tú has dormido bien? —se interesó Male, mientras se servía una taza de café con leche.

—No, fatal. He tenido insomnio toda la noche. De hecho, me pareció haber escuchado algo en tu habitación. Pensé que a lo mejor estabas despierta y estuve a punto de ir.

Alexia notó que se le formaba un nudo en la garganta con estas palabras de Sonsoles.

—Pues no, estaba dormida como un bebé, lo siento —mintió Malena.

—Ya...

Ese “ya” de Sonsoles se quedó colgado sobre la mesa del desayuno sin que nadie lo respondiera. Y Alexia agradeció que su teléfono empezara a sonar justo en ese momento porque le daba una excusa perfecta para levantarse y salir del centro del huracán. «¿Me disculpáis un minuto? Tengo que atender esta llamada». Se levantó y fue al interior de la casa.

—Dime, Charo.

—Hola, bella. Ya tienes el billete. Acabo de mandártelo a tu correo.

—Estupendo. ¿Para cuándo?

—El lunes, a las dos. Te he dejado un poco de tiempo por la mañana porque sé que tienes que desplazarte al aeropuerto.

—¿El lunes? —Alexia arrugó el ceño. Su corazón empezó a palpar con miedo—. Pero eso es dentro de dos días.

—Sí, claro. Cuanto antes mejor, ¿no?

—Podías haberme dado un poco de tiempo para despedirme de mi familia.

—Querida, no me dijiste nada sobre fechas concretas y pensé que, como yo, estarías ansiosa por cerrar cuanto antes ese trato con Rodolfo —la chantajeó Charo.

—Sí, pero...

—Pues no se hable más. Te espero aquí el lunes por la tarde. Ven directamente desde el aeropuerto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Perfecto. Chao, bella. Hasta el lunes —se despidió Charo,

colgando sin más preámbulos.

El lunes... se iba el lunes al mediodía.

Alexia sintió un ataque de pánico. Pero había sido estúpida e inocente. ¿Qué le había hecho pensar que Charo le daría unos días más para despedirse de su familia? Esa mujer no tenía sentimientos. Su corazón era como una viga de cemento. Para Charo lo único importante en ese momento era Rodolfo y cerrar cuanto antes el acuerdo. Por supuesto que no se había detenido a pensar en sensiblerías como la familia o las relaciones sentimentales.

Malena...

Alexia sintió un nudo en el estómago nada más pensarlo. ¿Cómo iba a decirle aquello? Ella sabía que tendría que irse tarde o temprano, pero, claro, no tan temprano. Esto lo cambiaba todo. Apartó la cortina de la ventana y la vio riéndose con sinceridad por algo que le acababa de decir Ricardo. Cómo iba a echar de menos esa risa. Alexia imaginó que se borraría en cuanto le diera las noticias. Notaba los hombros más pesados, como si acabaran de sentenciarla a una condena horrible. Madrid, las horas interminables en metro, la polución, el ruido, Charo, largas jornadas laborales... y todo eso sin Malena.

Malena lejos, en otra ciudad, a tantos kilómetros que si decidían continuar lo que empezaron anoche, tendrían que depender de un ordenador o un móvil. Billetes de tren. Pasajes de avión. Reencuentros en aeropuertos y estaciones. Odiaba lo que estaba pensando. Y odiaba todavía más tener que darle la noticia justo ahora, justo después de la noche anterior. Pero no podía posponerlo mucho más tiempo. Mañana tenía que hacer las maletas.

¡Mañana!

Este pensamiento le hizo sentir tan derrotada que tuvo que sentarse en una de las sillas de la cocina. Tenía la mirada perdida en el dibujo de los azulejos de la pared, estaba tan absorta en sus nefastos pensamientos que no se percató de que alguien había entrado.

Malena.

Se acercó a ella muy despacio, con una sonrisa en los labios que le hizo sentirse todavía más hundida. Malena no imaginaba nada y Alexia no quería arruinar el momento. Se puso en pie y ella le tiró del borde de la camiseta, jugueteando con la tela. Miró por encima de su hombro para asegurarse de que no había nadie y le dio un beso en los labios.

—¿Has dormido algo? —le preguntó Malena—. Me hubiese gustado dormir contigo.

—Amí también.

—Tal vez esta noche puedas escaparte un rato —sugirió mientras acariciaba su mano.

—Suena bien —dijo Alex con un nudo en la garganta.

Quería fingir que no ocurría nada, pero falló estrepitosamente. Malena notó enseguida que algo iba mal. La miró muy seria y arrugó la frente.

—Alex, ¿te pasa algo? ¿Estás bien?

—Sí.. —Alexia se apartó unos pasos y se atusó la melena. ¿Era ese un buen momento? No, no lo era—. Creo que solo estoy un poco cansada.

—¿Seguro que es solo eso? Antes parecías tan contenta y ahora...

—¿Qué?

—Nada. Es como si se te hubiera cambiado la cara. Estás muy seria.

—Male, de veras estoy bien, no pasa nada, de verdad. —Se acercó y le acarició la mano. Intentó cambiar el tono de voz, sonar más animada de lo que en realidad se sentía—: ¿Qué te apetece que hagamos hoy?

—Hmmm... Se me ocurren un par de cosas —dijo Malena, juguetona—, pero creo que para eso necesitaríamos estar solas.

—Sí, eso creo. —Alexia sonrió—. ¿Y aparte de eso? ¿Qué te apetecería hacer?

—Podríamos ir hasta Huelva, no sé, dar una vuelta, pasear un rato. ¿Hay algún sitio al que te apetezca ir?

—La verdad es que no. Me da igual.

—Ya, a mí también.

Las dos se miraron y enseguida se echaron a reír. Parecían unas colegialas enamoradas y tímidas, que se comportaban con rubor cuando la otra estaba cerca. Pero estaba bien así. Alexia pensó que por nada del mundo se perdería estos momentos con Malena, incluso si la amenaza de su inminente viaje pendía sobre sus cabezas. Ya habría tiempo después para abordar ese tema. Porque lo habría, ¿verdad? Quería pensar que sí.

21. ¿No?

Cuando llegaron a la casa, Malena estaba más feliz que nunca. Hacía tiempo que no se sentía así de contenta, desproporcionada, como si acabaran de lanzarla en cohete y la adrenalina hubiese tomado control de todo su cuerpo. Había pasado un día estupendo en compañía de Alexia. Su plan no consistió en nada concreto. Fueron a la ciudad en coche, dieron un paseo, se compraron café para llevar mientras caminaban sin rumbo por la zona del puerto, observaron el mar en silencio, se agarraron de la mano y se dieron besos, rieron cuando dos señoras mayores las miraron con desaprobación, y Malena aprovechó para entrar en unas cuantas tiendas y comprar un par de camisetas. Había sido un día normal, pero también el día perfecto. ¿Eso era el amor? ¿Ser así de feliz con lo cotidiano? ¿No necesitar nada especial, sino tan solo la compañía de esa persona para que todo se volviera apasionante y diferente? Tal vez sí, lo fuera, pero ahora no tenía tiempo para pensar en ello. Habían regresado para darse una ducha rápida, arreglarse e ir a cenar. «Podemos ir a ese restaurante que te gusta tanto», sugirió Alexia, y ella respondió con un sí entusiasmado. Aunque le habría dicho que sí a cualquier propuesta. Solo deseaba estar con ella.

Se robaron un beso en el pasillo y Malena fue corriendo hasta su cuarto. Cogió la toalla para irse a la ducha y sonrió al recordar el día en el que se quedaron encerradas. De eso no hacía tanto, fue al comienzo de las vacaciones, y sin embargo habían cambiado tantas

cosas que le parecía un momento mucho más lejano. Ya tenía seleccionada la ropa que se iba a poner cuando alguien llamó a su puerta y su madre apareció tras ella.

—¿Cómo estás, hija? ¿Qué tal lo habéis pasado? —le dijo.

—Muy bien, pero voy con prisa. Alex y yo vamos a cenar por ahí.

—Lo sé. Isabel me lo ha contado. ¿Pero estás bien?

—Sí, claro que estoy bien, ¿por qué lo preguntas?

Sonsoles puso entonces una mueca extraña. Dijo «No, por nada», pero allí estaba ocurriendo algo. Su madre no aparecía de improvisto en su habitación si no tenía un buen motivo. Su madre no le preguntaba «¿Pero estás bien?» si no había una causa previa de preocupación. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¿Ha pasado algo? —dijo. El corazón de Malena empezó a bombear con fuerza. Tenía un mal presentimiento.

—Eso digo yo —replicó Sonsoles, sentándose en el borde de su cama—. ¿No hay nada que tengas que contarme?

—¿Acaso no lo sabes ya? —Malena la retó con la mirada. Estaba demasiado feliz para tener esa conversación con su madre. Por nada del mundo quería que las tonterías de su progenitora le arruinaran el día.

—Sí, por los ruidos que escuché anoche, creo que me hago una idea...

—Mamá, por favor.

—Pero no es eso lo que me preocupa, aunque no te lo creas. Llevo semanas observándoos, Malena, y después de lo que me dijiste en la

playa... —Sonsoles se detuvo un momento. Puso una mano sobre la otra y suspiró—. Bueno... digamos que he tenido tiempo de hacerme a la idea. Y Alexia siempre me ha parecido buena chica. No tengo absolutamente nada en su contra, ni es eso lo que me preocupa. Me parece bien que hayáis decidido estar juntas.

Vaya... esto sí que era nuevo. Después de todo, su madre les daba su bendición y enterraba el hacha de guerra. ¿Se trataba quizá de una estrategia? Malena entornó los ojos con suspicacia, pero cuando los fijó de nuevo en los de su madre, igual de verdes que los suyos, supo que estaba siendo sincera. ¿Entonces por qué estaba allí?

—¿Entonces? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Supongo que no has hablado con Alexia... Y yo no soy quién de meterme. La verdad es que esperaba que ya lo supieras... Lamento haber venido. Has sufrido tanto, hija. No sé, pensé que necesitarías alguien con quien desahogarte.

—¿De qué estás hablando? ¿Saber qué, mamá? —La voz de Malena sonó un poco crispada.

En ese momento pudo imaginar todo tipo de catástrofes. Si tenía que ver con Alexia, podía ser una ex, la de la planta, por ejemplo, que se hubiera presentado de repente o hubiera decidido volver con ella. Pero no podía ser eso, su madre no sabría una información así. Pensó entonces en otras posibles causas. Alex no la quería. Alex le había dicho a alguien que en realidad estaba jugando con ella. Alex... y entonces se detuvo, como si acabara de ver una señal luminosa gigantesca. Empalideció y su gesto se volvió serio, sus labios formaron una gran "o".

Se iba. Alexia se iba. Pronto. Y su madre lo sabía porque Isabel se lo había comentado. ¿Por qué? ¿Por qué Alex no se lo había dicho?

Soltó la toalla que tenía entre manos, mientras Sonsoles se levantaba despacio, con gesto preocupado.

—Supongo que ya lo has imaginado tú sola... —dijo su madre.

—Sí, me hago una idea.

—Lamento ser portadora de malas noticias, hija. Yo solo... Como te he dicho, me quedé un poco preocupada al saber la noticia. No esperaba que fuera tan pronto.

—¿Cuándo?

—El lunes.

Malena desvió la mirada hacia la ventana. Las lágrimas empezaron a asomar tras sus párpados, pero se negaba a llorar, no iba a hacerlo delante de su madre ni tampoco delante de Alex. Era absurdo. Todavía se estaban conociendo y lo suyo no tenía ningún sentido, ella lo sabía mejor que nadie.

—¿Te importa dejarme a solas un momento?

—Claro que no. Estaré en el jardín, por si me necesitas.

—Gracias, mamá. No será necesario.

—Y lo siento muchísimo. De haberlo sabido...

—No te preocupes. No pasa nada. Ahora solo quiero estar sola un rato.

—De acuerdo. —Sonsoles fue hasta su hija y depositó un tierno beso en su frente. Después cerró la puerta a sus espaldas y

desapareció para dejarle un poco de intimidad.

Su primer impulso fue fingir que no había pasado nada. Ir a la cena, aguantar el tirón, y permitir que Alex se lo contara cuando estuviera preparada. Esto habría sido lo correcto. Una actitud adulta y serena. Pero Malena era una mujer apasionada y a veces esa pasión le gastaba malas pasadas, por lo que a los pocos minutos de quedarse sola en su cuarto, salió de él como una bala recién disparada y fue al encuentro de Alex.

Buscó en el salón, pero no estaba, y en el jardín, donde tampoco y además tuvo que ser maleducada con su padre, que intentó detenerla para decirle algo. Malena no tenía tiempo para esto. Necesitaba encontrar a Alex y hablar con ella cuanto antes.

—¿Dónde está? —le preguntó a Isabel de malas maneras.

—¿Quién?

—Tu hija.

—Ha salido a pasear a la perrita. Volverá enseguida. Pero ¿por qué? ¿Te pasa algo, hija?

Malena no contestó. Se lanzó a la calle como si supiera el camino que había tomado Alex para pasear con la perra y se la encontró unos metros más allá, en la esquina, recogiendo los excrementos de Lana. La perra meneó el rabito tan pronto advirtió su presencia, pero Malena no tenía tiempo para juegos.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —vociferó cuando estaba todavía a cincuenta metros de ella.

Alexia se tensó visiblemente, asustada. Su rostro cambió de una

radiante felicidad a una miserable preocupación. Retrocedió unos pasos como si temiera ser agredida.

—¿Cuándo, Alex?

—¿Quién te lo ha contado?

—Eso no es importante. ¡Te vas! ¡En dos días! ¡Y soy la última en enterarme!

—Sí, yo... No quería arruinar el día, Male...

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿Desde la estación? ¿O tal vez desde el aeropuerto?

—No te pongas así —dijo Alexia, que intentó agarrarla por el brazo, pero Malena se apartó con disgusto al ver que todavía tenía en la mano la bolsa con las deposiciones de Lana—. Mierda, espera a que tire esto. —Alex fue hasta una papelería cercana y regresó con las orejas gachas—. Pensaba decírtelo, en serio... Pero no sabía cómo. Me he enterado esta mañana.

—Por eso estabas tan rara...

—Sí.

Malena se cruzó de brazos. Quería calmarse, pero no lo conseguía. Sabía que Alex le estaba diciendo la verdad, que no lo había hecho adrede, que ella también estaba dolida, y sin embargo, se encontraba furiosa, fuera de sí, y el pensamiento de haber sido solo un juego para Alexia empezó a apoderarse con fuerza de ella. Tenía el corazón roto. ¿Es que no podía verlo? ¿Por qué seguía allí, mirándola como un pasmarote?

—¿Qué soy para ti, Alex? ¿Un juego? ¿Es eso?

—Sabes perfectamente que no...

—No, no lo sé. Solo sé que un día te acuestas conmigo y al día siguiente estás haciendo las maletas.

—Eso no es justo... ¡Sabías que tenía que irme! ¡Llevo días diciéndotelo!

Vale, bien, eso era verdad, pero no se esperaba en absoluto esa noticia. ¡Dos días! Estaba preocupada. Quería tener una relación con Alexia que se sostuviera en algo más que una noche apasionada, pero esto no les dejaba tiempo suficiente como para establecer una base sólida. ¿Y ahora qué? Solo faltaban dos días para el lunes. ¡Dos! Y apenas habían resuelto nada entre ellas. Nada. No había podido demostrarle nada a Alex y seguramente nada más llegar a Madrid se olvidaría de ella. Empezarían llamándose con frecuencia, pero las llamadas se distanciarían cada vez más y entonces...

—Lo siento, Alex... Yo...

—¿Tú qué? —dijo Alex, ahora parecía enfadada—. Tengo que ir, ¿vale? Es mi trabajo.

¿Por qué le hablaba así? De pronto fue como si se hubiera vuelto repentinamente otra Alexia, la desagradable y hermética mujer llena de inseguridades con la que se topó su primer día en aquella casa.

—Ya lo sé. Y entiendo que tengas que marcharte, pero entiende tú que a lo mejor no es esto lo que quiero para mí.

Alexia bajó la cabeza y miró el suelo, como si estuviera a punto de llorar y quisiera esconderlo.

—Yo tampoco me esperaba que fuese tan pronto —dijo de repente

— Pero tengo que hacerlo. Ahora no puedo decir que no. Male...

Alexia la miró a los ojos, pero Malena estaba demasiado afectada, demasiado confusa, y retiró la mirada sin saber qué decir. Alex intentó cogerle la mano, pero ella no se lo permitió.

—¿Qué?

—Que deberíamos hablar...

—No, Alex, no hay nada de lo que hablar. Ayer me sentí feliz y hoy...

—¡Y yo también! ¡Yo también me sentí feliz! —dijo Alex, tratando de buscar las palabras para hacerle entrar en razón. Malena quería, de veras que sí, pero todo aquello se le quedaba grande. La distancia, su marcha apresurada... a lo mejor no estaba tan preparada para esto como había pensado. Le había encantado, había conectado con Alexia como no lo había hecho con ninguna mujer o incluso con ningún ser humano, pero estaba en estado de shock y no sabía cómo salir de él. Una lágrima empezó a rodar por su mejilla y Alexia se la retiró con los dedos—. Por favor, no llores. Tiene que haber alguna manera de arreglar esto. No puede ser que acabe así.

Malena no podía dejar de llorar, para ella Alex era en ese momento lo más importante de todo, su primer pensamiento al despertar y el último antes de cerrar los ojos. Era lo más bonito que le había sucedido en mucho tiempo.

—Male, escúchame... Mírame, deja de llorar, por favor.

Levantó la vista y se miraron un momento.

—¿Qué quieres, Alex?

—Que me tenga que ir no implica que nos distancieemos. Podemos,

no sé, seguir con esto. Despacio. Podemos ir viendo cómo nos sentimos, ¿no?

Alex sonrió de manera melancólica y Lana empezó a ladrar. Siempre lo hacía cuando sentía tensión a su alrededor. Malena quiso abrir la boca para contestar, el “¿no?” de Alex retumbando en su cabeza. Quería decirle que sí, que podían intentarlo, que sería fuerte, que podían lograrlo, pero se sintió débil y cobarde y cuando miró a Alex tenía claro cuál sería su respuesta.

22. ¡No!

Alexia apartó la mirada del gran ventanal que dominaba la estructura central de la oficina. No se veía nadie en la calle, el calor se había llevado por delante coches, peatones y toda clase de vida. Se quedó ensimismada un momento en la escena cotidiana del bloque de edificios de enfrente. Una chica descorría las cortinas, se desperezaba, como si acabara de despertarse. Ahora se iría a preparar un café, tal vez té, y Alexia pensó que había dos clases de personas diferentes: las que toman té por las mañanas o las que necesitan una buena dosis de cafeína para empezar la jornada.

Escuchó una voz a sus espaldas:

—Charo te está esperando en la sala de conferencias.

Alexia asintió con la cabeza, un poco resignada. Se plisó los pantalones y aspiró hondo. Estaba preparada, llevaba meses diseñando aquella campaña. Rodolfo estaría contento. Y sin embargo, nada de esto conseguía elevarle el ánimo. Su mente estaba en otra parte y por más que intentaba traerla de vuelta, no conseguía centrarse.

¿No?

No.

¿Por qué no?

Porque no.

Seguía doliendo igual que aquel día. No hacía mucho de ello, tal vez ese fuera el motivo, que no había pasado tiempo suficiente, que su piel todavía estaba morena, que a veces le parecía poder escuchar la brisa marina o sentir el olor del mar golpeándole la cara. Pensó que las cosas mejorarían, empezaría a sentirse mejor, poco a poco, aunque en ese momento no sabía cómo ni cuándo.

Miró su teléfono móvil antes de entrar en la sala de reuniones. Este gesto lo repetía a menudo, sin saber por qué. En principio esperaba un mensaje o una llamada. Malena se lo habría pensado mejor, le pediría perdón por el último día, le diría que había sido una tonta por dejar que se fuera de aquel modo tan triste y desolador, sin una despedida, sin nada, dejando todo flotando en el aire.

Recordó haber hecho el intento de despedirse de ella la noche previa a su partida. Llamó a su puerta pero se encontró la habitación vacía y su corazón se hundió. «Se ha ido a pasar la noche con unas amigas», oyó que le decía alguien. Alex se giró y vio a Sonsoles parada en medio del pasillo. Parecía preocupada o triste, al igual que lo estaba ella. Asintió y se fue al sofá cama, aunque no consiguió pegar ojo en toda la noche. Ala mañana siguiente, Malena tampoco estaba. Seguía en casa de esas amigas, quienes quiera que fueran. Y eso fue todo. Unos días después sin noticias suyas. Casi como si se hubiera muerto.

¿No?

No.

¿Por qué no?

Porque no.

Alexia abrió la puerta de la sala de conferencias. Charo se levantó a recibirla con una sonrisa de oreja a oreja. Rodolfo estaba justo detrás. Se atusó la perilla, siempre lucía perilla, él también sonrió.

—¡Querida! ¡Te estábamos esperando! Ven, toma asiento, ya está todo preparado.

Sobre la mesa, el dossier que Alexia había estado preparando durante meses. Rodolfo le estrechó la mano y la apretó con efusividad. Parecía complacido de tenerla allí, como si solo se fiara de ella. Al mirar a Charo, comprendió los recelos de Rodolfo. Era difícil fiarse de alguien como ella.

Su jefa pidió que les sirvieran café y unos pastelitos. Era temprano, el día no había hecho más que empezar, y le vendría bien algo caliente para despejarse, puesto que sentía la cabeza embotada, como si no fuera capaz de pensar con claridad.

—Bueno, ¿qué os parece si empezamos? —propuso Charo.

Los otros dos asintieron. Alexia empezó a hablar, pero su tono sonó mecánico, desapasionado, como un robot o una máquina que hubiera memorizado el texto. Llevaba meses trabajando en aquella campaña y le sorprendió sentir que no podía importarle menos en ese momento. Le pareció ver que Rodolfo la miraba con preocupación, pero estaba hecho, incluso entonces Alexia sabía que su presencia era suficiente para venderle aquella campaña al cliente. Una persona como él no estaría allí sentado, perdiendo su tiempo millonario, si no estuviera realmente interesado en su propuesta. Se dio prisa, aunque incidió en los puntos más importantes, y en menos de veinte minutos ya estaba hecho. Un apretón de manos. Una sonrisa. Charo encantada. Rodolfo

se fue dando instrucciones de que a la mañana siguiente mandaría a alguien de su equipo para fijar los detalles. Podían empezar ya. «Mejor cuanto antes», dijo. Se despidieron de él en la puerta y esperaron a que el ascensor llegara. Cuando volvieron a cerrar la puerta, Charo dio un grito de emoción.

—¡Has estado estupenda, bella! Ni yo podría haberlo hecho mejor.

Alexia pensó que eso lo decía porque la reunión había sido un triunfo, pues su exposición había sido la peor que jamás hubiese hecho, incluso alguien tan zoquete como Charo podía verlo. Le replicó con un tímido «gracias». No podría haberle importado menos.

—Ven, vayamos a mi despacho a charlar sobre ese ascenso, ¿oui?

Alex asintió y siguió los pasos de Charo. Listo. Su deseado ascenso. Era suyo. Lo había conseguido. Pensó en llamar a su madre para comentárselo. Y también a Carla. Eso es lo que habría hecho en otra época. Y sin embargo, no sintió ningún deseo de hacerlo. No sintió nada en absoluto. El ascenso le daba exactamente igual, como si no hubiera estado trabajando los últimos años de su vida para ello. Se preguntó el porqué de esta desazón, pero conocía de sobra la respuesta, aunque en el fondo de su ser no quisiera decirla. Ni en voz alta ni en voz baja. Era mejor así. Fingir que no la sabía. Fingir no saber absolutamente nada. Fingir que estaba muerta, al igual que lo estaba ella.

Se sentó en la silla frente al escritorio de Charo y la miró como si de veras la estuviera escuchando. Ella habló, habló y habló. Escuchó frases como «a partir de ahora quiero que seas mi sombra, mi mano derecha» y «formamos un gran equipo juntas, bella», pero no fue

capaz de procesar correctamente ninguna de ellas. Cuando la reunión terminó fue como si no hubiera estado allí. Como si no estuviera en ningún sitio en absoluto. La nada.

¿No?

No.

¿Por qué no?

Porque no.

23. El mejor regalo

Sonsoles iba un poco retrasada en sus compras. Calculó mal el tiempo por no haber previsto las largas colas que esos días se formaban en los centros comerciales. Pero había quedado en cinco minutos y no quería posponer a última hora el café. Le mandó un mensaje a Isabel para hacerle saber que iba a llegar un poco tarde. Tenía que cruzar todo el centro comercial y había tanta gente que pronto se vio a sí misma haciendo curvas para no chocarse. Le faltaba resuello cuando llegó a la cafetería acordada.

—De verdad. Hay veces que odio estas fechas —dijo, resoplando.

Isabel sonrió y le indicó que se sentara a su lado. Tenía ya un café frente a ella. Sonsoles colocó su bolso en una silla libre y le hizo una seña al camarero.

—¿Has acabado ya las compras? —se interesó Isabel.

—Casi. Me queda el regalo de Malena y el de los padres de Ricardo. Aunque no sé para qué me molesto, si nada de lo que les compro les gusta. Creo que los regalos que les hicimos el año pasado siguen con el envoltorio puesto —bromeó Sonsoles.

—Bueno, mujer, ya se sabe cómo son los suegros. El mío también es un poco cascarrabias. Desde que Mercedes murió, no hay quien le aguante.

—Tienes razón. —Sonsoles suspiró y le pidió un té al camarero, que acababa de acercarse en ese momento—. Y cuéntame, ¿cómo va

todo? ¿Las niñas? ¿Alexia sigue igual?

Isabel asintió. —Igual. No quiere hablar del tema. Me dice que está bien, pero no me creo ni una palabra. Suena muy triste al teléfono.

—Igualita que Malena. Cada vez que le pregunto, me cambia de tema —afirmó Sonsoles—. Es tan cabezona... A veces pienso que no sé a quién ha salido, de verdad.

—¿Vendrá a pasar las fiestas con vosotros o vais para allá?

—Se viene. Teníamos pensado coger un billete para pasar la Navidad allí, pero al final Ricardo no tiene días libres y lo celebraremos aquí.

—¿Con tus suegros? —se interesó Isabel, sonriendo de medio lado.

—No. Ya le he dicho a Ricardo que si no vamos a ir de viaje este año, la condición es que al menos pasemos la Nochebuena sin tener que amargarnos. Estaremos solos los tres. Va a ser un poco extraño ser tan pocos, pero creo que lo prefiero así. Supongo que a sus padres los visitaremos la mañana de Reyes. ¿Qué hay de vosotros?

—Un poco lo mismo. Mis padres se van a Granada a pasar las fiestas con mi hermana. El hermano de José estará este año con su padre, en Sevilla. Y mis hermanas van a lo suyo. Así que estamos solo los cuatro.

Sonsoles le dio un sorbo a su té distraída. En ese momento su mente estaba en blanco, pero muy pronto empezó a llenarse de ideas, planes, tal vez absurdos, pero ¿y si no lo eran? Miró a su mejor amiga, tratando de saber hasta qué punto ella se implicaría. Puede que a Isabel no le hiciera ninguna gracia o le molestará el papel de

casamentera. Pero sabía que estaba tan preocupada por Alexia como ella por Malena. Las chicas parecían más infelices que nunca y una madre quería lo mejor para su hija. Dejó la taza sobre el platillo, se limpió la boca con una servilleta y sonrió.

—¿Y si lo celebráramos juntos? —propuso—. Vosotros estáis solos y nosotros también. Puede ser una buena manera de pasar las fiestas.

—¿Tú crees? —dijo Isabel, un poco recelosa—. ¿No les sentará mal a las chicas? Yo no quiero problemas, Sonsoles, que al final somos nosotras las que salimos mal paradas de todo esto.

—No digas tonterías. Las chicas tendrán que adaptarse a lo que haya, que para eso somos sus madres. Si queremos que las dos familias pasen la Navidad juntas, no veo por qué deberíamos evitarlo por sus riñas de colegialas.

—Sonso, no sé...

—¿Qué tenemos que perder? ¿Tú ves bien a Alexia?

—No, por supuesto que no.

—Pues yo tampoco veo que Malena sea muy feliz. Si se acaban peleando, no puede ser mucho peor que ahora. Se echan de menos, Isa, estoy convencida de ello. Y a lo mejor nosotras podemos ayudarlas.

Isabel sonrió de medio lado. —Siempre te ha gustado hacer de casamentera. Todavía recuerdo cuando te ibas del cine para dejarnos a José y a mí solos...

—Y no se me dio tan mal, ¿o sí? —bromeó Sonsoles.

—No, la verdad es que no —convino Isabel con una carcajada.

Si no hubiera sido por estas estratagemas de su amiga, tal vez ahora no estaría casada con José. Quién sabe. Y puede que Sonsoles tuviera razón. Le parecía un poco inmaduro por su parte tenderles esta trampa a sus hijas. Alo mejor se estaban metiendo donde no las llamaban. Pero tal y como acabó su historia... era muy triste. Como un vestido hecho a medias. Como una bufanda inacabada. La historia de Alexia y Malena necesitaba un final, el que fuera, y a Isabel le pareció entonces que tenían la oportunidad de ayudarlas a trazar uno. Si al final decidían no estar juntas, nada cambiaría demasiado. Sería como hasta ahora. Una viviendo en Madrid y la otra en Barcelona, sintiéndose un poco grises y miserables. ¿Qué tenían que perder?

—¿Qué me dices?

—No lo sé, estoy pensando —dijo Isabel, casi convencida—. Me parece una chiquillada. ¿Dónde has visto tú a dos madres ejerciendo de casamenteras entre sus hijas? Es una locura.

—Lo es y por eso tiene sentido —afirmó Sonsoles.

—¿Tú crees?

—Venga, mujer. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Que Alexia deje de hablarme para siempre. Que Malena se enfade contigo —propuso Isabel con cara de preocupación. Por nada del mundo quería que eso ocurriera—. Que nuestros maridos piensen que hemos perdido el juicio.

Sonsoles rio con ganas. Le hacía gracia el comentario de sus respectivos maridos. *Como si no nos conocieran*, pensó en ese momento, divertida. José y Ricardo estaban más que acostumbrados a su manera de proceder. En el fondo era como si apreciaran estas

pequeñas locuras e intromisiones de sus mujeres. Se conocían de sobra. Ya llevaban muchos años de convivencia a sus espaldas, así que eso no era problema. Como mucho les dirían: «¿Pero queréis dejar a las chicas en paz, por todos los santos?». Y ya está. La cosa no iría a más.

Con las chicas era un poco diferente... Sonsoles sabía que no tenían ningún derecho a hacerles esta encerrona o a meterse de este modo en sus vidas. Eran adultas para resolver sus problemas personales como consideraran oportuno. Pero, por otro lado, tampoco era como si les fueran a obligar a estar juntas. Simplemente les proporcionarían un escenario seguro, familiar y tranquilo en el que pudieran volver a verse y hablar de sus cosas. Una cena en Nochebuena, la fecha perfecta. La sensibilidad afloraba en Nochebuena. Si lo dejaban por su cuenta, era muy probable que ni Malena ni Alexia hicieran el esfuerzo necesario para verse y quedar. Pero de este modo no les quedaría otra opción. Y ya llegarían ellas por su cuenta a la decisión que desearan, en eso sí que no iban a meterse. Se enfadarían con ellas, eso por descontado, pero a fin de cuentas eran sus madres... ¿Podía una hija retirarle el saludo a una madre por eso? Sonsoles quería pensar que no y así se lo hizo saber a su amiga.

—Yo, desde luego, no dejaría de hablar a mi madre por algo tan nimio. Creo que no deberías preocuparte por eso —le explicó.

—Sí, tal vez tengas razón. Bueno, podemos intentarlo. Solo espero que tengamos una cena tranquila. No me fio nada de ellas.

—Saldrá bien, ya lo verás. Oh, qué bien. Le voy a decir a Ricardo que cambiamos el plan.

—¿Se lo vas a contar a Malena?

—¡Ni loca! ¿Tú a Alexia?

—No. Prefiero que se encuentre con la sorpresa una vez que ya esté aquí. Si se lo cuento ahora, a lo mejor se queda en Madrid.

—Perfecto. Entonces tenemos un plan. En mi casa, ¿a las ocho?

—Hecho. Cuenta con nosotros allí —dijo Isabel, tachando de su lista ir al supermercado. Llevarían unas botellas de vino a casa de Sonsoles y Ricardo, tal vez unos canapés.

Incluso entonces tuvo la sensación de que aquella Nochebuena sería inolvidable, aunque no estaba segura de si en el buen sentido o en el peor de todos... Ya se vería. Ahora las cartas estaban echadas y no había vuelta atrás.

Malena llevaba en la maleta su vestido rojo y su nuevo abrigo negro. Estaba feliz por volver a casa. Sonrió al ver las luces navideñas y se fijó en la gente que paseaba alegremente con sus regalos. El semáforo se puso en verde y el taxi comenzó a rodar. Pensó que nada más llegar a casa tendría que darse un buen baño, vestirse y ayudar a sus padres. Había traído cava, aunque su padre se mostraba reacio y prefería el champán, y unos dulces catalanes muy ricos.

Se imaginó la mesa puesta, la calefacción encendida... Tenía ganas de estar en su casa, de olvidarse del trabajo, los compañeros, el hospital, los enfermos, el reloj, las prisas, el metro... Quería estar con

sus padres, sentirse cuidada y protegida por ellos.

Se acordó de Alex al pasar junto al colegio en el que estudiaron juntas. Ahora Alex le proporcionaba otros recuerdos muy diferentes. Su piel, sus labios, el contacto de sus manos. Pero ¿qué importaba eso? Ni siquiera la había llamado, aunque ella tampoco se había atrevido a hacerlo.

Malena se arrepintió muchas veces de aquella decisión, pero le asustaba tener que despedirse de Alex, fue más fácil pararlo todo a tiempo. Así no habría compromisos, ausencias ni miedo. Era mejor frenar las cosas antes de destrozarlas del todo. Aunque no había dejado de pensar en ella ni un solo día. El problema era que Malena no podía enfrentarse a todo aquello sola y Alex, por motivos laborales, había tenido que abandonar la escena justo cuando más la necesitaba. Porque se había sentido completa estando entre sus manos, y después sola y paralizada. Así que había decidido seguir sin ella, por mucho que la echase de menos.

El taxi se detuvo cerca de la casa de sus padres. Después salió con su equipaje en dirección al portal. No encontró las llaves y llamó al timbre. La voz de su madre le sacó una enorme sonrisa.

Nada más abrir la puerta vio un enorme árbol de navidad y oía a mazapán y a almejas a la marinera.

—¡Cariño, pero qué guapa estás! —exclamó su padre nada más verla.

Sonsoles corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

—Mi niña, estás preciosa. Anda, pasa, estoy preparándolo todo.

—Qué guapos estáis vosotros también.

Malena dejó las cosas en su dormitorio y fue a la cocina a picar algo.

—Guau, qué de comida, ¿piensas matarme con todo esto?

—No, cariño, tendremos invitados.

Frunció el ceño, no le apetecía nada recibir a sus tías. Quería estar completamente relajada.

—No sabía que vendrían las tías y los niños...

—Anda, ve a ducharte, descansa un poquito si quieres y no te preocupes por nada. Ya me ocupo yo, lo tengo casi todo hecho —le ordenó su madre ajustándose un delantal.

Malena desapareció por el pasillo con cierto cansancio, mientras se desnudaba. Estaba agotada de las urgencias de Navidad en el hospital y quería darse una larga ducha. Luego descansaría un poco y a media tarde ayudaría a sus padres a prepararlo todo para la cena. Le apetecía ver a sus tías, pero lo cierto es que estaba de un humor taciturno. A decir verdad, llevaba meses soportando una zozobra extraña. Nada le hacía ilusión, nada conseguía despertar realmente su interés. Sus días pasaban como páginas en blanco arrancadas del calendario. Dormir, comer, ir a trabajar, funciones básicas, eso era todo. Pero le vendría bien un poco de espíritu navideño, compartir un momento con la familia. Reírse. Oh, cuánto necesitaba reírse. A veces pensaba que se le estaba olvidando cómo hacerlo.

Cayó rendida en su cama tras una larga ducha. Las sábanas olían estupendamente bien y le costó reaccionar. Ni siquiera sabía qué hora era, pero se incorporó a duras penas y empezó a vestirse para la cena. Miró el teléfono. Tenía varios mensajes de amigos suyos deseándole

feliz navidad. También uno de Bruno, muy cariñoso, le deseaba las mejores fiestas en compañía de los suyos. Le respondió con la misma ternura. No se habían visto desde su ruptura, pero mantenían el contacto en ocasiones especiales y en el fondo Malena sabía que el sentimiento de cariño y ternura era mutuo. Habían pasado demasiados años juntos como para romper de malas maneras y le hacía sentir reconfortada que fuera así.

Veinte minutos más tarde escuchó el timbre de la puerta. Y luego gente que entraba y se felicitaba las fiestas. No fue capaz de reconocer ninguna de las voces, pero encendió el secador de pelo y dejó de escuchar aquel murmullo. Estaría lista enseguida y saldría a saludarles con la mejor de sus sonrisas.

Toc, toc, toc.

—Ya voy, mamá, estoy acabando.

—No soy tu madre. Pero quiero hacer pis.

Aquella voz le resultaba muy familiar. Malena arrugó la frente y detuvo el secador. ¿De qué le sonaba? Se quedó unos segundos pensándolo, con la mirada fija en el espejo, hasta que la realización empezó a escribirse en su cara. Pero aquello no podía ser... era imposible... ¿Qué estaba sucediendo? Abrió muy despacio la puerta del baño y la vio allí, sonriéndole.

—¡Hola! ¿Has acabado ya? Me estoy meando.

—Paula... ¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Qué barbaridad, Malena, estás guapísima. ¿Puedo entrar ya? En serio que me meo.

La menor pasó entre el hueco de la puerta obligándole a abandonar el cuarto de baño y Malena se quedó temblando en el pasillo, sin saber cómo reaccionar. ¿Qué hacía Paula allí? ¿Significaba eso que vendrían los demás? ¿Y Alex? ¿Ella también?

Malena trató de utilizar este tiempo para digerir lo que estaba ocurriendo. Aguzó el oído. Se escuchaban voces en la cocina. Le pareció oír la de José e Isabel. ¿Por qué nadie le había informado de esto? ¿Y dónde estaba Alex?

¿Estaba?

Las cosas habían acabado tan mal entre ellas que Malena empezó a sentir un temblor en las manos. ¿Qué iba a hacer si Alex estaba allí, en su casa, el día de Nochebuena? Nada. No podía hacer nada tres meses más tarde. La única opción era salir huyendo, pero la descartó de inmediato. Tenía ganas de ver a Alex, abrazarla y preguntarle cómo estaba, pero no estaba segura de que ella se sintiera igual. Tras su comportamiento en verano, Malena estaba casi convencida de que Alexia no querría verla ni hablar con ella. Ni siquiera se había despedido. En ese momento le pareció que era mejor así, pero ahora... ¡Menuda cena de Nochebuena les esperaba!

Malena se fue a su habitación mordiéndose las uñas. Estaba muy nerviosa. Sonsoles, que conocía muy bien a su hija, y sospechando que ya se había producido un encuentro con la menor, fue a buscarla a su dormitorio. Se la encontró muy seria, paseando ausente por el centro de la habitación. Malena la miró entonces como si deseara asesinarla.

—¿Por qué me haces esto, mamá? —le espetó—. ¿Va a venir ella

también?

—Vamos, Malena... No seas dramática. No pasa nada, solo es una cena.

—¿Solo es una cena? Mamá, tú mejor que nadie sabe cómo acabó todo...

—Y por eso creo que tenéis la oportunidad ahora de aclarar las cosas, salgan como salgan.

—¿Dónde está? ¿Ha llegado ya?

En ese momento se escuchó la voz de Isabel, llamándolos a todos para que fueran al salón a comer unos cuantos canapés. Al no obtener respuesta, Malena se puso más nerviosa todavía. Fue hasta el armario y sacó su abrigo.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?

—Adar una vuelta. Necesito respirar —replicó Malena de malas maneras. Quería posponer cuanto antes el momento de ver a Alex, ordenar sus pensamientos previamente.

Utilizó la puerta de servicio para salir sin que nadie se percatara de ello. Llamó el ascensor y lo esperó con un tic nervioso en la pierna. El edificio estaba en silencio, como si todas las familias se encontraran ya en el interior de sus casas, preparados para celebrar la Navidad, o se hubieran ausentado para celebrarlo en otro lugar. Se metió en el ascensor y sacó un cigarrillo que tenía en el bolsillo. Ella no fumaba, pero el día anterior un compañero suyo le había pedido que sujetara su cajetilla y esta se había quedado en el bolsillo de su abrigo. En aquel momento le servía cualquier cosa para calmar sus nervios. ¿No decían que fumar provocaba eso? Con dedos temblorosos sacó

también el mechero de la cajetilla, justo cuando el ascensor se detuvo en el primer piso. Empezó a encender el cigarrillo en su interior, estresada. Estaba tan concentrada en encenderlo que en un principio no comprendió el golpe que se escuchó cuando empujó con ímpetu la puerta del ascensor para que esta se abriera. Pero entonces lo comprendió todo.

Alex. Un chichón. Le había dado un fuerte golpe en la frente con la puerta del ascensor.

Malena abrió los ojos aterrorizada. Llevaba tres meses sin verla ¿y así iba a ser su reencuentro? Ella con un cigarrillo en los labios, expresión de terror. Alexia con un chichón en la frente porque le había dado una patada a la puerta del ascensor para que se abriera. Por dios santo... ¿Qué más podía salir mal?

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —dijo Malena, intentando ayudarla y tirando el cigarrillo al suelo.

Alexia no respondió en un primer momento. Solo la miró anonadada, como si estuviera mareada o confundida. Apretaba la frente con la mano y en la otra tenía una botella de vino.

—¿Cuántos dedos tengo? —Malena le mostró tres dedos.

—Seis.

—¿Seis? Creo que deberíamos llevarte al hospital. ¿Te mareas? ¿Puedes caminar en línea recta?

Alexia sonrió en ese instante. —Estoy bien, Malena. Me estaba quedando contigo.

Malena sintió ganas de estrangularla. ¿Es que no podía ver que no

era momento para bromas?

—Muy graciosa —le dijo.

Alexia se encogió de hombros y aprovechó la botella que llevaba en la mano para ponérsela en la frente. El alivio se reflejó en su cara de inmediato.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió Malena, un poco enfadada. Su corazón latía con fuerza por tener a Alex tan cerca. Estaba feliz, pero también furiosa. No le gustaba ser objeto de un complot como aquel.

—Fui a buscar esto al coche. Mi padre se la olvidó —comentó Alexia, agitando la botella frente a su ojo.

—No me refiero aquí, ahora, sino en mi casa.

—Pues lo mismo que tú, supongo. No creas que me ha hecho ilusión. Me dijeron que íbamos a casa de mi tía, me enteré hace unos minutos, cuando mi padre aparcó el coche en tu barrio —se lamentó Alex.

—Ha sido una emboscada de mal gusto.

—Sí, eso parece.

—Pues no te veo muy preocupada por ello —refunfuñó Malena, cruzándose de brazos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Tengo acaso otra opción? ¿La tienes tú?

—No...

—Pues eso digo yo. Y ahora, ¿podemos subir ya? Quiero mirarme

este chichón. Me está doliendo muchísimo —sugirió Alex con cansancio.

—Ve subiendo tú, yo iré enseguida.

—Como quieras.

Malena la vio meterse en el ascensor y se quedó sola en la oscuridad del portal. Cogió la colilla que antes había dejado en el suelo, la apagó y la llevó a una papelera cercana. Ya no le apetecía fumar. Ahora lo que quería era desvanecerse y eso no podría hacerlo con una caja de cigarrillos. Deambuló unos minutos frente al portal de la casa de sus padres. Saludó a los invitados de unos vecinos que venían cargados con una bandeja de canapés y botellas de vino. Si no subía pronto, sería su madre quien bajaría a buscarla, Malena estaba segura de ello. Además, su comportamiento empezaba a ser ridículo. Ella era una mujer adulta, madura, no debía entrar en pánico por tener que pasar una cena en compañía de alguien con quien ni siquiera había tenido una relación. Era solo... una aventura de verano, ¿no? O algo así. Por lo que debía aplacar un poco sus nervios, calmarse, subir y actuar de manera normal. Estaba en su casa, después de todo, era su territorio, así que la que tendría que estar nerviosa era Alexia, no ella. Con este pensamiento en mente, suspiró hondo y rehízo el camino de vuelta.

Ya estaban todos en el salón cuando regresó. José la saludó con una bandeja de canapés en la mano. Malena rechazó comer nada, tenía el estómago cerrado. Saludó a Isabel y también a Paula.

—Alex vendrá enseguida, está en el baño. Dice que se ha dado un golpe —le informó Isabel.

—Lo sé, nos hemos visto abajo, en el portal. Ya nos hemos saludado.

Estas palabras fueron recibidas con un silencio sepulcral, como si ninguno de los presentes supiera qué decir. Malena imaginó que estarían deseando hacer decenas de preguntas. «¿Y cómo ha sido el reencuentro?» «¿Os habéis matado ya?». Pero todos guardaron silencio, a excepción de Paula, claro, que no quiso dejar escapar la ocasión para decir lo que todos pensaban:

—¿Le has pegado tú? Porque ha venido con un chichón del tamaño de un pomelo...

—¡Paula, por favor! ¡No bromees con eso! —se soliviantó Isabel.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? Si todos lo hemos pensado...

—Bueno, la cena estará servida en un ratito, si queréis ir acabando esos canapés y tomando asiento —cambió de tema Sonsoles, un poco ruborizada.

—Pondré un poco de música, para amenizar la velada —propuso Ricardo, apresurándose para llenar el silencio con algo que no fueran las preguntas de la menor.

Alex volvió en ese momento del baño. Tenía un lado de la frente claramente hinchado. Estaba rojo y le impedía abrir un ojo con normalidad. Llevaba una bolsa de hielo en la mano. Isabel fue a su encuentro para asegurarse de que su hija se encontraba bien. «¿Estás segura de que ha sido un accidente? Porque puedo hablar con ella, si quieres...», escuchó que le decía. Alexia hizo un gesto con la mano para que su madre la dejara en paz, como si estuviera cansada de explicar lo sucedido y de que nadie la creyera realmente.

Al poco rato tomaron asiento en los lugares que les asignó Sonsoles. La idea de poner música fue acertada, porque muy pronto las dos familias se animaron y empezaron a charlar con naturalidad. Las únicas que permanecían taciturnas y calladas eran Malena y Alexia, que de vez en cuando intercambiaban miradas fugaces.

Estaban sentadas en lugares un poco alejados, pero a ambos extremos de la mesa, por lo que a poco que levantaran la mirada, sus ojos se encontraban y por primera vez Malena no tenía muy claro qué le estaban diciendo los de Alexia. ¿Era tristeza lo que veía en ellos? ¿Rencor? ¿Rabia? ¿Qué era? Por más que lo pensaba, no conseguía averiguarlo y esto conseguía atenazarla. Había empezado la cena un poco más calmada, pero a medida que se sucedían los minutos se notaba intranquila, observada, y Malena decidió ahogar sus miedos dándose a la bebida. En poco tiempo se había bebido ya media botella de vino y empezaba a encontrarse un poco achispada, pero también más animada de lo que había estado en toda la noche. Se volvió más charlatana, con todo el peligro que ello conllevaba.

—¿Os acordáis del día que fuimos a ese restaurante? ¿Cómo se llamaba? —estaba rememorando José.

—La Traviesa —le recordó Ricardo.

—¡Ese! Qué exquisito estaba todo. Deberíamos volver algún día. La verdad es que lo pasamos bien este verano.

—Sí, especialmente los días en los que ya solo éramos siete —añadió Malena con una triste sonrisa.

El resto de comensales se quedaron callados al escuchar esto. Pero Sonsoles se vio en la obligación de intervenir.

—Malena, no hace falta ser tan maleducada.

—¿Por qué? Si no he dicho nada. Lo pasamos fenomenal al final del verano. Es una lástima que te lo perdieras, Alex —dijo Malena, alzando su copa en su dirección y dándole un sorbo.

Alexia carraspeó con incomodidad. Se limpió la boca con la servilleta antes de hablar. —Ya, bueno, tenía cosas que hacer. Obligaciones laborales, aunque no espero que alguien como tú lo entienda.

—¿Alguien como yo? ¿Qué se supone que quiere decir eso?

Los demás las miraban como si estuvieran en un partido de tenis, solo que horrorizados. Ninguno sabía si debían intervenir o dejar que las dos mujeres se desahogaran.

—Nada. Pero a veces se te olvida que no todos somos funcionarios, ni tenemos unas vacaciones tan prefijadas como las tuyas, ¿sabes?

—O a lo mejor es que te interesaba más un ascenso que cualquier otra cosa —contraatacó Malena—. Pero, eh, lo entiendo. Yo hubiera hecho lo mismo si esa persona no me interesara en absoluto.

—¡Bueno, ya está! ¡Tengamos la fiesta en paz! —rugió Isabel, cansada de tanta acusación. Miró a su amiga Sonsoles como queriendo decirle «ya te dije que no era buena idea»—. No vais a amargarnos la fiesta a todos con vuestras tonterías. O lo arregláis ahora mismo como personas adultas que sois o cada una por su lado.

—Por mí no hay problema. Llevo tres meses sobreviviendo sin ella —afirmó Alexia, levantando los brazos.

—Por mí tampoco. Puedo acabar la cena en mi habitación. Si me

disculpáis...

—¡Malena!

—Deja que se vaya, a ver si se calma —le dijo Ricardo a Sonsoles, impidiendo que se levantara para ir tras ella.

«¿Es que no piensas hacer nada?», fue lo último que escuchó Malena antes de cerrar la puerta de su habitación. Imaginó que era Isabel la que hablaba, dirigiéndose a Alexia.

¿Pero qué podía hacer ella? Lo suyo estaba roto, destrozado, si es que alguna vez había habido algo *suyo*, claro.

Malena se dejó caer sobre su cama. No lloraría, esta vez no, lo había hecho demasiadas veces en Barcelona, sobre todo los viernes por la noche, cuando la semana laboral se acababa y los recuerdos del verano empezaban a poblar su mente sin permiso alguno. Una compañera de trabajo insistía en llamarla. Le proponía planes, cenas, visitas al teatro y a exposiciones que los críticos alababan. Pero Malena pocas veces aceptaba estas invitaciones. Estaba demasiado cansada de todo como para que algo le hiciera ilusión.

Los meses fueron pasando y Malena empezó a volver poco a poco a su ser, un poco más melancólica y triste que de costumbre, pero ayudaba que nadie en su familia le hablara de Alexia. Su madre se comportó, ese tema murió en sus labios. Cuando se acercaron las Navidades, dudó si pasarlas en Huelva con sus padres o aceptar la invitación de unos compañeros para sumarse a un viaje a las Islas Canarias. Pero al final creyó encontrarse lo suficientemente fuerte como para volver a la escena del crimen. Y estaba convencida de ello, al menos hasta esa noche, cuando la sombra de Alexia empezó a

proyectarse por todos lados. Entonces, simplemente entró en pánico. Y del pánico a la frustración y de la frustración a una rabia descontrolada que no sabía de dónde procedía. Pero tenía ganas de zarandearla, como si Alexia hubiera hecho algo horrible, aunque en el fondo supiera que solo había hecho lo correcto; lo que cualquier persona en su sano juicio habría hecho.

Llamaron a la puerta y se imaginó que era su madre.

—No estoy de humor para hablar, mamá.

—No soy tu madre. Abre la puerta, por favor.

Maldita sea, ¿es que no iba a dejarlo estar? Malena se incorporó y fue hasta la puerta, todavía furiosa.

—¿Qué? ¿Qué quieres ahora?

—¿Podemos hablar? —dijo Alexia—. ¿Tú ves normal que nos estemos comportando así, como dos chiquillas?

—No sé si es normal, Alexia, pero es lo que me sale ahora.

—Bien, pues puedes seguir encerrada aquí y fastidiar a nuestras familias o darme la oportunidad de explicarme, ya que en verano no fui capaz.

Malena dudó unos segundos. Alexia parecía muy segura de sí misma. Algo había cambiado en ella. Ya no había ni rastro de la mujer insegura y torpe que le robó el corazón en verano. Esto le hizo dudar. Sentía ganas de cerrarle la puerta en las narices, mujer con carácter, pero la intensidad con la que la estaba mirando Alexia hizo que solo cruzara los brazos sobre el pecho y permaneciera atenta.

—Dime.

—¿Me dejas entrar? No me apetece hablar de esto desde el pasillo, si no te importa —dijo Alexia.

—Pues pasa.

Malena se hizo a un lado para permitirle que entrara en su habitación. Alexia prefirió no sentarse y ella tampoco. Ambas se quedaron muy tiesas en el centro de la estancia, sus cuerpos rígidos y a la defensiva. Iba a ser muy difícil que se relajaran.

—¿De qué querías hablarme?

—¿Eres feliz? —dijo de repente Alexia.

Malena arqueó las cejas con sorpresa. No se esperaba aquella pregunta.

—Porque yo no lo soy —le confesó Alexia—. Regresé a Madrid y desde entonces mi vida ha sido un infierno. Trabajo más horas que nadie, mi jefa me ha dado un ascenso pero mi sueldo sigue siendo el mismo, solo que con más responsabilidad y más horas de trabajo. Con mis amigos casi no quedo, me dedico a trabajar y poco más. Y para rematarlo todo, no sé qué ha pasado, pero no consigo olvidar lo que sucedió en verano. He estado a punto de llamarte muchas veces, pero te fuiste... Ni siquiera te despediste de mí y eso me dio miedo, te lo confieso, porque pensé que te lo habías pensado mejor y que tus motivos para hacerlo no tenían nada que ver con lo que sentías hacia mí, sino con otras cosas mucho más complejas. —Alexia hizo una pausa para respirar, como si le estuviera costando un mundo decir todo esto—. Pero te echo de menos. Tengo la sensación de que todo se quedó en el aire, como una historia sin un final, y no sé hasta qué punto puedo avanzar con eso dando vueltas en mi cabeza. Y ya está.... esa

es la pura verdad. Quise decírtelo muchas veces, pero no me atrevía. Creí que te merecías saberlo.

Alexia se quedó entonces en silencio, contemplándola, esperando una respuesta por su parte. Malena seguía muy rígida, pero sintió que sus músculos empezaban a relajarse. No se esperaba en absoluto esta confesión por parte de Alexia. Pensó que había ido a su cuarto en busca de gresca, a decirle que era una inmadura, que le enviaban sus madres para poner un poco de orden, que dejara de hacer teatro y regresara a la mesa... y ahora esto. No sabía qué decir, cómo reaccionar. Las palabras de Alexia habían sido tan exactas... se sentía tan identificadas con ellas que sufrió un ligero ataque de vértigo. Allí estaban, sintiendo lo mismo, durante meses, cada una pensando lo peor de la otra, justamente lo contrario a lo que era, y todo por no haber sabido tragarse su orgullo y hacer una simple llamada. ¿Y ahora qué?

—¿Qué has querido decir con eso de otras cosas más complejas?

Alexia metió las manos en los bolsillos. Estaba preciosa, con aquel pantalón negro de traje que le sentaba como un guante y unos zapatos un poco altos. Hasta ese momento no se había permitido a sí misma admirar lo guapa que estaba. El gesto de su cara era un poco triste, pero igual que el suyo. Las dos lo habían estado, al parecer.

—Ya sabes... Bruno... El hecho de que nunca hubieras estado antes con una mujer... No sé..

—¿Eso creíste? —se sorprendió Malena.

—Sí. ¿Qué otra cosa iba a creer? Desapareciste. Te dije que podíamos intentarlo, pero me respondiste que no y me sentí incapaz de

insistir. No quise obligarte a hacer algo de lo que no estuvieras convencida —se sinceró.

Malena empezó a deambular por la habitación, camino del armario, pensando que Alexia tenía razón. Sin querer le había dejado pensar aquellas cosas atroces, le había creado una inseguridad que no existía. La culpa era suya, por haber sido demasiado cobarde.

—Estaba en una época muy vulnerable —empezó a explicarle—. Acababa de romper con Bruno y no sabía cómo encajar lo que me hiciste sentir. La idea de mantener una relación a distancia se me hizo cuesta arriba...

—¿Y ahora ya no? —preguntó Alexia. Sonreía, como si la posibilidad de una respuesta afirmativa incendiara su corazón.

—Ahora es... diferente. Lo veo todo diferente.

—Bien...

—Sí, bien...

Se quedaron unos segundos en silencio, frente a frente, mirándose, y Malena sintió que podría lanzarse a sus brazos y besarla como lo había hecho en verano. O bloquear la puerta de su habitación para que nadie las molestara. O excusarse con los demás y decirles que se iban, que tenían mucho tiempo que recuperar. Eso es lo que sintió en aquel momento. Pero de nuevo estaban en familia y las madres no tardarían demasiado en acudir para cerciorarse de que no se habían sacado los ojos en una discusión.

—¿Te parece si volvemos? —le propuso Malena con todo el dolor de su corazón.

—Me parece. Pero antes quiero hacer una cosa, si no te importa —
aseguró Alexia.

—¿Qué es?

—Esto.

Entonces Alexia dio dos pasos, los que la separaban de ella, la tomó por la cintura y la estrechó contra su cuerpo antes de darle un dulce y prolongado beso que la dejó sin respiración. Malena lo recibió con la misma intensidad, aunque no era un beso ardiente, sino suave y aterciopelado, el tipo de beso que se da cuando los has extrañado tanto. Ya tendrían tiempo después para incendiarse como solo ellas podían hacer.

Malena reposó su frente contra la de Alexia, sentía la respiración entrecortada, no quería separarse de ella.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por haber venido a por mí.

Alexia sonrió. —Gracias a ti por haberme dejado entrar.

—Oh, Alex, ni siquiera te he comprado un regalo de Navidad...

—Ssshhh, no digas bobadas. Yo ya tengo mi regalo —le dijo Alexia y volvió a besarla como si nunca fuera a dejar de hacerlo. Después la miró con los ojos llenos de algo. De amor: —El mejor regalo del mundo —dijo, sonriendo.

Sobre la autora

Olivia Benítez nació en Huelva, en 1986. Aunque es licenciada en Derecho, sus inquietudes literarias nunca la han apartado del mundo de las letras. Adora los deportes, el cine clásico (especialmente las comedias) y se declara fan de las palomitas. Dispuesta a dar un paso más y aportar su granito de arena a la literatura LGBT nos presenta ahora su primera novela, *Bésala tú por mí*. Olivia reside actualmente en Madrid con su novia y una perrita muy revoltosa llamada Lana.

Contacta con la autora a través del email oliviabetodo@gmail.com